

Donde
Todo
es
Corazón

Arelys Y. Guerra



D.J.57

Donde todo es corazón
Arelys Y. Guerra



Primera edición en digital: diciembre 2017

Título Original: Donde todo es corazón

©Arellys Y. Guerra

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©mandritoiu

Diseño de portada: SW Dising

ISBN: 978-84-16927-77-7

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Menú de navegación

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[El epílogo más largo de mi vida](#)

Agradecimientos

A Diego y Pablo, por los tiempos

Prólogo

¡Norah!

Escucho una voz que me llama; es él. Grita mi nombre del otro lado de la puerta. Oigo una respiración, parece un fuelle. Mi corazón comienza a palpar deprisa, cada vez más deprisa. Como si la sangre se me hubiera espesado de repente y necesitara acelerar el ritmo. El picaporte baja y vuelve a subir, baja de nuevo. Un golpe seco acompaña el movimiento del cierre.

¡Norah!

Ahora el grito se convierte en ultimátum. No juega, amenaza mientras pronuncia cada letra de mi nombre. Golpea nuevamente la puerta, una, dos, tres veces...haciendo que mi pecho se encoja. Siento que su respiración ha dejado de ser humana, ahora es la de un animal excitado por el olor de su presa. Huele mi miedo, huele mi sangre. Un nuevo golpe, cruje la madera. Silencio. Me quedo inmóvil, no respiro. Veo las sombras de sus pies bajo la puerta. Las patas del depredador. Otro golpe, otro silencio. Una gota de sudor cae desde mi frente, se columpia en la nariz. Quisiera quitármela con el dedo, pero mi mano no se mueve, nada se mueve excepto la gota que se balancea hacia la caída. Voy a morir. Otro golpe, la madera cruje, la puerta se tambalea, ya cede. Silencio. Silencio. Silencio.

La voz de la azafata la sacó de su sueño. Tenía las uñas clavadas en los reposabrazos, su frente perlada de sudor. Se estiró como pudo en su asiento y se abrochó el cinturón. Le costó unos segundos comprender las indicaciones dictadas por megafonía; iban a aterrizar.

Humedeció sus labios resecos, intentaba controlar la respiración con los ojos cerrados. La tensión se había acumulado en todo su cuerpo mientras trataba de moverse en su estrecho espacio tapizado en azul. Tomó aire mientras se frotaba con ambas manos el rostro; ya había pasado todo. Al fin, Nueva York. ¿No era un día precioso después de todo? Esbozó una sonrisa. Su estómago ronroneaba suavemente recordándole que no había probado bocado durante el viaje. Se tocó con la punta de los dedos sus Ray Ban Wayfarer para colocarlas sobre el puente de su nariz, se acarició el rostro. La mujer sentada a su lado la miró con curiosidad por enésima vez, pero ella la

ignoró. Con seguridad, habría seguido su pesadilla desde fuera. ¿La habría visto removerse? ¿Habría escuchado sus miedos? Metió su viejo teléfono en el bolsillo del pantalón y estiró las piernas tratando de ignorar aquella sensación de ser observada, juzgada por alguien extraño.

Nevaba. No resultó fácil aterrizar aquel montón de hierros sin provocar en los pasajeros expresiones de miedo apenas contenido. Norah Miller, ajena a ese temor, se dedicó a observar la nevada como si quisiera descifrar cada copo que caía. Todos se revolvían con impaciencia. Habían transcurrido cerca de quince minutos y aún no se abrían las puertas. Las azafatas se movían por los pasillos pidiendo calma, atendiendo pequeñas crisis, sonriendo comedidamente. Los teléfonos móviles se encendieron en las manos nerviosas de los pasajeros y en menos de un minuto las llamadas, los selfies, el movimiento de los dedos deslizándose por las pantallas devolvió a muchos a su burbuja privada. Se escuchaban voces y llantos de niños, toses intermitentes de algunos adultos. Estaban en medio de una de las interminables pistas de aterrizaje; los motores rugían y callaban un poco al azar. Al cabo de unos minutos comenzaron a desembarcar.

El gélido aire de febrero recibió a Norah en el JFK de New York. Mientras caminaba hacia el vehículo que la llevaría a la terminal, motas pequeñas y blanquecinas se posaron en su pelo; se abrazó a sí misma acariciando su abrigo de lana blanca. Todos a su alrededor se movían con prisa, gesticulaban un poco acelerados, incluso alguno estuvo a punto de tirarla al suelo. Sonrió recordando su pesadilla. *Esto es América* —pensó con una sonrisa—; *hay que correr, Norah, correr como una loca*. Pero no lo hizo y subió la última al autobús.

Facturación y policía internacional estaban colapsados por los retrasos provocados por el mal tiempo. Decidió seguir sin prisas, había llegado a casa. Ni las nueve horas dentro del avión, ni el hambre ni la más siniestra pesadilla podrían alterar su calma, la que ella acababa de elegir. Se acarició el contorno del rostro antes de seguir andando, y una mueca se dibujó en la comisura de sus labios. Se movió por los pasillos en dirección a la salida. De repente la vio allí con su gorro de mil colores y un ramo de flores de tonos imposibles. Se le humedeció la mirada solo con sentirla cerca. Volvió a colocar sus gafas con la punta de sus dedos.

—¡Mi niña! —La mujer besó sus mejillas y le limpió las lágrimas—. No llores, no llores mi niña; ya estás aquí.

—Tía... —A Norah, las palabras se le atascaron en la garganta. Las fuerzas

le fallaban.

Se vio reflejada en sus ojos pequeños, palpó con amor aquella piel negra y se cobijó sin pensarlo en su abrazo. Nadie mejor que Marcia Miller para derribar los muros y matar sus miedos. Por el momento no era necesario decir más, solo abrazarse fuerte y sentir que estaban allí la una para la otra.

Aspiró una bocanada de aire y trató de limpiar su rostro de las lágrimas que volvían a asomarse a sus ojos. Se quitó las gafas y vio la expresión de desconcierto de su tía. Volvió a colocárselas con un rápido ademán antes de que ninguna de las dos dijese nada. Ella sabía cómo se veía; debajo de su ojo derecho, unas líneas violáceas que había tratado de tapar con maquillaje; el labio inferior partido en una de sus comisuras.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó Marcia con fingida entereza, como si no hubiese visto nada.

—Súper largo, siento el retraso...

—No pasa nada, me he entretenido observando el panorama. —Miró alrededor—. Hay que ver lo que una descubre cuando no tiene nada que hacer.

—Vives en New York. Pensé que, a estas alturas, ya nada podría sorprenderte.

—Siempre. Creo que el ser humano no dejará de sorprenderme jamás.

Tiraron ambas de las dos inmensas maletas de Norah y trataron de localizar un taxi. Un buen rato después, cuando por fin lo lograron, se dejaron caer en el asiento posterior y disfrutaron de los primeros minutos de intimidad que podía ofrecerles aquel vehículo.

—¿Tienes hambre?

—Mucha. No soporto la comida del avión; hasta las galletas me saben a cartón de bingo.

Marcia sonrió con ganas, como si hiciera mucho tiempo desde la última vez. Los edificios pasaban, veloces, ante sus ojos. Las avenidas, como siempre, aparecían llenas de transeúntes y automóviles, no importaba el día ni la hora que fuese. Daba igual que la nieve cayera con fuerza amontonándose en las aceras. Era New York, el centro del mundo.

Norah apoyó su frente en el frío cristal de la ventanilla y suspiró dejando nubes blanquecinas ante su boca y su nariz. Acarició el ramo de flores que descansaba en el regazo y volvió a mirar a su tía. Regresaba a casa. Al otro lado del océano acababa de dejar a una Norah de la que ya deseaba desprenderse. De aquella herida aún manaba sangre...



En el otro extremo de la ciudad, el Dr. Samuel Moore terminaba una complicada intervención de cataratas en su turno del hospital. Salió del quirófano enfundado en el pijama azul claro, cubierto de pies a cabeza con la indumentaria de rigor. La tarde había comenzado más movida de lo habitual debido al mal tiempo. Los accidentes y las imprudencias se multiplicaban. Se lavó las manos una vez más en un acto casi inconsciente, luego relleno formularios y la documentación de sus pacientes. Una sonrisa se dibujó en su rostro camino del vestuario: esa noche tenía una cita importante. Dejó a un lado su atuendo de dios galeno y se vistió de simple mortal. Se abotonó con precisión su camisa blanca y se ajustó la corbata.

Su abogado lo recibía media hora después. Había tardado ese tiempo en un recorrido que normalmente le llevaba diez minutos. Pensó en ello mientras saboreaba una copa de vino cómodamente sentado en uno de los mullidos y carísimos sofás de cuero del despacho.

—¿Quieres volver a leerlos, Samuel?

—Ya lo has hecho tú, Charles, no hace falta. ¿No ha cambiado nada, verdad?—Retomó el interés por la documentación que tenía en sus manos.

—No, está todo tal y como pediste —carraspeó antes de seguir—. Samuel... ¿estás seguro de que quieres hacer esto así?

—¿Así cómo? —Lanzó una mirada de hielo que Charles captó al instante.

—Le estás dando a esa mujer... —Se puso en pie y se dirigió a las ventanas dándole la espalda—. Perdona... no es de mi incumbencia lo que hagas con tu dinero... Pero como abogado debo aconsejarte, y como amigo más aún.

—¿Están todas las cláusulas que pedimos? —Charles Didier asintió, resignado.

—Entonces no tenemos más que hablar al respecto.

Después de muchas copias en papel, números y firmas, dieron por finalizada la reunión.

Cuando salió a la calle, el tiempo no había cambiado. La noche lo recibió con copos de nieve que se posaron en su cabello, en sus hombros. Se subió el cuello del abrigo y anduvo con paso firme hacia el aparcamiento. Sophie West acababa de salir legal y definitivamente de su vida.

La nieve mantenía atascadas varias avenidas, por lo que tomó una ruta

alternativa. No le incomodaba dar un rodeo con tal de llegar a su destino. Incluso encontraba cierto placer en hacerlo en ocasiones especiales, como esta. Los atascos en New York pueden ser interminables con nieve o sin ella, de día o de noche; solo hay que aprender a sortearlos... y a disfrutarlos.

La luz roja del semáforo lo detuvo en una de las muchas intersecciones; junto a su coche, un taxi esperaba el cambio de luces para continuar su carrera. Dentro, dos mujeres hablaban de sus cosas; esperaban llegar a casa cuanto antes para ponerse al día. Tenían mucho que decirse. Norah no había dejado de suspirar desde que abandonaron el aeropuerto. Adoraba las calles, los carteles luminosos, los olores de su niñez. Aquella ciudad seguía siendo su ciudad, no importaba cuánto tiempo hubiera estado lejos de ella.

Coincidieron en el tiempo, también en el espacio, sin saberlo. Como a veces sucede, personas de mundos opuestos comparten el mismo plano por un instante. La frontera entre ellas es sutil y contundente a la vez. Un pequeño soplo y todo cambia. Unos segundos sin aire y todo sigue igual. No se vieron, no se miraron a través de las ventanillas de sus coches, no hubo flechazo instantáneo ni persecuciones de película de amor. Ninguno de los dos se percató de que el otro se encontraba allí. Ambos estaban volviendo a la paz en sus vidas ajenas, sin soplos, sin alargar los planos compartidos durante unos pocos segundos.

Capítulo 1

El incidente

Norah despertó ahogándose en una pesadilla. Apretó su pecho con fuerza estrujando la camiseta dentro de su puño. No lograba meter aire en sus pulmones. Algo tan simple como respirar, y no podía.

—Norah... calma. Estate tranquila, ya pasó.

No fue consciente de que Marcia había llegado a su lado y la tenía cogida de la mano. Sudaba sin respirar, palpitaba sin meter aire en los pulmones, el cabello se le pegaba a la frente húmeda. Algo tan simple como olvidar, y no podía.

—Estoy bien. —Respiró al fin, casi mordiendo el aire—. Yo...perdóname... es que...

No pudo continuar. Hundió la cabeza entre las rodillas y se echó a llorar con desesperación. Marcia acarició su hermosa cabellera.

—No pasa nada, llora todo lo que necesites. Estoy contigo.

—Perdóname.

—No tengo nada que perdonar. Ni tú tampoco.

—Perdóname. —El aire se templaba en su interior; igual que una máquina vieja, arrancaba a tirones ese motor que es el olvido—. Llevo seis meses aquí y no cesan, tía. Esto es difícil— Ahogó un gemido antes de hundirse de nuevo entre sus piernas.

—Sin disculpas, amor. Se irán cuando estés preparada. Anda, ven; te acompaño a tu habitación.

No estaba en su cama. Aquella noche los malos sueños la habían sorprendido en el sofá del pequeño apartamento que compartían. Marcia la ayudó a incorporarse; luego, acostada por fin en la habitación, la arropó como cuando era niña. Agosto estaba resultando más caluroso de lo normal, pero su cuerpo parecía no sentirlo. Necesitaba calor, todo el calor del mundo. Por eso se dejó mimar por aquellas manos, por el tacto de las sábanas, por la tibieza al fin recobrada. Se sentía culpable de despertar a Marcia con sus cosas, de traerla y llevarla por la casa como a una vieja ama de llaves; culpable por las mismas pesadillas que revivía una y otra vez mientras trataba de quitarse de encima unas manos que no eran las suyas. No remontaba, no olvidaba. Las últimas veces, incluso, había acabado en el cuarto de baño vomitando hasta el

hígado.

Le costó recobrar el sueño. Sin embargo, las pocas horas que pudo dormir fueron suficientes para levantarse con energía. Dio a su tía un beso especial camino de la cocina y se tomó el primer café del día. El primero de los siguientes. Salió a la calle y aspiró muy hondo el aire de New York. La vieja máquina del olvido volvía a funcionar a la perfección. Algo de maquillaje, sus gafas de sol y ropa cómoda para ir al trabajo. No, definitivamente: una pesadilla nunca podría con Norah Miller.

Su turno de trabajo en el Starbucks resultó ser más largo y movido de lo habitual. Los clientes siempre tienen prisa, pero aquel día parecían poseídos de una vitalidad endemoniada. Todos pedían, pagaban y reclamaban al mismo tiempo: limonadas, frapuchinos de mocca y caramelo, donuts glaseados... En consonancia, el calor allí dentro unía el agosto neoyorquino que entraba de la calle y el agosto coral de los vasos de té y de los litros y litros de café abrasador. Parecía un infierno con aroma de vainilla, sudor y canela. Batidos de colores, Shirley Temple, Red Velvet, Strawberry Cheesecake... Sonreír, dar cambios, poner nombres a los vasos de los pedidos. El polo del uniforme transpiraba con la eficiencia de un plástico industrial.

Cuando terminó de trabajar, Norah era una sombra de la mujer que había salido de casa horas antes. Estaba sudada, la camiseta se le ajustaba al cuerpo más de lo habitual. Por si fuera poco, tuvo que limpiar de arriba abajo la cocina minutos antes de marcharse. La rotura de una cañería, que casi lo inunda todo, acabó por completar aquella deprimente jornada. Estaba cansada, era tarde y viernes por la noche; pero no le apetecía coger el metro. Serían cuarenta minutos extra para llegar a casa, mejor el taxi. Se despidió de las propinas del día y apostó por la rapidez.

Comenzó a pasar un mensaje a Marcia para avisarle de que salía. Seguía sintiéndose culpable por lo de la noche, por lo de tantas noches. No quería preocuparla ni disgustarla sin necesidad. Al fin y al cabo, era casi como su madre. Justo cuando apretaba la tecla de *enviar* de su teléfono sintió que algo venía hacia ella por su costado. Se quedó paralizada. Un paso más y aquel coche la hubiera atropellado. Logró evitar caerse de bruces sobre la carrocería del Gran Cherokee 4x4, pero con el escorzo perdió el equilibrio y cayó de rodillas a la acera. Su bolso volcado dejó al descubierto la intimidad de una mujer, y su teléfono, hecho añicos contra el suelo, la fragilidad de las nuevas tecnologías.

—*Joder, joder, joder! ¿Qué más me puede pasar hoy?* —gritó en un

perfecto español.

Un hombre bajó del auto y con paso firme se acercó y se agachó junto a Norah.

—¿Está bien?

—¿Es que nadie en esta ciudad mira por dónde va? *¡Joder, me he quedado sin teléfono!*—seguía hablando en español, en el jodido castellano de Cervantes.

—Lo siento, discúlpeme. Venía distraído y no la vi. ¿Se ha lastimado?
—Trató de tomarla por el brazo, pero Norah se apartó de manera brusca.

—¡No me toque! —Se puso en pie de un salto al sentir las manos de aquel hombre sobre su cuerpo.

El doctor Samuel Moore, con los brazos en alto a modo de rendición, también se incorporó. Los dos se miraron a los ojos por primera vez.

—Tranquilícese... Solo quería disculparme, eso es todo.

—Gracias, pero estoy bien —dijo Norah, pero entonces en el jodido inglés de Shakespeare.

Estaba molesta. Las pocas horas de sueño y la interminable jornada le pasaban factura. Después de tantas amabilidades fingidas en el Starbucks no sentía ganas de añadir ninguna más. Tenía cubierto el cupo. Además, su teléfono destrozado sobre la acera la tenía trastornada; se había abierto en dos partes y ella trataba de unirlos con gesto de frustración. Samuel pensó que aquella mujer tenía realmente un mal día y no quiso insistir. Observó en silencio sus dulces ojos verdes. Ella ni le miró.

—Permítame. —Extendió sus manos para ayudarla con el teléfono, pero Norah se apartó bruscamente evitando el contacto.

—Le he dicho que estoy bien, no necesito su ayuda —dijo en un tono más brusco de lo habitual, antes de pasar de nuevo al español—. *¡Dios! Dame paciencia porque hoy ya no puede ocurrirme nada más.*

Samuel Moore no dijo nada. Se sentía un poco avergonzado de invadir el espacio de aquella mujer. El enfado, sin embargo, acentuaba su belleza. Parecía que en lugar de un teléfono de gama baja se le hubiera destrozado el corazón. Sacó una tarjeta de su billetero y anotó unos números en el reverso. No solía dar a nadie su teléfono privado, pero tampoco acostumbraba a atropellar a chicas de ojos verdes.

—Mire, siento todo esto. Tome, aquí le dejo mis datos. Por favor, pásame la factura del arreglo del móvil y yo me ocupo de ello.

Norah cogió la tarjeta; sin mirarla, la metió en el bolsillo trasero del

pantalón. Terminó de doblar el uniforme de la cafetería, caído con todo lo demás, y lo guardó en su maxi bolso. No volvió a levantar sus ojos para fijarse en el hombre antes de girar sobre sus *converse* y enfilear la avenida. No dijo nada más, no se despidió; estaba tan concentrada en marcharse que no perdió tiempo en darse la vuelta y verlo allí, atento al vaivén de sus caderas.

Llegó cansada a su piso de Alphabet City, se derrumbó en el sofá al lado de Marcia. Su tía la miró un segundo, pero volvió a centrarse en el bol de palomitas con que acompañaba la película de los viernes.

—¿Qué ha pasado?

—Hoy tuve un día de perros —respondió suspirando.

—Ya se ve, cariño. —Norah siempre envidió el autocontrol de aquella mujer—. Puedes comenzar cuando quieras, y luego a dormir.

—El día ha sido eterno. Calor, clientes impacientes, la tubería de la cocina tuvo una fuga y... ah, sí...lo más importante: me he quedado sin teléfono.

—¿Y eso?

—Un imbécil que casi me atropella cuando salía del trabajo. Terminé a cuatro patas sobre la acera.

—Eso, mucho glamur —dijo arqueando una ceja—. ¿Estás bien?

—Lo estoy, no te preocupes. El tío me dio su número privado para que le hiciera llegar la factura. Espero que en el chino de abajo puedan arreglarlo.

—Cómprate uno nuevo, el mejor.

—No puedo, tía, ¿tú has visto los precios de un teléfono en condiciones?

—Luego le pasas la minuta al del número privado —dijo sin apartar la mirada del televisor.

—¡Qué graciosa te pones los viernes!

—Las películas, ya sabes.

Norah renegaba camino del baño, se descalzó sin desabrochar las zapatillas y abrió el grifo. Se desnudó y encendió una vela aromática antes de rociar el agua de la bañera con su gel preferido. Al doblar los vaqueros, una tarjeta cayó al suelo. La miró con detenimiento por primera vez.

Dr. Samuel J. Moore

Oftalmólogo

Mount Sinai

E 101st Street, New York, NY 10029

La caligrafía de los números escritos al dorso resultaba ilegible. La dejó en el lavabo mientras le hacía un mohín al espejo.

—He sido una grosera —se dijo en voz alta mientras probaba el agua con un pie—. Yo no soy así...creo. Espero que me coja el teléfono cuando tenga que llamarlo.

—¿Hablas conmigo? —voceó Marcia desde el salón.

—No tía, hablo con la loca que vive dentro de mí.

—No, cariño. La loca es la que vive fuera.

Antes de sumergirse en el agua se hizo una coleta alta y descuidada; luego descansó la cabeza en el borde de la bañera. Como acostumbraba en los últimos tiempos, tenía su cerebro en varios sitios a la vez, y en todos mal asentado. La sensación de desasosiego con que aterrizó en New York seis meses atrás, en lugar de disiparse, se había acentuado. Demasiados pensamientos, demasiados recuerdos, demasiadas pesadillas. Y sin teléfono. Quizás era hora de comprarse uno nuevo, tal como decía Marcia, pero no le apetecía gastarse mucho dinero. Se acomodó en la bañera y trató de ordenar sus ideas antes de irse a la cama. El día se había alargado demasiado; tenía que ponerle fin de alguna manera.



Acabo de llegar a mi piso y está vacío, tan vacío como hace 48 horas, cuando lo dejé para irme a trabajar. Reviso las facturas que tengo amontonadas en la cocina, abro la nevera sin saber qué buscar. Me lavo las manos, después las seco mientras el agua cae al fregadero y casi me duermo de pie con una copa de vino en la mano. Estoy tan cansado que no tengo hambre. Preparo un sándwich para un estómago que no es el mío. El vino y el pan de molde se mezclan en un maridaje patético, pero no estoy para sutilezas. Me acerco a una de las ventanas y me conforto con las vistas del Upper East Side. Diez minutos allí son suficientes para que el vino y el pan me transmitan un chispazo de energía que me hace sonreír. ¡Qué pronto se olvida uno de sonreír!

La chica de ojos verdes no se me va de la cabeza. No sé quién es, y no creo que me haga ninguna llamada. Es orgullosa. Si tuviera más destreza con el lápiz creo que podría dibujar su cara ahora mismo. Hasta su olor. Pero tengo algo: su uniforme plegado del Starbucks. Cerca de la 9na hay uno, tal vez trabaje allí...

Me siento en el sofá y muevo los restos de vino en la copa observando el rastro que dejan en el cristal. 80 horas de trabajo en una semana, voy superándome. Días y noches, enfermos, heridos, colegas, enfermeras, más

noches y más días. Abajo, las calles se vacían y se llenan mientras algunas gotas comienzan a secarse en mi copa. Bonitos ojos verdes, cuerpo de infarto, bonitas caderas en las que perderse toda una noche. Creo que no me habían sudado las manos así en mucho tiempo. Olía bien la chica. "Granos de vainilla en la axila de una mujer...", ¿dónde leí eso? Hermosa, mulata, cabreada, de rodillas en la acera. Tanto tiempo sin sexo no es bueno para nadie. Granos de vainilla en la axila de una mujer, qué demonios. Tomo un último sorbo de mi copa tratando de dar una carga de energía a mi cuerpo apagado.

Mi madre me llamó cuando salía de la clínica. Era su segunda llamada del día. Tenía un paciente entre manos y no pude cogerla. Un chico asiático con un traumatismo en el ojo, con heridas nuevas y heridas viejas en la cara. Un pandillero, pensé. Tuve que tranquilizarlo con lo de inmigración, siempre lo mismo.

El cumpleaños de papá será dentro de poco, por eso la llamada. Georgina Moore puede tener mil cosas que hacer, pero su agenda es disciplinada e implacable como ella.

—Samuel —me dijo—: Te recuerdo que va a ser el cumpleaños de tu padre; que no se te olvide, cariño.

—No te preocupes, no lo olvido.

—¿Estás bien? ¿Comes en condiciones?

—Mamá, por Dios. Tengo treinta y ocho años, soy médico y me cuido.

—Y yo soy tu madre y todas esas cosas me dan igual.

Disciplinada, pero informal. Implacable, pero protectora. Mi madre.

Me preparo para tomar una ducha y la veo alejarse con sus converse por la calle, sus vaqueros pitillos y su cintura estrecha. Ella, con aquella camiseta blanca que ofrece sus pechos. Sexy y orgullosa. Ella y su cara pequeña, sus ojos verdes, su barbilla marcada. El agua al caer excita mi miembro, se tensa, me reclama. Han sido 48 horas pudorosas, abnegadas, casi santas, no voy a estropearlo ahora. Puedo tocarme, descargar esta energía en el agua que se escapa por la cañería y olvidarme de tantas cosas, pero no me apetece. Cambio la temperatura al frío casi absoluto y me olvido de aquel cabello revuelto, de aquella piel morena.

Ya en la cama, hojeo una revista al azar. Siento la acidez del vino en el estómago. Bostezo. Me duermo con granos de vainilla en el puño cerrado. Simplemente perfecta.

Capítulo 2

Buscándote

Norah llegó puntual a su turno en la cafetería. Allí era todo pura rutina: abrir, cuadrar la caja del día anterior, reponer las existencias expuestas al público, atender el cuchicheo interminable de Kalya sobre su último ligue o su propósito de cambiar de trabajo. Su compañera era una chica estupenda, la mejor. Rubia de ojos azules, delgada y de una juventud exasperante. La había ayudado mucho desde que se incorporó a su nuevo trabajo, apenas regresada a los Estados Unidos, y se sentía en deuda con ella. Pero a veces, cuando hablaba de un sitio que costaba creer que fuese New York, volaba demasiado alto. Para ella la ciudad no estaba llena de rascacielos, brókeres y gente peculiar; para ella era un enorme campo plantado de citas, chicos o empleos de ensueño. Norah no podía culparla por ello. Kalya tenía apenas veintitrés años y una energía de envidia; ella con veintinueve y un par de gruesas piedras a la espalda, no podía sentirse igual. “*Tienes que salir*” “*Esta semana nos vamos de fiesta a un sitio nuevo que conozco*” “*Por qué no te sacas más partido, eres guapísima*” “*Si te viese...*” eran sus frases favoritas del día, todos los días.

—¿Qué me contabas del teléfono? —preguntó Kalya masticando con ahínco un chicle.

—Tira el chicle o te van a llamar la atención. —Kalya hizo una pompa fenomenal, la sorbió rápido y escupió el chicle a la papelera, para horror de algunos clientes—. Que se me rompió anoche.

—Cómprate otro, que ya toca. El mejor que encuentres.

—Eso dice mi tía.

—¿Ves? —Entre frase y frase, Kalya seguía moviendo la mandíbula como si aún masticara el chicle—. Por cierto, ¿tienes plan para mañana?

—No voy a ir a ninguna fiesta, no quiero conocer a ningún fulano "impresionante".

—¡Pero si es domingo! —al decirlo, dio un pequeño bote detrás del mostrador—. Escucha, tonta. Tengo un amigo que trabaja de camarero en un club. Él nos conseguirá pases, nos divertiremos muchísimo y después... —no pudo continuar la frase, interrumpida por una de sus visiones favoritas: un hombre guapo entrando al establecimiento—. ¡Joder!

Norah se giró para ver el motivo que había inspirado el penúltimo taco de Kalya. El motivo llevaba camiseta blanca ajustada con cuello de pico; vaqueros desgastados, una bolsa blanca de regalo en una mano y una gorra negra de los Yankees calada hasta los ojos. Le dio la espalda y continuó con lo suyo.

—Buenos días, mi nombre es Kalya. ¿En qué puedo ayudarle? —Escuchó repetir a su amiga detrás del mostrador.

—Buenos días. ¿Puedo hablar contigo un momento...?

—Norah... —Oyó la voz de ratoncillo de Kalya—. Es para ti.

Norah se volvió y entrecerró los ojos. ¿Quién era? Sus rasgos le resultaron familiares; por un segundo temió que se tratara del hombre de la noche pasada, el oftalmólogo, pero no podía ser. ¿O sí? Miró a Kalya por el rabillo del ojo; la nena no perdía detalle, y no resultaba extraño. Si era él, no parecía el mismo. El del incidente llevaba camisa doblada al codo y pantalón de traje, este parecía sacado de un anuncio de calzoncillos *Calvin Klein*. Tal vez, con el cabreo, no le había prestado atención, pero sí, era él, los mismos rasgos bajo aquella gorra calada que ocultaba a medias su rostro. Fingió no reconocerlo.

—¿Sí? —Sin pretenderlo, la voz le salió con un gallito.

—¿Tienes un minuto?

—¡Oh, no creo! En realidad...

—Atiéndele, Norah, yo me ocupo. —Kalya se tragó una mirada asesina y sacó la lengua.

—¿Nos sentamos?

—Como quiera. En realidad...—Se sintió estúpida con aquella absurda expresión.

Se sentaron en una de las mesas. Kalya les acercó dos cafés con mucha ceremonia.

—Norah, ¿verdad? —Extendió una mano que ella aceptó con cautela—. Mi nombre es Samuel Moore. Creo que ayer no comenzamos con buen pie; fue un poco desafortunado todo lo que pasó.

Norah lo observaba incrédula. ¿De verdad aquel hombre se había tomado la molestia de venir a la cafetería para pedirle disculpas?

—¿Cómo me ha encontrado? —Samuel bajó los ojos y negó con la cabeza intuyendo que tenía que vérselas con la furia del día anterior. Ni un *hola* de cortesía, ni una media sonrisa.

—Me fijé en su uniforme y probé suerte con el establecimiento más

cercano. —Sonrió—. Y acerté.

—Muy bien, señor Moore, queda disculpado... pero he de volver al trabajo...

Hizo el gesto de ponerse en pie, pero él la interrumpió levantando su mano abierta para que se detuviese. Recogió la bolsa que había dejado en el respaldo de la silla y se la acercó despacio. Norah observaba sus cuidadas manos, tan blancas que resultaban más propias de un ángel del cielo...o del infierno. Miró una enormidad de reloj, sin duda carísimo, adornando sus brazos tonificados, los ojos azules demasiado intensos bajo unas cejas espesas. Pero fue ver su hoyuelo en la barbilla y sentir un hormigueo incómodo en todo el cuerpo. ¿Cómo no se dio cuenta anoche? Era guapísimo. Tragó en seco y apretó las piernas.

—Para ti, por lo de ayer... Y por favor, puedes llamarme Samuel.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo, no muerde —la apremió divertido, sonaba a canalla adorable. Samuel sonreía mostrando sus dientes perfectos y una mueca terriblemente *sexy*

—No... no... ¿regalos? —¿Qué le pasaba hoy!, ¿por qué demonios hablaba así?

—No, disculpe; no pretendo ofenderla. Solo quiero hacer las cosas bien, ayer no estuve nada afortunado. —Acercó de nuevo la bolsa que Norah acababa de alejar—. Estropecé su noche y creo que es lo mínimo que puedo hacer.

Norah asintió con gesto resignado. O abría el regalo o aquel hombre no se marcharía de allí. Debía de ser un canalla muy tenaz. Sacó de la bolsa una pequeña caja envuelta en papel de seda, rasgó con cuidado la envoltura y descubrió lo que era sin duda el último modelo de iPhone. Abrió los ojos con asombro.

—Lo siento, no hace falta. Mi teléfono no era tan valioso, y ya lo he mandado arreglar. Pensaba pasarle la factura en estos días.

—No importa, pásemela de todas formas; pero, por favor, acepte también esto.

—¡Vaya, Norah, qué precioso! —Kalya, salida de la nada, se inclinaba sobre la mesa con ojos golosos—. ¡Qué suerte tienes! Por cierto, soy Kalya —dijo extendiendo su mano.

—Samuel Moore.

—¿Eres amigo de Norah?

—¡Kalya!

La amiga dio un brinco y se escapó a la barra.

—Bueno...creo que me marchó. No quiero seguir robando tu tiempo. Gracias, Norah.

Se puso en pie, saludó levemente con la cabeza y se marchó sin prisa, como si viviera todos los días una escena así. Norah permaneció clavada en la silla. Lo vio, antes de salir, intercambiar unas palabras con Kalya y dirigirle a ella una última mirada desde la puerta. Resultaba surrealista. ¿Quién va por ahí regalando teléfonos? Norah sacó el móvil de su caja y lo sostuvo como si fuera una joya. ¿Cuánto podía costar aquel capricho? ¿Y por qué precisamente a ella? Bufó por lo bajo y se levantó.

—Su cara me suena bastante —dijo Kalya cuando se quedaron solas—. Por cierto, no me habías dicho nada de este tío. Es, es...

—¿Impresionante?

—No, cariño: es guapo. ¿Desde cuándo os conocéis? ¿Por qué lo tratas tan mal?

—No somos amigos ni nada, y simplemente no lo trato. Ayer él tuvo la culpa de que se rompiera mi teléfono.

—¡Grrrrr! —Kalya no dijo más. Puso los ojos en blanco y con otro chicle hizo una pompa especial para hombres guapos que explotó al instante.

—Tira el chicle —le pidió antes de volver a mirar el teléfono y sonreír de manera discreta.

A las diez de la noche, Norah estaba exhausta. Después de casi doce horas seguidas de pie, después de poner mil cafés y sonreír dos mil veces, sentía que una apisonadora acababa de pasarle por encima. No le quemaba el trabajo, sino la gente. A veces se pasaban de la raya con aquellos piropos estúpidos, con tanta cercanía, tanto toqueteo a la americana. Ahora más que nunca, su espacio personal era infranqueable. Cuando por fin cerraron el local y todos se despidieron en la puerta, Norah respiró aliviada al fin. Podía volver a ser ella. Sus compañeros tomaron direcciones distintas, incluida Kalya, que tenía planes. No había dado dos pasos en dirección al metro cuando un coche se detuvo a su lado. El mismo coche de la noche anterior, un *déjàvu*. En un instante tenía a aquel hombre de nuevo ante sus ojos.

—Norah...

—¿Qué quiere?

—No me dejas más remedio. —Extendió su mano y se aproximó casi hasta tocarla—. Soy Samuel Moore, encantado.

—Ya sé quién eres. Nos hemos presentado hoy. ¿Qué haces? —dijo poniendo los ojos en blanco ante aquella escena repetida.

—Me presentaré todas las veces que haga falta, es un placer. —Él volvió a ofrecerle la mano, ella la tomó y esbozó una sonrisa. Definitivamente, estaba loco.

—Norah Miller.

—¿Sonríes? Doble placer.

—¿Cómo sabías a qué hora terminaba?

—Mmmm... Digamos que tu amiga no es muy reservada.

—Mañana la mato.

—No, por favor, dale las gracias.

—¿Por la información?

—Sí. De no ser por ella, hoy no podría acercarte a tu casa.

—Ni hablar, no te conozco, no me voy a ir contigo en ese coche. ¿Y si eres un pirado que lleva un maletín ahí dentro?

Samuel sonrió. Se acercó al coche y abrió la puerta del acompañante. Hizo una reverencia.

—Cuando quieras...

—Que no.

—Por favor, Norah; no me hagas ponerme de rodillas aquí, en medio de la calle.

Norah lo miró de arriba abajo y sonrió mientras movía la cabeza negándose en redondo. Esta vez él llevaba traje negro sin corbata; los primeros botones de su camisa estaban desabrochados. Ella, vaqueros desgastados y una camiseta de *El Padrino*, las *converse* negras y el bolso. Agua y aceite los dos. Samuel, ante su indecisión, hincó una rodilla en el suelo y le suplicó con la mano derecha extendida al aire. Algunos transeúntes silbaron divertidos al pasar junto a ellos. Norah ladeó la cabeza para ocultar su desconcierto y su sonrisa.

—Ponte de pie, por favor. —Samuel no cejaba, y Norah accedió con la cabeza—. ¿Cómo sé que no me descuartizarás en el primer callejón?

—Demasiada televisión. ¿Mentes Criminales, C.S.I.? —Norah ya no escondía que estaba pasando un momento estupendo. Le brillaban los ojos, esbozó una sonrisa—. Puedes, si quieres, pasar un mensaje a tu amiga y decirle que vas conmigo y que te llevo a tu casa. Dale mis datos, no me importa.

Eso hubiera sido lo último. Kalya tendría suficiente literatura para todo un

mes, y no la dejaría tranquila inquiriendo hasta el último detalle. Se subió al coche y se abrochó el cinturón. Samuel se sentó al volante.

—A la Avenida B con la 3era, gracias —dijo bajito.

Miró sus nudillos marcados sobre la curva de cuero del volante, luego lo miró a él de manera discreta. Era una mezcla casi perfecta de Matt Boomer y James Franco. Al parecer, médico en uno de los hospitales más prestigiosos de la ciudad —así constaba en su tarjeta—. Le gustó la mueca de su boca mientras conducía. Le gustó el cabello que le caía, descuidado, en la sien, y se sintió tentada a tocarlo.

—Vivo lejos, no quisiera hacerte perder el tiempo —dijo tratando de recomponerse.

—Da igual, ahora no tengo nada que hacer. —Parecía conocer bien la ciudad, se le veía muy seguro—. Si no tienes prisa, podemos ir a tomar algo por ahí.

—Llevarme a casa es suficiente. Por cierto, gracias por el teléfono. Es precioso y te ha debido de costar un montón. Creo que me lo quedaré.—¿No era la camarera de Starbucks más desvergonzada de New York? Samuel sonrió satisfecho.

Llegaron por fin a Alphabet City. Samuel detuvo el coche y apagó el motor. Se giró hacia Norah y la contempló en la penumbra. Una tensión que podía tocarse se instaló entre ambos, mientras se observaban sin disimulo.

—Gracias por todo —dijo ella rompiendo el silencio.

Él tragó en seco antes de soltar lo que llevaba quemándole en la garganta todo el día:

—Norah... ¿Tomarías algo conmigo esta semana? ¿Una copa, un café, unas almendras saladas?

—No.

—Estás muy ocupada, claro. Todos tenemos una vida por ahí.

—No es eso. Esto es un poco precipitado.

—Para mí también, pero tiene sentido.

—¿Cuál?

—Tú tienes sentido, y eso me basta. ¿Quieres que me baje del coche y me ponga de rodillas otra vez?

—No hace falta, acepto tus almendras saladas.

—Gracias. ¿Qué te parece este miércoles aquí mismo?

—Un poco precipitado...

—Pero tiene sentido.

—Sí —dijo sonriendo ante aquel diálogo un poco absurdo que sostenían.

—Adiós, entonces.

—Adiós.

Era la primera vez en seis meses que Norah Miller no rehuía la proximidad de un hombre. Por un instante, un trocito de tiempo detenido dentro de aquel coche, dejó de pensar en las pesadillas que le atormentaban muchas noches. Se bajó del vehículo antes de arrepentirse.



Soy un hombre con suerte. Hoy me levanté con la determinación de buscar a la mujer sin nombre y lo conseguí a la primera. Salí temprano de casa y fui a comprar un teléfono para ella; quería disculparme por lo de anoche y quería hacerlo bien. La dependienta me guiñó un ojo a la vez que envolvía en papel de regalo la caja del teléfono. En cuanto entré en el Starbucks y la vi, me sudaron las manos como la noche anterior. Bendita suerte de ciudad loca, que me permitió acertar con el primer mostrador en el que me fijé. Me calé la gorra hasta los ojos y crucé el establecimiento para hablarle.

Me costó convencerla para que se sentase unos minutos conmigo y estuve tentado, camino a la mesa, de poner la mano en la parte baja de su espalda para acariciar aquel trasero perfecto que se marcaba debajo del insulso uniforme. No fui capaz de sostener el café que nos trajo su compañera porque temí hacer un papelazo derramando el líquido caliente sobre la mesa. Hacía mucho que ninguna mujer me provocaba estas cosas, hacía mucho que no sentía tantas emociones a flor de piel luchando por salir, que no me excitaba con la cercanía de alguien.

Aquello me desconcertaba, porque, ¿quién era ella? Solo un nombre de pila que pronunció casi a hurtadillas y que sonó a música. Estaba tensa, jugueteaba con sus dedos de manera nerviosa, un poco a la defensiva. No cayó rendida a mis pies cuando puse el regalo sobre la mesa, tampoco esperaba que lo hiciera, incluso creo que se ofendió un poco al ver el logo de la manzana mordida sobre el blanco del teléfono.

No sé qué pasaba por su cabeza, pero no quería aceptarlo. La vi por el rabillo del ojo estudiar mi cara y eso me gustó; al menos no había salido corriendo como la noche anterior. Era un avance. Antes de abandonar la

cafetería convencí a su rubia compañera para que me dijese a qué hora terminaban el turno. Ella me respondió sin titubeos, muy coqueta.

Esa noche, cuando la vi despedirse de sus compañeros de trabajo, parecía otra. El uniforme del Starbucks no le hace justicia. Aquellos vaqueros ajustados en la curvatura del trasero son un desafío para cualquiera. Me tensé bajo mi pantalón del traje, pero logré respirar varias veces para que no lo notase. No sería normal, ni sensato, ni decoroso, presentarme delante de ella y pedirle acompañarla a casa con una erección de campeonato.

!!!!Joder!!!!Me arrodillé en plena 9na Avenida hasta que ella accedió a subir al coche como si estuviese proponiéndole matrimonio, y no me importó. Se me desbocó el corazón cuando la vi sonreír más calmada. Me dijo no a la propuesta de tomar algo aquella noche; aunque me decepcionó en un inicio, no me extrañaba. ¿Pero quién deja escapar a una mujer como ella? Insistí y la convencí con justificaciones absurdas. Casi salté en el asiento cuando, entre risas, dijo que sí. ¡¡Dios!!!Qué boca, qué ojos preciosos que se perdían en aquella cara perfecta; y yo... tan patético; con treinta y ocho años y portándome como un crío. Ni en los primeros tiempos de matrimonio me sentí así, ni Sophie me excitaba desnuda como me hacía sentir Norah con aquellos vaqueros desgastados. La imaginé en mi cama, perdiéndome en el vaivén de sus piernas, y se me humedeció el paladar. Dios...hacía veinte putos minutos que la conocía y ya me sentía así...muy mal. Samuel, ese camino no es el que debes tomar, eso no es lo que se espera de ti y bla, bla, bla. Puta conciencia que aparece cuando no la necesito. Miércoles a las 9:30, en ese mismo portal por el que acaba de desaparecer. Me dan igual todos los ajustes que tenga que hacer en el hospital.

Norah, Norah, Norah Miller, eres rara, indescifrable, hablas español con descaro y pareces americana de pura cepa. Tienes unos ojos preciosos y un cuerpo de escándalo... Estoy seguro de que hay muchas cosas que descubrir detrás de ese carácter esquivo y esa aparente frialdad, ya veremos.

Capítulo 3

¿Y si digo que sí?

El miércoles por la mañana Norah estaba feliz. Como excepción, se había levantado mucho antes que Marcia. Empezaba a tener razones para despertarse, para trastear en la cocina, demorarse delante del espejo, pintarse las uñas de manera coqueta; por ejemplo, dos noches sin pesadillas y una cita con un oftalmólogo de New York. Mientras preparaba el café, tarareaba a Kelly Clarkson y su “Because of you”.

Cuando salió de la habitación, Marcia sorprendió a Norah moviendo las caderas en la cocina.

—¿Cómo se llama? —Norah se asustó y se ruborizó en un segundo.

—¡Qué susto! ¿A qué te refieres?

—Veamos, Norah Miller. No te parí, pero soy casi como tu madre. —Norah dejó la cafetera y se sentó en un taburete—. Hace falta una música especial para que una mujer mueva así sus caderas. ¿Me cuentas?

—Tengo una cita.

—¿Cita cita?

—Algo así. Esta noche saldré con alguien a tomar una copa.

—Cita es, muchacha. —Se acercó a la sobrina y la abrazó—. ¿Es guapo?

—Mmmm...es algo más que eso.

—No quiero detalles...por ahora. Diviértete y cuando quieras nos sentamos a hablar.

—No tengo secretos contigo, ya lo sabes. Eres una incondicional.

Se bajó de un salto y fue a buscar otro taburete. Le habló de Samuel Moore, de sus manos, de su olor a lavanda, de aquella locura transitoria de ponerse de rodillas en la Novena, de sus labios *sexis*, de su mueca varonil mientras conducía, de sus ojos azules intensos. A Marcía no le importaba que fuera guapo o feo, o tal vez sí, pero siempre por detrás de las otras importancias. Quería a su Norah feliz, nada menos que eso. Seis meses después de su llegada, en medio de la oscuridad que se trajo de España, brillaba una luz por primera vez.

En el trabajo, Kalya se pasó los turnos siguientes importunando a Norah a propósito de Samuel. No podía creer que aquella chica prudente, reservada,

incluso timorata, pudiera cambiar de la noche a la mañana como una superheroína de cómic. Definitivamente: esa no era la Norah de siempre —sonriente, abierta, divertida, a la que le brillaban los ojos—. Entre pregunta y pregunta, Kalya le contó cómo las chicas del Starbucks fueron perdiendo las bragas una a una, y que ella misma estuvo a un tris de quitarse las suyas y metérselas a Samuel en un bolsillo.

—¡No sé si quiero saber eso, Kalya!

—Norah, ¡despierta! Todas estas —señaló a las compañeras —se raparían la cabeza por tomar una copa con un tío así. ¿Pero le has mirado bien? Dios, qué ojos, Norah, qué cara, qué manos.

—¿Te has fijado también en sus manos? —preguntó Norah, escandalizada.

—En sus manos, en cómo huele... ¿No es modelo por casualidad? Porque joder, parece salido de una revista.

—Pues no... en realidad es oftalmólogo en el Mount Sinaí —dijo tratando de restar importancia a sus palabras, aunque intuía que eso no iba a frenar la curiosidad de Kalya.

—¡Para, para! —Algunos clientes sonrieron ante su gesto de actriz a punto de desmayarse frente a la cámara—. Lo tiene todo: es guapo hasta decir basta, con un trabajo estupendo, viene a verte para regalarte un teléfono último modelo como disculpa por casi atropellarte, y te acompaña a casa después... Norah... ¿Qué más me ocultas?

—Loca —dijo, divertida, sin entrar en más detalles.

Norah cambió su turno y salió más temprano de lo habitual. Al llegar a casa, corrió hasta el armario y rebuscó entre sus cosas con una excitación que solo tres días antes le hubiera parecido imposible. No tenía tiempo de pensar ni de recordar, solo de vivir. Eligió una camisa blanca de tejido liviano y manga larga que llevaba un lazo negro en el cuello, a la manera de Chanel, solo que la suya era de una tienda normal y corriente. Se decidió por unos pantalones pitillos negros y cortos, y por unos estilettos de *Jimmy Choo*, capricho que se había dado en un momento de bajón, y que juró no repetir nunca. Se duchó con calma, sin plazos. Tenía que preparar su cuerpo para encontrarse con alguien que le provocaba emociones para las que aún no tenía nombre. Luego repasó la manicura y se depiló las cejas, recogió el cabello en un moño de bailarina no demasiado tirante, y se maquilló muy suave. Cuando a punto estaba de salir del baño, reparó en su barra de carmín para momentos especiales; sin pensárselo dos veces, cubrió de rojo sus carnosos labios.

Marcia silbó al verla con aquellos taconazos para pisar hombres, con aquellos labios de fruta roja para matarlos después de bien pisados. Parecía otra. Coqueta, brillante, moviendo las caderas con el repiqueteo de sus tacones de aguja. Una mujer entre todas las mujeres, su niña. Por fin, España comenzaba a quedar muy lejos.

—Estoy nerviosa, tía.

—No te preocupes, son otros los que tienen que ponerse nerviosos.

—Ya veremos...

—Lo tengo delante, cariño, no hay más que ver.

—Gracias.

—Dame un beso y adelante. Pásatelo bien.

—Adiós, tía.

—Adiós, preciosa.

Samuel la esperaba a las 9:30 fuera del portal. Cuando ella lo vio, se acercó resplandeciente y ruborizada, muy nerviosa. Sin quererlo, asintió con la cabeza mientras abría la puerta. Era el hombre más guapo del mundo; llevaba traje como la última vez, pero negro profundo, fresco y ligero. La corbata italiana a juego le daba un aire juvenil y sofisticado. El coche, aparcado delante del edificio, parecía recién salido de fábrica. Al ver a Norah, él se pasó la mano por el cabello y recorrió la distancia que los separaba. Permanecieron mirándose a los ojos sin saber qué decir. Samuel se inclinó y la besó en la mejilla demorándose más de lo socialmente establecido para la primera cita. Tomó su mano y caminó con ella hasta el coche.

—Estás preciosa —le dijo con un nudo en la garganta mientras abría la puerta; estaba tan cerca que ella se estremeció al sentir su aliento en el oído.

—Gracias, tú también.

—¿Preciosa? —Se rieron los dos.

Después de cerrar su puerta, Samuel dio la vuelta y se puso al volante. Cuando se abrocharon el cinturón ya sonaba "You don't own me", de Grace. Norah enarcó una ceja pensando en lo apropiada que era para describir su pasada vida.

—¿Te gusta esta canción?

—Me encanta —mintió—. ¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa.

—No sé si me gustan las sorpresas.

—Esta sí, te lo prometo.

Veinte minutos después, llegaban al hotel The James. Norah miró la

fachada y a Samuel, a Samuel y la fachada, incrédula. Nunca se lleva a una chica a un hotel en el primer encuentro, es de mal gusto. Samuel, sin embargo, parecía haber calculado el efecto. Se puso muy serio, se inclinó hacia Norah, le tomó la mano y besó sus dedos.

—No es lo que piensas, nena.

—No pienso nada —dijo, seca.

—Me encanta ese carácter, te lo juro —Norah cada vez entendía menos—. Concédeme un par de minutos y luego podrás abofetearme si me lo merezco.

—Tú mismo.

Descendió del coche y ayudó a Norah tendiéndole una mano. Un aparcacoches se acercó a la carrera y agarró las llaves lanzadas por Samuel. Si Norah hubiera prestado más atención a las charlas de Kalya sobre salidas nocturnas, habría sabido que estaban a punto de entrar en el "Jimmy", uno de los bares de moda en el SoHo. Sofisticado y discreto, con clientela selecta y sin aglomeraciones. Uno de esos sitios donde llegar más tarde de las 9 p.m., y encontrar mesa era toda una proeza. Atravesaron las puertas acristaladas de la recepción y fueron directos al ascensor, que en un segundo se llenó con dos parejas más. Samuel se pegó a Norah y le colocó una mano en el hueco de la espalda, justo por encima de las nalgas, pero sin tocarlas. La piel le ardía, el vello se erizaba por impulsos eléctricos. Para Norah, el ascenso duró demasiado.

Cuando se abrieron las puertas, estaban delante de un bar en la planta 18. Solo entonces comprendió Norah dónde le había traído Samuel y qué no venían a hacer allí. Se sintió estúpida y halagada. Mesas bajas con forma de barril, una barra iluminada con lámparas modernas y redondas, un ambiente íntimo para murmullos y confidencias: el "Jimmy". Samuel la guio a la terraza rozando la parte baja de su espalda; antes de salir, la tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Norah no se apartó, se sentía cómoda, confiada en aquel ambiente, dejándose llevar por un hombre al que apenas conocía.

La terraza estaba llena y los camareros se movían por ella sorteando a los clientes. Algunas personas no habían perdido el tiempo y ya chapoteaban en la piscina central. El resto, parejas y grupos, sobre todo, se distribuían en torno a las mesas y pufs desde donde podían ver el cielo nunca estrellado de New York. Ocuparon dos sillas sin respaldo en una de las mesas altas junto a una barandilla de cristales. Norah protegía el recogido de su pelo de los golpes de viento, aunque no evitó que algunos rizos cayeran sobre su cara.

Samuel tomó uno de ellos, recorrió toda su extensión solo con dos dedos y lo colocó con delicadeza detrás de su oreja.

—Gracias —susurró Norah, sin mirarle.

—Gracias —susurró Samuel sin separar sus ojos de ella.

Un camarero se acercó y tomó nota de dos combinados especiales de la casa, que desaparecieron pronto aclarando las gargantas de ambos. Ella bajó de la silla y se quedó absorta observando los bloques iluminados, la luna velada entre nubes. Samuel se acercó por detrás y frotó suavemente sus brazos. A pesar de ser agosto, la noche y la altura refrescaban el aire.

—Bueno —dijo Norah, mirando todavía el cielo—, supongo que ahora vienen las preguntas incómodas.

—Qué mal suena eso.

—Incómodas, protocolarias, como prefieras. De dónde eres...en qué trabajas...cuál es tu color favorito...

—De New York, soy oftalmólogo, el verde de tus ojos.—Norah rio y se giró hasta quedar frente a él—. Además, vamos adelantados con esas preguntas. Ya sabemos lo que hace cada uno.

—¿Y de qué hablamos? ¿Del tornillo suelto que tienes en la cabeza o de esa manía de ir por ahí regalando teléfonos a las chicas? —La carcajada de él atrajo las miradas de algunos clientes.

—Te juro que nadie me había dicho nunca semejantes lindezas. Contigo todo ha sido tan...raro.

—¿Ahora soy rara?

—No, tú eres preciosa.

—¿Me has traído aquí para castigarme? —Norah puso su gesto especial de pantera mansa, dejó caer sus pestañas de manera coqueta; Samuel la miró con vértigo, excitado.

—No lo recuerdo bien, creo que te traje porque me gustas mucho. Deslenguada, pero encantadora.

El camarero llegó con el segundo pedido de bebidas y volvieron a sus asientos. Después de unos sorbos, hechizados por la noche neoyorkina, ambos se sentían más relajados. Samuel quiso saber por qué hablaba tan bien el castellano.

—Por lo menos cuando te cabreas, nena.

—Tú me cabreaste, no lo olvides —le dijo señalándolo con un dedo mientras sostenía una copa en su pequeña mano.

La madre de Norah era española. Su infancia había transcurrido entre New

York y Sevilla, de avión en avión.

—Aquella noche no entendí nada de lo que decías, pero pronunciabas tan bien, tan *sexy*... —Rozó con los dedos la mejilla de Norah, luego le tomó la mano y besó despacio sus nudillos.

—Y porque no sé chino...

Samuel era el mediano de tres hermanos, el primero de su familia que se dedicaba a la medicina. Aunque podría haber trabajado en la empresa familiar, nunca se sintió atraído por los negocios. No le gustaba reunirse durante horas para hablar de balances y márgenes de beneficio.

—Un día decidí hacerme médico, y creo que es la elección más acertada que he tomado nunca. Me gusta saber que sirvo para algo, Norah, algo auténtico que ayuda a la gente.

—¿Y tu familia? ¿Cómo les sentó tener un médico en casa?

—Bueno, supongo que ya se han acostumbrado.

Samuel calló encogiéndose de hombros y ella decidió cambiar de tema.

—¿Vienes mucho por aquí?

—¿Por el "Jimmy"? Apenas. Antes sí, todas las semanas, pero creo que últimamente paso demasiado tiempo entre la clínica y el hospital. Me siento... ¿cómo decirlo?

—Oxidado.

—Oxidado de la cabeza a los pies, gracias.

—De nada —respondió Norah. Casi sin darse cuenta, aquella se estaba convirtiendo en la noche más especial de los últimos años, tal vez de toda su vida. Se sentía transformada, oxidada también a su manera—. Pensarás que soy un poco paranoica, pero desde que hemos entrado aquí tengo la sensación de que la gente nos observa... y murmuran.

—Es por ti, nena. Alguien como tú nunca pasa desapercibido. —Norah abrió los ojos, incrédula—. En medio de una multitud, yo también te observaría.

Norah se disculpó, necesitaba ir al baño. Aquella conversación estaba yendo demasiado lejos, y ella quería ir también. Que eso fuera bueno o malo, era algo que tenía que decidir haciendo un pis con la puerta bien cerrada.

Samuel la contempló mientras abandonaba la terraza. Sus caderas se movían muy sensuales, y su mirada se cruzó con otras miradas curiosas, codiciosas. Esa noche, por primera vez en muchos meses, se sentía feliz, aunque tenía que respirar hondo porque estar con ella le apretaba el pecho y lo ponía tenso. Él también, como Norah, se había percatado de que lo

reconocían al pasar, pero él no era su hermano Ben. No era uno de los solteros de oro de Nueva York, ni tenía un círculo de amigos que lo acompañaban en las fiestas. Era un Moore, sí, pero a su manera.

La vio regresar abriéndose paso entre la gente, sonaba Pitbull con "The baddest girl in town". Norah acentuaba el movimiento de sus caderas al ritmo de la música. Se asfixiaba, todo le daba lo mismo. Se levantó de repente, se acercó a su encuentro, y sin pedirle permiso, se pegó a su espalda. Ella se detuvo al sentirlo, sorprendida y derretida a la vez, pero le siguió el juego. Extendió sus brazos por encima de la cabeza y le acarició el cabello. Resultaba imposible obviar la excitación de él pegada a sus riñones, pero la música sonaba y no podía parar. Samuel la cogió de las caderas y la guio siguiendo el ritmo. No era un gran bailarín, y aquella música tampoco le gustaba especialmente, pero las luces estaban bajas y Pitbull cantaba "*no hay nadie que se mueva como ella, la gente me dice que hasta un ciego puede verla, this girl is like ooh my god...mira, mira esa chica está que quema*". Y ella le quemaba mucho. Se inclinó despacio sobre Norah y besó su oreja; luego, poco a poco, fue bajando por el cuello. Norah dejó caer su cabeza hacia atrás para ayudarle, se le escapó un jadeo *¡ooh my god!*

—Eres una caja de sorpresas, Samuel.

—Te doy las sorpresas y hasta la caja.

Norah giró sobre sus tacones infinitos y tomó la cara de él entre sus manos hasta estar tan cerca de su boca que fue imposible pensar en otra cosa. Sintió cómo tensaba su mandíbula y la relajaba en un segundo, cómo su lengua se abría paso en la boca de él, cómo se mezclaban las salivas, primero despacio, de manera discreta e indecisa, pero luego acelerándose todo como panteras salvajes en las fauces de un Pitbull. Se comieron la boca con desesperación, como si hubiesen estado esperando esto desde el principio de los tiempos.

—Déjame quererte... esta noche... solo que suceda... —dijo él en un jadeo desesperado al separar su boca de la de ella.

Ella asintió. Hundió su cabeza en el pecho de él y aspiró su olor. Samuel tomó sus manos y besó los nudillos en un leitmotiv que no acababa nunca. Tiró de ella con suavidad y abandonaron la terraza.

Capítulo 4

Desnudando nuestros cuerpos

Samuel no dejó de mirarme hasta que llegamos al ascensor. Íbamos cogidos de la mano. Recuerdo los ojos de asombro del barman, que intentaba despedirnos saludando con una mano, mientras cerraba la otra con la mejor propina de su vida dentro. Como en la subida, la bajada en el ascensor fue dos minutos en el camarote de los hermanos Marx. Lo agradecí. No sé qué hubiera pasado de estar solos tal como íbamos. Samuel pasó un brazo por encima de mi hombro y jugueteó con mis cabellos. Sonreía divertido, pero no dijo una palabra. Parecía un chico malo con el pelo revuelto. En realidad, nadie abrió la boca entonces; todos éramos Harpo allí dentro. En uno de aquellos interminables segundos, mi chico flexionó sus piernas para quedar casi a mi altura, pegados como estábamos a la pared-espejo de aquella caja de metal. También yo parecía una chica mala con el pelo revuelto. Quinceañeros los dos, escapados en su primera cita. Me besó el lóbulo de la oreja y entrelazamos los dedos sobre mi hombro.

—Eres preciosa. —Aquel ronroneo provocó que mis piernas se cerrasen con fuerza para aliviar la presión.

Salimos a la calle. No sé cómo pudo saberlo, pero el aparcacoches ya nos esperaba con las llaves listas en su mano.

—¿Adónde me llevas? —pregunté dentro del vehículo, excitada—. Solo tengo una tarjeta con tu nombre, podrías hacerme cualquier cosa.

—Cualquier cosa no, mi vida. Todas las cosas.

—¿Y si eres un pirado de verdad? —No podía controlarme, ¡todo era tan intenso!—. No me gustaría amanecer tirada en un callejón con la boca llena de hormigas y en alguna pose imposible.

—¿Estás nerviosa o borracha, Norah?

—Creo que las tres cosas.

Nos reímos como niños, pero ni eso me tranquilizó. Desear a un hombre que te desea en silencio, sin nervios, es toda una tortura. No sabes si es autocontrol o frialdad, si se abalanzará sobre ti o te llevará a casa despidiéndote con un apretón de manos. Samuel mezclaba cosas en mi interior, y yo no podía separarlas. Dejó caer su mano sobre mi pierna presionándola, de vuelta a la tierra.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido nunca, la más deseable, y no pienso dejarte en ningún callejón con las hormigas. —La frase le había salido de un tirón, su pecho subía y bajaba deprisa—. No te conozco y ya te necesito, nena.

Las calles estaban abarrotadas, aún era temprano. Siempre es temprano en Manhattan. Samuel no volvió a quitar la mano de mi pierna, y yo premíe su constancia poniendo la mía sobre la suya. Atrapó mis dedos y los acarició despacio, muy despacio. El color de nuestras pieles contrastaba en la penumbra del coche, aunque “a veces” alguna luz de fuera —un encarnado neón, un amarillo neutro de semáforo— alteraba y trucaba el efecto. Samuel hablaba poco, concentrado en sortear el tráfico con una sola mano al volante. No le era fácil hacer algunos giros, pero él no apartaba su mano de mi muslo, lo apretaba, o ascendía y descendía sobre él. Aquel movimiento me hacía sentir...cosas.

Entramos a toda prisa en el parquin de un edificio de apartamentos, uno de los muchos —macizos, vertiginosos— que pueblan esta ciudad. ¿A su casa? No tuve tiempo de responder la pregunta. Apenas descendí del coche, Samuel ya lo había rodeado y me aprisionaba entre la puerta y su cuerpo. Nos besamos con deseo, con furia, como panteras recién devueltas a la selva. Una boca buscaba otra boca. Él mordió mis labios tirando suavemente del superior. Abrazados, despegó mis pies del suelo y yo, en un gesto involuntario, subí mis piernas para rodearlo. Samuel sonrió entre mis labios, aseguró el peso tomándome por las nalgas y se pegó aún más a mí. Sentía su miembro abultado debajo del pantalón haciendo presión sobre el mío, el calor era brutal. Encajábamos como piezas, como engranajes.

—Me vas a matar, nena.

—¿Es por mi peso?

—Es por tu boca.

Cerró el coche con el mando a distancia y buscamos el ascensor. Entramos besándonos y él volvió a alzarme unos centímetros, luego me soltó y se echó hacia atrás. Al tiempo que apretaba una tecla del panel, aflojó el nudo de su corbata y la sacó por la cabeza, antes de meterla en uno de los bolsillos del pantalón. Subíamos. Sin dejar de mirarme, desabrochó los primeros botones de su camisa; yo sonreía nerviosa lamiendo mi labio inferior. ¿Era un ascensor en realidad, seguíamos aún en la Tierra? Tampoco entonces tuve tiempo para responderme: las puertas acababan de abrirse. Temerosa de encontrar a alguien, tal vez aplomada por el vértigo,

me quedé parada unos segundos, indecisa. Samuel tiró de mí con suavidad y me sacó a un largo corredor luminoso y blanco al que solo daban tres puertas. De donde yo vengo, cada planta suele tener de cinco a diez apartamentos, y pasillos interminables con poca luz. Samuel ignoraba mis sensaciones, lo ignoraba todo. Sacó las llaves del bolsillo, cogió mi mano y me sonrió, canalla.

No habíamos acabado de entrar y ya estábamos enredados. Brazos, piernas, labios, lenguas. Me aupó sobre sus caderas y yo enredé mis piernas en su cuerpo como si fuese lo más natural del mundo. Sentía su erección presionando contra las costuras de mi pantalón, del suyo, rozándose peligrosamente. Atravesamos así el interior del apartamento como si bailáramos, subimos unas escaleras y llegamos a la habitación. Me dejó en el suelo y manipuló un panel en la pared; comenzó a sonar una canción al volumen exacto, bajó la luz a la exacta penumbra de los amantes; no había vuelta de hoja. Cristina Aguilera y Great Big World cantaban "Saysomething". Mi cabeza volaba con las manos de Samuel recorriendo despacio mi cuerpo, desabrochándome uno a uno los botones de la camisa; mi corazón parecía desbocarse dentro de mi pecho. Lo sentí respirar, maldecir y suspirar en un único y extraño sonido que repetía una y otra vez mientras observaba mis pechos grandes recogidos, desbordados, erizados. Me sentí cohibida dentro de aquel conjunto blanco de Victoria'sSecret de mi anterior cumpleaños y que no había estrenado aún. Soltó mi sujetador, lo retiró dejándolo caer, yo me cubrí con las manos.

—No, por favor, Norah, ya no puedo respirar.

Me tomó por las nalgas y me acercó a la cama, él seguía vestido. Su olor... Enterré mi cabeza en su cuello buscándolo. Se zafó y descendió hasta que su boca estuvo a la altura de mis pechos, los besó, lamió mis pezones endurecidos, sopló sobre ellos elevando mi excitación a otros niveles y yo creí deshacerme con aquellas caricias. Hundí mis dedos entre su cabello revuelto y cerré los ojos para disfrutar de cada movimiento, que me catapultaban a otro mundo. Con un dedo trazó círculos sobre mis pechos, y los círculos crecieron, arraigaron como surcos, crecieron hasta mi ombligo, crecieron tanto que se convirtieron en un punto a través de mi pantalón, alrededor de mi sexo que ya era una ola, totalmente humedecido. Llevaba tanto tiempo sin estar con nadie que sentí que acabaría corriéndome en tres segundos, en dos, en uno, pero fue contarlos y no querer que aquello terminase jamás. Excitada, tanto que solo deseaba una cosa, esa única cosa

dentro de mí y después morir.

Traté de quitarle la camisa y me sentí tan torpe que él sonrió al ver mis manos luchando con los botones. Se incorporó, se la quitó sin yo saber cómo y desapareció de mi vista por detrás de su cabeza. Igual suerte corrió su pantalón, sus zapatos, sus calcetines, y allí estaba aquel bóxer negro, jodido Armani, divina erección que ya me dolía de solo verla. Me devoró con la mirada; supongo que yo solo era una chica medio desnuda, despeinada, un poco sucia, pero a él debía de gustarle y excitarle, y eso me excitaba a mí. Comencé a desabotonar la cinturilla de mi pantalón, pero él terminó mi comienzo, deslizó el pantalón recorriendo con sus dedos la curva de mis caderas, de mis nalgas, la extensión de mis piernas —lento y tortuoso—. Me quitó los zapatos y yo junté las rodillas sin querer, se abrió paso entre mis piernas separándolas despacio, me besó en la boca con un sabor que ya conocía; y mientras sus manos eran círculos en mis bragas de almizcle, no dejó de torturarme con su lengua. Samuel besaba con hambre, nunca me habían besado con tanto ímpetu, con toda la boca y con todo el cuerpo. Sentí su miembro duro presionando contra mi muslo, yo palpitaba de gusto y excitación. Sentí colarse sus dedos por un lateral de mis bragas, yo me arqueé buscando el encuentro, un contacto para aliviar tensión, para correrme. Entró un dedo en mí, dejó de besarme y observó mis ojos antes de cerrarse. Su pene seguía presionado contra mi cuerpo, mi cadera, trazando embates imaginarios. Abrí las piernas y lo incité a presionar, pero él hundió más el dedo, lo curvó hasta arrancarme un gemido. Entonces toqué su pene por encima del bóxer; pude sentir las venas, su palpito, la humedad que se notaba sobre la tela de su ropa interior. Él negó con la cabeza.

—Si sigues, me corro ya.

Y aquella voz tan sexy, tan profunda, me hizo negar a mí también, quería más. Juntó su mano con la mía y la dejó atrapada contra el colchón por encima de mi cabeza. Con la otra sumó un dedo dentro de mi vagina. Delicia insoportable: mi cuerpo se tensó, cerré los ojos, sentí las braguitas deslizarse por mis caderas; en un instante, mis piernas quedaron suspendidas en sus hombros y mi sexo, ingrávido, a la altura de su boca.

—No, por favor —dije en un jadeo, pero no hice nada por detenerle

Lo recorrió con su lengua: pliegues y clitoris, gemí, me retorcí y todo se ablandó de repente, todo se fue con aquel orgasmo brutal de colegiala. El conteo regresivo no me sirvió de nada, ni el autocontrol, ni el hecho de saber que un hombre casi desconocido lamía con dedicación cada parte íntima de

mi cuerpo. Me tapé los ojos envuelta en una nube de vergüenza y placer sin atreverme a mirarle de frente.

—Quiero muchos de esos esta noche...y quiero verte la cara cuando eso suceda; no te cubras, por favor.

Samuel se levantó, le oí revolver en algún cajón, rasgar un papel: no tuve tiempo para más. Con el condón puesto, se introdujo en mí, primero despacio, como buscando un resquicio; detenido después unos segundos para hacerse a mi perímetro exacto, a mi longitud. Una punzada de dolor hizo eco en mi estómago, cambió mi rostro. Demasiado tiempo dándome placer a mí misma en soledad. Se detuvo pidiendo permiso con la mirada. Asentí y volvió a moverse, pero esta vez llegando a los rincones más profundos de mi ser.

—Quiero sentir cómo tu cuerpo vibra cuando te corres, quiero que grites de placer sin que te sientas cohibida. Lo quiero todo, nena.

Aquellas palabras me encendieron, comenzábamos a poner música al colchón. Los movimientos se hicieron constantes, como el ritmo que ordena el caos para acoplarnos los dos, volvernos una bestia de dos cabezas, de dos pensamientos, de dos laringes, pero de un solo cuerpo, sin saber dónde empezaba y terminaba cada uno, de quién eran las manos y los besos, quién mordía, quién suspiraba.

—No puedo más —logré decir, al borde del abismo.

—Yo tampoco; córrete, nena.

Y yo deslicé los dedos hacia mi clítoris endurecido; con el primer roce, otro orgasmo demoledor. Él empujó más fuerte hundiéndome en el colchón; un par de empujones profundos y se corrió entre jadeos y palabras que ninguno se preocupó por traducir a algún idioma terrenal, no hacía falta.

Yo me sentía en una nube y él tenía ojos vidriosos, la frente cubierta de sudor. Bombeaban nuestros corazones. Salió de mí dejando un vacío casi doloroso y una estela de humedad. Se quitó el preservativo, lo anudó y lo dejó sobre la mesita. ¿Qué venía ahora? ¿Me daba la vuelta, recogía mis cosas y me marchaba? A mucha gente no le gusta compartir esos momentos de después, se sienten sucios o vulnerables. No sabía qué hacer. Pero Samuel parecía saberlo bien, como si leyera mi mente. Me acomodó sobre su regazo, acarició la parte de mí que quedaba a su alcance, me besó la frente.

—No sé en qué momento de la noche se me fue por completo la cabeza.

—No importa, el cambio ha sido para mejor.

—Muchísimo mejor.

—Creo que ya no necesito excusas para invitarte otra vez.

—¿Seguro? Con las mujeres nunca se sabe...

—Seguro. Me pasaré por el café y te echaré sobre mis hombros.

—¡No te atreverás! Eso sería más propio de un hombre de las cavernas.

No te veo en ese papel.

—Todos los hombres vivimos mentalmente en cavernas. Cuenta con ello. Esto se repite sí o sí.

Samuel me besó y entrelazó sus dedos con los míos. Me observaba. Nuestros cuerpos desnudos parecían una fotografía en blanco y negro, puro contraste.

—Quédate, por favor —me suplicó—. Yo te llevo mañana, pero quédate esta noche.

Sentí que todo aquello podría desvanecerse de un momento a otro. Estaba cansada, completa, ¿para qué resistirme? Quería estar ahí, a su lado. Simplemente, olvidé que no era tan fácil.

Capítulo 5

Desnudando nuestras almas

Se durmieron abrazados uno en el otro. La música había dejado de sonar, las sábanas estaban revueltas y ellos enredados entre tela y piel, blanco y negro. Samuel la sintió revolverse en el colchón; sin embargo, aunque giraba la cabeza y pateaba, aunque cerraba los puños y articulaba palabras en español, seguía dormida. Al principio pensó que estaba soñando y que de un momento a otro se le pasaría, pero los movimientos se aceleraron y se volvieron más violentos; sus puños se cerraron todavía más, hasta sonarle los huesos. Samuel se puso de rodillas en la cama para despertarla, pero Norah ya daba manotazos en el aire como si quisiera quitarse algo de encima.

—¡No! ¡Déjame! ¡Te lo suplico!—gritó de manera desgarradora.

—¡Eh, nena! ¡Estoy aquí! ¿Norah?

Tuvo que llamarla dos veces más, sujetarle los hombros con dulzura. Norah despertó y se sentó como impulsada por un resorte. Jadeaba, temblaba, se ahogaba porque el aire de la habitación no llegaba a sus pulmones. Miró a Samuel con los ojos muy abiertos y se levantó de la cama de un salto.

—Tranquila, chica —susurró él, desconcertado—. Espera, no pasa nada. Solo ha sido una pesadilla, quédate.

—¡No puedo! ¡Por Dios que no puedo!

Miraba a su alrededor y no parecía comprender dónde ni con quién estaba. Desorientada del todo. La mirada se le nubló con las primeras lágrimas, caminaba en círculos por la habitación buscando su ropa, y eso parecía desesperarla aún más. Samuel bajó de la cama y la abrazó por detrás, y mientras acariciaba su pelo revuelto, tiró de la sábana para cubrirla. Girándose hacia él, Norah se escondió en su pecho y rompió a llorar.

—¿Te pasa a menudo? —Ella asintió sin mirarlo—. ¿Quieres hablar de ello?

Norah negó con la cabeza, esforzándose en tragar las lágrimas que no podía contener. Samuel tiró de ella para devolverla a la cama. Acarició sus rizos y secó su rostro con las manos. A pesar de los ojos hinchados con restos de maquillaje, de la nariz enrojecida, de los labios cerrados en una difícil mueca, era bella. Su cara pequeña y sus ojos verdes, su dolor, el deseo impregnado en su boca: era la mujer más bella del mundo.

—Todos tenemos un pasado, nena, todos cargamos con cosas que no

podemos quitarnos de encima.

—Perdóname, no debí quedarme a dormir. Tú... no deberías verme así. Me tengo que ir.

—No te vayas, por favor. ¿No vamos a pasar ninguna noche juntos por una pesadilla?

—¿Más noches, Samuel? ¿Crees de verdad que esto es viable? —dijo endureciendo el tono.

—¿Viable? No, no lo creo —dijo tratando de parecer sarcástico—. Es intenso, apasionado, liberador, maravilloso...pero viable no.

—Eres un tonto. —Besó a Samuel, vuelta de nuevo a su ser—. Ha sido todo eso y algo más que no tiene nombre. Pero no sé...tú y yo...joder, qué difícil.

—Lo complicas demasiado, Norah. Me gustas muchísimo, y creo que yo te gusto a ti. ¿Qué hay de malo en eso?

—Por Dios, Samuel, ¿te has mirado al espejo? Pareces sacado de un anuncio de perfumería. Vives en un piso en pleno Manhattan que no podría permitirme ni en sueños, y además eres médico en un hospital de prestigio. Los hombres como tú... las mujeres como yo... —dijo nerviosa.

—Las mujeres como tú son las que mueven el mundo, las que siempre lo han movido. —Samuel se levantó y anduvo hasta la barandilla de la habitación; debajo, una tenue claridad entraba por los ventanales del salón—. En cuanto a los hombres como yo... Tengo un horario de mierda en el trabajo, tengo una familia más que particular, y algunos asuntos pendientes que llevo a cuestas. Y no, no me han sacado de ningún anuncio de colonias.

Norah se acercó a él envuelta en la sábana, lo abrazó por detrás y lo besó despacio mientras acariciaba la cinturilla de su ropa interior.

—Tendrías que hacer cosas muy malas para cambiar la imagen que tengo de ti, no sé, asesinar vírgenes todos los viernes para ofrecérselas al dios que te conserva así de bien. —Samuel se carcajeó inclinando la cabeza hacia atrás—. No soy una mujer fácil de llevar; tengo algunas cosillas pendientes que aún debo resolver.

—Perfecto, tú misma. Yo andaré por aquí, ya sabes, matando vírgenes.

Se abrazaron, probaron sus labios otra vez, suavemente, saboreándose como si quisieran memorizar el gusto del otro. Norah miró el reloj, era la una de la madrugada.

—¿Y si no sale bien? —preguntó ella; él se giró y apartó los rizos de su cara—. ¿Y si esto no resulta?

—Siempre podemos follar como locos, creo que se nos da bastante

bien.—Samuel movió sus cejas con descaro, Norah le golpeó con la palma de la mano en el hombro—. ¡Ay, me haces daño! ¡Vaya carácter!

—Es mi parte española...ya sabes —dijo acariciando su espalda.

—Vas a tener que enseñarme algunas cosas en ese idioma —le dijo besando su cuello—. Cuando te oigo hablarlo, me pones.

—Casi mejor que no, no podría hacerte el amor muerta de la risa.



Cuando Norah despertó, la luz del sol entraba de lleno por los ventanales. Le dolía todo el cuerpo. Yacía tumbada boca abajo intentando recordar cada instante de la noche anterior. Samuel recorría con los dedos su espalda, el nacimiento de sus nalgas, la suave hendidura que las separaba. Le miró de reojo, sonrió.

—Buenos días. ¿Qué haces?

—Buenos días. Disfruto viéndote, midiéndote. Eres perfecta.

—Exageras.

—Claro que exagero. —Ella pateó como protesta—. Son las ocho, nena. ¿A qué hora empieza tu turno?

—No me acuerdo —dijo, cerrando los ojos ante las caricias.

—Vamos a desayunar, te llevaré a casa. No quiero que llegues tarde por mi culpa.—Le dio una palmada en el culo.

—Esto no puede ser normal...ni natural...

—¿El qué?

—Casi no puedo moverme, me duelen las caderas, los dedos de los pies... creo que he descubierto nuevos músculos de mi cuerpo que no sabía que existieran. Lo de anoche debe de estar penalizado por alguna ley.

—¿Tiene alguna queja, señorita Miller? Abajo tengo hojas de reclamaciones.

Samuel comenzó a moverse como un depredador sobre su presa, olfateándola, rozando su nariz en la piel de la espalda de ella mientras dejaba besos en un camino zigzagueante. Apoyó sus manos en el colchón y quedó encima del cuerpo desnudo de Norah, que permanecía boca abajo rendida al placer. Besó su cuello, el lóbulo de su oreja, comenzó a cercar sus labios. La erección matinal se apretaba contra sus nalgas.

—No me beses, por favor, no me cepillé los dientes... Seguro que huelo

fatal. —Movi6 la cabeza a derecha e izquierda esquivando la boca de 6l.

—Siempre hueles bien, siempre sabes bien. —Samuel acarici6 el contorno de su cuerpo desde la cadera hasta los pechos, retir6 el cabello de su cara. La bes6 en la comisura de los labios hasta que ella se rindi6, gir6 su cabeza para fundirse en una sola boca, un solo deseo.

—Esto tiene que estar prohibido en alguna parte...

Hicieron el amor de manera tranquila, cent6metro a cent6metro, beso a beso. 6l junt6 sus manos con las de ella y las coloc6 sobre su cabeza, prisioneras. Norah se sinti6 expuesta, vulnerable, una virgen m6s un viernes por la noche. Se movieron con ritmo, sincroniz6ndose. No ten6an prisa, el tiempo era suyo.

Capítulo 6

Sensaciones nuevas

No nos dimos tregua en toda la noche. No sé de dónde saca Samuel tanta energía y poder de recuperación sin alterarse, pero a mí me duelen hasta las muelas, lo digo en serio. Anoche dormimos a retazos. Él quiso saber por qué vivía con mi tía Marcia, y yo le hablé por primera vez de mis padres, muertos hacía año y medio en un accidente de tráfico en España. Me acariciaba el cabello mientras le hablaba, él dejaba besos distraídos en mis hombros. Aquella habitación olía a sexo, a colonia, a nuestros cuerpos. Le conté que después del accidente me costó regresar a los Estados Unidos; para mí era cuestión de supervivencia acercarme a su tumba para hablar con ellos. Sentía que había callado demasiadas cosas mientras podían oírme, y allí, aplastada por el olor de las flores y los cipreses necesitaba compensarlos de alguna manera. A Samuel no le extrañaron aquellas ganas de quedarme en los bancos del cementerio durante horas sin decir nada, solo escuchando el silencio. Por supuesto, no fui capaz de contarle que algo me impedía regresar, algo que me asfixiaba y anulaba a diario, algo que me había borrado la sonrisa y me había dejado marcada. Preferí callarme y entregarle una versión edulcorada de mi vida, que no era muy bonita, pero al menos no me causaba vergüenza ni temor.

Le pregunté si había alguien más en su vida, y no por dárme las de moderna ni nada parecido; simplemente, quería saber qué papel representábamos aquella noche. Me habló de su divorcio; hacía meses que había terminado mentalmente con el asunto; se mudó a aquel piso y ahora tenía una nueva vida, más íntima, más solitaria. Samuel tiene treinta y ocho años, aunque aparenta algunos menos. Cuando habla de él mismo, de sus idas y venidas por la vida, lo percibo más real, más guapo en muchos sentidos. Ya no parece salido de un anuncio de Calvin Klein o de perfumería francesa, lo siento más próximo, hecho de la misma materia que yo. Todos estamos atados a nuestra memoria, pero a veces alguien se acerca a ti y te ofrece la mano. Samuel lo hizo esa noche. Yo me desperté gritando, loca, avergonzada, pero él estaba allí, su voz estaba conmigo.

El piso de Samuel es muy bonito: un loft moderno con paredes de ladrillos vistos y techos de madera al descubierto. Anoche con las prisas y la poca luz

apenas reparé en los detalles. La planta de abajo es un inmenso espacio distribuido en tres ambientes: el primero, un salón con sofás de cuero y mesa baja en el centro, una estantería llena de libros y el televisor más grande que he visto; el segundo, que separa los ambientes principales como un paréntesis, es una cocina con barra americana abierta, electrodomésticos de acero gris y unos taburetes altos con respaldo para comer; el tercero, igual de grande que el salón, es una especie de estudio-despacho con más estanterías y una enorme mesa de trabajo limpia y ordenada. El piso apenas exhibía adornos. Las paredes más largas estaban salpicadas de fotografías tamaño XXL en blanco y negro, todas con motivos relacionados con la construcción de la ciudad, grandes andamios que cubrían aquellos primeros rascacielos que comenzaron a plantarse en New York. A la habitación de la planta superior se llegaba por una escalera de peldaños desnudos de hierro y madera. La cama, muy grande y baja, se vestía con sábanas y nórdico blanco; junto a ella, mesitas auxiliares, una percha para trajes, un espejo de cuerpo entero y un vestidor muy espacioso que sería la envidia de cualquier mujer. Todo en su conjunto, el arriba y el abajo de aquel territorio exclusivo de Samuel, daba la impresión de ser austero, o de pretenderlo; un piso de aquellas dimensiones en pleno Manhattan debía de costar una fortuna, y todo lo que había dentro de él, en apariencia básico y despreocupado —como la "humilde" percha para trajes en acero pulido—, denotaba que no podía comprarse en unos grandes almacenes.

Abajo hay también un cuarto de baño con bañera y ducha, el único sitio con paredes a su alrededor. Al contrario que el resto del piso, que mantiene una línea de colores negros y marrones, el baño es todo blanco, de un blanco luminoso que casi asusta. La ducha la estrenamos esa primera mañana. "¿Uno rapidito ahora mismo, mi vida?", preguntó pegado a mi oído mientras me apretaba contra la mampara de cristal. Sentí su miembro presionando contra la curva de mi trasero; a pesar de la marcha que le habíamos dado al cuerpo la noche anterior, mi sexo pedía más. Lo hubiera atiborrado de bromuro allí mismo; pero como no tenía, me entregué a él. Masajeó despacio mi entrepierna mientras el agua caía entre nosotros como lluvia de verano a temperatura perfecta. Arrastró parte de la humedad de mi vagina hacia la hendidura de mis nalgas y tanteó despacio con uno de sus dedos. No me resistí porque Samuel podía hacer de mi cuerpo cualquier cosa sin sentirme usada o sucia. Arqué mi trasero incitándole a seguir, lo necesitaba.

—Dime que me detenga —dijo jadeando y mordiendo mi hombro, pero ni

él se lo creía....

—No quiero, necesito sentirte otra vez. —Me mordí los labios con fuerza.

—Si me dices que te gusta, moriré de placer aquí mismo, ¿lo sabes?

—Me gusta...

Se abrió paso primero despacio, como si temiese que me fuera a partir en dos. El sexo anal no fue placentero para mí jamás, mierda de cama, mierda de sexo vacío que hasta este día había encontrado en otros brazos. Me pidió cientos de veces permiso para seguir, pero no se detuvo, se introdujo del todo sin preservativo, sin encontrar resistencia, y tensó la mandíbula pegado por completo a la piel de mi cara. Siguió acariciando mi clítoris y yo sentí que el orgasmo se asomaba a mi cuerpo, quería salir. No duramos mucho en aquella postura, demasiadas sensaciones, demasiado intenso. Entre frases obscenas y gemidos, nos corrimos. Él se vació por completo, dentro y fuera, sin dejar de acariciarme. Me dijo que yo le gustaba, antes de caer desmadejados en el suelo de la ducha a merced del agua. No quería enfrascarme en debates de sentimientos, en posibilidades, solo absorber lo que me daba aquel hombre.

Más tarde, mientras Samuel preparaba el desayuno, yo traté de componer mi ropa después de aquella larga noche. La camisa era una sucesión de pequeños pliegues; el pantalón, en cambio, parecía indemne. Me vestí con la certeza de que cada parte de mi cuerpo había sido tocada por aquellas manos expertas. Me sentía diferente. Los pezones sensibles se aprisionaban contra el sujetador, pero yo necesitaba una tregua. Al bajar la escalera y ver a Samuel metido en un perfecto traje azul marino, me dieron ganas de aporrearle. Él se veía elegante, fresco, mientras que yo, hecha un abanico de cintura para arriba, lucía ojeras por primera vez en mi vida —lo que para una piel mulata es toda una confesión—. Olvidada de esas cosas, apreté con fuerza la taza de café y me senté a disfrutar, a través de los enormes ventanales de doble hoja, de las vistas de New York.

—Si quieres, espero y te acerco al trabajo cuando te cambies —dijo Samuel ajustándose el nudo de la corbata frente a la ventana.

—No hace falta, tengo tiempo.

En realidad, no tenía demasiado, pero me sabía mal dejarlo abajo esperándome. Mi tía estaría en casa, así que invitarle a subir no era una opción. Además, tendría que pasar el parte de guerra a Marcia o no me dejaría ir a trabajar.

—Hoy no podré pasar a verte por la cafetería —me dijo mientras dejaba

las cosas del desayuno en el fregadero.

—Oh, no te preocupes...

—Pero mañana sí, e intentaré tomarme libre el fin de semana.

Di saltitos de alegría sin mover un pie, todo por dentro. Sin embargo, temía pasar otra noche con él y repetir pesadilla y escenita. Consideré tomar alguna pastilla, pero no quería parecer una zombi al día siguiente o caer a plomo en la cama y perderme las caricias a medianoche, los besos en mi espalda, los buenos días. Ya buscaría una solución al tema.

Llegué a casa de mi tía casi a las diez. Samuel sorteó el tráfico con facilidad, a pesar de la reciente costumbre de llevar su mano reposada en mi muslo, algo que me encantaba. Presionaba mi piel, trazaba figuras en ella o me cogía los dedos. Estaba espectacular con aquellas gafas oscuras y la barba que comenzaba a sombrearle la mandíbula. Cuando llegamos, antes de bajarme del coche me cogió los dedos otra vez para besarlos. Levantó los ojos hacia mis ojos, me besó en la boca.

—Me gustas mucho, Norah. —Adiós braguitas.

—Creo que estás muy loco.

—Podría ser, ya no descarto nada. —Y me sonrió canalla con aquella boquita tan sexy.

Mi tía hizo muchísimas preguntas mientras me cambiaba de ropa a toda prisa y adecentaba mi pelo. Estaba contenta de tenerme allí, contenta de verme sonriente y desgreñada. Aunque por la noche había conseguido pasarle un mensaje para que estuviese tranquila, con seguridad no lo estuvo hasta que me vio aparecer por la puerta. Marcia es mi segunda madre, y me parece normal que se preocupe por una niñita de veintinueve años que no acaba de asentar la cabeza... ni el corazón.

Eran casi las once cuando entraba por la puerta de empleados y me ponía el uniforme. Por supuesto, Kalya se moría de ganas por saber. Le costó mucho arrancarme algo el día anterior —hubo de ponerme ojitos para enterarse de la cita con Samuel—, por lo que en esta ocasión intenté contenerme cuanto pude, aunque estuviera deseando confesarle a gritos que había sido genial, una puta locura con aquel Samuel Moore entre mis piernas. "Repetiría mil veces con él, Kalya, me gusta mucho", hubiera gritado a los cuatro vientos. Casi lo hago, en realidad, cuando a media mañana apareció un repartidor con un ramo de rosas blancas preguntando por Norah Miller. Gritar, sí, pero también morirme, más cuando los clientes rompieron a aplaudir como si aquello fuera una película de Julia Roberts.

Cosas de americanos. Mis compañeros preguntaron si era mi cumpleaños, y Kalya, la dulce y p... Kalya de ojos azules, aclaró todas las dudas con solo cuatro palabras: son-de-su-novio. Entre feliz y avergonzada, dejé las flores en el vestidor de empleados y leí la nota que venía con ellas:

Por ti, por las noches, porque sean muchas.

Samuel

—Joderrr —dije a media voz, entre dientes, en un perfecto castellano.

Capítulo 7

Un paseo por las nubes

El viernes por la noche, Norah limpiaba las mesas poco antes de terminar su turno. Tocaba descansar el fin de semana, el único completo en todo el mes. Y aún no tenía planes. Quince días antes, se hubiera dedicado a dormir, a pintarse las uñas de rojo pasión y ponerle rulos a su tía, a ver la televisión o alguna superpelícula de Tim Burton. Pero entonces Samuel no estaba en su vida. Él había llegado para alborotarlo todo y cambiar sus horarios, para hacerla perder las braguitas con aquella sonrisa canalla en su boca de chico bueno. Con Samuel podían ser dos turistas escapándose a Times Square en plena bullanga nocturna, novios en el Moma, o bohemios en busca de los mejores sitios de jazz en Greenwich Village.

Mientras sacaba brillo a una mesa que ya había limpiado dos veces, recordaba una tarde en Central Park. Fue un momento de helados y confesiones, de besos con sabor a crema, de sentarse sobre la hierba a orillas del Turtle Pond y reírse de cualquier cosa.

—Norah, no sé qué me ocurre. Tengo ganas de ti a todas horas —le dijo quitando una brizna de su cabello—. Pero luego, cuando llegas, se me van los minutos tan deprisa...

—¿Te funcionan esas cosas con las demás chicas? —preguntó ella, divertida.

—No hay chicas. Ahora que recuerdo, nunca las hubo antes de ti.

Norah permanecía absorta en sus pensamientos mientras pasaba un trapo por las mesas del establecimiento vacío. Samuel se estaba metiendo en su vida, en sus días, y ella no sabía qué hacer con todo aquello. Seguir adelante, que el tiempo lo resolviera; o dar un pasito atrás y parar el reloj. Él, sin embargo, pisaba el acelerador con rosas y bombones, o aparecía de repente con el pijama azul de médico solo para darle un beso y decirle que era la mujer más linda del mundo. Ella, con el trapo en la mano, hubiera querido borrarlo todo.

Samuel llegó unos minutos antes del cierre. Norah no lo esperaba, pero no le extrañó verlo allí. Después de saludar a Kalya con un beso que le hizo poner ojitos, vino a besarla a ella. Uno de los compañeros silbó desde la otra parte del salón, otra aplaudió divertida. Norah sonrió ruborizada. Aquella

noche él llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta de cuello de pico color violeta que pedía a gritos que la arrancaran a lametazos. Samuel le ayudó a colocar las sillas en alto y recoger lo que quedaba. Cuando terminaron, ella cogió su bolso, dejó su uniforme y salieron de la mano.

—¿Adónde vamos? —preguntó Norah, ya dentro del coche, percatándose de que no seguían el camino habitual, ni de su casa ni de la de él.

—Quiero mostrarte algo. —Tomó su mano y la besó antes de dejarla en su regazo—. ¿Confías en mí?

Confiar... esa palabra aún se le atascaba en la garganta con dolor. No dijo nada, se perdió en la negrura de la noche y en los flashes de las señales de carretera. Rozó de manera inconsciente el muslo de Samuel, y este, como un resorte, volvió a coger su mano y la besó con devoción.

—Estoy loco por llegar, nena. Desde que has salido del trabajo con ese vestidito, me tienes en vilo. Me apetece besarte, morderte...

Ella no dijo nada, solo apretó el muslo de él. ¿Qué era la confianza después de todo? Una póliza de seguros que nadie puede firmar. Miró en la penumbra la ropa que llevaba, ese vestidito de verano color coral con corte a la cintura, esas sandalias a juego. A Samuel le ponía, y con eso tenía bastante. Observó a su compañero con atención; le gustaba lo que ofrecía aquel rostro con barba de dos días, apenas iluminado por la luz GPS del coche. También a ella le apetecía besarle y morderle sin más confianza que tenerlo allí, deseándola.



Después de poco más de dos horas, llegaron a su destino. Los Hamptons son espectaculares en cualquier época del año, aunque cuando baja el ritmo a finales de agosto, con menos turistas y más familias de los alrededores, puede disfrutarse de la playa con cierta privacidad. Cuando se detuvieron, Norah se encontró frente a una espectacular casa de madera pintada de azul con ventanas y puertas blancas, y un amplio porche rodeándola. Una cerca de madera protegía el perímetro del jardín.

—Esto es precioso —dijo al bajar del coche.

—¿Te gusta?

—¿Puede no gustarme? Es impresionante.

Norah cerró los ojos e inspiró profundamente. Cerca se escuchaba el mar.

—¿Adónde me has traído? —preguntó con los ojos aún cerrados—. ¿Sigo viva o ya he muerto y esto es el Paraíso?

Samuel la abrazó con fuerza, tomó su cara y la besó cien veces hasta que Norah abrió los ojos. Mordió sus labios, recorrió sus caderas con las manos abiertas queriendo abarcarlo todo.

—Prométeme una cosa antes de entrar. Quiero que disfrutes de este fin de semana, te lo mereces. Quiero que hagamos todo aquello que se nos pase por la cabeza, sin límites. Prométeme que lo harás, nena.

—¡Claro que lo prometo!

Samuel la tomó en brazos para cruzar el jardín hasta el porche de entrada. La dejó en el suelo y abrió la puerta tecleando un código.

—Ayer lo cambié. Es el día y el mes en que nos conocimos.

Detalles...muchos...

La casa contaba con un salón amueblado con grandes sofás de cuero blanco y alfombras de listas blancas y azules, estilo marinero. La pared opuesta a la entrada se abría en ventanales que llegaban al suelo. Junto al salón, había una cocina enorme con paneles de mármol en cuyo centro se situaba la isleta ovalada. Norah supuso que la casa se cuidaba de manera habitual porque todo estaba impecable; incluso las plantas en el jardín y en las macetas parecían haberse regado y abonado cinco minutos antes de llegar ellos. El porche convergía en la parte trasera de la casa, delante de una escalinata de madera y cristal que sin duda bajaba hasta la playa. Una hilera de farolillos enterrados en el suelo, que se iluminaron de repente, debían de indicar el camino para llegar al mar. Por un instante, mientras Samuel regresaba al coche, Norah se quedó sola en medio del salón; se quitó las sandalias y sintió restos de arena pegándose a sus pies. Le vinieron a la cabeza los pensamientos, las dudas que había tenido aquella tarde. Se recordó con la bayeta en la mano queriendo borrarlo todo. Eso había caducado, ahora estaba allí y podía oír el mar. Ni siquiera necesitaba un trocito de confianza extra porque el mar, sin ella pedirlo, se lo traía flotando en el aire. Sintió ganas de llorar, pero recordó que le había prometido a su chico un fin de semana inolvidable. Y aunque después le doliera cada uno de los huesos de su cuerpo, iba a cumplir la promesa.

Se subió en un columpio junto a la puerta de la cocina; era de mimbre blanco, el mismo color que los muebles de la casa. Parecía una señal, un rastro de memoria: todo era blanco en su nueva vida. Comenzó a balancearse despacio, muy despacio. Samuel sabía cómo pulsar su cuerpo para producir

vibraciones que no había sentido jamás. Como el columpio, él también se movía despacio sobre ella, a derecha e izquierda, arriba y abajo, luego preguntaba con dos palabras o una mirada de súplica. Como el columpio, si ella quería, podía acelerar el movimiento hasta alcanzar una velocidad de vértigo, arriba y abajo del cielo. ¿Tantas noches sin pesadillas solo por aquel vértigo, por aquel balanceo? Algún día tendría que contarle de dónde venía su corazón, a través de qué alambradas tuvo que deslizarse para llegar hasta allí. Samuel nunca preguntaba, no era justo dejar sus silencios sin una respuesta. Puso el pie sobre la madera del suelo y paró en seco el columpio. Se abrazó y volvió a escuchar el mar.

Samuel se acercó desde la casa con dos copas de vino en una mano y una botella en la otra. Llenó una de las copas y se la ofreció.

—¿Tienes frío?

—Me gusta el silencio con mar....—contestó muy bajito, como si estuviera lejos.

—¿Estás bien, Norah?

—Sí, cariño, gracias. —Tomó la copa y bebió la mitad; la sangre retornaba a su cuerpo, a su memoria—. Debe de ser maravilloso vivir aquí.

—La casa es de mis padres. Siempre quisieron tener un sitio donde olvidarse de la ciudad por unos días, donde traer a sus hijos lejos de todo...

Norah recostó su cabeza en el hombro de Samuel. Él bebió despacio saboreando el vino, se sentó en el columpio; los dos observaron el cielo negro con algunas estrellas veladas por el vapor del mar. Se columpiaron despacio hasta terminar las copas, hacían planes. Samuel quería reducir algunas horas de su jornada en el hospital; ya no podía seguir el ritmo, sentía que empezaba a quemarse.

—Así podré verte con más frecuencia.

—No quiero que lo hagas por mí...

—¿Por quién voy a hacerlo? Cada día necesito tenerte a mi lado más tiempo, y no quiero remediarlo. Es cierto que me siento cansado por tantas horas entre la clínica y el hospital, pero si no estuvieras conmigo no haría nada para evitarlo. Creo que me quedaría a vivir allí. —Le cogió ambas manos y la miró sin pestañear—. Por eso y otras muchas cosas, gracias.

—Vamos a toda máquina, lo sabes.

—Sí.

—¿Cuánto hace que nos conocemos? Muy poco, un chascar de dedos. Yo...yo quisiera que siempre fuera así... como un chascar de dedos. —Posó

sus pies en el suelo y detuvo el columpio. Sus brazos se cruzaron a la altura del pecho.

—¿Te preocupa algo? ¿Sientes que te robo espacio? ¿No estás a gusto, Norah?

—No.

—Norah...

—No a las tres preguntas, cariño. A mí todo esto me gusta tanto como a ti. —Notó que el nudo se disolvía en su garganta, que por fin bajaba hacia el estómago—. Bésame. Creo que antes te hice muchas promesas y tendré que empezar a cumplirlas.

—Si quieres hablar...

—No quiero, bésame.

Él la abrazó y se besaron. Mientras Norah aflojaba la tensión y cerraba su mente, Samuel besaba su cuello, su hombro, su clavícula. Estremecerse, sentir con todo su cuerpo, ir a sitios donde no había estado nunca: era lo único que necesitaba. Siguió besándola por detrás de la nuca, la inclinó ligeramente hacia adelante y retiró el cabello que le caía sobre los hombros. El mar parecía más agitado que antes, su sonido llegaba fuerte, ronco. Samuel trazaba un camino de besos desde la nuca hasta la espalda, bajó sus manos hasta el final del vestido y remontó por el interior de sus muslos hasta alcanzar la costura de sus braguitas. Con suma delicadeza recorrió el borde por fuera, luego por dentro hasta detenerse en el pubis. Norah ya no recordaba nada, era un calor básico, sin memoria, que se concentraba en su sexo. Calor, mucho calor: lo necesitaba dentro de ella. Samuel besó el lóbulo de su oreja, lamió sus pliegues, lamió su cara, Norah sintió humedecerse un poco más. Todo el calor de la tierra estaba allí. Sin percatarse de ello, habían abierto la puerta y estaban en la cocina. Norah se subió a la encimera haciendo espacio a Samuel entre sus piernas. Agarró su camiseta por el bajo y tiró de ella hasta quitársela. El chico tenía un bonito cuerpo, firme, con el abdomen marcado y hombros rectos. Verlo así, como a un busto de estatua griega solo para ella, resultaba casi un sacrilegio. Recorrió con una mano su pecho en dirección descendente, abrió el botón primero del pantalón y siguió bajando hasta encontrar la cinturilla del bóxer, y debajo de este su pesado miembro imposible de disimular. Lo tocó despacio, recorriéndolo de arriba abajo mientras Samuel cerraba los ojos

—Tenías razón, nena, esto va a toda máquina.

—Es un tren de seis vagones, lo noto.

Las pequeñas manos de Norah se cerraron alrededor del pene y comenzaron a masturbarlo. Los movimientos eran suaves, blandos, repetidos una y otra vez, desde la raíz al glande, y vuelta a la raíz cada vez más apretados, casi dolorosos, hasta que una gota se quedó entre sus dedos como agua espesa.

—¿Descarrilamos, amor? —le dijo llevándose dos dedos húmedos a la boca y succionando con descaró y provocación

Samuel negó, ya levantaba el liviano vestido de Norah, que quitó con un brusco movimiento. Se deleitó un instante en su piel perfecta, en sus pechos de catecismo porno, en su ombligo pequeño y en sus caderas amplias y redondeadas. Bajó el tirante del sujetador ante la codiciosa mirada de ella. Besó uno de sus pechos y tomó el pezón entre los dientes, lo hundió y lo estiró, lo rodeó con la lengua, con los labios. Ya no había remedio, lo necesitaba. Enredó sus dedos en las diminutas bragas y tiró de ellas con fuerza, rompiéndolas. Aquel gesto condujo a Norah a otra dimensión, abrió las piernas de manera instintiva para ofrecerse. Ardía. Acunó con la palma de la mano el sexo de su chica, columpió sus labios con destreza de niño malo, y por fin hundió en ella dos dedos obscenos que la sobresaltaron. Jadeaban. Samuel apretó los dientes mientras la veía deslizarse hasta el borde del mármol. Retiró la mano y acercó su pene, lo frotó un segundo contra su húmeda cavidad y se hundió de golpe en ella.

Norah se sintió de repente suave, elástica, dispuesta a percibir todo como si se mirara a sí misma desde la distancia. Samuel se movía rítmicamente; los músculos de sus hombros y de su espalda se tensaban con el movimiento.

—Samuel, Samuel...

—¿Qué pasa?

—Samuel... el preservativo.

—Nena —dijo deteniéndose unos segundos—. Yo estoy sano...tú también, ¿no? ¡¡¡¡Joder! —Volvió a sumergirse en un vaivén colosal de caderas—. Estás tan estrecha, nena; podría disolverme entre tus piernas.

Norah arqueó su espalda, se pegó al cuerpo de él; deslizó las manos sobre su cabello, por sus brazos tensos, guio la cabeza entre sus pechos, sintió que los devoraba con fruición. Notó un latigazo en sus vértebras, una cincha invisible estrechaba su vagina y la dividía en dos. Con un balbuceo imperceptible, las únicas notas de aquel violín roto, su garganta, logró decirle que se corría, amor. Cerró los ojos y el orgasmo encogía los dedos de sus pies, humedecía la encimera bajo sus nalgas y viajaba en otra dirección.

Samuel salió de ella, se vació en su vientre con movimientos repetitivos aplastando su pene dentro de la mano. Se abrazaban, sus cuerpos manchados se fundían en uno solo.

Samuel la tomó en brazos para llevarla a uno de los cuartos de baño. Entre besos y susurros preparó la bañera para ambos, la ayudó a sumergirse en espuma aromática y agua templada. Necesitaban relajarse. El amanecer les sorprendió entre risas y copas de vino que tintineaban en el suelo.

—¿Un bikini? —preguntó Norah con un diminuto dos piezas de color turquesa entre las manos.

En la habitación, sobre la cama, una bolsa de viaje abierta mostraba prendas femeninas que ella miró con curiosidad. Samuel recostó su hombro en el marco de la puerta mientras se secaba el pelo con una toalla.

—¿Son para mí? —preguntó mordiéndose el labio inferior.

—No me veo yo utilizando ese bañador...no sé...el color no me va. ¿No te gusta?

—Claro que me gusta, es divino. Pero no te imagino comprándolo.

—Yo tampoco. Solo tuve que entrar y una dependienta hizo el resto. En cuanto a la talla del sujetador...solo sabía que caben en mis manos.

—Eres un monstruo.

—Gracias, nena. Pensé que esas cosas podrían serte útiles; casi te he secuestrado para el fin de semana.

Samuel compraba ropa para ella y no le importaba. Eran prendas *sexis*, modernas, casi transparentes. No la encerraba entre cuatro paredes, la exhibía para que todos pudieran disfrutarla sin disfrutarla ninguno. Un vestido playero blanco, cremas, unas sandalias. Él se ocupaba de los detalles. Lencería de Agent Provocateur que haría suspirar a cualquiera. Quería verla *sexy*, atrevida, bonita. Era como despertar de una pesadilla con una sonrisa en los labios. Lo contrario de la vida que tuvo al otro lado del océano.

—¿Te vas a aficionar a romperme braguitas y quieres reponer existencias?

—Mmmm, hay algo en ese trasero que me provoca. Imaginarlo con tanguitos diminutos... no sé, llámame loco.

—Loco. ¿Qué voy a hacer contigo?

El resto del fin de semana transcurrió sin horarios, la mayor parte del tiempo entre las sábanas. Pasearon por la playa y corretearon entre los montículos de arena que puntúan el paisaje. No había prisa para nada, el tiempo no hacía falta para comer ni la noche para dormir. Norah bailó descalza en la cocina después de encontrar un reproductor de música y

conectar su teléfono. La miraba divertido, se reía con sus comentarios, con sus movimientos, con sus besos provocadores. Ella cantaba en español y en inglés, él se mordía los labios de deseo. Samuel dijo que le encantaría conocer a su tía Marcia e invitar a Kalya a bailar con ellos una noche. Pasos, esos eran los pequeños pasos que marcaban la diferencia con su vida pasada.

El domingo al anochecer cerraban la verja del jardín y metían sus cosas en el maletero del coche. Norah miró hacia atrás como si dejara algo olvidado en aquella casa, e imaginó que, como Hansel y Gretel, debería arrojar al suelo migas de pan y piedrecitas blancas porque tenía que volver. Era la primera vez que compartían tanto tiempo —pero tan breve—, y ahora marchaban al bosque terrible que es la ciudad de New York. Samuel había preparado con tanto mimo aquellos días que decir adiós resultaba demasiado difícil. Acomodó en el coche la bolsa de viaje que él le había regalado, un tarro de conchas grandes y los teléfonos de ambos con muchas fotografías juntos.

—Te prometo que volveremos pronto —dijo Samuel al sentirla triste mientras entraba en el coche.

—¿Me lo prometes de verdad? ¿Tú y yo solos?

—Y la encimera —dijo, moviendo las cejas repetidas veces.

—¡Monstruo!



Samuel dejó a Norah en casa de su tía, y esperó a verla perderse detrás de la puerta de su bloque de apartamentos. Tenía que hablar con Charles. Su abogado nunca le molestaba cuando abandonaba la ciudad, pero algo muy serio tenía que ocurrir para hacer aquella excepción. Lo llamó el sábado por la tarde, tres veces. Las dos primeras, Norah y él recorrían Cooper's Beach cogidos de la mano como adolescentes; en la tercera tuvo que contestar porque Norah le rogó que lo hiciera, aunque a él le llevaban los diablos. Mejor que fuera un asunto de gran calado, o no le perdonaría la excepción.

Apenas llegó al despacho, se dejó caer en uno de los sillones. Después de conducir durante dos horas, después de dos días de paseos, vinos y el cuerpo de Norah, estaba destrozado. Charles, extrañamente nervioso, disparó a quemarropa: quería hablarle de la investigación que estaba realizando sobre Norah Marie Miller, sus antecedentes penales, todos los registros a los que le había sido posible acceder.

—¿Quééé? —Samuel lo miró perplejo, respiraba como un fuelle—. ¿Una investigación sobre mi chica?

—Tranquilízate, déjame contarte. —Aquel *mi chica* había desconcertado a Charles, de repente lo vio todo negro—. Sabes que es necesario, tus padres...

Incorporándose de un bote en el sillón, Samuel cogió al abogado de la chaqueta dispuesto a cargárselo allí mismo. Apretó su puño a la altura de los ojos de Charles y lo blandió en señal de advertencia.

—¡Nunca! ¿Me entiendes, Charles? ¡Nunca vuelvas a hablarme de ello!

Salió dando un portazo, bajó la escalera aplastando cada peldaño y, ya en la calle, se encerró en su coche para poder respirar. Arriba, en el amplio y lujoso despacho de abogados, Charles se derrumbaba en el mismo sillón que su cliente y amigo, o lo que fuera en ese momento. Notaba ese sabor especial, el amargor en el paladar que solo se siente después de cagarla bien a lo grande.

Abajo, recobrando el ritmo en sus pulmones, Samuel comenzaba a arrepentirse. Había estado a punto de cometer una locura, o peor, de golpear a su mejor amigo por unas multas de tráfico. Pero solo era culpa de Charles, ese picapleitos de Harvard, ese cretino bienintencionado. El honor y el prestigio de los Moore debían ser preservados... ¡Que se jodan todos! Samuel se frotó la cara con ambas manos, rabioso, pero enseguida comprendió que había algo peor que todo aquello, una consecuencia imprevisible y demoledora: Norah nunca le perdonaría —a él, precisamente a él, no a Charles, no a los fantasmas vivos y muertos de todos los Moore— que hubiera hurgado de aquella manera en su intimidad, que la hubiera violado a la manera elegante y obscena de New York. Y los *nunca* de una mujer como Norah debían de ser terribles.

Capítulo 8

Quitándonos las máscaras

Norah se sentía feliz. Los dos habían pasado un fin de semana de película —vino, sexo, el sonido del mar—, y las cosas comenzaban a tener sentido. Marcia bailó de alegría cuando la vio aparecer con su sonrisa de anuncio, una bolsa de viaje extra, y lo mejor, un precioso vestido con transparencias y motivos étnicos que le hacía lucir...diferente. Tenía que presentarle a Samuel para que pusiera voz a aquellas fotos que le había enseñado.

—Ese chico te ha cambiado.

—¿En serio?

—Mírate... estás radiante, brillas, cantas.

El lunes siempre era un día duro en la cafetería, pero aquel lunes, por primera vez desde que entró a trabajar en el Starbucks, la sonrisa no podía borrarse de su cara. Flotaba. Los clientes, las prisas, el cansancio: todo le recordaba que el mundo real era algo distinto de aquella casita en los Hamptons, pero le importaba un pimiento. Le bailaban los dedos sobre los vasos de café, tarareaba por dentro canciones de The Weekend. Apenas había cruzado una palabra con Kalya, lo cual agradecía porque necesitaba todo el espacio para ella sola. La rubia insistía en querer hablar, la buscaba con los ojos, y sabía para qué. Norah necesitaba un poco más de tiempo para ella y sus canciones, solo pedía eso.

—Joder, Kalya, ¿no puedes esperar al descanso? —dijo cuando la amiga la atrapó entre la barra y un canadiense de dos metros de altura.

—No puedo, Norah.

—Sí que puedes, cariño. Prometo solemnemente contarte luego todo, dentro de una hora.

—¿Todo?

—Bueno, un tercio. Aunque un fin de semana en los Hamptons da para mucho, no te inquietes —dijo sonriendo.

—¿Has estado en los Hamptons? ¿Con Samuel? —preguntó achinando los ojitos azules.

—¿Con quién sino, Kalya? ¿Crees que mi bolsillo me permite algo así?

—¡Joder! Sí, claro, también quiero que me lo cuentes...pero no, no quería hablarte de eso. —A Norah le cambió el semblante; *eso* era lo más top para

alguien como Kalya.

—¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

—Quiero que veas algo. A solas.

De manera inconsciente, Norah apretó los puños. Como estaba próxima la hora del descanso, decidieron adelantarla, pero en lugar de salirse al callejón de atrás para comer un sándwich, como solían hacer todos los días, se metieron en los vestuarios.

Quiero que te relajes y respires hondo.

—Kalya...

—Prométeme no tomártelo a la tremenda.

—¡Kalya!

—¡Promételo!

—No te prometo ni esto —dijo mientras clavaba la uña del pulgar sobre la punta del dedo índice—. Habla ya o no vuelvas a dirigirme la palabra.

—Como quieras. —Kalya extrajo de su delantal páginas dobladas, parecían de alguna revista—. Las he arrancado para que nadie pueda verlas.

Norah cogió los papeles y comenzó a leerlos. Después de unos segundos buscando, se detuvo llevándose una mano al estómago, luego sintió una arcada. La primera fotografía, que mostraba a los dos paseando por una calle cogidos de la mano, era de cuando fueron a ver a los Knicks al Madison Square Garden, la semana anterior. El equipo de Samuel, cervezas, palomitas en cartones gigantes y el inevitable "Go New York go" que gritaban con los brazos extendidos. En la segunda imagen aparecían en la playa.

—Esta foto.... es de ayer. ¿Cómo...? —Y la pregunta quedó suspendida en el aire.

Era ella subiendo las escaleras, delante de la casa, con su bikini color turquesa; Samuel, con gafas de sol oscuras, le pasaba un brazo por encima del hombro. No se veía demasiado bien, con seguridad la habían hecho con un potente zoom desde lejos, pero se tomaron la molestia de ampliar sus caras y presentarlas en un cuadro adjunto. Samuel le había dicho que la playa era privada, pero por el ángulo desde el que habían tomado la imagen, aquella prohibición se la habían saltado sin ninguna dificultad.

—¡Joder!

El artículo no dejaba lugar a la imaginación:

Samuel Moore, de la mano de una hermosa desconocida, vuelve a sonreír

después de su divorcio.

Uno de los hombres más ricos y respetados de Nueva York se deja ver de la mano de una joven por las calles de Manhattan. (...) El exitoso médico oftalmólogo disfrutó también de unos días de descanso, muy bien acompañado, en la exclusiva residencia familiar en los Hamptons. La joven, una morena espectacular, aunque desconocida, acaparó toda la atención del mediano de los hijos Moore. (...) Samuel Moore vuelve a ser actualidad después de su sonado divorcio de la socialité Sophie West. A la hora del cierre de este número, no hemos podido contactar con la hija del magnate de la construcción para que nos ofrezca sus impresiones sobre la, en apariencia, nueva vida de su exmarido. (...) Hacía mucho tiempo que nadie lograba captar una imagen privada —y muy cariñosa— de uno de los solteros de oro de la ciudad. ¿Quién es la joven morena en cuestión? ¿Estaremos a las puertas de un nuevo compromiso? ¿Volverá a vestirse de fiesta la ciudad de New York? Seguiremos muy de cerca esta noticia.

Norah se quedó paralizada, sin reaccionar. Leyó varias veces el artículo y pasó un dedo por las fotografías para comprobar que estaban ahí de verdad, que eran ellos dos, indudablemente ellos. Echó un pie hacia atrás buscando apoyo. Temblaba. Las preguntas se acumulaban en su cabeza sin ningún orden, se desmontaban y volvían a construirse intercambiándose las palabras como si tuvieran vida propia. Ninguna respuesta, todas eran jodidas y caóticas preguntas en el papel cuché de su cerebro. Por un instante recobró la lucidez al caer en la cuenta de que alguien más podría ver aquellas fotos, en realidad todos los seres del planeta. No podía ser, ella necesitaba su espacio de seguridad. Tomó aire con los ojos cerrados para no entrar en pánico; debía mantener la cabeza fría, pensar, hacer cosas. Sin embargo, las preguntas volvieron a atascarse dentro de su cerebro en letra negrita y cursiva, irreales, intercambiadas.

—¡Joder, joder, joder! —dijo al fin, sin otro convencimiento que su propia confusión.

—¿Recuerdas el día que conociste a Samuel? —preguntó Kalya, ella asintió—. De verdad, Norah, no tenía ni idea. Te dije que su cara me resultaba familiar.

—Lo recuerdo.

—Esta mañana, cuando llegaron los periódicos y las revistas y empecé a

ordenarlos, me tropecé con esto. Por eso me sonaba su cara, de las revistas. Arranqué las hojas, pensando que con ello te evitaría comentarios de mucha gente.

—Gracias, Kalya, eres un ángel.

Abrazó a su compañera como si llevara un siglo sin verla.

—Tranquila, cariño, aquí me tienes. ¿Te encuentras bien?

—Me encuentro, que es bastante.

Norah sonrió entre divertida y triste mientras Kalya se alejaba dando saltitos. No sabía cómo ordenar las ideas. Necesitaba estar con Samuel y mirar sus ojos, sentarle en una silla, freírlo a preguntas. Se sentía rara. Como si aquella mujer de las fotos no fuera ella, como si de una vida ajena se tratase. Vulnerable, vulnerada. Habían sacado su intimidad a la calle, se la quitaron de un tirón para venderla después por unos centavos. Quizá Samuel estaba acostumbrado a aquello, ella no.

Terminó como pudo su jornada. Tenía tantas cosas en la cabeza que cometió errores de novata; en muchos sentidos, había vuelto atrás en el tiempo. ¿Quién era Samuel en realidad? Desde que le conoció, la noche en que casi la atropella y a la mañana siguiente, cuando imploraba su perdón con un paquetito en la mano, Samuel solo le había traído cosas buenas. Él mismo era un chico estupendo, nada convencional, capaz de remangarse la camisa para ayudarla a recoger los vasos a la hora del cierre. No podía ser todo mentira. Tal vez Kalya llevaba razón cuando dijo que a Samuel no le pasaba nada; simplemente, era millonario. ¿Demasiado retorcido para un cuento de hadas? Lo que Kalya no sabía era que aquellas fotos afectaban a su compañera de una manera distinta, imprevisible. Mientras se cambiaba de ropa, Norah era incapaz de decidir si se sentía furiosa o se moría de ganas de verle. Se llamó estúpida cien veces por telefonearle para encontrarse con él esa misma noche. Ya no tendría más remedio que decidirse y sentir una única cosa, la que fuera.

Cuando por fin llegó, Norah llevaba un rato en la puerta de la cafetería. Lo besó sin pasión, como a un antiguo novio. Dentro del coche, Samuel aceptó el silencio de su chica, y aceptándolo, sin él saberlo, el silencio se volvió hondo, una frontera entre los dos. Cuando llegaron al piso, continuaba callada, obcecada en no mirarle. Samuel fue a la cocina y volvió con una botella de vino, sirvió dos copas y se acercó al sofá donde ella permanecía sentada sobre sus pies desnudos.

—Toma, cariño. Y ahora, por favor, cuéntame lo que te pasa.

Norah sacó las páginas dobladas del vaquero, Samuel las recogió y leyó con detenimiento. Le bastaron las primeras palabras, la primera fotografía, para entrar en situación. Siempre había sabido que aquello podría ocurrir, solo era una cuestión de probabilidades.

—Por Dios, Samuel —comenzó, desesperada—. Ya no sé quién eres, quién has sido hasta ahora. ¿Me quieres explicar esto?

—No tengo explicación. —De repente se sentía frío, alejado de todo—. Los paparazzi debieron de seguirnos hasta los Hamptons, y ya está. Siento que te hayas visto involucrada.

—¿Y ya está? Estoy a punto de volverme loca y tú me haces una crónica de sucesos. Frío como un témpano. —Samuel cruzó las piernas y volvió a descruzarlas—. ¿No tienes nada que contarme?

—Claro que sí. Que eres lo más hermoso que me ha ocurrido nunca. Que soy el mismo que se puso de rodillas suplicándote una cita. Que vengo de una familia privilegiada, pero que un día decidí ser yo mismo a mi manera. Que a pesar de todo siempre seré un Moore, y que, por serlo, a veces encuentro a algún fulano hurgando en mi cubo de la basura. —Se detuvo, el pecho le subía y le bajaba con fuerza. Norah nunca lo vio tan bello como entonces—. Te contaré lo que quieras, siempre que quieras, pero por favor, no dudes de mí.

—Tenías que habérmelo contado...

—Tienes razón, estabas en tu derecho. —Norah se acercó a él, lo miró a los ojos—. Lamento que te hayas enterado por una revista, pero aquí estamos sentados uno junto al otro, y eso lo es todo para mí. Si el problema es mi apellido, me lo cambiaré.

—Siempre serás un loco, Samuel.

—Creo que sí.

Al decirlo, cogió los dedos de Norah y los besó con una exquisita delicadeza. Ella relajó sus brazos tensionados que pesaban como plomo. Su cabeza viajaba en varias direcciones mientras le escuchaba, trataba de organizar sus ideas. Y tenía miedo. Le aterrorizaba que las cosas entre ellos pudieran cambiar. Era un hombre rico y famoso, y eso abría y cerraba demasiadas puertas. Samuel había dejado pistas sin pretenderlo: él y sus modales perfectos, él y su ropa de diseñador, él y aquella inmensa casa familiar en los Hamptons, él y aquel piso que, por mucho que se empeñase, no tenía nada de low cost. Demasiados lujos para un médico de apenas treinta y ocho años. Demasiadas evidencias que ella había preferido obviar sin preguntas ni averiguaciones. Norah lo miró y acarició su rostro, Samuel cerró

los ojos respirando con alivio.

—¿Quieres saber algo más? No te quedes con dudas —le dijo, cariñoso.

—Tu divorcio... ¿fue difícil?

—Sophie... —Se acarició el cabello y aclaró la garganta—. Bueno...digamos que ella pasó por varios programas de televisión y aireó intimidades nuestras, de mis padres, del negocio; fue un momento muy duro y nos afectó mucho.

—¿Mantenéis algún tipo de relación?

—Personalmente no, mi abogado se encarga de tratar algunos asuntos con sus abogados. Hace mucho que no la veo. ¿Podemos dejar de hablar de ella? El tema me molesta... Ven, estás muy lejos. Por favor...

Samuel tiró de ella hasta subirla a horcajadas en su regazo. Le besó el cuello despacio, tocó su espalda, acarició sus pechos por encima de la ropa; Norah cerró los ojos. Sus pezones se endurecieron debajo de la copa del sujetador; su sexo empezó a humedecerse ante los besos que se posaban en su clavícula, en sus hombros.

—Me gustas, Norah, enloquecedoramente me gustas.

—¿Por qué me haces olvidar todo? Me rozas y ya está: todo olvidado.

Desabotonó la camisa de Samuel con parsimonia. Lo miró a los ojos de un intenso azul para perderse. Luego se atraparon con besos, una furia de besos limpios y sucios como reconciliación por una pelea que nunca existió. Sus bocas se embistieron buscando paz, rincones inexplorados para sus lenguas.

Samuel le sacó la camiseta dejando una estela de besos por encima de su costado, por el hueco que se formaba en su garganta, por el canal de los pechos que él acariciaba por encima del encaje del sujetador. Sus dedos temblaron al sentir la dureza del pezón que se marcaba bajo las flores del encaje. “*Preciosa*”, dijo en un murmullo mientras olía su piel morena y uniforme. Con una mano bajó las copas del sujetador dejando a la altura de su boca ambos pechos cargados, expectantes. Norah metió los dedos entre su pelo y tiró de él lo suficiente para que sus bocas pudiesen encontrarse en otro beso salvaje y húmedo. El pantalón de Samuel mostraba una erección cargada a la izquierda sobre la que Norah se rozó sin pudor. Los jadeos profundos de ambos llenaron el salón, y el olor a excitación les excitaba aún más. Norah se incorporó ante la mirada interrogante en los ojos de aquel hombre que estaba a punto de reventar de deseo. Fue hasta su bolso y sacó el teléfono, Sia sonó al fondo con su “*CheapThrills*”, marchosa y sugerente. Se acomodó entre las piernas abiertas de Samuel y, con un contoneo *sexy* de sus

caderas, comenzó a bajarse los vaqueros deteniéndose en el vértice de sus muslos redondeados. Su chico se acomodó contra el respaldo del sofá para disfrutar de aquel espectáculo *gogó* de una Norah completamente desconocida para él. Lo miraba provocadora, lamía y mordía sus labios, acariciaba sin prisa las braguitas mojadas. Samuel estiró sus manos para tocarla, pero ella se apartó, sonriendo.

—Sabes que no todo se resuelve con sexo, ¿verdad? —le dijo, coqueta, tocándose la cinturilla de su ropa interior.

—Mi vida, entre tú y yo nada se resuelve con sexo porque esto, es más, Norah, tú eres mucho más que eso...—Estiró las manos para tocar la piel de sus caderas, pero ella volvió a apartarse.

Norah se desnudó y se puso de rodillas. Samuel cerró los ojos al sentir las manos de ella maniobrar con su cinturón, tirar de los botones de su pantalón. Separó un poco el culo del sofá para ayudarla en la tarea de desnudarlo. Norah tomó su pesado miembro con una mano y, con aleteo de pestañas digno de una actriz porno, se lo metió en la boca despacio.

—¡Joder!

—¿Quieres follarme la boca? —dijo, provocativa, sacando el pene de la perfecta O que formaban sus labios al succionarlo. Estaba húmedo e hinchado.

—Joder. ¡¡Joder!! ¿Cómo me dices eso?

Pero sus caderas se levantaron por sí solas del sofá acelerando los movimientos, hundiéndose en la boca de ella. Le tomó el cabello, apartándolo, y le inclinó levemente el rostro dejando una de sus mejillas al descubierto. No quería ser brusco, no quería follarle la boca por mucho que le apeteciera, aunque se lo estaba poniendo difícil con aquella felación de manual que lo estaba volviendo loco.

—Dios...eres preciosa. —Apretó con fuerza uno de los cojines del sofá para evitar embestir con más fuerza sobre su boca.

—Más...—dijo Norah al verlo contenerse, y palmeó sus muslos con la mano abierta.

Succionó con más fuerza hasta la base, hasta la arcada que sorteó ladeando la cabeza un poco más para tenerlo a su merced. Puta locura. Samuel jadeó con fuerza y sintió cómo el orgasmo latía sobre la parte baja de su espalda, se corría. Se incorporó de repente y la tomó en brazos tumbándola en el sofá.

—No quiero correrme en tu boca, quiero sentirte, necesito sentirte.

De un empujón la penetró arrancándole un gemido de placer. Se inclinó

sobre el cuerpo de Norah y mordisqueó su oreja, aquello no duraría mucho. Los vaivenes de caderas se hicieron más fuertes, más profundos. Los besos excitaban sus labios. El sabor de ambos en sus bocas. Una estocada, dos, tres, más, querían más. Norah sintió llegar el orgasmo de manera demoledora. Había tocado la luna desde el primer momento, solo tenía que dejarse llevar. Con jadeos incoherentes, se corrió apretando muy fuerte los músculos de su vagina. Succionaba por completo a Samuel, que se incorporó con una mano apoyada en el respaldo del sofá mientras con la otra se vaciaba en el estómago de Norah.

—Dios, un día de estos acabarás matándome —dijo mientras retiraba los abundantes rizos que ahora se pegaban en su cara.

—Tú me vas a desencajar una cadera el día menos pensado —dijo ella, divertida.

Pasada la medianoche, estaban exhaustos. Desnudos sobre la cama, Samuel acariciaba el muslo de Norah sobre su pecho.

—No podemos seguir jugando con fuego, Samuel.

—Tienes razón. ¿Vas a comenzar con la píldora? Si lo prefieres, volvemos a los preservativos.

—Lo prefiero todo, no me siento preparada ni para imaginarlo.

—Es una pena. Sentirte piel a piel no tiene precio. Vibras cuando te corres.

—El mes próximo comenzaré con la píldora, pide a tu piel un poquito de paciencia.—Sus uñas dibujaban un círculo en el pecho de él—. Samuel...

—Otro círculo, cariño.

—Samuel... estas cosas que aparecen en las revistas... ¿cómo se manejan? Quiero decir... la prensa puede ser muy cruel si se lo propone, nos harán daño.

—Olvidemos eso por ahora, por esta noche. Si quieres, mañana hablamos con Charles Didier, el abogado de la familia; él sabe bien cómo manejar a los periodistas. —Se vio a sí mismo agarrándolo por la solapa... a su amigo—. Es el mejor con estas cosas. Ya verás cómo en unos días se olvidan de nosotros.

—¿Y si no lo hacen?

—Confía en Charles. Esta ciudad está llena de noticias jugosas, miles y miles de famosos con sugerentes cubos de basura detrás de sus mansiones. Charles sabrá cómo encelar a los perros.

—¿A qué se dedica tu familia? ¿Qué pensará sobre tu historia con una camarera?

—¿Mi familia? Pasan de esas cosas, y además me conocen bien. Te

adorarán, Norah. Ellos tienen...tenemos —se corrigió— negocios de joyería; un día de estos iremos a ver alguna de sus tiendas, te gustarán.

—Me chiñarán.

—Por cierto. El viernes es el cumpleaños de mi padre y me gustaría que vinieses conmigo.

—No, Samuel, claro que no. Me moriría de vergüenza.

—Espero que no lo hagas, porque yo tendría que desnudar tu cadáver para que vieran el exquisito gusto de Samuel Moore.

—*Estás loco de remate, muchacho* —dijo Norah en español.

—No sé qué has dicho, nena, pero si el viernes hablas así, ellos no entenderán nada, y yo estaré empalmado hasta los postres.

—Lo tuyo no es normal, *muchacho*. Debes tener algún cruce genético con un mono.

—No lo descartes. Espera, tengo algo para ti.

Samuel se levantó de la cama y bajó las escaleras. Regresó unos minutos después y le tendió una pequeña bolsita que Norah abrió entusiasmada. Un juego de llaves con una lágrima de cristal como llavero. A Norah se le borró la sonrisa; sintió que su círculo de libertad podía cerrarse con aquellas piezas de metal que sostenía en su mano. No dijo nada.

—Esto no significa que te mudes si no deseas hacerlo; solo quiero que sepas que confío plenamente en ti, que te sientas en tu casa, con total libertad para entrar o salir cuando lo desees.

—Lo siento, es que yo, ¡ay, dios!, es que no puedo, Samuel, no puedo vivir aquí siempre... Aún necesito mi espacio.

—Y yo no quiero que lo pierdas, nena, es solo que tenemos unos horarios que no siempre podremos compaginar. Mira —se inclinó sobre uno de sus costados—: tú ven cuando te apetezca, no sé, tómalo como una libertad para ti, no como una atadura. Así, si un día quedamos y yo estoy trabajando, no hace falta que me esperes para venir. Acéptalas, por favor.

—Dios, qué difícil es decirte que no.



En el café Reggio de la 119.

Una mujer rubia vestida con un traje de chaqueta rosa y negro de Versace, altos Loboutin y maquillaje sutil, permanecía solitaria en una mesa

para dos. Tomaba su tercer café de la mañana mientras leía las noticias en su dispositivo electrónico y revisaba el teléfono sin prestar especial atención a ninguna de las dos tareas. Llevaba el cabello recogido en una coleta tirante, las manos con una manicura perfecta y un carísimo Cartier en una de sus muñecas. Una alerta en Google le avisó de algo a lo que debía prestar atención. Buscó el artículo y sus ojos se fueron abriendo con asombro según leía. Cuando vio al espectacular Dr. Moore de la mano de aquella desconocida, sintió que el aire no llegaba a sus pulmones. Apretó los puños contra la delicada taza de porcelana y a punto estuvo de volcársela en su Versace. Respiró varias veces y contó hasta cien para no ponerse a gritar allí mismo. El engranaje de su cerebro iba a mil por hora, echaba humo. Cuando el camarero se acercó para preguntar si le servía otro café, ella le contestó que podía irse a la mierda. Todo el glamur y la sofisticación sostenidos sobre los preciosos Loboutin que calzaba, en un segundo, se vinieron abajo. Buscó su teléfono, encontró el número que necesitaba y lo marcó sin titubear. A partir de ese día nada sería igual.

Capítulo 9

Regalos con dolor

Viernes, siete de la tarde.

Norah abrazaba sus piernas sentada en uno de los sofás del salón de Samuel. Se movía con un balanceo constante del que apenas era consciente porque no dejaba de vigilar su teléfono móvil y las extrañas figuras que formaba la madera del suelo. El miedo le provocaba temblores.

La semana había comenzado con intensidad, y terminaba de la misma manera. El lunes descubrió quién era Samuel Moore, y todo lo que eso traía consigo. Como gesto de confianza, él le entregó un juego de llaves para que entrase y saliese del piso con libertad. No era como el resto de los mortales, eso estaba claro. Después del fin de semana en los Hamptons, Norah prometió relegar sus dudas y vivir el presente. ¿Podría cumplirlo? Verse en aquellas fotos le recordó lo vulnerable que era. Por si fuera poco, dos desconocidos rebuscaban en el loft y no lograba contactar con Samuel. El camino de rosas no era tan perfecto como había pensado, las cosas se complicaban. Ya no era un columpio con ellos dos sentados juntos mirando el mar, era un carrusel, una montaña rusa, y quién sabe si con el tiempo todo un parque de atracciones, un circo de cuatro pistas.

Se había pedido el día libre porque por fin iba a conocer a los padres de Samuel, y como eso la aterraba, no tenía cabeza para concentrarse en nada que le exigiera demasiado, ni cuerpo para atender a los clientes de la cafetería, siempre con prisas. Le temblaría el pulso, se equivocaría con los pedidos. Hasta desconfiaba de poder meterse en el uniforme por los agujeros habituales. Tenía la boca seca, sentía punzadas en el estómago. Samuel se había marchado de casa al amanecer; lo sintió salir a hurtadillas de la cama, besar su pelo y bajar las escaleras descalzo. Ella se había quedado planchada entre las almohadas. Sus noches seguían siendo agotadoras sesiones de sexo; no comprendía cómo él podía procesarlas tan deprisa.

Esa misma mañana había ido a ver a Marcia porque necesitaba cargar las pilas.

—Cuéntame qué tal te va. ¿Eres feliz? —preguntó su tía mientras colocaba en su cabeza unos pequeños rulos para acentuar el rizo.

—Sí, muchísimo —contestó ella cerrando los ojos.

—¿Pero?

—¿Por qué tiene que haber un *pero*? —replicó sorprendida.

—Porque te conozco, Norah Miller. Creo que estás pensándote cada paso que das con él, como si buscaras tres pies al gato de esta historia.

—Samuel se empeña en normalizarlo todo, en que lo nuestro sea bonito, ya sabes...

—No sé, cuéntame tú.

—Yo siento que no es realmente así...

—Y tienes miedo de llevarte una sorpresa, ¿no?

—Sí. Nada es tan perfecto, tía. Hasta en los cuentos más hermosos siempre hay algo negro, siniestro...

—Samuel no es perfecto, Norah. Tú lo has convertido en tu príncipe azul, todas lo hicimos alguna vez. Te asusta que un día puedas descubrir que tiene una pierna más corta que la otra —sonrieron las dos mujeres—, o que lleva un pasado difícil a su espalda.

—Supongo.

—Debes estar preparada, o te dolerá el doble.

—Joder, tía, cómo eres. —Se levantó para darle un beso en la sien. Una mañana de limonada y rulos se había transformado en una de risas y confesiones. Era su casa, no podía ser diferente.

Cuando llegó al piso de Samuel, descubrió en el rellano un paquete envuelto en papel de regalo con un llamativo lazo rojo. Lo cogió y lo metió en casa para abrirlo. No le extrañó que careciera de nota y de remitente; Samuel era un hombre de detalles, de cosas pequeñas que embellecían la vida. Dejó su bolso sobre la encimera y se sentó en el sofá para abrirlo. Pesaba poco, pero algo sonaba en su interior. Quitó el lazo y rasgó el papel con curiosidad.

—¡Joder! ¡Joder! —gritó.

Una pequeña serpiente roja con anillos amarillos y negros se deslizaba fuera de la caja. Cayó en su regazo al quitar la tapa, pero logró apartarla a manotazos. Se encaramó, aterrada, en el sofá. El animal se movió deprisa hacia el interior del loft perdiéndose de vista en pocos segundos. Dentro de la caja había una nota escrita a mano con letras grandes:

ESTO ES PARA TU PUTA

Norah arrugó y estrujó el papel, lo tiró dentro. Le ardía la sangre. No

obstante, su destinatario no era ella, sino Samuel. Como decía Marcia, todos tenemos un pasado detrás, a veces en extremo venenoso. Una serpiente, su pasado. Pateó el suelo con rudeza, qué pronto se manifestaban sus miedos, qué rápido llegaba la vida anterior a golpear su puerta. Miró al suelo: ni rastro de la serpiente. No sabía dónde había oído hablar de esos animales, tal vez en uno de los documentales que solía ver con su padre cuando era pequeña. Hermosa y fulminante. ¿Y si Samuel hubiera abierto la caja? ¿Qué le habría hecho más daño, la serpiente o la nota que venía con ella? Buscó el teléfono y lo llamó; no estaba disponible. En Internet encontró una empresa que se ocupaba de animales exóticos; después de pedirles que vinieran cuanto antes, “*por favor, por favor*”, dejó a un lado el teléfono y se sentó a esperar abrazada a sus piernas. ¿Por qué la vida no le daba tregua? Aquel amor maldito que aún poblaba sus noches con pesadillas, la muerte de sus padres en un accidente que también la mató a ella de melancolía; y ahora, cuando por fin parecía que empezaba a respirar, con su trabajo de camarera y su chico oftalmólogo recién estrenado, aparecían aquellas fotos y aquella serpiente dentro de una cajita con lazo rojo. Joder con la vida y sus muchas vueltas.

Media hora después, llamaban a la puerta. Norah, que no apartaba la vista del suelo ni un segundo, dejó entrar a dos chicos sonrientes que le parecieron dos *Indiana Jones* con chalecos de empresa. En sus manos portaban cajas y pequeñas varas metálicas, una de las cuales terminaba en un lazo. Le hicieron algunas preguntas y enseguida desaparecieron por el piso. Norah regresó a su sofá protector y marcó el teléfono de Samuel sin obtener respuesta. Unos minutos más tarde, los chicos regresaban con una pequeña caja de metacrilato cubierta con un paño oscuro. Habían encontrado la serpiente en el plato de ducha. A Norah le recorrió un escalofrío por la espalda solo de saberla allí, a dos pasos de ella. Respondió a las preguntas rutinarias que le hicieron con respuestas lo más rutinarias que pudo imaginarse. La serpiente resultó no ser venenosa; se parecía a una coral, pero resultaba inofensiva en comparación. Era una escarlata real, sus colores y tamaños similares provocaban confusión entre ambas. Uno de los chicos daba explicaciones mostrándole el animal inmóvil dentro de la caja.

Samuel entró en el piso justo en el momento en que los chicos marchaban. Al cruzarse en el rellano, su cara expresó un desconcierto que se hizo temor cuando Norah corrió a abrazarlo. Necesitaba su calor, necesitaba olerlo para saber que todo andaba bien.

—¿Qué ha pasado, mi vida? —Acarició su cabello como si fuera una niña.

—Me he llevado un susto de muerte. ¡Dios! Te estuve llamando... no di contigo.

—Estaba en el quirófano y me quedé sin batería. Cuéntame, por favor, ¿qué ha sucedido? ¿Quiénes eran esos que acaban de salir?

Norah le contó a trompicones por qué a las siete de la noche aún estaba sin arreglar, por qué tenía la cara desencajada y por qué acababan de salir de su casa dos individuos con una serpiente metida en una caja de metacrilato.

—Los chicos la encontraron enseguida porque el animal estaba exhausto después de tantas horas encerrado.

Samuel cogió la nota, la recompuso y la extendió sobre la mesa. Su rostro cambió de expresión en un instante. Su piel se tiñó de un rojo de ira intenso, y abrazó a Norah para protegerla. Volvió a mirarla y observó sus pupilas, le tomó el pulso y preguntó mil veces si se encontraba bien.

—Sí, muy bien. Solo fue un susto. Me dan miedo los bichos, todos los bichos. Tranquilízate. Los muchachos aseguraron que no era venenosa, que se parecía a una serpiente de coral pero que esta era diferente, y nada peligrosa. —Se quitó de encima las manos de Samuel, que la agobiaban—. De verdad, estoy bien. Solo me preocupa que alguien quiera hacernos daño.

—¡Alguien no, ella!

—Samuel...

—Dame unos minutos, tengo que hacer una llamada.

Norah lo observó mientras se dirigía a su mesa de trabajo y cogía el teléfono. Aunque no había tabiques ni paredes en aquel apartamento, al principio apenas pudo seguir la conversación; solo le llegaban palabras sueltas sin demasiado sentido. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, Samuel parecía perder el control, alimentarse de su propia ira. Casi acabó gritando al auricular.

—¡En mi puta casa, Charles! —Calló un momento, escuchando—. Me da igual. Habla con ella, y si tienes que apretarle las clavijas se las aprietas. —Calló por segunda vez, escuchando—. ¡No la quiero cerca de nosotros, Charles! ¡Y mucho menos cerca de Norah!

Norah se encogía en el sofá. Nunca lo había visto así. Allí delante de ella, de pie y dándole la espalda, con su impecable traje, a voces como un loco. Cuando colgó lo vio coger aire y mecerse el pelo para recobrar la compostura. Volvió a su lado y se acomodó en el sofá subiendo los pies en su regazo.

—No te preocupes, ya está todo arreglado.

—Vale —lo dijo tan bajito que Samuel la tomó por la barbilla con delicadeza.

—No pasa nada, Norah, nadie va a hacerte daño. No voy a dejar que nada ni nadie te toque un pelo.

—¿Ha sido ella? ¿Tu exmujer?

—Era su letra. Charles se encargará de pararle los pies, tiene mucho que perder.

—Pero ella...

—No, ahora no. —El rubor de ira volvió a tinter la piel de su cara—. Mira, nena: si quieres lo dejamos estar y no vamos a casa de mis padres. Podrás conocerlos cualquier otro día. ¿Quieres?

Norah lo miró de reojo. Si quería ser parte de él, si querían seguir juntos a pesar de todo, debía seguir y no amedrentarse. ¿De qué podía culparlo? ¿De tener un ataque de cólera cuando a su chica acababan de darle el susto de su vida? Ella misma se sabía dueña de un carácter explosivo, y a veces se imaginaba haciendo cosas verdaderamente horribles si alguien tocaba lo que más quería. ¿Por qué su príncipe azul no tenía derecho a eso, a andar con una pierna más corta que la otra, como decía Marcia?

—Samuel, no hay razón para posponer nada. Si tu exmujer quería hacernos daño, y ahora nos quedamos encerrados aquí como chiquillos, habrá cumplido su propósito. Tu familia no tiene la culpa, no arruinemos el momento.

—¿Segura?

—Segura.

Se ducharon a toda prisa, no hubo tiempo para arrumacos bajo el agua. Con el secador, kilos de gel y mucha destreza, ella consiguió poner en orden su cabello en un *look* descuidado, pero con sentido. Samuel vestía pantalón gris y camisa azul militar. Le dieron ganas de morderlo. Él le ayudó a cerrar la cremallera del vestido estampado en rojo. Llevaba escote de barco y manga francesa; el cuerpo se ajustaba en la cintura, y de esta salía una falda con forma de campana hasta la rodilla. Unos discretos zapatos de salón completaban el atuendo. Era uno de sus mejores vestidos, el que más realzaba sus atributos, pero con estilo. Como toque final, se pintó los labios de rojo. Se vio guapa, se sintió guapa, Samuel no dejaba de mirarla.

—Tengo algo para ti —le dijo—. Me gustaría que lo llevaras esta noche.

Sacó de su bolsillo una pequeña caja de gamuza azul con las letras *BJ*

bordadas en la tapa. Norah la abrió y encontró una delicada pulsera. Una fina hilera de brillantes conformaba una especie de hilo grueso del que pendían letras sueltas con su nombre. Era preciosa, y carísima. Sabía por la caja de dónde procedía aquel regalo, y nada comprado allí era compatible con su bolsillo, con casi ningún bolsillo

—No puedo, Samuel; esto es una pasada —le dijo mirando la caja desde la distancia, temía que fuera a romperse con solo tocarla.

—Quiero que la lleves —dijo Samuel sacando la pulsera y cerrándola en torno a su muñeca—. Es sencilla y delicada como tú.

—Samuel...

Norah se mordió los labios llevándose parte del color. Todavía le costaba recibir regalos, y aquello no era precisamente bisutería. Los regalos significaban control, opresión, sometimiento. Respiró varias veces para poner distancia entre su ayer y su hoy. Resultaba absurda esa manera de pensar las cosas, ya se lo dijo su tía Marcia. No podía medir a Samuel con las reglas trucadas del otro. A Samuel le gustaba comprar regalos bonitos para ella, ahí terminaba todo. Cerró los ojos unos segundos; al abrirlos, se encontró con una cara expectante y una mano extendida que tomó decidida para salir de casa.



A las nueve de la noche entraban en la recepción del bloque de apartamentos de los padres de Samuel. No vivían lejos, en el 414 de Park Ave, en uno de los edificios de lujo construidos antes de la guerra. Mientras subían en el ascensor, Norah recordó aquel otro ascensor de su primera cita.

—¿Te acuerdas del Jimmy? —preguntó Samuel leyéndole el pensamiento.

Norah miró a Samuel con ternura, se alisó el vestido y tocó su muñeca. El ascensor se abrió dentro del propio hall de los anfitriones. Era una propiedad tipo dúplex en uno de los pisos más altos del edificio. Se quedó fascinada ante aquellos suelos tan brillantes, hasta temió que su ropa interior se viese reflejada en ellos. Se alisó de nuevo la falda de su vestido y se tocó la pulsera. Era tan bonita que le daba miedo perderla de vista. Samuel la tomó de la mano y besó sus nudillos.

—Todo va a salir bien, tranquila.

—*Dios, estoy tan nerviosa...*

—Norah, mi vida, ¿podrías dejar de hablar en español? —Ella lo observó, divertida—. Es que me pones a mil y bueno... ya que estamos aquí quiero comer el pastel de mi madre sin tener que preocuparme si puedo o no puedo levantarme de la silla.

El cumpleaños del cabeza de familia de los Moore era una cita inexcusable. Todos los años, el magnate reunía a los suyos en torno a su mesa y a un pastel preparado por la señora de la casa. Era un acontecimiento íntimo al que solo asistían los hijos con sus familias respectivas. No se hablaba de política, y por supuesto nada de fotos para el gran público. Aquel año, la novedad se llamaba Norah. Desde su divorcio, era la primera vez que Samuel salía con alguien "de forma femenina", como solía decir con sorna su madre; todos sentían curiosidad por saber cómo era esa mujer con la que se le había visto los últimos tiempos.

Mientras recorrían los pocos pasos que los separaban, Norah sintió flaquear sus piernas imaginándose con qué atención estarían pendientes de ella, cómo medirían y sopesarían su figura, sus gestos, sus palabras, hasta sus silencios. Ellos, ajenos a sus cuitas, permanecían de pie esperándolos en medio del recibidor, sonreían con un gesto de curiosidad que no se molestaban en ocultar. Era su casa, su castillo. El señor Moore llevaba pantalón beige y camisa blanca doblada al codo; tenía ojos azules y el cabello lleno de canas. Samuel era hijo suyo sin lugar a dudas. La madre, una mujer menuda pero esbelta, rubia, de ojos verdes, con su cabello perfectamente recogido a la altura de la nuca, transmitía la impresión de orden y disciplina. Vestía pantalón negro y blusa de seda verde pistacho claro.

—Mamá, papá, ella es Norah Miller. Norah, ellos son Max y Georgina Moore, mis padres.

—Qué alegría conocerte, Norah —dijo una sonriente Georgina, al tiempo que la besaba en la mejilla.

—Señorita Miller, es un placer tenerla con nosotros esta noche. —Max le tendió su mano y Norah ofreció la suya.

—Muchas felicidades, señor Moore. Por favor, llámeme Norah.

—Muy bien, Norah; entonces, para ti seré Max. Los formalismos los dejamos para otro momento, ¿te parece?

—Sí.

Samuel abrazó a sus padres, los besó con ternura. A Norah se le puso un nudo en la garganta. Resultaba tan cariñoso el recibimiento, tan espontáneo, que le vino a la mente el recuerdo de sus padres; ella correteando con papá en

aquel pisito del Bronx, o cogida de la mano de su madre cuando la llevaban de excursión al Children's Zoo. Georgina se acercó a ella y la tomó del brazo.

—Ven conmigo, Norah. Y por favor, llámame Georgina.

—Sí, Georgina —susurró Norah con timidez, dejándose dirigir por su anfitriona. Aunque todo parecía tan perfecto, no le hacía gracia quedarse a solas con la señora Moore. ¿Y si la acribillaba a preguntas? Se volvió inconscientemente buscando a Samuel con la mirada.

El edificio donde vivían los Moore conservaba su antigua estructura, pero los interiores habían sido remodelados por completo. El salón, inmenso, tenía una estructura clásica con amplios ventanales hasta el suelo, techos altos y columnas adosadas. En cambio, su decoración era mucho más moderna y personal con elegantes muebles blancos, alfombras color crema, cortinas a juego con delicadas flores azules, e infinitas fotografías familiares de todas las formas y los tamaños. Como un templo dentro de otro templo. Norah no sabía qué decir ni adónde dirigir la mirada, todo resultaba cálido y encantador. Y la señora Moore que no soltaba su brazo. Por fortuna para ella, dos chicos pequeños entraron corriendo y fueron a abrazarse a las piernas de Georgina.

—Niños, portaos bien. Id con el abuelo y el tío.

Eran los sobrinos de Samuel, el cual solía bromear sobre ellos diciendo que tener dos críos de tres años a un tiempo era como una batidora sin tapa a plena potencia. Los adoraba, por supuesto. Una chica rubia, un par de años mayor que Norah, se aproximó hacia ellas —vaquero ajustado, blusa roja sin mangas anudada al cuello— contoneando las caderas al ritmo de sus altísimos tacones. Era preciosa, una copia joven de Georgina con los mismos ojos de Samuel, y casi tan alta.

—Pauline, mira, esta es Norah Miller, la novia de tu hermano.

—¡Vaya, qué bien conocerte por fin! —Le dio dos besos que cogieron a Norah por sorpresa.

Una persona del servicio se acercó al pequeño grupo de mujeres ofreciéndoles una copa de champán. Norah no lo dudó un instante, necesitaba un sorbo de cualquier líquido alcohólico que pudiera relajarla. Eran tantas cosas a la vez que el nudo en la garganta, en lugar de desatársele, lo sentía cada vez más duro y apretado.

—¿Te encuentras bien, cariño? —le preguntó Georgina acariciándole la mano.

—Muy bien, gracias —contestó Norah antes de dar un segundo sorbo.

Las dos mujeres Moore le hicieron muchas preguntas, dónde trabajaba, cuándo conoció a Samuel, y no parecían cansarse nunca de decirle lo guapa que era. Norah elogió su casa y Georgina, agradecida, confesó que a veces se les hacía demasiado grande para ellos dos.

—Si no fuera porque está llena de recuerdos, se nos caería encima. —Pauline se acercó a su madre, la besó en la mejilla—. Gracias, nena... O quizá, quién sabe, son los recuerdos los que la vuelven más grande cada día que pasa.

Norah observaba a ambas entre divertida y avergonzada. Había esperado encontrar a una familia fría, entregada a sus propios asuntos. Alta sociedad en estado puro, sin besos, apenas sin abrazos. Imaginó que solo hablarían de manicuras o índices bursátiles, de las últimas vacaciones en Bora Bora... cosas así. Se arrepintió enseguida. Allí dentro había lujo y mucho dinero, pero sus habitantes eran personas afables, muy cariñosas entre ellas... y con las visitas. A nadie parecía importarle que aquella extraña "de forma femenina" pusiera cafés en el Starbucks. Y si les importaba, qué estilosos, qué sutiles al ocultarlo. Norah respiró hondo, un poco por el champán y un poco por todo lo demás. Mientras, Pauline no le quitaba un ojo de encima, parecía estudiarla. De pronto, directo como un *upper* a la mandíbula, le preguntó si había trabajado alguna vez como modelo. Norah negó con timidez, ella tenía curvas, nunca se resistía a la buena comida y, comparada con las que veía en la pasarela, literalmente no daba la talla.

—Pauline, no la agobies —intervino Samuel abrazando a Norah por detrás y dándole un beso en el cuello.

—Samuel, es perfecta. Simplemente perfecta —dijo su hermana, entusiasmada.

—No, Pauline, ya te dije que no ayer, y te lo repito. —Norah observaba a ambos sin entender una palabra—. Nena, mi hermana se encarga del marketing de la empresa. Es muy buena en lo que hace; sus campañas de temporada son famosas en nuestro mundillo. Dicen que tiene buen ojo para reconocer talentos, aunque yo lo dudo porque es un poco miope. —Pauline le propinó un codazo—. Ayer...

—Ayer llamé a este tonto. Te había visto en las fotos y me pareciste estupenda, preciosa. Ahora que te tengo delante creo que no me equivoqué. —Norah se ruborizó—. Me gustaría que probásemos con una sesión de fotos; si te interesa, claro.

—Pero... ¿con qué propósito? No entiendo nada.

—Samuel, me decepcionas —terció Georgina—. Seguro que no le has dicho una palabra sobre a qué nos dedicamos en esta familia.

Georgina le habló del negocio familiar. Eran los dueños de Blue Jewelry, una prestigiosa firma de joyas que se había hecho hueco en el mercado y la alta sociedad de New York. Tenían clientes importantes —y muy fieles, recalcó con orgullo— desde hacía más de treinta años. Norah recordaba que Samuel le contó algo sobre la relación de su familia con la joyería, pero jamás se le pasó por la cabeza nada semejante. Ella se había parado muchas veces ante los escaparates de una de sus tiendas, en la 7ª, y no resultaba fácil apartar los ojos de allí. La gente valoraba mucho aquellas bolsas y cajitas de gamuza azul con letras doradas, sobre todo porque lo que venía en su interior era algo realmente caro. Eran competidores directos de Tiffany's, por ejemplo. Norah, de manera inconsciente, volvió a tocar su pulsera. El nudo en la garganta de los primeros momentos se había transformado en un vértigo, el mismo que una debe de sentir cuando sus pies se separan del suelo y comienza a flotar... Recordó que Kalya le sugirió buscar en Google a la familia Moore de New York, pero ella se había negado por algún extraño prurito. Ahora comenzaba a arrepentirse. Tampoco quiso investigar cómo era la, con seguridad, despampanante y preciosa exmujer de Samuel. ¿Se arrepentiría pronto también de eso?

—A Samuel siempre le gustó la medicina —seguía hablando la señora Moore—. Al principio, su padre y yo no lo entendimos, queríamos que nuestros hijos mantuviesen el negocio que tanto nos ha costado levantar. Pero en esas cosas no siempre se puede decidir, casi nunca en realidad. Pero Samuel nos demostró de largo que le gusta lo que hace, y que es muy trabajador.

—Gracias, mamá.

—Y estamos muy orgullosos de nuestro hijo —intervino Max uniéndose al grupo.

—Bueno, bueno, no cambiemos de tema —les cortó Pauline—. Norah, no lo tomes a mal; soy una mujer a la que le gusta la acción, y no puedo dejar de darle vueltas a esta —dijo señalando su cabeza—. Creo saber cuándo algo me gusta, y suelo acertar...

—Pauline....

—Calla. Tú me gustas y me inspiras, Norah. Creo que tu imagen sería ideal para nosotros.

—¿Yo? —preguntó una desconcertada Norah, con sus pies cada vez más

lejos del suelo.

—Sí, verás. Tienes una cara espectacular y yo ya había pensado en alguien como tú para nuestra colección de Navidad. Las protagonistas serán las esmeraldas. —Norah no sabía qué decir; buscó a Samuel con la mirada.

—Pauline, hablaremos esto cuando estemos a solas, por favor. Estás intimidando a mi chica.

—Perdóname, cariño, no era mi intención. Soy muy espontánea para estas cosas...

—Apasionada, mejor.

—Gracias, hermanito. Sí, apasionada. Creo que estoy tan centrada en mi trabajo, en visualizar lo que necesito, que a veces me olvido de que ahí fuera hay otra realidad. Perdóname.

—Todos te perdonamos —añadió Samuel, con sorna.

—Aunque claro, de todas formas, deberías pensártelo. —Rio, malvada—. Es una muy buena oportunidad.

—Bueno, ya basta por hoy, se acabaron los negocios —cortó Max—. Esta noche es mía y quiero disfrutar de todos vosotros sin agobios.

—Claro, papá —concedió Pauline.

—Samuel, hijo, ¿por qué no enseñas a Norah el resto de la casa? —dijo Georgina—. Mientras preparan la mesa y llega tu hermano Ben.

Cogiéndola de la mano, Samuel condujo a Norah fuera del salón. En la planta baja había también un despacho moderno lleno de libros de gran formato sobre diseño, escultura y joyería; una cocina y un comedor cerrados a cal y canto porque eran parte de la sorpresa, una habitación preparada como gimnasio y un cuarto de baño completo para invitados. Salieron a una terraza lateral muy amplia donde se combinaban macetas de terracota y jardineras de madera repletas de plantas con flor. Aquel era el dominio exclusivo de Georgina Moore. En un rincón de la terraza, una mesa ovalada de cristal y cuatro sillas de forja invitaban a sentarse y contemplar las impresionantes vistas de Central Park de noche. Norah oía las explicaciones de Samuel asintiendo de vez en cuando con la cabeza, pero no dejaba de pensar en aquella extravagancia de Pauline. ¿Ella modelo? Samuel la abrazó y cogió su cara entre las manos.

—No quiero que te agobies por lo que acaba de decir mi hermana. Es cierto que es muy buena en lo que hace, pero no toma decisiones por nadie, ¿vale?

—¿Pero la cosa va en serio? Me parece demasiado precipitado, algo...no sé...

—¿Mágico?

—Mágico, sí...

—Pauline es así. Seguramente ya imaginó hasta el tipo de joyas que te irían bien, es muy intensa en su trabajo. Pero tanto si aceptas como si no, nada cambiará entre nosotros. Solo son negocios.

—Entiendo. —Cogió a Samuel del brazo y se apretó contra él—. ¿Sabes? Por un lado, me encantaría aceptar la oferta, pero no sé si estoy preparada para mostrarme al mundo de esa manera... Es como desnudarme por dentro.

—Decidas lo que decidas, cuenta conmigo.

—¿Te gustaría verme en la valla publicitaria de una carretera?

—Tal vez no, no lo sé. Creo que me pondría un poco celoso pensando en tantos hombres y mujeres babeando por ti, pero también orgulloso de ser yo el único en tenerte en carne y hueso. Ellos nunca sabrán cómo duermes por las noches o cómo te gusta el café, lo bonita que te ves sin maquillaje y con tu cabello recogido en la nuca, yo lo vivo cada día.

Una persona del servicio interrumpió su coloquio rogándoles que se acercaran al comedor. Samuel tiró de ella después de darle un breve beso en los labios. En la noche sin estrellas de New York, Norah podía verlas. Estaba feliz, sonreía mientras regresaban con los demás. Aunque se sentía halagada con las palabras de Pauline, y con ganas de seguir adelante, aún tenía que meditarlo, hablarlo con Marcia y con Kalya —más joven que ella—, pero mucho más vieja en experiencias. Ganaría mucho dinero por cuatro fotos y alguna rueda de prensa, pero ¿cuánto perdería en realidad?

Cuando llegaron, una delicada mesa vestida para la ocasión ocupaba el centro del comedor, por fin abierto. Doce sillas de alto respaldo y tapicería azul esperaban a los comensales. Sobre la mesa, doce bajo platos dorados y cubertería a juego, servilletas anilladas con flores, y más flores en dos jarrones de cristal macizo. Los niños fueron los primeros en ocupar sus puestos. Los demás permanecieron de pie, a la espera.

—¡Por fin! —dijo Max con impaciencia.

Dos hombres entraban en ese momento en el comedor. Samuel cogió la mano de Norah y besó sus nudillos antes de presentárselos.

—Norah, estos son mi cuñado James y mi hermano Ben.

James se acercó y la saludó con un cálido apretón de manos, sonrisa encantadora. Era joven y moreno, llevaba camisa y americana, pantalones ajustados y el cabello un poco largo y despeinado. Samuel ya le había comentado que trabajaba como bróker en Wall Street. Ben, por el contrario,

no se acercó a saludarla, lo hizo desde lejos con un leve gesto de la mano y un hola casi entre dientes. El mayor de los hijos Moore era una fusión entre ambos padres, pero alto como sus hermanos, el más alto de los tres. Llevaba la cabeza rapada y miraba con unos intensos ojos verdes. Samuel y él compartían el pequeño hoyuelo de la barbilla y la mirada, pero en apariencia poco más. Ben iba vestido con pantalones vaqueros y una camiseta blanca que dejaba ver sus brazos de gimnasio y adivinaba sus pectorales. Como primogénito, era el sucesor natural de Max Moore al frente del negocio familiar. Tenía cuarenta años, no estaba casado; su fama de mujeriego era uno de los chismes más habituales en los corrillos de sociedad. Según decía Samuel, trabajaba como un esclavo doce horas al día, y se divertía como un sátiro las otras doce.

Tomaron asiento. Georgina y Max en ambas cabeceras, Samuel y Ben flanqueando a su padre, Pauline al lado de su madre junto con Norah, James y los niños. Un asistente que empujaba un carrito acercó a la mesa un hermoso pastel blanco de merengue casero; lo coronaban velas encendidas. Se atenuaron las luces y todos entonaron el cumpleaños feliz acompañándose de aplausos y buenos deseos. Georgina se encargó de cortar la tarta, repartiendo una porción en cada uno de los platos. Los niños se tiznaron la nariz con el merengue, no dejaban de reírse. Samuel tocaba la pierna de Norah por debajo de la mesa, le preguntaba si todo iba bien, qué más deseaba; los pies de Norah estaban a punto de llegar al techo, aquella noche era un vértigo delicioso. Max agradeció con arrobos el regalo traído por Samuel, una botella de Vega Sicilia de 1991. El patriarca de los Moore, un coleccionista de exquisito paladar, sabía que aquella botella era difícil de encontrar, y más de conseguir; él mismo había pujado inútilmente por una igual que alguien acabó comprando por setenta mil dólares en Christie's. Norah casi se muere cuando Samuel le contó la historia; esa botella valía más de lo que ella ganaba en todo un año.

Terminada la tarta, Samuel fue a por unas copas, mientras Norah permanecía de pie en el comedor, relajada al fin. Una voz la saludó cerca de su oído, y casi dio un salto del susto. Cuando se giró, a escasos centímetros de la suya, la cara de Ben resplandecía con el rubor que solo da una tercera copa de champán.

—¡Hola! —Ben se lamía los labios, los ojos le brillaban como ascuas.

—Hola, Ben —contestó ella, intimidada.

Antes ya había notado que, desde lejos, la miraba sin disimulo; pero aún

era peor cuando se acercaba a ella: se perdía en su escote como un *bassethound* en celo. Le resultaba bastante molesto, pero prefirió no darle más importancia porque en aquella casa casi todo era perfecto, y ella, con los sucesos recientes, andaba un poco paranoica.

—No sabía que mi hermano hubiera cambiado de gustos en los últimos tiempos.

—¿Cómo?

—Sí, cariño. Ignoraba que ahora le pusiera tanto *color* a la vida —acentuó cada letra de aquella palabra.

Norah abrió los ojos como si hubiera oído mal, pero entendiéndolo todo. No podía ser, aquel era el reino de los Moore en el Manhattan del siglo XXI, la gente estaba por encima de esas cosas. En eso, Samuel llegaba con dos copas y Ben cambió de carácter por arte de magia.

—¡Enhorabuena, hermanito! Qué mujer más guapa, por favor. Me alegro mucho por los dos.

—¿A que es preciosa? —Samuel rodeó con su brazo la cintura de Norah.

—Desde luego. —Realmente no parecía el mismo, aunque el champán seguía pintado en su cara—. Tengo que hablar con papá, luego nos vemos.

Hizo una reverencia exagerada delante de Norah —ni entonces se privó de escudriñar su escote—, y salió del salón. Norah se quedó de piedra, incapaz de reaccionar. Aquel hombre acababa de insultarla —ya estaba segura de ello—, además de desnudarla con la mirada y, con seguridad, llevarse en su nariz la mitad de las feromonas de su cuerpo. Sin embargo, un segundo después era el perfecto invitado adulator.

—¿Estás bien, nena? —preguntó Samuel mirándola a los ojos—. Te ha cambiado la cara.

—No es nada, estoy bien. Creo que el día empieza a pasarme factura.

—Demasiadas emociones, ¿verdad? —Dio un sorbo a su copa—. Nos vamos, entonces.

—No, Samuel. Vinimos al cumpleaños de tu padre, y no nos iremos hasta que todo termine. —Aquel "todo" le sonaba, en su propia boca, un poco tétrico—. Estoy perfecta, no te preocupes.

Se despidieron de todos pasada la medianoche. Los mellizos, agotados, reposaban en los brazos de sus padres. Norah y Pauline habían intercambiado números de teléfono y la promesa de un café muy pronto. Georgina volvió a abrazar a Norah.

—Las puertas de nuestra casa, ya sabes, siempre las tienes abiertas —le dijo

en un susurro.

—Gracias, Georgina. Eres una anfitriona perfecta.

—Gracias a ti, niña. Hacía tiempo que no teníamos un Samuel así. Últimamente estaba un poco... ¿cómo decirlo?

—Oxidado, mamá —intervino Samuel.

—Oxidado, Georgina —corroboró Norah.

Los tres rieron con ganas.



Minutos después, la casa de los Moore estaba casi en silencio. Max disfrutaba de una copa de coñac mientras conversaba con Ben sobre el negocio. Georgina entró al despacho para darles las buenas noches. Estaba alegre.

—Qué chica tan estupenda, ¿verdad?

—Pues a ver si a esta la conserva y la ata en corto. Sophie nos ha costado demasiado —dijo Ben levantándose de su asiento y apoyando su cuerpo contra una de las estanterías.

—Que su matrimonio fracasara no fue culpa de tu hermano —objetó su madre—. Además, todos los gastos los asume Samuel.

—Claro, mamá. El mismo Samuel que sigue viviendo de la empresa sin implicarse en absoluto, el mismo que, sin preocuparse un ápice, deja que el dinero fácil entre en su bolsillo.

—Eres injusto, Ben —le cortó Max—. Tu hermano trabaja, y mucho, no seas tan duro con él. Tal vez no se involucre como tu hermana y tú, pero está al tanto de las decisiones, no se pierde una junta directiva, se pasa por las tiendas con regularidad. Samuel hace lo que tiene que hacer, lo que se le pidió. ¿Estamos?

—Estamos, papá. Pero si hubiera sido la mitad de hombre de lo que ahora parece ser, su mujer no...

—Cállate, por favor. —Georgina se sentó, abrumada—. No quiero saber más de ese asunto en esta casa.

—Y encima, por si fuera poco, nos aparece con una camarera negra salida del Bronx. ¿No hay otras mujeres en nuestra sociedad?

—¡Ben!

—Disculpa, mamá. Sabes que tengo el vicio de decir lo que pienso. Pero creedme: el hospital y la clínica de beneficencia le están afectando la cabeza

a Samuel. Las obras de caridad están bien, pero no es necesario traérselas a casa.

—¡Benjamin Aaron Moore! —alzó la voz Georgina, levantándose. Se había acostumbrado a llamar a sus hijos por su nombre completo cuando la situación se le iba un poco de las manos—. Que sea la última vez que escucho un comentario similar. Norah es estupenda, hasta Charles opina lo mismo; es trabajadora, no tiene ni una multa de aparcamiento, y hace feliz a tu hermano. Deja que sigan su camino.

Ben acabó de escuchar a su madre, saludó con un gesto de la cabeza, salió dando un portazo que resonó en toda la casa. Cuando estuvo en la acera, fuera del edificio, pateó con ganas una jardinera. Sacó su teléfono y marcó un número. El pecho estaba a punto de reventarle, necesitaba desahogarse. Un poco de sexo, todo el sexo en realidad para aliviar el desasosiego, aquella frustración que le comía el alma como un cáncer.

Capítulo 10

Conocernos un poco más

Había transcurrido casi una semana desde que Norah conoció a los padres de Samuel. A nadie le contó nada sobre el Ben insultante y obsceno de aquella velada. Sospechaba que su conducta no dejaba de ser una pose, una máscara que ocultaba algo aún más terrible. El lobo vestido de arlequín. De la propuesta de Pauline para que hiciera la sesión de fotos, aunque se lo pensaba a cada instante, todo le sonaba bien. Había hablado con Marcia del asunto, y a su tía le parecía una buenísima oportunidad. Era dinero más o menos fácil que le vendría como anillo al dedo. Para tiempos de vacas flacas, dijo. Kalya no fue tan suave ni prudente sobre el mismo asunto; advirtió muy seria que, si la obligaban a hacer cola para que le firmase un autógrafo después de volverse famosa, le pondría sal en el café. Kalya era esa amiga ideal que desean las mujeres, la misma que amordazan de vez en cuando por su descaro.

Unos días antes, mientras cenaba con Samuel, este le había animado a dejar sus cosas en la casa del Upper East Side.

—La verdad, no entiendo por qué tienes que cargar con ese bolso gigante si allí hay sitio de sobra para los dos.

—No sé, no creo que sea el momento... Además, ¿te imaginas tu perfecto cuarto de baño lleno de cremas y potingues de mujer?

—Humm, lo imagino.

—Escúchame, tú eres más organizado que yo, creo que te aburrirías de ver mis bragas mal dobladas en algún cajón, de cogerte las maquinillas de afeitarse para depilarme.

—Humm, Humm, Humm.

—Así no puedo hablar contigo.

—No quiero que hables conmigo. Quiero que estés conmigo. No te pido que te mudes a mi piso, aunque me encantaría, pero al menos deja algunas cosas allí, por tu comodidad. Andas con ese maxi bolso en el que caben mis sobrinos...

—Mira, vamos a hacer algo. Tú te vienes a casa a conocer a mi tía y yo, a cambio, te dejo que me hagas hueco en el vestidor.

Samuel cumplió su parte del trato. Enseguida se rindió a la lasaña de verduras y espinacas de Marcia, y al delicioso flan de calabaza de receta familiar. Llegó puntual, con un generoso ramo de flores y una botella de vino. Norah lo miró de arriba abajo disfrutando de aquellas vistas: pantalón vaquero negro, camiseta verde oliva y zapatillas deportivas tipo lona. El sinvergüenza estaba impresionante, guapísimo, incluso relajado. El piso de Alphabet City cabía sobradamente en medio loft de Samuel, pero eso no pareció importarle. Llegó, se instaló en la diminuta cocina, piropeó a la anfitriona y sus platos caseros, que comió con apetito descomunal, y en solo dos horas ya era el favorito de Marcia. Norah se había puesto un vestido largo gris acero con manga tulipán. Llevaba el cabello suelto y los labios pintados de rojo. Samuel no dejó de observarla con una mezcla de deseo y admiración, y Marcia no dejó de darse cuenta. Estuvo sonriendo toda la velada, pendiente de los gestos, las frases, los silencios de los enamorados. El amor se palpaba en el aire, ella asentía con la cabeza. Como adenda del acuerdo no escrito; cuando terminaron la cena, Norah fue a pasar la noche en el piso de él. Samuel insistió en mostrarle el espacio libre que había dejado para ella en su vestidor.

—Abre los ojos —dijo en voz baja, se los había tapado por consejo de Samuel.

—¡Oh, por Dios! —gritó sorprendida al abrirlos—. Pero... ¿cuándo hiciste esto?

Ante la mirada divertida de él, Norah descubrió el nuevo vestidor. El espacio era amplio, diáfano, casi del tamaño de una habitación. Samuel solía guardar en él su ropa organizada por colores, doblada a conciencia, pero entonces se veía distinto. Había dividido el espacio y ahora la mitad era para ella. Un práctico espejo de cuerpo entero ocupaba un lateral. Había sitio para colgar ropa suficiente para cuatro personas, con sus respectivos cajones y zapateras. Lo que más sorprendió a Norah fueron las prendas de mujer dispuestas allí con exquisito gusto, todas nuevas, todas preciosas. Se acercó a acariciarlas, a oler los tejidos: parecía un sueño. Había varios vestidos de noche, chaquetas, vaqueros, camisetas; en los cajones abiertos, lencería de Victoria'sSecret y batas de seda cortas y largas; en las zapateras, botas de caña alta, zapatillas deportivas, Manolo's... Sonrió como una niña, así era imposible enfadarse ni encontrar motivos para decir no. ¿Quién podía sentirse prisionera ante aquella locura? ¿Quién podía no sentirse la más dichosa prisionera? Aquello, sin embargo, no podía llamarse precisamente "un

hueco". Samuel había trasladado una tienda completa de ropa a su renovado vestidor. Con un exquisito gusto.

—Le pedí a Kalya que me acompañase de compras.

—¿De verdad? ¡Condenada! Tuvo que pasárselo de miedo: ir de compras contigo, joder. Me torturará toda la semana.

—¿Te gusta entonces?

—Me encanta, me chifla; qué loco estás, vida mía.

—Por ti, nena —dijo besándola con ternura, después la miró a los ojos—. Un día me dijiste que los hombres como yo no salen con mujeres como tú. Quiero demostrarte lo contrario. Me gustas como eres y no me importa esperar a que te sientas cómoda para pasar más tiempo juntos. —Norah se estremecía, nunca le había visto con ese brillo en los ojos, esa decisión—. Solo quiero verte feliz, que te rías mucho porque cuando ríes las cosas cambian.

—Samuel... —ella balbuceó cubriéndose la cara con las manos—. Te quiero, mi vida.

—Repítelo, Norah.

—Te quiero, Samuel.

—Yo también te quiero, Norah.

Se abrazaron. A Norah, por primera vez en mucho tiempo, esas palabras le salían de la boca sin abrasarla. A su lado, dejaba de pensar en riesgos y posibilidades. Él no la quería en casa como adorno, la necesitaba libre y riéndose porque cuando reía las cosas cambiaban. No elegía su ropa para anularla, la proclamaba reina en cada vestido, en cada microscópica braguita de Journelle. Samuel le consultaba sus horarios, la incluía en sus planes, se interesaba por su familia, por su seguridad... Finalmente comprendió que en el mundo había hombres sin prejuicios, sin pólvora en el corazón; hombres que una noche tomaban flan de calabaza en un piso de cuarenta metros, y a la noche siguiente, desde una terraza junto a Central Park, bajo un cielo sin estrellas, saboreaban un Jensen Arcana de cien años.



Era tarde en las oficinas centrales de Blue Jewelry. El aire se llenó con olor de jazmines y rosas al paso de una rubia despampanante enfundada en un

traje pantalón de *Carolina Herrera*, sobre unos *Jimmy Choo* de trece centímetros. Pasaban unos minutos de la siete, había anochecido. El ruido de sus tacones sonaba en los pasillos desiertos. La mujer se estiró el traje y alisó su coleta antes de tocar con los nudillos en la puerta. Después de unos segundos, la abrió y entró en el despacho.

—Hola, querido.

—¿Tan urgente es? ¿No podías esperar?

Benjamín Moore tecleaba en el ordenador. Llevaba un tres piezas de negro riguroso, la chaqueta desabrochada. Supo que era ella antes de entrar por la puerta. Su taconeo arrítmico, aquella fragancia inconfundible de *Jean Patou* que lo inundaba todo. La recibió de manera fría, un poco aburrido de estar allí a esa hora oliendo fragancias de diez mil dólares. No levantó la mirada hasta que la tuvo junto a su mesa. Formaba parte de su colección, no eran necesarios los formalismos.

—Buenas noches, Ben. Siempre tan educado con las señoras... —Se acomodó en uno de los butacones de cuero sin esperar a ser invitada. Ben apartó las manos del teclado y la miró fijamente.

—Vamos a ver, Sophie... ¿no te parece arriesgado venir a mi oficina? ¿No me puedes decir lo que sea por teléfono? —Cruzó las manos sobre su regazo clavando los codos en la silla.

—¿Me niegas la entrada a tu templo, Ben?

—Ya sabes que no, pero mi padre y mi hermana, si te ven, no te recibirán como te recibo yo, te lo aseguro.

—¿De manera tan cálida?

—De manera mucho menos cálida. ¿Qué quieres?

—¿Has visto esto?

Dejó sobre el escritorio su teléfono; contenía un artículo periodístico que hablaba sobre Samuel y la mujer que lo acompañaba en la casa de los Hamptons. Lo habían publicado hacía dos días, aunque lo ilustraban con las mismas fotografías de cuando sacaron a la luz su relación. Ahora los citaban en un reportaje más general sobre escapadas a la playa para dos.

—Para ellos dos. La parejita perfecta.

—¿Para eso has venido? —ni siquiera se molestó en leer el artículo, empujó el teléfono hacia Sophie—. ¿Y?

—Quiero recuperarlo, quiero a Samuel. Me hierve la sangre viéndolo con otra mujer. Con esa...

—Negra.

—Yo iba a decir puta.

—¿Estás loca, Sophie? A todos les costó borrar la mierda que fuiste esparciendo en tu escapada. Mi hermano no quiere verte, y mucho menos meterse en tu cama.

—No lo defiendas. —Se puso en pie, se acercó hasta Ben—. Me lo debes.

Se pegó a su costado, giró la silla despacio, luego abrió sus piernas acercándose un poco más; dejó sus pechos a la altura de los ojos de él. Se agachó para hablarle al oído.

—Por los viejos tiempos, por favor...

Ben no perdió el tiempo, abrió su boca para recibir la de ella. Metió su lengua dentro, no quería obstáculos. Sophie se dejó llevar por aquellas manos casi animales que abrían su blusa haciendo saltar los botones. No importaba. Era el precio a pagar por conseguir su objetivo, y todo un placer hacerlo de aquella forma. Ben la tomó en sus brazos y la sentó sobre el escritorio sin molestarse siquiera en despejarlo antes. Se irguió entre sus piernas y terminó de quitar su blusa y su chaqueta al mismo tiempo. Lamió sus pechos por encima del sostén, los tomó con ambas manos y los saboreó de uno en uno sin dejar de apretarlos. Tiró con rabia del sujetador y descubrió unos pezones duros que mordió y succionó como si se hubiera vuelto loco. Mientras, ella recorría con las uñas el bulto de su erección, lo aplastaba con la palma de la mano. Buscó de nuevo su boca, pero él la rechazó y le dio la vuelta con un movimiento seco, dejándola de espaldas a él. Desabrochó la cremallera de su pantalón y sacó su miembro enrojecido, pesado; mientras con una mano hurgaba en los cajones buscando el condón, con la otra se masturbaba lentamente. Sophie se bajó el pantalón y las bragas de encaje, abrió las piernas e introdujo dos dedos en su sexo. Ben gimió con aquella imagen, con aquel cuerpo dispuesto a su antojo. Dejó de masturbarse y se colocó el preservativo con rapidez. La saliva manaba de su boca como del hocico de un carroñero; era su banquete especial. De un solo movimiento se introdujo en ella arrancándole un gemido de dolor. Era su festín, fue sucio y feroz. Ella buscaba su lugar, adaptarse al ritmo de él, y aunque Ben empezó a manosear sus pechos y después, con una mano, bajó por el vientre hasta su clítoris, ni siquiera entonces pudo conseguirlo. No era Ben, era un animal necesitado. Sus movimientos contra la mesa fueron frenéticos, dolorosos y con un alarido se corrió de manera salvaje. Bombeó un par de veces hasta vaciarse, se salió de ella y le dio una palmada en el culo antes de desplomarse en el sillón. Mientras Sophie rescataba su ropa y se vestía, él trataba de calmar la

respiración.

—¿Me ayudarás?

—No pienso hacerlo. Fallaste, se te fue de las manos. —Sophie lo miró con rencor—. Involucraste a Matt y jugaste en el bando equivocado.

—Ben...

—Mi hermano fue más generoso de lo que hubiera sido yo. Con la que armaste, te hubiera despachado con un par de dólares y un proceso en toda regla por calumnias, no con los diez millones de Samuel. Te fuiste como una reina, conmigo no te hubiera pasado.

—¡Me lo debes, Benjamin! —gritó Sophie; el rubor cubría su rostro y se esforzaba en no llorar.

—Te equivocas, no te debo una mierda. Lo nuestro fue lo que fue, caliente y rapidito. No te creas especial, sabes que yo nunca repito.

—Conmigo repetiste, ¿o necesitas que te lo recuerde? Joder, Ben, ¿vas a permitir que esa mujer se salga con la suya? ¿La has visto?

—La he visto, todos la hemos visto.

—¿A ella también te la vas a tirar?

—No digas gilipolleces, no me gustan las negras.

—Tu hermano no quiere que me acerque a su casa. El otro día Charles fue a verme.

—¿Qué hiciste para ganarte un sermón del señor Didier?

—Nada, un regalito que quise hacer a Samuel y que ella abrió... Por cierto, ¿vais a estar en la cena del senador la próxima semana?

Por supuesto, sabes lo importantes que son esas cosas para nosotros.

—Lo sé, Ben. Voy a pedirte solo un favor, un último favor y después de eso no volverás a verme.

—Habla.

Después de quedarse solo, Ben revisó una y otra vez las imágenes que tenía entre las manos. No podía dejar de pensar en el asunto que había llevado a Sophie hasta su bragueta. Él solo se bastaba para destruir el mundo idílico de su hermano, pero nunca había que despreciar un despecho de mujer. Samuel no caería en sus brazos porque ella fuese a lloriquearle una noche cualquiera. Norah no se permitiría perderlo por una tontería como esa. ¿O sí? Cogió su teléfono y tecleó un número.

—Tengo un trabajo para ti —dijo sin saludar.

—¿Dónde nos vemos?

—Ven a mi oficina en media hora.

Sonrió satisfecho. Solo tenía que sentarse a esperar.

Capítulo 11

Una cenicienta moderna

Kalya observaba a Norah, inquisitiva, desde su lado del mostrador. La rubia parecía aún más niña con aquella coleta asomándose por debajo de la gorra del uniforme. Su relación había madurado desde que apareció Samuel en la ecuación. No solo guardaba el secreto delante de sus compañeros, también la ayudaba a escaparse unos minutos si él pasaba a verla, o la cubría cuando se ausentaba del trabajo sin permiso. Formaban un buen equipo. Después de mucho tiempo encerrada en sí misma, sin amigas con las que compartir sus pensamientos, por fin, a sus veintinueve años, sentía que podía confiar en alguien de su mismo sexo.

—¿Sabes qué te vas a poner? —le preguntó Kalya mientras atendía a un cliente.

—No tengo ni idea.

—No creo que nada de lo que compramos Samuel y yo sea adecuado para esa clase de acto.

—¿No? —Norah, que limpiaba un expositor de donuts glaseados, se detuvo en seco—. Algo tendrá que servir, Kalya; esa ropa es carísima. ¿Qué me dices de los vestidos de noche?

—Cariño, a veces me parece mentira que seas neoyorquina, y que la mayor parte de tu vida haya transcurrido en este rincón del mundo. ¿No ves televisión? ¿No lees la prensa? A esos eventos se va de gala, con trajes de diseño; hay alfombra roja, fotógrafos, un montón de gente con dinero.

—No puedo permitírmelo, lo sabes.

—Pues que se lo permita Samuel. No puedes aparecer con uno de los vestidos que tienes colgados en tu trocito de vestidor, por muy de *Miu Miu* que sean. Habrá artistas, correrá el champán, y además está el photocall. Todo lo que suceda allí saldrá en las noticias, correrá por las redes sociales y ocupará espacio mañana en la prensa. ¿Te das cuenta?

—Vale, entendido. Algo se me ocurrirá.

Norah maldijo por lo bajo, sabía que Kalya tenía razón. Por primera vez iba a asistir a un evento de portada, nada menos que la gala benéfica del año ofrecida por un senador probable candidato a la Casa Blanca. En dos días, y ella sin nada que ponerse. Había hecho balance de su cuenta corriente:

aunque se gastara lo que tenía no podría permitirse algo de alta costura. Impensable pedirle dinero a su tía, y menos para un vestido. El senador Andrew Taylor era amigo íntimo de los Moore, que apoyaban sus campañas con fervor. Si necesitaba escabullirse, desaparecer, que la engullera la tierra, esta era la ocasión menos propicia. Cuando llegó la hora del descanso, Norah seguía atascada. Salió al callejón donde acostumbraban a tomar el sándwich, sacó su teléfono y, tragándose la vergüenza, llamó a la única persona que podía aconsejarle qué llevar y dónde comprarlo. ¿Demasiado atrevimiento para una recién llegada? Escuchó su voz al otro lado de la línea. No había marcha atrás.



A primera hora del día siguiente, un Mercedes Benz de lujo esperaba delante del bloque de Samuel. Un hombre con uniforme abrió la puerta después de saludarla con una leve inclinación de cabeza. Norah se deslizó dentro del coche.

—¡Buenos días! ¿Lista para irnos de compras? —preguntó una sonriente Georgina Moore.

—Buenos días, Georgina. Claro que sí, lista.

—No sabes cuánto me alegró que me llamas.

—Yo me moría de vergüenza, pero no sabía a quién acudir. No tengo ni idea de estas cosas, y no podía permitir que quedarais en mal lugar por mi culpa.

—No te preocupes, preciosa, tú no puedes dejar mal a nadie —sentenció Georgina acariciando la mano de Norah.

Georgina vestía un elegante conjunto de *Chanel* con camisa de seda blanca de manga larga, mientras que Norah iba con ballerinas planas, pantalón blanco y camisa de cuadros rojos y negros. Hasta que entró en el coche pensaba que iba guapa, pero delante de aquella mujer comenzó a tener sus dudas.

—Creo que me puse demasiado casual para ir de compras.

—Casual chic, no seas modesta.

—Gracias, Georgina.

—Estás guapísima, genial. Por cierto, ¿sabe Samuel que hemos salido juntas?

—No. Anoche llegó tardísimo y hoy se ha marchado casi al amanecer. No quería agobiarlo más de lo que ya está.

—Es increíble lo bien que os manejáis los dos. Samuel parece otra persona desde que estáis juntos. Y por favor, olvídate de vergüenzas conmigo. La casa me llega a deprimir, ir de compras siempre es divertido.

El coche se detuvo en el 772 de Madison Avenue. Norah miró por la ventanilla el alto edificio de ladrillo rojo, y en su parte baja la tienda de Óscar de la Renta. Consultó su teléfono, no eran las nueve de la mañana.

—Creo que aún están cerrados —le dijo, tímida, a Georgina.

—No te preocupes por eso, nos esperan.

Apenas se acercaron a las puertas de la tienda, una mujer rubia de unos cincuenta años, atractiva y elegante, les dio la bienvenida. Se presentó ante Norah como Sindy, y estrechó la mano de Georgina con familiaridad. Habían abierto solo para ellas, como en una película de esas que veía Marcia los viernes por la noche, pero sin palomitas. Esas cosas que nunca suceden si no dispones de una cartera con American Express Golden, Black, Platinum. Mientras Georgina conversaba con la encargada, Norah se movió por los pasillos, entre expositores de ropa y accesorios. Miraba las etiquetas con prudencia, los precios le hacían bizquear los ojos. Aún no sabía cómo podría pagar lo que eligiera, pero decidió pensarlo más adelante. Tenía que encontrar un vestido digno del futuro presidente de los Estados Unidos de América.

Sindy les ofreció asiento en dos cómodos butacones de tapicería vintage, les preguntó si deseaban algo, café, galletitas, algún zumo... Aceptaron tomar café y se sentaron. Habían movido varias mesas para crear un espacio delante de los butacones. Como modista de la casa, mano derecha durante años de Óscar de la Renta, Sindy tenía la potestad de decidir qué excepciones podían hacerse con los clientes, en especial con aquellos con los que la casa mantenía una relación especial. Las modelos del diseñador de alta costura desfilaban a veces con las joyas BJ. Un full pass en privado era una deferencia obligada con Georgina Moore. Después de traerles café y agua, varias chicas jóvenes de metro ochenta comenzaron a desfilarse con vestidos de noche de la colección otoño invierno. Escogiera el que escogiera, Norah se llevaría un diseño exclusivo que no estaría en tiendas hasta la semana siguiente. Sin dejar de sonreír un instante, decía sí o no con la cabeza, a veces en el mismo vestido. Se debatía entre lo que le gustaba y lo que podía permitirse, entre lo bonito que era todo y que nada lo era suficiente. Hasta

que lo vio. Espectacular. Largo, verde y negro, sus dibujos simulaban hojas de palmeras entrelazadas creando claroscuros. Se veía dentro de él, ya lo sentía. Rogó que lo acercasen para tocarlo. Era suave, cálido. Se volvió hacia Georgina con la respiración alterada.

—¿Puedo probármelo?

—Claro, cariño, para eso estamos aquí.

Una modista se metió con ella en el probador para hacer los arreglos. El busto de Norah llenaba el escote palabra de honor, y su estrecha cintura se ajustaba como hecho a medida para ella. Le pasaron un sujetador especial para acentuar el escote y unos zapatos verde hierba de unos diez centímetros. En su fuero interno, agradecía aquella dieta de sexo desbocado con Samuel que le había hecho bajar varios kilos y había tonificado su cuerpo.

Georgina aplaudió satisfecha cuando la vio salir del vestidor. Norah estaba exótica, digna de alfombra roja. Y feliz.

—Dios mío, Norah. Estás impresionante.

—Gracias, Georgina. Me siento impresionante.

Se despidieron de la diseñadora mientras una chica empaquetaba las compras —el vestido en una funda especial y varias cajas con accesorios—. Norah se mordía el labio inferior, pensativa. Ahora debía resolver cómo demonios iba a pagar todo aquello. Sacó su teléfono para llamar a Samuel, no se le ocurría otra cosa. Georgina le quitó el móvil y la cogió del brazo en un ademán tan sofisticado como discreto. Salieron a la calle seguidos de una empleada con las bolsas y el vestido, el coche ya estaba esperando.

—Georgina —le dijo, dentro del vehículo—. No sé cuánto ha costado todo esto, pero por favor yo quiero pagarlo.

—De ninguna manera; no te imaginas lo mucho que me he divertido esta mañana. Hace mucho tiempo que no salgo de compras con Pauline, ahora casi vive en la oficina. —Déjanos mimarte, Norah, no lo veas como un favor. En realidad, el favor me lo haces tú porque así me siento útil, pendiente de vosotros dos.

—Me vas a sacar los colores, y eso es un poco difícil.

—Mañana te enviaré algo con Samuel. Por favor, utilízalo.

—Georgina...

—Es un asunto de negocios, Norah. No está bien visto que nosotros, como embajadores de una marca, con clientes nuestros en la cena, no llevemos joyería propia. —Norah sonrió un poco forzada, no acababa de comprender la situación—. Hagamos esto, será nuestro contrato personal: tú llevas a la cena

lo que te envíe y estamos en paz, lo de la ropa de hoy queda olvidado. ¿Te parece?

—No sé si me parece, pero te digo que sí. Has sido tan amable al organizar esto...tan cariñosa...

—La echas de menos, ¿verdad? A tu madre.

—¿Tanto se nota?

—A todas se nos nota. Cuando las perdemos, perdemos algo de nosotras mismas. Es como necesitar de repente el aire.

—Sí, como necesitar el aire... —Norah bajó la mirada, algo le oprimía la garganta—. Cada mañana, cuando despierto, lo primero que me viene a la cabeza es el rostro de mi madre. Daría cualquier cosa por tenerla conmigo en estos momentos.

—Yo también, Norah, yo también.

Las dos mujeres se abrazaron



Samuel llegó tarde aquella noche. Norah se entristecía viendo sus ojeras, su sonrisa sin fuerza, esa manera de moverse propia de un hombre muy cansado, torpe y eléctrica a la vez. Pero no dijo nada. Ahora que apenas podían verse durante el día por sus trabajos, se quedaba con él todas las noches. Le hubiera gustado dejarlo descansar de vez en cuando, pero Samuel la tomaba de la cintura y se aferraba a ella como una tabla de salvación. Hundía la cabeza entre su maraña de cabellos y aspiraba su olor. *Quédate* —le decía— *Despertar contigo es como volver a nacer.*

Norah lo recibió en la cocina, sentada en uno de los taburetes y envuelta en una larga bata de seda salvaje que le llegaba a los pies. Tenía una copa de vino en la mano, y otra vacía sobre la mesa esperando a Samuel. Él sonrió porque le encantaba verla así. Norah se puso en pie y salió a su encuentro. Se fundieron en un abrazo.

—¿Qué haces despierta, cariño?

—Te echaba de menos. A mí también se me hace grande la cama si no estás —se hablaban boca contra oído, sin despegarse—. ¿Qué tal el día?

—Bien, muy movido, como siempre. Me pasé unas horas por la clínica, por eso he llegado tan tarde. —Él cerró las manos sobre sus nalgas.

—¿Has cenado?

—Sí, comí algo entre turnos. Y a ti, ¿cómo te ha ido hoy?

—Bésame.

—Buena respuesta, nena.

Norah se desabrochó la bata y se descubrió ante él. Al verla, Samuel se mordió la cara interna de su mejilla en una mueca desesperada. No hacía falta invitación, ni preguntas, ni sugerencias. Sonrió y tomó la barbilla de Norah para besarla con avidez. Usualmente se desnudaban despacio, saboreándose con el paso de los besos y las caricias, pero, a veces, las prisas se aceleraban entre ambos y terminaban follando de manera bestial con la ropa puesta.

Norah había cambiado muchas cosas dentro de sí misma desde que entendió que Samuel nada tenía que ver con su pasado, que él le infundía ganas de volar, no le cortaba las alas. Se reconcilió con su cuerpo para mostrarse tal como era sin necesidad de esconderse detrás de la ropa. Ya no le costaba enseñar su escote ni sus caderas redondeadas, usaba transparencias y encajes sin importarle otra cosa que verse bonita ante el espejo

Hoy estaba feliz: una mañana especial de la mano de Georgina, y ahora Samuel delante de ella, extasiado. Además, había comenzado a tomar la píldora: ya todo estaba permitido, sin barreras ni amenazas. Lo necesitaba, lo necesitaba del todo y por completo.

Samuel avanzó unos pasos sin dejar de tocar el cuerpo de Norah, se subió a uno de los taburetes altos y tiró levemente de ella hasta montarla en su regazo. Tocó sus pechos mientras la besaba y le acariciaba la espalda. Norah se movió despacio provocando un roce súbito entre ambos, aunque poco había que despertar. Debajo de aquel pantalón ya se adivinaba una erección lo suficientemente dura para hacer feliz a cualquiera. Se relamió y abrió sus piernas un poco más para sentirlo. Su sexo desnudo rozando las costuras de su pantalón le provocó un escalofrío. Se besaron con pasión lamiéndose los labios, chocando los dientes, tocándose todo el cuerpo.

Samuel comenzó a trazar una hilera de besos desde la barbilla, a través de su cuello, para encontrarse de nuevo con sus pechos. Apoyó su mano enteramente abierta entre ellos e incitó a Norah a inclinarse hacia atrás dejando su torso desnudo a merced de su boca. Lamió con fruición sus pezones sensibles y erectos, pero seguía trazando besos en su cintura, el vientre plano, su ombligo. Ella se incorporó y tomó su copa de la encimera sin bajarse del regazo de Samuel, bebió un largo trago y lo vació en su boca; varias gotas escaparon por las comisuras de sus labios y las lamieron despacio disfrutando con ese sabor de besos y vino. Él comenzó a

desabotonar su camisa, dejó los gemelos de oro blanco en la encimera y Norah fue desabrochando despacio su cinturón, los botones de su bragueta, sin dejar de besarlo.

—¿Qué quieres mi vida? —dijo coqueta, a su oído, mientras él hundía sus dedos en la maraña de rizos que se movían en todas direcciones.

—Lo que quieras darme, me da igual, no puedes preguntarme esto ahora, Norah; no lo hagas porque soy capaz de darte hasta lo que no tengo.

—Fóllame —le dijo de la manera más sucia que encontró.

Samuel se quitó la camisa de un tirón; sus pantalones y su ropa interior quedaron hechos un bulto en el suelo. Ambos desnudos, ambos muertos de ganas y con las manos siempre vacías. Norah se pegó a su cuerpo ronroneando en su oído aquellas cosas que no se atrevía a decirle sin perder el control. Le acarició la espalda, los pectorales, su abdomen marcado y, con dedos ágiles, tomó su pene, que se estremeció. Un suspiro profundo se escapó de él entre sus dientes apretados, miró al techo para evitar correrse. Norah lo sabía, lo sentía palpar bajo el movimiento que inició con sus manos masturbándolo despacio. Cuando Samuel logró recuperar el control, la besó acunando su cara entre las manos. Se lamían, se comían la boca. La acarició hasta donde alcanzaban sus manos, la olió como si cada centímetro de su piel tuviera un aroma nuevo, distinto a todos los demás; llevó su mano hasta el sexo empapado, dispuesto a enterrar sus dedos en él.

Un par de movimientos más y los gemidos subieron de volumen, las manos tuvieron que detenerse. Si continuaban, terminarían corriéndose y ambos necesitaban más. Más tiempo, más espacios, más de ambos. Samuel volvió a tomar posición en el taburete y ella se acomodó en su regazo empalándose por completo en él. La tomó de las nalgas y la ayudó a abrirse más para recibirlo. Nunca se habían sentido como entonces, cada terminación nerviosa, la humedad de sus cuerpos, cómo la vagina de Norah tragaba su pene hasta la raíz. En aquella postura no había lugar para la maniobra, todo era lento y cadencioso, un eterno acomodarse.

—Más...quiero más —balbuceó Norah con una voz que no era suya, de otra dimensión.

Samuel acariciaba la hendidura de sus nalgas y ella cerró los ojos. Trazó varios círculos sobre ellas y hundió medio dedo en su interior sin dificultad. Se detuvo un instante, pero volvió a ejercer presión y lo introdujo completo. Norah arqueó su espalda para absorberlo todo, casi sin moverse, pero sin quedarse quieta. Se apoyó como pudo en el suelo y, con esa palanca, logró

aumentar el movimiento, la fricción, su placer. Su columna se tensó. Estaba tan húmeda que podía escuchar el chapoteo dentro de su vagina. El ritmo aumentaba, la columna era en su espalda igual que un hierro que también la empalaba. Samuel la cogió por la cintura hundiéndola más. Sin poder soportarlo, Norah bajó una mano y tocó su clítoris hinchado hasta explotar en un orgasmo demoledor. Samuel se corrió con ella, hundido en su cuello, aspirando su olor mientras sentía que él mismo, su propio cuerpo, sus ojos, se licuaban súbitamente y fluían a través de su miembro.

Hasta el final no fueron conscientes que habían estado gimiendo todo el rato, gritando, aullando de placer. Sus gargantas estaban secas, casi doloridas. Samuel enterró su cabeza en el cuello de Norah, no le quedaba aliento.

Después de ducharse se tumbaron en la cama, felices. Samuel boca arriba, uno de los brazos por encima de la cabeza, el otro en el cuerpo desnudo de Norah, sobre sus caderas.

—Mi madre me ha dicho que os fuisteis de compras esta mañana.

—Sí, la llamé porque me estaba agobiando con lo de mañana. No sabía qué llevar. ¿Te lo ha contado? Ha sido de película, alucinante.

—Me alegro. Por las dos. Ella está muy contenta de que la hayas necesitado; bueno, todos estamos muy contentos de que nos necesites, Norah.

—Se rieron los dos—. ¿Sabes? Tenemos que organizar algo para que conozcan a tu tía.

—Norah guardó silencio. No parecía una buena idea si incluían a Ben en el paquete. No quería imaginarse una escenita entre Marcia y él.

—¿Estás bien? —preguntó Samuel ante su silencio.

—Es por tu madre, Samuel —mintió—. No solo me acompañó y lo preparó todo antes con el atelier, además...

—Se ocupó de los gastos.

—¿Te lo contó?

—No, siempre hace lo mismo con todos nosotros. Si el dinero sirve para algo —nos ha dicho mil veces —es para hacer felices a quienes te rodean.

—Es bonito.

—Sí... Ah, también me comentó que en la cena llevarás algo de su colección privada.

—Sí, a mí también. —Sonrió, irónica.

—¿No te lo dije? Te van a adorar, Norah, ya te adoran todos. Mis padres, los niños, Pauline y James, hasta el huraño de Ben.

—El huraño de Ben... En serio, cariño, ¿crees que él también me adora?

Capítulo 12

Todo regresa

El avión llevaba una hora sobre aguas del Atlántico. Dentro, ocupando uno de los asientos exclusivos, Miguel se revolvía inquieto sin saber qué hacer con las manos.

No cesaba de imaginar las escenas que él mismo iba a protagonizar. La ira de los primeros momentos había dado paso a una evidente inseguridad. El esfuerzo por controlar sus manos, por impedir que agarraran y rasgaran los brazos de su asiento, le resultaba humillante y desconcertante, y ella era la única responsable.

Solo imaginar su nombre, verlo colgado en su cabeza como un cartel de neón en Times Square, era suficiente para hacerle perder el control. Necesitaba tenerla delante; de inmediato sabría cuánto de él quedaba en aquel mulato corazón. Vería su cutis perfecto, su nueva sonrisa dentífrica que ahora exhibía en videos y revistas, y lo sabría en ese mismo instante. Imaginaba sus pechos ahora también perfectos, sus larguísimas piernas de actriz de Hollywood a cinco mil el servicio. Era algo más que eso, mucho más en realidad; tenía miedo de su propio corazón. Había visto aquellas fotos ocho horas antes. Hasta entonces era un día más en su nueva vida con Laura. Los primeros meses pasaron rápidos y más o menos felices, pero Laura, como todas las hembras de este mundo, tenía un distinto concepto del tiempo. Que necesitara estar pegada a él las veinticuatro horas del día, podía pasar; pero ese vicio de hacer planes y no conformarse con el presente, esa compulsión por hacer determinadas cosas en momentos determinados, nunca pudo aguantarlo. Pero fue ver las fotos y recuperar de repente el sentido de la auténtica realidad. Laura dejó de existir en ese mismo momento con aquellos grandes y verdes ojos que ya no le decían nada. Norah había vuelto, y la necesitaba. ¿Por qué no podía controlar las manos? ¿Sería el deseo de poseerla otra vez, la codicia que habían despertado las imágenes de la revista? Aquella pose desvergonzada, esa risa triunfal de quien está sobre el mundo y no necesita nada, ¿eran suficiente motivo para coger un avión y plantarse en Nueva York? La necesitaba, maldita sea. Esa certeza le ponía enfermo. No podía dejar de mirar por el ventanuco buscando alguna respuesta, pero la oscuridad de la noche solo le

devolvía su rostro en el cristal. Tenía que hacer planes, preparar el terreno antes de plantar los pies en América. Ya había reservado habitación para los próximos siete días, pero no sabía exactamente dónde ir, con quién hablar, dónde buscar la información que necesitaba. Las uñas se clavaban en la tela de su asiento exclusivo.

¿Señor?

Sabía que era la auxiliar de vuelo, podía olerla. Vendría a ofrecerle un licor o revistas ilustradas de mulatas en Manhattan. No quería abrir los ojos y que interrumpieran sus planes. No ahora que sus manos, aunque solo fuera por hartazgo, se habían sosegado y ya recorrían las curvas de Norah como por primera vez. Aquella cintura breve, aquellas caderas criollas, esos pechos de papel cuché con los que él había hecho barcos, aviones y pajaritas en otro tiempo. Daría cualquier cosa por tenerla delante y hacerle el amor como a una puta de Bronx+9. Que comiera en la palma de su mano otra vez.

¿Señor?

Al abrir los ojos, la tenue luz dentro del avión enmarcó el rostro cansado y sonriente de la auxiliar de vuelo. Era Norah, cualquier Norah de este mundo. Aceptó su whisky de cinco años y lo puso con cuidado sobre la mesa. El olor de la chica lo acompañó el resto del viaje como el perfume de un rencor pendiente.

Capítulo 13

Cuidarse mucho

El sábado, Norah se despertó sola en la cama. Recordó la cara de su madre, aquella risa que aún podía escuchar si cerraba muy fuerte los ojos. Cuando volvía a abrirlos, el sonido se apagaba, las facciones desaparecían como borradas por una goma mágica. Se levantó y abrió las persianas. Se estaba quedando sin días libres. El encargado del Starbucks no le había negado el último que solicitó, pero la miró con mal gesto. Trabajaba bien, no tenía de qué preocuparse.

Antes de irse temprano, Samuel le besó en los labios y le dijo que regresaría lo antes posible para prepararse sin prisas. Vestida con una camiseta de él, desayunó despacio sintiendo cada mordisco, cada movimiento de sus manos. Era una liturgia que había ido elaborando desde jovencita, le aportaba tranquilidad. Unos minutos de soledad absoluta y ya: si una se lo proponía resultaba sencillo estar viva. Apoyada en una columna, reposaba la funda con el vestido para la cena. Llamó a su tía para ver cómo estaba.

—Será mejor que me enviéis fotos de vuestras galas. Bien juntitos, ya sabes —dijo Marcia, imperativa—. No te perdonaría que os olvidarais de mí.

—¡Bueno! Siempre supiste cómo pedir las cosas, tía, cualquiera te desobedece.

Más tarde, después de pedir consejo a Kalya sobre adónde ir para peinarse —la llamó anticuada y grunge, no tenía un buen día—, la rubia le consiguió una cita online de última hora para The Red Door, en Union Square. No estaba convencida del consejo, pero de todas formas decidió coger un taxi y presentarse allí. Cuando por fin entró en el establecimiento, se acordó de toda la familia de su amiga: era uno de los lugares más glamurosos y caros de Manhattan. El interior era precioso, en colores blancos y rojos, con muchísima iluminación. Una chica en el mostrador de recepción le preguntó si tenía cita, y Norah estuvo a punto de salir corriendo. Respiró, tocó el bolso donde tiritaba su tarjeta Visa y dijo que sí. Quería estar guapa y no había tiempo para segundas opciones. Le informaron de todos los servicios que ofrecían, los descuentos, las promociones. La invitaron a tomar asiento. Una chica trajo un servicio de café con pastelitos. ¿Podría acostumbrarse a esa rutina? Óscar de la Renta, The Red Door... y aquella noche cena con un

senador candidato a la presidencia. Mientras mordisqueaba un pastelito de crema, se recordó paseando en sandalias por la ribera del Guadalquivir con el pelo recogido detrás con una goma. El contraste le hizo reír hasta atragantarse.

Pidió varios servicios: un masaje completo con aceite de karité y coco, una exfoliación integral con azúcar moreno y una hora en el spa; la mascarilla facial y la del cabello, por supuesto una depilación integral, manicura, pedicura, cejas, peluquería completa... No estaba mal para una chica estilo grunge. Se iba a pasar allí lo que restaba de mañana, y algo de la tarde. De la Visa no quedaría ni el último aliento. Qué demonios: no había gastado nada en el vestido, se iba a dar un homenaje —y Samuel otro cuando estuvieran a solas—. La acompañaron a una habitación donde dejó sus cosas y se desprendió de la ropa. Le entregaron un albornoz de felpa suave color crema, unas chanclas y ropa interior desechable. Metió su móvil en uno de los bolsillos del albornoz y entró en aquel laberinto de vanidad.

Después de los masajes, las uñas y la mascarilla facial, pasó al spa muy relajada, como si la hubieran drogado a base de caricias. Ya había enviado a Samuel una fotografía de su escote embadurnado en aceite, y él respondió amenazándola con quemar el local si la mujer que la atendía no era una heterosexual debidamente acreditada. En realidad, no la atendió una, sino tres mujeres jóvenes bien maquilladas, perfumadas y con unas manos maravillosas.

Marcos fue el último en encargarse de ella. Peluquero y estilista del local, Kalya dijo sobre él que era una especie de institución nacional, el número uno. A primera vista, con aquellas mechas violetas en la cabeza y las zapatillas rosas, Norah recobró las ganas de salir pitando de allí, pero en cuanto charlaron un rato se quedó tranquila. Sabía tratar a las clientas: las adulaba, les preguntaba cómo querían verse al final, qué ropa llevarían, y tras adularlas otra vez, aconsejaba los colores y los cortes que más las favorecían. Después de eso, sus zapatillas rosas ya eran un signo de distinción. Detrás de aquella imagen, de sus gestos exagerados al hablar, había alguien con mucha experiencia y buen gusto.

—¿Cómo conseguiste entradas para la gala? —preguntó a Norah cuando hubo suficiente confianza—. Me han dicho que allí va a estar lo más de la jet set de Nueva York. Norah, preciosa: si cazas un *famosete*, por favor, cuenta por ahí quién te ayudó a tejer la red.

—Claro, Marcos, y te lo traeré aquí para que le eches un vistazo.

—¡Qué linda!

Cuando terminó de maquillarla y amoldar sus rizos con distintos productos, Marcos se separó unos metros de ella y la observó. Movía las manos como si tomara medidas, asentía con la cabeza. Acercó un espejo a Norah. Su piel lucía uniforme, iluminada, rejuvenecida. Apenas llevaba color en los ojos porque, según decía su estilista, los estampados y los tonos intensos no se llevan bien. El cabello suelto, manejable. Ya fuera, pagó con gusto lo que le cobraron y salió del local recordando de nuevo las sandalias, el río, su cabello sujeto atrás con una goma, la infancia en el Bronx. Algunos paseantes se volvieron al escuchar su risa.

Media hora después ya estaba dentro de la ducha. Cuando Samuel llegó, la encontró enfundada en unas braguitas diminutas, liguero y sujetador a juego, del atelier de Óscar de la Renta. Alzada sobre los tacones, con unas finas medias de seda ajustadas a sus muslos: Samuel se quedó de piedra cuando la vio de pie en el vestidor.

—Te quiero mucho, ¿sabes? —susurró dándole un suave beso en los labios—. No quiero que te pongas nerviosa, es solo una cena. Habrá mucha gente y algunos harán más preguntas de las convenientes, tú olvídalos.

—Nunca he estado en nada así, Samuel, creo que se me doblarán las piernas en cuanto nos acerquemos.

—No digas eso.— Entrelazó sus dedos con los de ella, detrás de la espalda—. Estás preciosa, tendré que apartar los moscones cuando empiecen a revolotearte.

—Te advierto que así no voy a ir —le dijo señalando su ropa interior.

—Peor para ellos.

Samuel terminó de ducharse, se vistió con esmoquin de *Hugo Boss*; en la solapa, un pañuelo del mismo color que el vestido de ella. Norah lo esperaba de pie en el salón, absorta en las vistas de una ciudad que empezaba a oscurecer. Él permaneció quieto durante un minuto, mirándola. Aquel vestido la hacía más bonita aún, pero no debía de ser cosa del vestido sino de ella misma, capaz de convertir lo más sencillo en un lujo para los ojos, y lo más elegante en un trocito de cielo que la rodeaba como una segunda piel. Preciosa vestida y desnuda, nocturna y recién levantada; su silueta ahora recortada en la ventana del salón mientras la luz se extinguía lentamente. Le entraron ganas de olvidarse de todo, encerrarse de por vida en aquella casa, en aquella cama junto a la mujer más bella del mundo, pero el tacto de la pequeña caja que llevaba en la mano le rescató de sus ensoñaciones. Se

aproximó a Norah con el rostro iluminado.

—Toma, creo que esto es para ti.

—Georgina Moore...

Se quedó maravillada al abrirla: una esmeralda del tamaño de una moneda de dólar colgaba de un cordón de plata labrada. Se lo colocó alrededor del cuello y sintió su peso en la piel; no quería apartar las manos, podía perderlo, podía romperse el cierre y caer al suelo.

—Está asegurado, nena, no te preocupes.

—No sé si eso me tranquiliza.—Tímidamente, retiró las manos del collar—. No voy a preguntarte cuánto cuesta mi cuello en estos momentos.

—Menos de lo que vale desnudo.—La besó—. No sé cuánto cuesta, Norah, pero si lo supiera tampoco te lo diría. No quiero que pases la noche pensando en ceros, disfruta.—Ella se llevó las manos al collar—. No se caerá, lleva doble cierre de seguridad. Relájate, por favor. Esto solo es protocolo.

—¡Joder!—exclamó en español.

—Norah... —Samuel puso los ojos en blanco, ella lo miró divertida.

—Vale, ya me calmo.



Las calles de New York lo engullen, se lo tragan sus aceras; el verde de los parques se le hace demasiado intenso a los ojos. Miguel lleva cuatro días en esta mole de cemento, cristal y ruido, y no encuentra nada que le satisfaga. La ve en todos los lugares y en ninguno. Escucha su risa contagiosa y se pierde en su aroma de vainilla y humedad. Es ella. Está seguro, aunque no la vea. Esta mañana volvió a comprar todas las revistas de cotilleo rosa, esas por las que no daría un céntimo en España y que ahora acumula en la habitación de su hotel. Hojeó y olió sus páginas tratando de encontrar algún resquicio que pudiera traerla de vuelta. Maldijo.

Salió a la calle dando tumbos, ebrio de la necesidad de tener algo más, de encontrar algo más, pero sin saber cómo conseguirlo. Se le agota el tiempo, la cabeza le da vueltas, la cama se le hace grande. Laura le telefona a diario, y a diario cuelga sin decir ni media palabra. No es a ella a quien le apetece escuchar.

Una silueta destaca entre los muchos peatones de una calle cualquiera. Lleva un vestido corto, demasiado corto. Le hierve la sangre, el corazón le

late a mil y corre detrás de ella. Un trasero perfecto, unas piernas de lujo, tacones de aguja. Es ella.

—¡Cuidado! —Una persona lo increpa a mitad de camino, pero su visión periférica es nula, solo ve hacia adelante, hacia aquellas curvas que siguen moviéndose de manera sinuosa, abriéndose paso entre mujeres, hombres, niños.

Está muy cerca, casi puede olerla. Acelera un poco más la carrera y la toca. Tira de su brazo y los ojos le brillan expectantes por primera vez en muchos días. Es su olor, su cabello rizado.

—¿Pero qué haces? —grita de repente una voz femenina.

Se le borra la sonrisa, se le apaga la mirada. Era Norah, era su olor, era su piel, pero no su rostro. Se queda en medio de la acera sin pedir disculpas, el perdón no le sale frente a la mujer morena que lo mira incrédula y que recompone sus gafas de sol para seguir su camino. Miguel se queda en medio de la multitud sintiendo cómo continúan transitando miles de Norah a su alrededor, todas son ella, pero ella no es ninguna.

Capítulo 14

...Y sonaron las doce campanadas

El hotel Four Seasons es uno de los lugares más prestigiosos de la ciudad, y más caros. Suele acoger eventos donde asisten políticos, artistas y otros personajes de la socialité neoyorquina. La prensa se concentraba en los laterales de la puerta de entrada, a ambos lados de la alfombra roja. Los curiosos abundaban en las calles de alrededor, buscaban autógrafos, selfies con las estrellas o un par de segundos en el prime time de algún magazín televisivo. Aquella noche se esperaban cerca de quinientos invitados, por lo que la seguridad era más visible de lo acostumbrado, en forma de hombres con traje y pinganillo desplegados en las puertas y a lo largo de la acera. Una calle antes de la entrada del hotel se coordinaba la llegada de los coches para evitar aglomeraciones. Los grandes personajes que acudían a la cita de esa noche querían exclusividad, todos la quieren, hasta en la llegada. El lujo en cuatro ruedas o más —Porchés, Chevrolet, Mercedes, Cadillac, por supuesto limusinas negras Dodge Magnum o Lincoln—va acercándose a la alfombra roja, y sus ocupantes descienden de los vehículos rodeados de un aura diferente. Todos querían hacerse fotos, lucir su ropa, contestar preguntas y atender a los admiradores en el corto tramo que los separaba de las escaleras del hotel. El photocall servía de marco para las noticias que ya corrían por las redes sociales.

Una limusina *Buick Lucerne CXL*, de un impecable negro inferi, llegaba en ese momento al punto de recepción. Dentro de ella, Norah y Samuel se arreglaban a toda prisa. Él obsesionado por rebajar su erección a un mínimo respetable; ella, alisando los bajos de su vestido, y ambos muertos de risa. Llevaban algo más de media hora dentro del vehículo y apenas los separaba una calle para mostrarse al mundo.

Cuando vio aquel impresionante vehículo por primera vez delante del edificio de apartamentos, Norah se quedó muda de asombro. Nunca se había montado en una limusina, y con chófer. Se contuvo para no ponerse a aplaudir allí mismo, a saltar como una loca recién salida del Bronx, un poco por decoro y un mucho por no estropear su maravilloso Óscar de la Renta. Se limitó a echarse al cuello de Samuel y prometerle cosas sucias al oído. Estaba encantada. Al entrar en el vehículo, todo lo miraba con ojos ambiciosos,

quería tocar y probarlo todo. Al fin, se sentó al lado de Samuel, entrelazó sus dedos con los de él, y se quedó quieta observando a través de los cristales oscurecidos. La ciudad empezaba a moverse a su alrededor, se llenaba de luces, de humos, de músicas fugaces, de otros miles de coches como el suyo que habían decidido salir por el mismo lugar y a la misma hora. Norah miró al frente; el cristal que los separaba del chófer estaba cerrado; con un rápido movimiento, se subió a horcajadas encima de Samuel, el cual, entre divertido y asombrado, tocó sus caderas y se perdió entre los pechos de ella aspirando su olor.

—Dios, nena, no me hagas esto, por favor. Aquí no.

—¿Quién es ahora el nervioso? —Samuel ascendía por el borde interior hasta encontrar el vértice de su tanga. Respiraba hondo, necesitaba más oxígeno.

—Norah, por favor... Si te toco más no podremos salir de aquí hasta que...

—Silencio, no rompas la magia... tócame, mi vida.—Samuel apartó con suavidad el elástico del tanga e introdujo el dedo en ella. La miró con sus ojos azules humedecidos; encima de él, como una diosa, Norah reinaba en la noche salvaje de Nueva York.

—Joder, estás mojada...Quiero follarte ahora mismo, aquí... siempre...

Norah retiró la mano. Estaban a punto de llegar, solo quería volverle un poco loco, ya terminarían la noche empotrados en la pared del piso. Guio los dedos de Samuel hacia su boca y los succionó con placer, él dejó los ojos en blanco, se estremecía con aquellos labios cálidos y carnosos.

—Te lo juro: si sigues así no llegamos.

—Gracias, amor. Gracias por ser como eres, por tu pasión, por tus mimos...—Metió una mano entre ambos para acariciarlo y comprobar que su miembro seguía duro—. Relájate ahora.

—No puedo, no podré relajarme nunca. Estaré empalmado toda la noche; a esto del infarto, Norah Miller.

Llegaban. Los dos se miraron en la penumbra antes de que abrieran desde fuera la puerta del coche, y sonrieron cómplices.

Los flashes de los fotógrafos hicieron que Norah se agarrara a Samuel, que tendió su mano para ayudarla. Fue un desfile hasta la entrada, entre cientos de flashes, preguntas, exclamaciones que provenían de una multitud desvaída a su alrededor. Norah no se separaba de Samuel, necesitaba su calor porque ella estaba ciega, aturdida por aquel recibimiento. Algunas voces la llamaban por su nombre o por su apellido, sin duda periodistas. ¿Cómo podían

conocerla? Volvió a sentir el peso de aquella esmeralda uncida al cordón de plata labrada, y por un segundo, durante casi dos latidos, se sintió una esclava.

Recorrieron la alfombra roja saludando a derecha e izquierda con gestos de la mano y la cabeza. Norah se agarró al brazo de Samuel y no lo soltó ni un segundo. Dejaron atrás a Oprah Winfrey con sus muchos admiradores, firmando autógrafos y hablando a las cámaras de las cadenas más importantes del país. Marcia hubiera matado por estar allí, apenas a unos metros de la estrella de TV que tanto le gustaba. Una chica de la organización, pertrechada con un micrófono manos libres y una agenda electrónica, se acercó a ellos para explicarles dónde y cómo deberían situarse en el photocall.

—¿Tú crees que nos dirá también cómo sonreír? —preguntó al oído de Samuel.

—Lo intentará, pero no le hagas caso.

Hechas las fotos, continuaron su paseo camino del lobby del hotel. La prensa les lanzaba preguntas escuetas y rápidas, a las que Samuel respondía con monosílabos, con muecas ensayadas mil veces. Uno de los periodistas se aventuró a preguntar qué había de cierto en los rumores que les atribuían un compromiso formal durante el cumpleaños de Max Moore, dos semanas atrás. Samuel se encogió de hombros y obvió el asunto mostrando su mejor sonrisa.

—¡Norah Miller, por favor! —gritó una periodista vestida con un conjunto blanco, parecía un hombre—. ¿Puede decirme de quién es el vestido que lleva esta noche?

Norah se quedó petrificada. Su nombre ya no era suyo en exclusividad, flotaba en el aire, en los ecos del ciberespacio. Cuando a punto estaba de responder lo primero que se le pasara por la cabeza, recordó los consejos de la experta Kalya. Su amiga no había pisado una alfombra roja en la vida, pero leía en la red todos los chismes de las celebrities.

—Por supuesto, gracias por su interés. Llevo un modelo de Óscar de la Renta y joyas de BJ —dijo de un tirón mientras acariciaba el collar con la palma de la mano.

Samuel, que observaba la escena dos pasos por detrás de Norah, se sintió impresionado con la respuesta. Cogió las manos de su chica y las besó con los ojos cerrados. Los flashes de las cámaras no cesaron.

En aquel instante, dos personas con uniforme abrieron las puertas acristaladas que daban acceso al lobby. Allí el ambiente era distinto. Los

fotógrafos tenían prohibida la entrada, y el bullicio del exterior se iba transformando en murmullos según llegaban los invitados y se reunían en grupos sobre el amplio vestíbulo. Norah miraba en todas direcciones, orgullosa aún de su respuesta a la periodista del terno blanco pero insegura en aquel nuevo espacio. El suelo era ajedrezado, clásico, pero en un punto rompía la continuidad formando un círculo de mármoles rojos y blancos con una roseta en medio. La recepción estaba adornada para la ocasión: carteles, globos, una fotografía tamaño gigante del senador Taylor ocupando parte de una pared.

Los padres de Samuel llegaron minutos después, al tiempo que ellos saludaban a una pareja de octogenarios risueños que se les había acercado. Pauline y James se presentaban sin los niños, ella con un precioso vestido de gasa color champán con pedrería de Elie Saab, un hombro al descubierto. En ese mismo brazo lucía un brazalete de inspiración romana, también con pedrerías. Su marido Max, igual que Samuel, igual que todos los hombres allí dentro, llevaban esmoquin. Georgina lucía espectacular con un vestido azul eléctrico de Alexander McQueen alta costura, que resaltaba su mirada y el colgante de diamantes que llevaba al cuello. Norah tragó en seco. Solo las joyas que llevaban las mujeres encima sumaban una cifra indecente, sin contar los vestidos, los perfumes, las cremas, las rinoplastias... Si estuviera allí, Kalya ya se habría desmayado un par de veces.

—Madre mía, Norah, estás preciosa —dijo Pauline, haciéndola girar sobre sus talones.

—Norah luciría espectacular con cualquier cosa que se pusiera, pero el vestido es genial, acertaste de pleno —intervino Georgina con un guiño cómplice.

—Mejor lucirá cuando se ponga bajo los focos del fotógrafo —insistió Pauline.

—¿Has aceptado, cariño? —preguntó una sorprendida Georgina.

—Aún no estoy convencida, pero quiero probar. Samuel está de acuerdo. Si es bueno para la empresa, contad conmigo.

—Confía en nosotros, quedarás fantástica —añadió Pauline con sonido de pedrerías—. La semana próxima habrá que ponerse manos a la obra. Llevamos algún retraso en el lanzamiento de la campaña.

Ben aparecía poco después. Norah no había pensado en él, ni siquiera cayó en la cuenta de que resultaría obligado encontrárselo de nuevo. Cruzó los dedos detrás de la espalda, rezando para tenerlo lo más lejos posible. Quería

disfrutar de su primera noche en la cima del mundo, codo a codo con su chico. El hijo mayor de los Moore llegó ajustándose la pajarita; no se podía negar que era un hombre muy guapo; venenoso pero impecable. Se acercó a sus padres para saludarles, a los demás les hizo un gesto con la mano. Tecleaba en su teléfono, ajeno a todo; luego se separó del grupo para hacer una llamada.

En pocos minutos, el lobby estuvo repleto de invitados a veinticinco mil dólares el cubierto. Varias azafatas informaban sobre la disposición en las mesas y entregaban un tríptico con el programa previsto. Todo estaba calculado, milimetrado por medio de números, nombres y, sobre todo, apellidos. El senador llegó poco después, se entretuvo con algunos de los presentes, cinco, diez segundos, veinte en casos de especial interés para la campaña.

—Hasta eso lo tienen estudiado —le explicó Samuel a Norah.

—¿Las sonrisas también?

—Sobre todo, las sonrisas.

Apenas cinco minutos después de hacer su aparición, el senador se perdió detrás de una de las puertas de doble hoja. Varios guardaespaldas se quedaron fuera para evitar el paso de curiosos. El senador Andrew Taylor era el aspirante más joven para candidato a la presidencia del país, odiado y amado en porcentajes que cambiaban tres o cuatro veces cada día. Norah apenas pudo entrever su cabello mientras se abría paso entre los invitados. Sintió que por muy alto que se subiera, siempre habría por encima un pedacito de cielo azul e inalcanzable.

La entrada del senador fue la señal para que los invitados pasaran a un espacioso comedor decorado en color blanco y con cintas Old Glory sujetando los forros de las sillas. Todos permanecían de pie mientras los camareros desfilaban con bandejas y copas de champán. Samuel presentó a Norah a muchísimas personas, gente adusta o encantadora, elegantísimos o exóticos, vulgares, lúcidos o con un preocupante exceso de personalidad; todos, sin embargo, se parecían en una cosa: eran ricos y poderosos, no estaban allí precisamente por la comida. Empresarios, jueces, diplomáticos, coleccionistas de arte, coleccionistas de esposas o maridos millonarios, incluso el alcalde de la ciudad. Norah se quedó admirada por la capacidad de Samuel para recordar nombres y cargos, pero sobre todo por esa habilidad —que a ella le resultaba milagrosa— de conversar sobre casi cualquier cosa, asuntos serios, trivialidades, temas familiares.

—No te sorprendas —le explicó al oído—. He estado tantas veces en galas como esta que podría moverme con los ojos cerrados.

—Pero...

—Un secreto, Norah, pero no se lo cuentes a nadie: en realidad siempre somos los mismos.

A Norah, por el contrario, le resultaba imposible recordar una conversación cinco minutos después. Era un bombardeo constante de nombres, de rostros, de detalles grandes y pequeños.

—Los pequeños detalles son los que importan, nena; con ellos entras directamente al corazón de las personas.

—Samuel...

—Dime.

—Que te quiero.

El resto de los Moore hacía lo mismo que Samuel, a todos se les notaba igual de familiarizados con aquel laberinto. Norah observaba a Pauline haciéndose selfies de la manera más relajada, o a Max riéndose a carcajadas con viejos compañeros, con políticos, con dueños de imperios que contaban los últimos chistes que corrían por Wall Street.

El senador entró en el comedor y todos le ovacionaron. Se extendió un poco más en saludos protocolarios y sonrisas. Finalmente, tomaron asiento. Sobre la mesa, servicio completo: bajo platos blancos con una fina línea roja bordeándolos, cubiertos desplegados en un orden marcial, cuatro copas por comensal y unas cestitas con primorosos bollitos de pan; en el centro, flores bajas para no interferir las palabras y las miradas, varias banderas americanas de discreto tamaño estratégicamente colocadas.

Todos se sentaron. Desde la mesa principal, puesto en pie, el Sr. Taylor dirigía a los invitados unas palabras de agradecimiento. Fue breve, muy poco político —signo de un político con grandes ambiciones—, el perfecto anfitrión que sabe que un vacío en el estómago proporciona pocos réditos electorales. Deseó a todos que disfrutaran del programa previsto para la velada, luego se sentó. Los aplausos unánimes le obligaron a levantarse y a sentarse otra vez. Podía comenzar la cena.

Los primeros platos aparecieron traídos por camareros ataviados con un uniforme tan blanco que hacía daño a los ojos; expertos, sabían moverse entre las mesas con agilidad y discreción. Pauline se sentó a un lado de Norah; al otro, Samuel. Viendo cumplidos sus ruegos, Ben se sentó lo suficientemente lejos para no importunar a Norah durante la cena. El menú había estado

supervisado personalmente por Gordon Ramsey, el famoso chef de Hell's Kitchen que tenía un reality en televisión. Se sirvieron en primer lugar, en diminutos platos, unos entremeses de foie de pato con pimienta sichuan sobre lecho crujiente, risotto con colas de langostinos y salsa de arándanos y crackins de cacahuete indio al curry. Norah estaba fascinada, ni siquiera se atrevía a probarlos.

—¿Qué ocurre, nena? —le susurró Samuel—. ¿No te gusta?

—No lo sé. ¿Crees que si pruebas un ángel te gustará?

—No lo creo, tienen plumas.

Aquella broma pareció relajarla; enseguida probó un poco de cada entrante, y vio que eran buenos. En un abrir y cerrar de ojos dejó vacíos los platos.

Antes de la segunda entrega, los comensales tuvieron tiempo para conversar unos con otros. Pauline le contaba a Norah chismes interesantes sobre alguno de los invitados. Señores de avanzada edad casados en segundas nupcias con jovencitas operadas, voluptuosas señoras que se embutían en vestidos dos tallas más pequeñas, después de horas de gimnasio sin recompensa, banqueros arruinados por exmujeres... El catálogo era infinito, y Pauline parecía conocerlo a la perfección. Relajada, Norah sonreía sin disimulo, feliz por estar allí sentada al lado de gente maravillosa. Samuel acariciaba su pierna por debajo de la mesa, la mimaba, se interesaba por ella.

Como segundo plato, sirvieron dados de carne con muesli y salsa de arándanos. Norah hubiera untado el plato cuando terminó, pero se limitó a mordisquear pedacitos de su bollo de pan. Ella no seguía ninguna dieta, nunca la había seguido, y aquella cena empezaba a parecerle la más cruel de todas.

—¿Aún tienes hambre? —le preguntó Samuel viéndola llevarse el pan a la boca.

—*Te comería ahora mismo* —le susurró al oído en español—. *Tus labios lo primero.*

Sin querer contenerse, él la besó dos veces en la boca. Con la mano sobre su muslo, clavó los dedos para no moverse hacia arriba.

—¡Ay! —Norah dio un chillido, divertida.

—A ver, tortolitos —se interpuso Pauline—. Si nos echan de aquí, tendréis que hablar con papá mañana.

—Mientras no sea en español... —masculló Samuel.

Cuando llegó el postre —sopa de chocolate blanco con frutos del

bosque—Norah casi ni lo probó porque Pauline la tenía muy ocupada, en pleno aluvión de confidencias. Samuel fue su tabla de salvación en muchas ocasiones —¿quién no había sido joven y descerebrada?—, y ella sufrió tanto como sus padres cuando se separó de Sophie. No se la merecía, su corazón era oro puro.

—Ella, en cambio... —le susurraba casi al oído—. Esa puta nos destrozó los nervios a todos; y a Samuel, casi la vida. Hasta que llegaste tú.

—Gracias, Pauline.

Norah adoraba a aquella mujer maravillosa, una Samuel con bonitas piernas y voluntad de hierro. De no empeñarse en atrapar con el tenedor uno de los arándanos que nadaba en la sopa fría, quién sabe, Norah también la habría besado en la boca.



Casi dos horas después de iniciada, la cena se apagó sin estridencias. El senador tuvo unas palabras para los comensales, invitándoles a dirigirse a la terraza para disfrutar de los cócteles. Después de las bebidas comenzaría la subasta benéfica para niños hospitalizados —siempre después—, puro sentido común. Con el estómago lleno de nervios, licores y risas mal contenidas, Norah se apresuró a buscar un baño. Sorteó a los últimos camareros que retiraban las mesas, gente de seguridad, invitados solitarios, en dúos, en tríos, algunos tambaleantes, a Max y Georgina, al propio Benjamín Moore haciendo un aparte con Samuel para discutir algún asunto; y entre pasillo y pasillo, cuando más sentía la urgencia, se encontró con el baño salvador. Tuvo que hacer malabares para subir el vestido y no estropearlo en el intento. Salió a lavarse las manos y coincidió con una chica rubia de vistoso vestido rojo. Se miraron ambas al espejo y sonrieron a la vez.

—¡Cuánta gente, por Dios! —dijo la mujer.

—Sí, y a algunos tendrán que sacarlos en brazos —añadió Norah sin dejar de sonreír.

—Por cierto, perdona que sea tan indiscreta pero no he podido evitar fijarme; ibas de la mano de uno de los hijos de los Moore. ¿Eres su mujer?

—No, soy su novia.

—¡Vaya suerte! Te llevas a un tipo guapísimo... y muy rico.

—Y él me lleva a mí, no creas.

—Enhorabuena para los dos. ¿Y de quién eres hija? —Norah arqueó una ceja, no sabía adónde quería llegar la mujer—. Discúlpame... Solo quería saber si eres hija de alguien conocido, ya sabes. Nunca te había visto antes en una fiesta, y aquí solemos conocernos todos.

—Oh, no... en realidad... es la primera vez... —dijo Norah, un poco avergonzada.

—Bueno, supongo que tampoco importa... hasta luego —se despidió de improviso dándole la espalda.

Norah regresó al salón y Samuel la recibió tomándola del brazo y besando su mano. La terraza estaba casi llena. Salieron solos; Max y Georgina saludaban a varios invitados, al igual que Pauline, su marido y Ben. Ella se apoyó en la baranda y Samuel le besó en el cuello antes de acercarse a por cócteles a la barra. Sonaba Jeff Lorber.

—No bebas mucho —la sorprendió Samuel un instante después, le acercaba una copa—. Esta noche, cuando lleguemos a casa, quiero ver con detalle qué hay debajo de ese vestido.

—¿Qué te hace pensar que aún llevo algo? —Samuel abrió los ojos con asombro.

La velada no resultó una catástrofe, como Norah imaginó desde el principio. Había salido viva de la cena —más que viva, feliz—, ahora solo quedaba relajarse y mantener el tipo. Se tocó el collar y sonrió satisfecha porque hacía horas que no reparaba en él. Su piel ya no sentía ningún peso. Desde el otro lado de la terraza, Max hizo una señal a su hijo para que se acercara. Samuel le dejó su copa, un beso rápido antes de marcharse. Bongós, ritmo discoteca, una voz grave y ronca, trompetas: Mario Biondi cantaba *Thisiswhatyou are*.

—Me gusta esta canción.—Norah casi saltó del susto—. Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? No puedo creer que mi hermano te haya dejado sola.

—*Joder, Ben* —dijo en español.

—Cuéntame, ¿resulta muy duro para ti? Al principio no es fácil acostumbrarse a todo esto. No es igual que poner cafés, desde luego. No sé... a lo mejor te has quedado con ganas de servir unos cócteles en la barra, ya sabes.

—Y tú no tienes huevos de repetir esto delante de Samuel, ¿verdad? —se encaró con él, retadora.

—¿Y para qué? Tú misma irás con el cuento en cuanto me vaya. Pero ¿te creerá? ¡Mmmmm, déjame pensar! Pues creo que no... siempre seré su

hermano... y tú un parche de última hora...No sé qué cojones ha visto en ti para vestirse de princesa y pasearte por ahí exhibiéndote como una mona.

—Lo que quieras, pero tú no tienes huevos, Benjamin Moore.

—Los tengo, nena, cuídate de ellos.

Ben se marchó de repente como había llegado. Norah cerró los ojos, se apoyó en la baranda. Había resistido, le plantó cara; ahora los nervios la vencían, le temblaban las piernas. Se giró para dar la espalda a los invitados, frente a frente con la noche oscura. No se permitiría una lágrima, nada de pensar en escándalos. Una bola se le formaba en la boca del estómago, también sus manos empezaron a temblarle. Por alguna razón, Ben la odiaba. Por su piel, por ser una camarera, por sacar a Samuel de su limbo particular y devolverlo al juego... ¿Se enfrentaría con él? ¿Lo haría Samuel hasta las últimas consecuencias?

—¿Lo estás pasando bien? —Le sorprendió su chico cogiéndola por el talle—. Creo que es la primera vez que aguanto hasta el final en un acto como este. ¿Por qué será?

—Por mi magnetismo, claro.—Se volvió hacia él con dulzura, aunque lo que le pedía el cuerpo era coger a alguien por el cuello y retorcérselo—. Todo es perfecto, Samuel. Me he reído un montón con Pauline. Me ha contado cada cosa...

—¿Y la campaña? ¿Le has dicho que sí?

—Bueno, solo a lo de las fotos. El señor Didier me pasará un contrato y me explicará las cuestiones legales, sobre todo lo de mi imagen.

—Te veo muy profesional, Norah. Si quieres que te acompañe cuando veas a Charles, dímelo. ¿Sí?

—Claro. ¿Y ahora qué?

—La subasta, nena. Seguro que te divierte. Verás cómo alguien paga una suma escandalosa por un juego de botones.—Norah sonrió, él la besó agarrándola por la cintura.

—¿Qué sucede, doctor? ¿Está impaciente por hacer inspección debajo de mi vestido?

—No me lo recuerdes... Solo imaginarte desnuda a un centímetro de mí—se acercó a su oído, susurrante—...se me pone dura, nena.

—Imagina, cariño, piensa que quiero tenerte dentro. Imagínatelo.

—¡No me hagas esto! —Apretó el cuerpo contra el suyo, acarició con un dedo la curva de su nalga—. Ahora no podré separarme de ti, me detendrían por escándalo público.

—¿Por esto? —Había bajado la mano y apretaba el bulto en su pantalón—. Entonces tendrán que detenernos a los dos.

—¿Interrumpo algo? —Sonó a su lado una voz de mujer.

Se sobresaltaron. Norah reconoció a la misma rubia del baño de señoras. Supuso que conocía a Samuel y venía a saludarlo, aunque le chocó el exceso de confianza. Pero aquello era América, había gente rara por todas partes.

—¡Ah, hola! —la saludó, tímida, se giró hacia Samuel y notó que su cara había cambiado, estaba tenso, la mandíbula apretada.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has conseguido entrar? —preguntó él, crispado—. ¿Os conocéis, Norah?

—No... —se apresuró a decir—. Hablé con ella en el baño hace un rato.

—Dime, ¿quién coño te ha dejado entrar?

—Antes no solías hablar así, cariño —dijo, condescendiente—. Y yo no necesito colarme en ningún sitio. ¿Has olvidado de quién soy hija? No puedes prohibirme estar aquí, *Sammy*.

Samuel agarró del brazo a Norah e hizo intención de marcharse. Norah no entendía nada. ¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué narices lo llamaba *Sammy* con ese tono? Su chico estaba tenso, casi le había hecho daño al cogerla. Presintió que algo andaba mal.

—¿Va todo bien? ¿Quién es esta mujer? —preguntó en voz baja, pero él ya no escuchaba. Ahora era Samuel el que parecía a punto de coger a alguien por el cuello para estrangularlo.

—¡Aléjate de nosotros! ¡Sabes que no puedes estar cerca de mi familia! —dijo en tono amenazante; la rubia seguía de pie delante de ellos, cortándoles el paso. Algunos invitados los miraban con disimulo; otros comenzaban a hablar, asentían con la cabeza. Norah sintió que todo el mundo sabía algo que ella ignoraba—. ¿Qué demonios quieres, Sophie?

Una palabra y ya lo comprendía todo. Seis simples letras y el mundo tenía sentido, el peor de los sentidos. Por mucho que se hubiera resistido a buscar su nombre en Internet, ahora resultaba inevitable: Norah la tenía delante, hermosa, joven, seguramente rica. La muy puta se le había acercado en el baño como por casualidad, como si desconociera quién era y con quién estaba. Humillándola.

—¿Qué quiero? —respondió con una pregunta—. Saber de ti, cariño. Apenas me llamas ya.

—No te llamo ya.—Tenía los ojos tan abiertos que parecían fueran a reventarle—. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, ni aquí ni en ninguna

parte. Si quieres saber de mí, habla con Charles. ¿No fue suficientemente claro el otro día? Ahora, si nos permites...

Samuel estaba furioso, pero intentaba no perder el control, no quería mirarla a los ojos. Por segunda vez, al intentar irse de allí, Sophie se interpuso entre ellos. Observaba a Norah.

—Sí, los rumores resultan ser ciertos —dijo, exaltada—. Nuestros amigos lo comentaban y he visto las fotos, pero necesitaba comprobarlo por mí misma. Samuel, cariño, ¿te has liado de verdad con una negra? ¿Qué es, algún tipo de apuesta? Sinceramente, no te reconozco.

Norah levantó la mano para abofetearla, pero Samuel la detuvo.

—No merece la pena —la giró hacia él, luego se encaró con Sophie—. No tienes vergüenza.

Norah sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en la boca del estómago. La tierra se abría bajo sus pies y ella quedaba suspendida, congelada en el aire. En apenas una hora, dos personas distintas habían señalado el color de su piel como amenaza, como frontera entre dos mundos. Ser negra seguía siendo una excepción, una advertencia. Cerca de ellos, los murmullos crecían; todos les miraban sin ocultarse, como si aquella escena estuviera incluida en el programa de noche, antes de la subasta del senador Taylor.

—Te espero dentro, Samuel —dijo Norah muy despacio, controlándose—. Os dejo solos para que habléis.

—No. Si alguien tiene que marcharse es ella. Y ahora mismo se va, ¿verdad, Sophie?

—Sí, cariño. Tengo que ocuparme de nuestro hijo, ya que tú pasas de él.

Norah dio un paso atrás, el estómago pareció girar en su abdomen como una peonza.

—No mientas, Sophie. Ya has hecho bastante el ridículo por hoy.

—¿Ridículo? ¿Así se llama ahora a luchar porque un hijo lleve el apellido de su padre? ¿Ridículo, querer que vuelvas a casa con tu familia?

Norah sintió que caía al fin, su collar de esmeralda la hundía en el abismo. Sintió una arcada, luego otra. Se zafó de la mano de Samuel, lo miró un instante con desprecio. Empezó a caminar deprisa, apartó sin verlos a hombres trajeados, mujeres con vestidos de *Armani* y *Reem Acra*, banqueros, jueces, tal vez al mismísimo aspirante a candidato Andrew Taylor. Solo cuando llegó a la puerta y se llevó las manos al estómago, antes de vomitar; solo cuando volvió a tocar su collar con las manos pringosas y se sorprendió

de que fuera tan ligero, igual de ligero que una pequeña víbora muerta; solo entonces fue consciente de dónde estaba, que aquella era la puerta del espléndido Four Seasons, y que en unos minutos alguien pagaría cinco mil dólares por un juego de botones usados.

Capítulo 15

Escapar

Caminé deprisa, apartaba a la gente a mi paso. Me miraban todos con asombro. Crucé el salón rezando para no encontrarme con nadie de su familia, no quería dar explicaciones. ¿Samuel tenía un hijo? El hombre perfecto, el dulce y justo divorciado, se había olvidado de un detalle sin importancia: era papá. Lo había ocultado con mucho estilo. Y ella, tan perfecta también, tan rubia, delgada y elegante... ¡qué hija de la gran puta! Yo no era así, ni sofisticada ni rica ni siquiera delgada. A sus ojos —de Sophie, de Ben, tal vez de todos—era una negra de segunda división con pretensiones. Una negra que ni con un magnífico Oscar de la Renta podía tener clase.

Llegué a tiempo para vomitar en una papelera, ya fuera del hotel. Aún había periodistas, pero no repararon en mí. Tenía que apresurarme porque Samuel iba a salir a buscarme, a darme su versión. ¿Lo conocía tan bien para asegurarlo? No...no lo conocía, lo adoraba. Sabía lo que sentía por él, era capaz de tragarme todo lo que me dijera. Ya lo hice una vez, al otro lado del océano. Y casi me convierto en un espectro.

Conseguí parar un taxi y grité al conductor para que arrancara. No quería darme la vuelta porque temía encontrarlo en la acera, divino con aquel esmoquin que se le ajustaba como un guante. Su cara destrozada, sus brazos extendidos hacia mí... ¿cómo iba a reaccionar cuando lo viera? Sonó mi teléfono. Era él y colgué. Volvió a sonar y yo tenía ganas de regresar a la papelera. *"Norah, escúchame, por favor, no cuelgues"*. Sentía su respiración agitada, no quise oírle, no quería saber. *"Soy un circo para ti, ¿verdad, Samuel?"*. De haberlo tenido delante, lo hubiera abofeteado, pero ya no podía porque el taxi volaba por las calles, y yo con él. Desconecté el teléfono. El conductor, un sij con un rarísimo turbante azul, me miraba por el espejo como si yo tuviera dos cabezas; sus ojos eran negros, profundos. Solo entonces, al ver esos ojos en el retrovisor, me di cuenta de que había estado gritando desde que subí al taxi, y lloraba sin parar. Él preguntó varias veces adónde quería ir, supongo que para terminar cuanto antes la carrera y deshacerse de una llorona histérica, una millonaria con una pataleta que acababa de salir del Four Seasons. Quién sabe todo lo que pasó por su cabeza al verme. No quería ir a casa de mi tía, la mataría del susto. Con los ojos

clavados en mí, cada vez más profundos bajo aquel turbante fantástico, le dije por fin adónde debía llevarme. Sentí que respiraba con alivio.

Kalya me recibía en su piso poco después. Nada más ver mi cara —llorosa, sucia de rímel y maquillaje, la boca contraída—, me abrazó porque ya lo sabía todo sin saberlo. *"Aquí estás a salvo, cariño"*. A salvo... Era lo más bonito que había escuchado esa noche. Le conté las últimas horas lo mejor que pude, de manera inconexa y atropellada. *"Debe de andar como loco, Norah. ¿Quieres que le avise que estás conmigo? Para que se tranquilice al menos"*. No quería, me daba pánico porque era un hombre maravilloso y me horrorizaba abofetearlo y perderlo para siempre, o caer en sus brazos como una perra, como una esclava. *"Te buscará por toda la ciudad, Norah. Te quiere muchísimo, lo sé"*. Yo no lo sé, le respondí.

La rubia me ayudó a desmaquillarme, me prestó uno de sus pijamas. Me quité el vestido con su ayuda. *"Un día me lo tienes que prestar, Norah; cuando conozca a un millonario"*. Yo se lo hubiera regalado, y al millonario también. Ella trataba de relajar el ambiente, de restar tensión y hacerme sonreír. Pero yo viajaba en dirección contraria. Dejé el collar en la mesita junto con el resto de mis cosas. En mi cabeza seguía viendo los ojos del sij, pero entonces se reían de mí, chispeaban como carbones encendidos. Eran las dos de la madrugada cuando me acosté en la cama de Kalya. Di unos sorbos a la infusión que me había preparado. Una tila, una manzanilla, cianuro con esencia de rosas blancas...no puedo recordarlo.

Las manos me tocan, me recorren, trato de quitármelas de encima, pero soy incapaz. Me aprisionan la garganta, no puedo respirar. Lloro porque voy a morir. Veo a mis padres en la puerta de la habitación, los llamo, necesito que me ayuden. No se mueven. Las manos hurgan bajo mi pijama, me arrancan la ropa interior, lloro. Mis padres me miran, pero no hacen nada; luego desaparecen. Aprietan tan fuerte las manos cuando vuelven a mi cuello que lo veo todo borroso y quiero gritar, y no puedo. Tengo la boca cosida, la aguja aún cuelga de un extremo del bramante.

Kalya me sacudía cogiéndome los hombros, yo lanzaba manotazos, mis últimos manotazos antes de despertarme. Agarré mis rodillas, lloraba. *"Tengo que irme, le dije, tú no mereces esto"*. Ella se sentó y me acarició el pelo. Hubiera querido compartir lo que llevaba dentro, usarla como una papelera mágica que recogiera mis recuerdos, triturara mis sueños, reciclara el miedo y la ira que sentía. Después de eso, la libertad.

Llamaron a la puerta. Él. Les oí hablar en el pequeño hall de Kalya.

Samuel rogaba, gritaba, amenazaba. Mi amiga no sabía qué hacer ni qué decir. Me sentía una cobarde dejándola sola en aquel embrollo. Era mi vida, mi responsabilidad. Me levanté. Mi apariencia debía de ser realmente patética, con un pijama mini, mocos por haberlo llorado todo, el cabello revuelto. Cuando me sintió allí se giró y espiró el aire como si lo hubiera estado conteniendo durante horas. Se había quitado la pajarita y llevaba desabrochados los primeros botones de la camisa. Estaba guapísimo, el papá. Durante un par de minutos me dijo cuánto me quería, que todo era mentira, que ella no era nadie... *"Me gustas, Norah, me gustas toda entera; te miro y me da igual si el día ha sido una mierda porque tú llegas y lo llenas todo de sentido. Nena, nena, por favor..."*. Yo no paraba de llorar. Samuel hablaba y yo no podía contenerme. No quería que me viera así, era mi dolor y mi orgullo. Volví a la habitación sin mirarle a los ojos. Lloraba de rabia, lloraba porque era una niña caprichosa y quería recobrar mi mundo perfecto, ese que teníamos entre los dos. Porque era negra y curvilínea, porque el sij me miraba por el retrovisor como a una loca, lloraba.

Oí a Kalya discutir con él, advertirle, le amenazó con cortarles los huevos. Adoro a esa chica, mi amiga. Samuel no se rindió, la amenazó también con pasarle por encima si no se quitaba de en medio, pero ella, con sus ciento sesenta centímetros y una carita de ángel, echándole huevos, tuvo que decirle algo horrible, algún tipo de conjuro o de maldición que no pude escuchar, porque él se calló y se marchó de allí. Nunca olvidaré el silencio que quedó en la casa. Estaba a salvo. Poco a poco, los párpados volvieron a cerrarse.

Capítulo 16

Pedir perdón

Kalya entró a la habitación pasadas las ocho y media; era temprano, pero quería que su amiga tomase algo antes de ir al trabajo. Norah no parecía estar en condiciones de enfrentarse a su jornada laboral, al menos ese día; pero era ella quien tenía que decidirlo. La encontró en la cama agarrada a la almohada.

—Buenos días. ¿Cómo estás?

—Viva —respondió Norah con voz pastosa—; pero como si un tren me hubiera pasado por encima. ¿Qué hora es?

—Temprano, no tengas prisa. Norah...

—Cuéntame.

—Anoche estuve buscando en Internet.—Norah endureció el gesto—. Espera, escucha. Como ellos llevaban una vida más o menos pública, supuse que sería posible encontrar algo...

—No, por favor, Kalya, hoy no.—Norah cerró los ojos—. ¿Y?

—Creo que deberías hablar con él, oír su versión. Mira, eres mi amiga y estás por encima de todo, pero siento que aquí hay algo extraño, algo que no acaba de encajar.

—Tienes razón, pero no busques más: soy yo, la camarera negra. Soy yo la que no encaja.

—No hables así.

—¿Y cómo debo hablar?

—Como Norah, mi amiga —Se hizo un largo silencio entre las dos. Kalya se sentó en la cama—. Samuel está enamorado de ti, lo sé. He conocido a parejas de todos los colores, y te juro que nunca encontré a ninguna con una relación tan especial como la vuestra. Te quiere, te quiere de verdad.

—Ya lo sé.—Norah se incorporó, se sentó junto a su amiga—. Pero a veces el amor no es suficiente; hace falta confianza, sinceridad, verdad... ¿Podrías asegurarme ahora mismo que todo lo que dijo su exmujer es mentira?

—No lo sé, pero creo que deberías escucharle y juzgar por ti misma. No se rendirá, Norah. Samuel no es de esos. Va a luchar por ti, si hace falta contra el mundo.

—Su mundo es demasiado grande.

Salieron del piso con el tiempo justo. A pesar de los consejos de Kalya,

Norah deseaba recuperar cuanto antes su vida. No era millonaria, tenía que trabajar, pagar facturas como todo el mundo. Se puso un vestido de algodón que le prestó su amiga, largo hasta los pies, pero por fortuna lo suficientemente ancho para ajustarse a sus caderas, y una chupa negra de cuerpo corto. Ballerinas, gafas de sol para ocultar las ojeras, una bolsa conteniendo el vestido, los zapatos y el colgante envuelto en un pañuelo de seda. Tomaron un taxi. La cabeza de Norah viajaba a la velocidad de la luz, planeaba, rehacía su vida incluso antes de deshacerla del todo. Sin embargo, durante el trayecto todo le recordaba a él.

Cuando llegaban al Starbucks, observaron a algunas personas delante de la puerta, como si esperaran.

—¿Qué habrá ocurrido? —Kalya estiraba el cuello para ver mejor.

—Otra cañería, ya verás —respondió Norah, no parecía interesada en el asunto.

Apenas pusieron un pie en la acera, aquella gente se acercó a ellas y comenzaron a lloverles las preguntas. Norah comprendió que ya no había marcha atrás. Tal y como predijo Samuel, su intimidad se había esfumado. Ahora ella también formaba parte del circo mediático. Los periodistas las acompañaron hasta la puerta del establecimiento, y quisieron meterse dentro para averiguar quién era aquella misteriosa mujer que había logrado cazar al Dr. Samuel Moore. La misma que se había vestido de alta costura para asistir a la cena del senador Andrew Taylor, a punto estaba de ponerse el uniforme de camarera. Norah sintió que se ahogaba, atrapada entre la puerta y aquellos individuos que no dejaban de interrogarla. Sin saber cómo, el pequeño grupo de periodistas se fue transformando en mediano, y un instante después aparecieron micrófonos y cámaras de televisión delante del establecimiento. Como si hubieran brotado del subsuelo.

Unas manos agarraron el brazo de Norah, y una corriente eléctrica recorrió su cuerpo. Desesperada, se giró. Él la cogió por la cintura y comenzó a sacarla de allí apartando a los periodistas sin miramientos. Cuando quiso darse cuenta, estaba subida en el 4x4 de Samuel, y este pisaba a fondo el acelerador. Norah sacó su teléfono y, casi sin oírla, y seguramente sin ser oída, se disculpó con Kalya por dejarla sola ante los leones. Como única respuesta, recibió una larga fila de caritas sonrientes.

No dijeron nada mientras el coche estuvo en marcha. Norah lo miraba de reojo, tenía la boca seca. Samuel llevaba un jersey negro en pico sobre una camisa blanca, pantalones vaqueros grises; la noche interminable se reflejaba

en sus ojeras marcadas, la barba le sombreaba la cara. Atravesaron Manhattan y llegaron a Coney Island, adonde habían ido una vez a tomar helado y subirse en la noria, a sentarse en uno de los bancos frente al mar para ver juntos el atardecer. Norah cerró los ojos y se dejó mecer, los recuerdos golpeaban suavemente la orilla. A esas horas el parque estaba deshabitado. El cielo estaba encapotado; el mar, grisáceo, parecía encrespase por momentos, pero no había viento ni brisa.

Norah cogió su bolsa y bajó del coche. Estaban tan cerca el uno del otro que hubieran podido olerse, pero se limitaron a caminar hacia uno de los muchos bancos de madera frente a la playa, de espaldas al parque de atracciones. Contemplaron el mar agrisado, se dejaron llevar a través del cielo que, poco a poco, a jirones, se iba cerrando hasta el negro.

—Me acosté con otra mujer, no hubo límites ni me paré a pensar en las consecuencias.—Samuel rompió el silencio.

Norah lo miró sin comprender si hablaba del pasado o del presente, su voz llegaba desde muy lejos. Sintió que la saliva se le volvía pastosa, casi sólida en la garganta, y temió que, al tragarla, podría hacerse daño. No dijo nada porque recordó las palabras de Kalya cuando le pedía que escuchase a Samuel, que le diera espacio, y tiempo.

—Sophie y yo llevábamos un año conviviendo más como compañeros de piso que como marido y mujer. Sin haberlo encontrado del todo, el amor se nos había vuelto a perder. Algo típico, una más de esas parejas con buena fachada en sociedad y un desastre de puertas para dentro. Yo me pasaba tantas horas en el hospital que la distancia entre nosotros se fue haciendo más grande; alguna noche, al entrar en casa, llegó a sorprenderme que ella se acercara a darme un beso.—Se calló para respirar, cogió una piedra y la tiró con desgana cerca de la orilla—. Yo no tuve los cojones de ser sincero con ella y conmigo mismo, ni de decirle que todo aquello era una locura, que no podíamos seguir juntos. Busqué la salida más fácil: comencé una relación con una compañera del trabajo. Solo quería olvidar. Me pasaba más horas en el hospital que en mi casa, y me sentía mucho mejor durmiendo en la litera de una habitación de descanso, hasta en una silla, antes que en mi propia cama.

—Samuel... ¿y vuestro hijo?

—No es nuestro. Matt es un niño precioso que nació en medio de ninguna parte, huérfano de casi todo, pero no es mío. Si lo hubiera sido... —De nuevo dejó de hablar para coger aire, un rictus de decepción deformó su boca—. Un día le hablé a Sophie del divorcio, le dije que ya no la quería, que me veía

con otra mujer... Se puso histérica. Rompió media vajilla y juró que no se olvidaría nunca de aquella noche, ni de mí tampoco. Y así fue. Luego se quedó embarazada, ignoro de quién, y comenzó a presionarme para que lo reconociese como hijo mío.

Mientras parecía volver la noche a la ciudad, Samuel siguió hablando. Con Sophie revolviéndolo todo, su familia se convirtió en diana favorita para los dardos de algunos medios. Él se culpaba por serle infiel sin necesidad, por dejar pudrirse el asunto hasta que ya fue demasiado tarde. Aquel hijo que gestaba en su vientre no podía ser suyo; llevaban meses sin hacer el amor, ni siquiera se tocaban. El affaire con la compañera de trabajo terminó enseguida, él se centró en enmendar aquel capítulo amargo de su vida. Esperó al nacimiento de Matt y, después de una prueba de paternidad donde se reveló lo que él ya sabía, se puso manos a la obra. Pagó una cantidad escandalosa a Sophie para que los dejase en paz a él y sobre todo a su familia, y consiguió del juez —Charles estuvo soberbio— una orden de alejamiento de 200 yardas entre ella y cualquier miembro de la familia Moore.

—Charles se encarga de filtrar las listas de invitados de cualquier evento al que asistimos, sobre todo por mis padres. No sabemos cómo consiguió colarse en el hotel, lo siento.

Apoyó su cabeza sobre las piernas de Norah, se aferró a su cintura. Ella dudó un instante, pero al fin acercó la mano y acarició su pelo con ternura. No había marcha atrás. Si no confiaba en Samuel, ¿en quién podría hacerlo? Después de unos pocos meses a su lado, él le había demostrado quién era en realidad —su voz, su mirada, su ternura— se lo habían demostrado. El único y verdadero hombre de su vida. Si no confiaba, ¿cómo podría volver a despertar por las mañanas? Ya no habría paz para ella. Las farolas se encendieron de repente, el mundo volvía a tener luz.

—Un día te dije que no podías salvarme de todo —habló Norah al fin—. No tienes la culpa de lo que sucedió anoche.

—Tenía que haberte contado, tenías derecho a saber para estar preparada. Desde que llegó el paquete a casa imaginé que las cosas no iban a ser fáciles. Supongo que Sophie se siente perdida, y me odia.—Samuel se incorporó en el banco dejando una mano apoyada en la pierna de Norah, como antes, como siempre.

—¿Te dejará ir alguna vez?

—Será mejor que sí. Si no cumple con el alejamiento puede perder su asignación. Sophie será muchas cosas, pero no tonta. Es mucho dinero

incluso para ella.

Norah se aproximó a él y posó los labios sobre su boca, despacio. Samuel la miró y devolvió el beso abriendo ligeramente los labios. Sus lenguas se encontraron, necesitaban esa calidez perdida. Unas finas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre ellos, pero no les importó. Se abrazaron con más fuerza, se tocaron las caras, se palparon como si fuera la primera vez.

—Siento todo lo que dije anoche de ti, de tu familia... Lo siento.

—Estabas en tu derecho, pero por favor no vuelvas a desaparecer así. Creí morirme cuando fui a buscarte a casa de Marcia y no estabas.

—¿Cómo lo supiste?... ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Di vueltas como un loco por todas partes, hasta que me acordé de Kalya.—La lluvia caía más fuerte, enfriaba aquella mañana en Coney Island—. Charles tiene algunos contactos en la policía y ella era mi primera opción después de tu tía; no fue complicado encontrar su dirección.

—Tal vez eso debiera preocuparme más que lo de Sophie.

—Te buscaría debajo de las piedras si fuese necesario. Levantaría el mar solo para encontrarte.



Norah era mi casa, lo supe desde que la vi por primera vez, desde la primera noche que pasamos juntos. Sentados en aquel banco, después de perdernos y recobrarlos, su olor me devolvía a casa. La atraje hacia mí y la besé con rabia, con deseo, con ganas de recuperar todo lo que habíamos perdido hacía solo unas horas. Anoche creí morir cuando desapareció de repente. No fui consciente del vacío que puede dejar alguien a quien quieres, hasta que ella se marchó. Necesito olerla, necesito besarla porque solo con eso vuelvo a ser yo. Norah me hace falta y quizás no sabe cuánto, ni yo lo sé.

Tiro de ella y la subo a horcajadas sobre mí; solo con saberla tan cerca me he puesto duro. Ella sonríe, lo ha notado y se frota despacio, aún siento que le da pudor nuestra intimidad, y eso me provoca. La llovizna es más fuerte, la calle está desierta —solo nosotros en aquel banco—. Norah jadea cuando recorro su cuello, siento cómo su piel se contrae, su vello se eriza. Inclina su cabeza hacia atrás como una invitación. No hay mejor vista que la que tengo ahora. Parece una diosa, mi diosa. Por debajo de su vestido de algodón, sus pezones se han disparado y ahora el agua transparenta su

contorno. No lleva sujetador y eso me excita más. Temblamos, el agua está helada. Sin dejar de besarnos, me levanto con ella sobre mi cintura. Norah me aparta el pelo de la frente, yo hago lo mismo con ella y la beso con fuerza, está preciosa. Nos metemos en el coche empapados. Norah ríe como una niña y yo soy feliz. Se me encoge el corazón pensando que estuve a punto de perderla. Arranco el coche para volver a casa. Hoy no he ido a trabajar y, francamente, me da igual.

Norah cruza por encima del control de cambios y se sube encima con el vestido alzado hasta la mitad de la pierna. No lo pienso, atrapo su boca y la devoro a placer. La siento tantear sobre mi cinturón y el botón de mi pantalón, no la detengo porque llueve a mares y el mundo es solo para nosotros. No parece octubre, es lluvia de primavera. Una eterna primavera. Norah no quiere preliminares, se nota por la fuerza con que ha cogido mi miembro para bombearlo rápido, para endurecerlo. Me duele. La levanto un poco tomándola por las nalgas, la obligo a aumentar la fricción contra mí. Norah jadea, se me olvida hasta el color de la hierba. Meto una mano debajo de su vestido y mi tacto lo descubre: está húmeda, cálida, extrañamente suave. Dos de mis dedos se introducen en su cuerpo. Inclina su cabeza hacia atrás y cierra los ojos, le gusta, lo dice siempre y sus gemidos lo confirman. No hay más preliminares, no tenemos tiempo, no queremos. Ella es más rápida que yo: corre el borde de sus braguitas, se acomoda sobre mí, se introduce despacio mi erección, que se abre paso. El calor me invade y no puedo dejar de besarla, de tocarla. Muevo el asiento hacia atrás para que no se lastime contra el volante, pero ella aprovecha y con golpes de cadera todo se me hace locura. Tiemblo, presiento que puedo correrme con un par de movimientos, pero resisto; quiero que llegue conmigo hasta el final, quiero sentir cómo se tensa encima de mí, cómo se muerde los labios de placer cuando termina. Ella gime y me besa, es un beso tórrido, morboso, con lengua, profundo, que pide más. Con un par de embestidas se corre y yo la sigo. No ha sido romántico, ha sido estupendo. Sexo del mejor. Ya tendremos tiempo para hacer el amor. El interior del coche se ha empañado con nuestro calor y nuestro aliento; afuera, llueve.

Atravieso la ciudad lo más rápido posible, no quiero que ella enferme con esas ropas mojadas. Norah me mira y se nota relajada, sonrío, dejo mi mano encima de su pierna y entrelazamos los dedos. No sé cómo Sophie pudo pensar que el color de piel sería un obstáculo para nosotros. ¿Para qué sirven los colores cuando no amas? Por fin entramos en casa, pero revueltos

y medio desnudos. No hemos parado de tocarnos durante todo el camino, en el ascensor, en el pasillo... Caemos en la cama sin dejar de besarnos. Norah tiene las mejillas enrojecidas por el roce de mi incipiente barba, está húmeda, lista. Me acomodo entre sus piernas y me introduzco en ella despacio, esta vez sí hacemos el amor. Una hora, toda la noche: no existe el tiempo. Gemimos a dúo con cada movimiento, ella espolea con los talones sobre mis nalgas, marca el ritmo, marca profundidad.

En la calle ha dejado de llover. No hemos comido nada. Todas las horas quedaron atrás.

Capítulo 17

Aclarando horizontes

La noche les sorprendió entre sábanas y mullidas almohadas. Habían picado algo de fruta antes de volverse a enredar entre gemidos y besos con sabor a uva. Separados menos de veinticuatro horas, les parecía una eternidad. Samuel acariciaba la parte baja de su espalda, el valle antes de sus nalgas.

—Tus padres deben de pensar que soy lo peor por abandonar la fiesta sin despedirme. Tantas molestias por mí...

—Ellos entienden que no quisieras formar parte de aquel espectáculo. Además, nena, te escabulliste como una auténtica ninja.

Samuel se levantó de la cama y al poco regresó con su pequeña tablet, tecleó unos segundos y se la pasó. Norah observó las imágenes sin pestañear: eran ellos dos cuando llegaron al hotel, en el photocall. Samuel besaba su mano agarrado a su cintura. Eran las fotografías "oficiales" de algunos medios. La prensa rosa encumbraba a Norah como una de las mujeres más guapas en aquel evento, y hacía mención a su pasado humilde en el Bronx. Se veía preciosa, y a Samuel, para comérselo.

—Lo siento, cariño; creo que ayer saqué mi parte menos sutil para decirte algunas cosas.

—Me las merecía. Además, ya sabes que disculpo todo lo que digas con ese tono. Ya sabes que me pone mucho...

—¿Vivías aquí cuando estabas casado? —Se asustó a sí misma con la pregunta, en realidad no quería seguir por ahí, pero le salió de dentro.

—No —respondió él con tranquilidad—. Compramos una casa en Brooklyn que nunca terminó de gustarnos, y que vendí cuando nos pusimos de acuerdo. Me decidí por este piso porque me atrapó la primera vez que lo vi. Comenzaba una nueva vida desde cero, y era como mi presentación... mi fortaleza.

—¿La necesitabas?

—Sí.

—Espera —dijo Norah, levantándose—. Tengo que darte algo.

Fue hasta su bolso y sacó con cuidado el collar, volvió para entregárselo con gesto ceremonioso.

—Por favor, no me digas jamás cuantos miles rodeaban mi cuello.

Consultó el teléfono, tenía varios mensajes de Kalya y de su tía; la desconcertó encontrar uno de Pauline interesándose por ella, le avergonzó un poco. No había sido justa con ellos, les había acusado sin darles la oportunidad de posicionarse, de fallar... Quedaba pendiente el asunto de Ben, pero eso habría que tratarlo con cuidado, no quería rencillas familiares, y menos por su culpa. Ben era un egocéntrico y un racista de mierda, pero no daba la cara. Tal vez no la daría nunca.

Mientras revisaba el teléfono, recibió una llamada. El encargado de su turno en el Starbucks. Se frotó el puente de la nariz comprendiendo que la había jodido marchándose aquella mañana sin avisar. Y lo peor, no se había vuelto a acordar del asunto. Mientras Samuel mordisqueaba el lóbulo de su oreja, Norah asentía o negaba con monosílabos, resignada. Cuando por fin terminó la conversación, se giró hacia él ladeando la cabeza, resignada.

—Me acaban de despedir.

—¿Cómo? —Samuel recuperó la seriedad de inmediato—. ¿Por qué?

—Según mi encargado, no les conviene contar en su plantilla con alguien que tenga una vida pública tan movidita. Da mala fama al establecimiento.

—Me parece una excusa como otra cualquiera.

—Ya... bueno. Llevaba algo más de seis meses trabajando allí, aunque siempre supe que no era el empleo de mi vida.

—Lo siento.

—Mañana saldré a buscar otra cosa y asunto zanjado.

—¿Y si te echo una mano? ¿No quieres trabajar en la empresa? Seguro que Pauline encuentra algo que se ajuste a ti. Eres una mujer inteligente.

—No, Samuel. ¿Bromeas?

—Claro que no, no lo tomes como algo personal. Dentro de nada comienza la campaña de Navidad y recibirás un buen pellizco por tu trabajo; espera hasta entonces, tómate unos días de descanso. ¿Te imaginas tú y yo aquí todo ese tiempo, sin salir de la cama?

—Claro que lo imagino, pero tengo facturas que pagar. Sería un lujo que no puedo permitirme.

—Puedes, si quieres. Creo que te conozco lo suficiente para saber qué debo y qué no debo hacer por ti. Eres independiente y orgullosa; sé que, si te lo propones, en una semana estarás trabajando. Pero podrías no hacerlo, si quisieras. Ya eres parte de nuestra familia...

—No lo soy.—Se acercó a él y besó su boca—. Agradezco tu intención, pero tú has nacido siendo parte de ese mundo, yo solo viajo contigo. Mira el

artículo: nací en el Bronx, soy una más de esos millones de neoyorquinos que necesitan trabajar para vivir, y no me importa. Tuve una infancia buena, unos padres cariñosos que me hicieron feliz. Lo de ahora es algo extra, y provisional.

—Norah, ¡cásate conmigo! —Asustándola, Samuel se echó al suelo de rodillas y, al borde de la cama, gloriosamente desnudo, tomó su mano—. Norah Marie Miller, cástate conmigo. Si aún no te sientes parte de nosotros, te ofrezco serlo legal y emocionalmente.

Norah soltó despacio la mano, luego caminó hacia la barandilla que hacía de pared en el piso superior del loft; allí permaneció unos segundos dándole la espalda.

—Samuel, te quiero muchísimo, pero no me pidas algo que no puedo darte. Me conoces hace nada, sería una locura.

A Norah se le escapó una lágrima. Aquel hombre representaba todo lo que podía pedirse a la vida. Era joven, guapo y muy rico, pero también franco, dulce, comprensivo y, estaba convencida, lucharía por ellos hasta el final. Sin embargo, aún no se sentía preparada para atarse a nadie; quedaban huellas, heridas profundas que sentía a flor de piel, igual que un tatuaje en relieve.

—No necesito años para estar seguro de lo que quiero. Creo que te conozco más de lo que nunca conocí a ninguna mujer.—Se acercó a Norah abrazándola por detrás—. Yo, en cambio, ya no sé muy bien quién soy. Me haces sentir tan diferente que a veces me descubro pensando o haciendo cosas que antes ni siquiera hubiera imaginado.—Ella se giró, enfrentaron sus caras—. Pero si tú no estás preparada, lo respeto. Solo prométeme que algún día lo haremos, con gente o solos tú y yo, vestidos o desnudos, en el lugar más disparatado del mundo o en el salón de nuestra casa. Solo deseo que lo hagas convencida como yo lo estoy ahora.

El rostro de Samuel se había transformado, dos lágrimas caían por sus mejillas.

—No, mi vida; no llores, por favor. ¡Joder! Me mata verte así. No quiero que te presiones con esto.—Él permanecía estático, pero su rostro le delataba; a las primeras lágrimas les sucedieron otras, y a estas un llanto entrecortado, feroz, que ni siquiera se preocupaba en ocultar—. Estaremos siempre juntos, amor, toda la vida.

Samuel se abrazó a Norah con todas sus fuerzas. Ella sintió su temblor, su vértigo; tal vez fuera la primera vez en su vida que se derrumbaba, y la había elegido precisamente a ella. El abrazo resultaba incómodo, sentía que le

faltaba el aire, pero pensó que, si el amor era algo concreto, algo que pudiera ser dibujado, tendría que ser ese abrazo, ese breve dolor, esa asfixia que invitaba a abandonarse, a no pensar en las incertidumbres del futuro ni en las certezas del pasado. Ben Moore, Sophie, su historia al otro lado del Atlántico... Privada de oxígeno en un abrazo de amor, a punto ella también de derrumbarse: en comparación, todo resultaba de un intrascendente algo cómico, como recordar niñerías. Norah cerró los ojos y apretó todo lo fuerte que pudo, se pegó como si ya nunca fueran a separarse, vértigo y asfixia sin saber qué era de quién. A través de las ventanas, la luz del sol iba desnudando el apartamento.



El Asia de Cuba estaba a rebosar aquella noche. No era la primera vez que iban a cenar allí; a Norah le gustaba la fusión entre cocina criolla y asiática. Había sido uno de los restaurantes de moda en Manhattan, y a pesar de la competencia, sobrevivía sin mucho esfuerzo. El propio Philip Stark había participado en su decoración con una ingeniosa distribución en dos ambientes, uno en alto formando balcones y otro al centro. Como un teatro.

Norah se alisó los bajos de su camiseta lencera. Era una pieza de seda rojo vino con encaje dorado en el escote y los bajos. Se había enfundado en uno de sus vaqueros de tubo y un blazer del mismo tono, calzaba zapatos de salón negros. Estaba increíble, con un escote que marcaba sus pechos grandes y redondos. Samuel, con el cabello un poco húmedo por la ducha reciente, se había dejado unos vaqueros oscuros y jersey color crema.

Iban sin reserva, pero Samuel desplegó sus encantos y, guiñando un ojo a la mujer que los recibió en la puerta del establecimiento, consiguió una mesa. Norah no paró de reírse al ver cómo la chica salía disparada para satisfacer a sus nuevos clientes. Iba roja como un tomate. Poco después regresaba sonriendo, intercambió unas palabras con Samuel y los acompañó hasta una pequeña mesa cerca del holograma de la cascada. Luces bajas, música suave: un sitio en el que volvían a ser ellos sin tener que ajustarse a normas sociales.

—A la de recepción le gustas —dijo, coqueta, mientras tomaban asiento.

—No es mi tipo, pero gracias. Esperemos a ver cuánto tardan los camareros en perderse en tu escote.

Pidieron platos para compartir. Samuel disfrutaba viendo comer a Norah,

que nunca decía no a una hamburguesa o a un postre que le apeteciera; ella, que jamás hablaba de dietas, se conocía lugares donde las combinaciones extrañas, a veces delirantes, daban como resultado platos succulentos de un alto contenido en felicidad. Su figura voluptuosa pero milagrosamente esbelta no rechazaba ningún tipo de comida. ¿Sería por las interminables sesiones de sexo y sudor? El camarero les trajo croquetas caseras, chips de plátanos, un plato especial de la casa llamado Ropa Vieja, y pollo con salsa de tamarindos. Pidieron una botella de agua y dieron buena cuenta de la comida. Todo el día en la cama les había abierto el apetito.

—Hoy ha sido un día raro —dijo ella removiendo su tenedor en el plato, casi al final de la comida.

—No me lo recuerdes, por favor. Solo empezó a tener sentido cuando pude abrazarme a tu cintura. Nunca había tenido tanto miedo de perder a alguien.

—Samuel... —Norah dudó un instante, carraspeó—. Hay algo que he querido contarte muchas veces...

—Por favor, nena, no necesitas hacerlo si no quieres. Nada cambiará la imagen que tengo de ti.

—Ahora sí quiero, creo que te lo debo; si no, algún día, cuando menos lo esperemos, nos explotará en la cara.—Samuel la miró fijamente, en vilo—. Tarde o temprano lo sacarán en la prensa, no sé... Te enterarás de algún modo, y no quiero que nos haga daño.

—Tranquilízate. No va a pasar nada, aquí estamos los dos. Formamos un buen equipo, ¿verdad?

—El mejor.—Norah cerró los ojos un par de segundos, tragó saliva y volvió a abrirlos—. En febrero de este año regresé a Estados Unidos después de vivir casi dos años en España. Cuando mis padres murieron, no tuve valor para dejarlos allí solos, tenía que estar con ellos, ir a verlos todos los días.

—Me lo contaste.

—Pero lo que no te dije fue que durante ese tiempo mantuve una relación con una persona que me hizo mucho daño.—Samuel callaba, tensó la mandíbula—. Comenzó muy despacio, sin estridencias. Él era cariñoso, tenía muchos detalles conmigo, pero no sé... había algo raro. Un día, mientras me peinaba delante del espejo, fui consciente de la verdad: yo ya no salía de casa, me vestía con la ropa que él elegía, no hacía nada que él no hubiera aprobado con antelación, perdí amistades, fiestas de cumpleaños... Ahora estoy convencida de que ese espejo me salvó la vida. Sin embargo, no se lo dije a nadie, ni siquiera a mi tía Marcia.—Norah se calló un instante, tomaba

aliento—. Una noche llovía a cántaros y un compañero de trabajo me llevó a casa. Esa simpleza me valió una discusión que fue subiendo de tono hasta que él terminó golpeándome. Lo hizo con tanta fuerza que me partió el labio... y estuvo a punto de estrangularme en el salón de casa de mis padres. Cuando logré que se fuera, recogí mis cosas y me dirigí al aeropuerto para tomar un avión de regreso a New York.—Samuel se puso de pie y le dio la espalda, luego volvió a sentarse con los ojos encendidos, tomó la cara de Norah entre sus manos y la besó con pasión—. Por favor, escúchame. Si te cuento esto es porque quiero que entiendas mis negativas, mis reticencias; para que sepas por qué me cuesta tanto que alguien me guíe, por qué necesito siempre un poco de espacio extra a mi alrededor.

—Por eso las pesadillas, ¿verdad?

—Sí. Me siento sucia desde entonces, y un poco loca.—Sonrió—. Por más que lo intento, no consigo sacármelo de dentro, es tan mío que parece una segunda piel que nunca muda. ¿Pesadillas? Esas son las que menos me preocupan. Me molestan porque asustan a las personas que más quiero.

—¡Dios, nena...! —Samuel hundió la cara entre las manos, necesitaba procesar lo que acababa de oír.

—No sufras, cariño. Tú me has dado la posibilidad de abrirme por dentro, de ventilar mi casa interior.—Acarició su pelo—. Pero comprende que a veces mis asuntos llevan otro ritmo, que me cuesta encontrar el color a muchas cosas.

—¿Lo denunciaste?

—Lo pensé, pero no tuve agallas; me sentía sola y me dio miedo. No deseaba involucrarme en un proceso judicial que podía durar años, allí las cosas no funcionan tan rápido como aquí. Aquella noche solo quería desaparecer, nada más. Metí en la maleta cuanto pude, me despedí de mis padres en su habitación, y al amanecer ya estaba en el aeropuerto.—Suspiró aliviada—. No ha tratado de ponerse en contacto conmigo, y dudo mucho que a estas alturas quiera hacerlo. Samuel...

—Dime.

—Hoy necesitaba contártelo, me quemaba la garganta. Tú has sido sincero, te has abierto a mí; solo quería corresponderte.

A Norah se le escapó una lágrima que Samuel atrapó con su dedo pulgar. La besó una vez, y otra, y otra más que levantó aplausos de algunos comensales, y una cuarta vez, y un quinto beso al que ninguno de los presentes pudo resistirse, puestos en pie, porque estaban en el corazón de

Estados Unidos, donde todo es corazón.

Cuando acabó la cena y pidieron la cuenta, Norah quiso pagar y Samuel, por primera vez, no se atrevió a llevarle la contraria.



Dentro de su despacho, Benjamín Moore dio paso a una figura masculina. Apenas había refrescado, pero aquel hombre se enfundaba en una gruesa gabardina oscura con el cuello subido. Parecía un detective escapado de una novela policíaca o de espionaje. Ben le dio la mano de manera cordial, le ofreció asiento y le sirvió un trago en vaso chato con hielo sin que él lo pidiese. El hombre se quitó la gabardina y se sentó. Todo en él parecía normal, incluso neutro: cabello corto con algunas canas, buena complexión física y un cuidadoso aspecto en su vestimenta. Una persona más, ni muy alto ni muy bajo, sin cicatrices que pudiesen llamar la atención, un hombre y nada más. Podría pasar inadvertido en cualquier calle, en cualquier callejón. Ben dio un trago largo a su bebida y se sentó junto a él en el otro butacón, frente al escritorio.

—Bueno... ¿qué has encontrado? —dijo después de saborear el líquido ambarino que bajaba por su garganta

—Ha sido bastante difícil...

—No te estoy preguntando eso —cortó, tajante—. Por eso te he contratado a ti.

—Aquí está todo.—Le acercó un pendrive que sacó del bolsillo. Ben lo cogió y fue hacia su mesa. Lo conectó y observó minuciosamente cuanto pasaba delante de sus ojos.

—Es sumamente interesante todo esto. ¿Alguien más lo sabe?

—Nadie. Logré dar con la fuente y no tuvo más remedio que hablar.

—¿Has sido discreto? —Y por discreto, Ben entendía no dejar ninguna huella, nada que pudiera relacionarlo con él.

—Por supuesto. ¿Está todo?

—Por el momento sí, pero necesitaré de tus servicios más adelante. Ya está ingresado el dinero en tu cuenta, la cantidad acordada.

—Ha sido un placer.

El hombre se puso en pie, se colocó la gabardina, le dio la mano y desapareció. Ben se quedó absorto mirando la pantalla de su ordenador. No

imaginaba poder dar con una información tan sustanciosa. Era más de lo que había supuesto. Se aflojó el nudo de su corbata, parecía nervioso. Por primera vez sintió que tenía en sus manos el poder de cambiar las vidas de muchas personas. Debía calcular la manera de ser lo más efectivo posible, lo más letal. Se mesó la cabeza casi rapada y dio otro sorbo a su copa.

Capítulo 18

¿Esa soy yo?

Norah se miró al espejo y quedó sorprendida ante su propia imagen. ¡Cómo había cambiado en solo un par de horas! Pauline la observaba, satisfecha. Comenzaba a cobrar forma lo que tenía en su mente.

—Guapísima. Estás preciosa.

—¿No me veo artificial? ¿Demasiado maquillaje?

—¿Qué? ¡Si apenas te han tocado! Anda, vamos a que te hagan la manicura mientras el fotógrafo termina de prepararlo todo.

Noviembre había llegado de manera inevitable. Los primeros fríos cambiaron el ambiente en la costa este, los rostros, la ropa de la gente, larga y gruesa, negra o de colores tierra, con gorros, con abrigos, con impermeables. La ciudad había pasado de las hojas doradas del otoño en las aceras a las lluvias intermitentes, a la pista de patinaje en el Rockefeller Center o las calabazas de Halloween en los puestos callejeros.

Era un día especial en la vida de Norah. Por la mañana, sesión de fotos; por la tarde, cumpleaños de los sobrinos de Samuel. Todo iba tan rápido que no había tiempo de asombrarse. A pesar de no tener aún trabajo —tampoco lo había buscado— debía ocuparse de muchos asuntos. Samuel le aconsejó relajarse, que disfrutara haciendo cosas que nunca había hecho. Para este tiempo de ocio invernal —pereza, decía ella—, tomar una taza de chocolate en la cocina de su tía constituía el placer número uno. A veces, Kalya se sumaba a esos contundentes desayunos con huevos revueltos, bacon y tostadas de tomate y aceite.

Horas antes, Samuel la había despedido en el loft. Lucía impecable dentro de su traje gris humo con corbata negra a juego.

—Solo de pensar que estarás medio desnuda... tal vez con alguna joyita en el ombligo... me pongo tonto.

—Por Dios, Samuel, que no me voy a desnudar. Eso espero.

—Porque estará Pauline, si no me colaba en la sesión y te hacía un rapidito contra la pared.

—Venga, doctor, le esperan sus pacientes.—Le dio un beso largo—. Si te portas bien, quizá te espere desnuda en el salón.

—Llama un taxi cuando termines. Nada de metro, por favor.

—Que sí.—Le besó de nuevo—. Si te portas bien.

Cuando llegó a su destino, Norah se metió en un bloque de muros de ladrillo visto con aire bohemio, en Harrison Street, en pleno TriBeCa. Se había puesto una falda corta y negra de cuero, un jersey blanco de cuello vuelto, y encima, completando el conjunto, una chaquetita negra de cuero con cremalleras; medias transparentes, botas de caña alta. El piso tenía ventanas de marcos blancos, calefacción antigua y suelos de madera clara. Las paredes de ladrillo visto estaban cuidadas y desnudas. Resultaba estimulante y minimalista, un espacio ideal para trabajar sin despistarse con nada.

Pauline la esperaba junto a su equipo de siempre —peluquera, manicurista y por supuesto el fotógrafo—, un chico desgarbado con coleta y gafas de sol. La hermana de Samuel lucía un vestido verde botella de punto, el cabello suelto y gafas de ver que le conferían un aire profesional. Adoraba a aquella mujer, casi la envidiaba. Era trabajadora, muy creativa; le gustaba supervisar cada detalle, aunque eso significara quedarse hasta la cinco en la oficina, que ella misma cerraba. Entonces se ponía en modo mamá para ocuparse de sus pequeños.

Cuando concluyeron los preparativos, Norah cambió su cuero negro y sus medias transparentes por una bata de seda. Debajo, su desnudez le agobiaba y le excitaba al mismo tiempo. Pensó que así deberían de sentirse las divas. Mientras se sentaba para recibir los últimos retoques de maquillaje, un hombre con aspecto de guardaespaldas entró por la puerta, saludó a todos con un gesto de la cabeza y fue a situarse de pie en una esquina. Llevaba pinganillo en la oreja, y un maletín de seguridad —con cierres y cobertura metálica en la mano izquierda. Norah terminó con la maquilladora y esperó de pie. El fotógrafo medía la cantidad de luz, escogía las lentes, tecleaba en su ordenador portátil. Habían colocado un fondo blanco en una de las paredes; en torno a él, varios reflectores e innumerables focos repartidos por la habitación. Pauline se dirigió al hombre y conversó con él; como respuesta, este se acercó a una mesita, puso sobre ella el maletín y lo abrió. Como si fuera un ritual, sacó unos guantes blancos del bolsillo, se los enfundó y cogió algo del interior.

—Esta es la joya de la colección —dijo, dirigiéndose a Norah—. Es una gargantilla de esmeraldas y diamantes inspirada en la realeza europea.

—¡Es maravillosa!

—Tiene tres piedras principales de 25 quilates —intervino Pauline—engarzadas en un lecho de pequeños diamantes. La diseñó mi padre.

—¿Sí? No sabía que Max también diseñara —dijo Norah, temerosa de tocar la gargantilla, pero sin dejar de mirarla.

—Papá es un gran joyero, uno de los mejores. Cada vez *acaricia* menos piedras, como le gusta decir, pero cuando lo hace, de verdad, nos sigue dejando a todos con la boca abierta.—Se acercó a Norah y le cogió sus manos—. Ahora necesito que te relajes. Haz todo lo que te pidan; y por favor, muéstrate tal como eres. A la cámara le chifla la naturalidad.—Sonrieron las dos, sin soltarse—. Primero haremos planos de cerca, solo tu cara y medio busto.—Norah arrugó la nariz—. No se verán tus pechos... Samuel me mataría. Luego tomaremos algunas fotos mostrando partes de tu cuerpo con los brazaletes, y claro, el anillo para los pies, toda una novedad este año.

Colocaron una silla delante del lienzo blanco de fondo; la maquilladora se acercó para el último brochazo sobre cara, cuello y busto. Pauline le bajó la bata dejando los hombros al descubierto. Le puso la gargantilla y dio el OK.

Durante dos horas, Norah se metió a fondo en su papel. Posaba, reía, cambiaba de postura, se tocaba el cabello; se relajó tanto que el fotógrafo comentó que parecía haber nacido delante de una cámara. Cuando llegó el momento de desnudarla, Pauline mandó salir a los hombres de la habitación. "*Sexy, pero no vulgar*", le había prometido antes de empezar la sesión. La acomodó boca abajo en una cama cubierta con pieles blancas de pelo largo y suave, ocultó su trasero y el frente de sus pechos con una pequeña tela de gasa tupida. Le pidió subir las piernas y cruzarlas a la altura de los tobillos, sus manos debajo de la barbilla. Pauline tenía la corazonada de que una foto como aquella luciría en el cartel de la campaña. La piel morena de Norah rimaba a la perfección con las esmeraldas y las pieles blancas. Le pareció realmente preciosa. Cuando terminaron, mientras tomaban una taza de café, repasaron fotografías. Pauline las observaba con detenimiento sin decir nada. Norah permanecía a su lado dando pequeños sorbos.

—No te imaginas lo mucho que me sorprenden estas imágenes —le hablaba seria, sin pestañear—. Es mucho más de lo que yo pretendía. ¿Sabes? Creo que llevaba toda la vida buscándote.—Norah se ruborizó en un segundo—. Ahora te toca a ti. Tienes que pensar si quieres seguir adelante o lo dejamos aquí.

—No sé, Pauline... —respondió dubitativa—. Las fotos son maravillosas, pero la que aparece ahí es una Norah distinta, otra que no soy yo...

—Un espejismo, ya lo sé.

—Un espejismo, sí.

—Mira, cariño. Si te ves capaz de seguir, esta misma tarde puedo tener preparado el contrato cuando llegues al cumpleaños de los niños. Háblalo con Samuel, y que Charles te explique lo que no entiendas. Por mi parte, estaría encantada. No quiero presionarte, pero tenemos poco tiempo y un buen material para trabajar. Pero te lo repito: tienes que decidirlo tú. Presiento que si estás con nosotros podría ser una campaña increíble.



Samuel atravesaba la ciudad a toda velocidad; a su lado, Norah sonreía sin sentirse capaz de mirarle a los ojos. Llegaban tarde y solo tenían la coartada de un revolcón entre jadeos y palabras sucias. Era sexo en estad+

o puro, pero no servía para excusarlos. Después del trabajo, ya en casa, Norah lo había recibido en el salón completamente desnuda, salvo las medias de seda con ligeros, los altísimos *Ferragamo* rojos y la pulsera que le regaló. Estaba maquillada aún, el cabello suelto caía un poco por debajo de los hombros. Samuel había parpadeado, incrédulo, ante la visión de aquella mujer desnuda y sugerente sentada en el sofá, las piernas entreabiertas.

—Dios... —musitó con los dientes cerrados.

—¿Te gusta? —preguntó Norah mientras abría las piernas despacio. Se sentía como una estrella porno en todo su esplendor.

—¡Joder! No te habrán hecho fotos así, ¿verdad?

—Mmm, no recuerdo bien, es posible.

—Tu cabello, nena, la luz de tus ojos...

Le habían alisado el pelo para la sesión fotográfica, parecía otra. Samuel cogió un mechón entre los dedos y jugueteó con él, luego lo dejó caer sobre el hombro de ella; miró su boca, se acercó a saborearla con besos cortos, húmedos —lengua y placer—, mordió su barbilla y, a sacudidas, fue quitándose la chaqueta. Se hincó de rodillas entre sus piernas —temblaba—, besó su ombligo, acarició aquel diminuto círculo en derredor, bajó lentamente hasta llegar al sexo de su única diosa y se perdió en él.

Pauline vivía en Chelsea, en una casa de dos pisos con muros rojos y ventanas blancas; delante de ella, flores en el jardín. Llamaron a la puerta haciendo malabares con las cajas envueltas en papel de regalo, los globos y dos enormes osos de peluche. Los gemelos cumplían cuatro años. James abrió y les ayudó a entrar las cosas. En su rostro se reflejaba esa mezcla de

diversión y desconcierto que suelen tener los padres cuando celebran las primeras fiestas de cumpleaños de sus hijos. Norah vestía unos vaqueros claros, jersey de punto con abertura frontal, cinturón estrecho, blanchers de color gris; Samuel, camisa blanca, jersey negro y pantalones vaqueros negros. Cuando la pareja cruzó la cocina y se aventuró en el porche posterior, las risas de los niños lo llenaron todo. En el patio se había instalado un castillo hinchable que se balanceaba con los saltos de los chicos. Norah observó a las mujeres que estaban allí —madres jóvenes, bien vestidas, que habían traído a sus hijos a la fiesta de cumpleaños—; todas miraban a Samuel con secreta aprobación, y alguna —imaginó Norah—andaría ya con las bragas a medio muslo. No le molestaba, todo lo contrario. Samuel tenía ese poder, esa aura, esa imagen *sexy* de hombre joven, guapo y con un culo para partir nueces. Verlo allí, natural y relajado, con aquellos pantalones vaqueros que excitaban la imaginación, seguro de sí mismo y con un oso de trapo echado al hombro, debía de ser una visión realmente estimulante.

Los niños corrieron a su encuentro apenas los vieron. Samuel siempre fue su tío favorito, pero Norah parecía haber usurpado esa posición en los últimos meses. Ella se quitaba los zapatos para jugar al escondite, les dibujaba barcos y animales con los roturadores. En el patio se había concentrado la animación, varios niños correteaban perseguidos por un payaso; mientras, los padres disfrutaban de sus bebidas alrededor de una mesa de jardín repleta de botellas, vasos, bandejas de sándwiches y canapés. Globos, pancartas, serpentinas, letras recortadas formando el nombre de los gemelos, farolillos chinos, por supuesto ristras de banderitas de lado a lado del patio, bengalas de interior, una enorme piñata con un T-Rex verde colgado de una cuerda, más globos. En medio de aquel torbellino, los padres de Samuel se veían pletóricos. También estaba Ben ataviado con una chupa de cuero, camiseta negra, vaqueros y una sonrisa macarra. Samuel y Norah se acercaron a saludarlos a todos, incluido el mayor de los hijos Moore, que se limitó a responder con un aséptico *hola* dirigido a Norah, y un apretón de manos con su hermano. A ella no le importó. La frialdad de Ben, la distancia que demostraba mantener con ella, era una gran noticia. Un hombre se aproximó al grupo familiar de los Moore. Era la primera vez que Norah lo veía. Tenía unos cincuenta años, de complexión fuerte, la cabeza rapada, de estatura media y gafas con cristal montado al aire. Vestía camisa azul marino, chaleco y pantalón oscuro. Saludó a todos con efusividad, sobre todo a Samuel, al que no dio la mano, le abrazó con un par de palmaditas en la espalda.

—Norah Miller, ¿cierto? —Ella asintió mientras apretaba la mano de él—. Soy Charles Didier.

—Un placer, señor Didier.

—Por favor, tutéame, ya me parezco yo mayor, no lo pongas peor.

—Claro, Charles; tutéame también a mí, ¿vale? Solo Norah.

Charles hablaba con elocuencia; parecía muy serio, pero en realidad, a los pocos minutos de estar a su lado, resultaba de una cordialidad encantadora, buen conversador y con una envidiable cultura. Se comportaba como un miembro más de la familia Moore, no como un empleado. Tuteaba a Max y a Georgina, y bromeaba con los demás. Después de un par de copas, el ambiente parecía magnífico, todos hablaban a la vez y a nadie parecía importarle. Samuel y Norah se buscaban con la mirada cuando las conversaciones los separaban, y con la boca cuando estaban juntos. En el patio, los farolillos chinos ya estaban encendidos. A pesar de que el cielo se había cubierto de nubes y el frío invernal empezaba a sentirse incómodo, los niños no paraban de jugar en el castillo o de correr como locos. Samuel se quitó los zapatos y se sumó a ellos sobre la lona del hinchable. Después de abrir los regalos y partir la tarta, después de los ojos de asombro de unos y las caras manchadas de nata de otros, todos se reunieron alrededor del T-Rex verde, y los gemelos, con los ojos vendados y provistos de espadas de plástico, golpearon la piñata hasta que cayeron los caramelos.

Cuando los niños dieron una tregua, Norah le pidió unos minutos a Pauline. Quería seguir adelante. Le gustó lo que había vivido aquella mañana; la sensación de poder con ello, de sentirse segura, aunque le abrumara un poco estar fuera de lugar, le animaba a seguir hasta el final. Pauline se puso tan contenta que llamó a Charles y a Samuel para que las acompañasen. Quería cerrar el asunto y ponerse a trabajar. Se reunió con todos en su despacho. Aquella habitación era su reino privado; en las paredes, pequeños cuadros pintados o marcos con fotografías de la familia se apiñaban sin ningún orden; en cambio, el resto de la estancia aparecía ordenado, funcional, casi austero. Norah sintió que allí estaba el alma de Pauline, su razón y su emoción al mismo tiempo, la empresaria de éxito junto a la niña hecha mamá. Pauline se sentó al borde de su amplio escritorio, Samuel y Norah en dos butacones frente a ella; Charles permanecía de pie, apoyado en una estantería.

—Comencemos, entonces.—Pauline rompió el hielo—. Las personas encargadas del diseño de esta campaña han dado el OK a las fotografías. Las consideran espectaculares, y yo no puedo estar más de acuerdo. Como tú y yo

acabamos de hablar, seguimos adelante.—Tenía la mirada clavada en Norah, como si no hubiera más interlocutores en aquella habitación—. Este es el contrato. Háblalo con mi hermano y consulta las dudas con Charles, él lo ha redactado y podrá aclararte cuanto desees. No hay nada raro, no te mostraremos en bolas al mundo entero, y te pagaremos muy bien.

Norah tomó el contrato con manos temblorosas; por primera vez en su vida, sentía el peso y la certeza de su propio futuro. ¿Sería capaz de afrontarlo con éxito? Samuel cogió una copia que le alargó su hermana, se giró hacia Norah con el semblante tranquilo.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó, mirándola a los ojos—. Decidas lo que decidas, me tendrás a tu lado. No te sientas presionada por nadie ni por nada, ni siquiera por esta larguirucha que no deja de mirarte.

—¡Samuel...!

—Norah... —intervino Charles—. Firmar este contrato supondrá para ti pasar a la otra orilla; serás una persona pública cuya imagen aparecerá en revistas, en vallas publicitarias, en televisión. Sabes a qué me refiero. En principio, solo te obliga a participar personalmente en la inauguración de la campaña, pero a veces todo se descontrola... Esto funciona así. Como ha dicho Pauline, la oferta económica es más que razonable. Tendrías que realizar otra sesión de fotos, esta vez la oficial, y, lo acabo de decir, estar presente en la fiesta que celebraremos para el lanzamiento. La campaña de Navidad es la apuesta más fuerte de nuestra empresa, y la exposición pública de tu persona será... ¿cómo decirlo?

—Brutal —terminó la frase Samuel.

—... Muy exigente, Norah. No todos son capaces de sobrellevar ese peso.

Norah se quedó pensativa y volvió a ojear el contrato. La retribución era de 250 mil dólares solamente por las fotos y la fiesta. La firma le asignaría un plus en ropa, peluquería, maquillaje y un preparador físico, en caso de ser necesario. Desde el lanzamiento de las fotografías hasta la fiesta del inicio oficial de campaña, Norah tendría que cuidar exquisitamente su imagen, porque ella sería la cara visible de Blue Jewery. Ganaría en poco más de mes y medio lo mismo que en tres o cuatro años a turnos en una cafetería. Realmente no había mucho que pensar, y Pauline, además de casi cuñada, era una gran profesional que cuidaba al máximo todos los detalles, directa y disciplinada en el trabajo. Con ella todo resultaría muy fácil.

Muy bien —contestó Norah al fin—. Vamos a hacerlo, adelante.—Miró a Samuel—. Quiero hacerlo.

Firmó en todas las páginas que le indicaron. Dio un apretón de manos a Pauline y a Charles, dando por cerrado el trato. Luego, les dejaron solos. No había vuelta de hoja. A partir de ese momento, su vida iba a cambiar, tenían que estar preparados. Samuel llevaba en las manos una carpeta que le acababa de pasar su hermana, eran las fotos de Norah. Aunque se moría de ganas por mirarlas, se hizo un poco el loco. Sentía que habría un antes y un después del simple gesto de abrir la carpeta. Era una frontera, y a partir de ahí...

—¿No quieres verlas, cariño? —preguntó Norah.

Samuel la miró como si regresara de un profundo sueño. Acarició su rostro y sonrió. Un instante después, observaba con atención las fotografías. Se quedó sin palabras. Aquella mujer no era Norah, era una diosa desnuda sobre pieles, una diosa seductora que miraba a la cámara como si fuera su súbdita. Pauline seguía teniendo un ojo fantástico para esas cosas. Siempre supo encontrar diamantes en bruto para desbastarlos, pulirlos, engazarlos en joyas de primoroso diseño. En esta ocasión, se había superado a sí misma. Tomó la cara de Norah entre sus manos y la miró durante unos segundos; mientras, ella respiraba profundamente, a la espera.

—¿Has visto las fotos? —preguntó Samuel.

—Sí. Me veo diferente...

—No, no te ves diferente. Te ves simplemente espectacular. Norah, la cámara te quiere.

—Eso mismo dijo el fotógrafo. Pensé que solo quería complacerme, que se lo decía a todas.

—A todas... a todas... —Samuel tartamudeó, emocionado—. Pareces una diosa, nena; y no me importaría postrarme a tus pies el resto de mi vida.—La besó en los labios con ternura, con admiración—. Entonces, ¿adelante?

—Sí, adelante. Las fotos me han sorprendido. Y tu hermana ha estado tan amable, tan profesional... He disfrutado mucho. Quiero hacer esto, Samuel, es una gran oportunidad. ¿A ti qué te parece?

—Escúchame, Norah. Nunca te cortaré las alas... las uses para lo que las uses, incluso para alejarte de mí.

—Cariño...

—Escúchame. Te agradezco que quieras que forme parte de todo lo tuyo; yo lo haré mil veces, te daré consejos si los necesitas, e iré contigo adonde sea. Pero, por favor, sé tú misma siempre, decide con el corazón y con la cabeza. ¿Qué me parece a mí? Cógelo, demonios; las primeras oportunidades

pasan a toda velocidad, hay que cogerlas sí o sí.

—Siempre con prisas por la vida, ¿verdad, doctor?

—Tú disfruta, ya habrá tiempo de bajar la marcha.

Por encima del pantalón vaquero de ella, las manos de Samuel trazaron un camino por la curva de sus nalgas. La estrechó contra su cuerpo y los besos no se resistieron a la proximidad. Pegados al borde del escritorio, la excitación de ambos escapaba de sus bocas con gemidos. Norah recorrió despacio el pecho de él, bajó aún más lentamente la mano hasta el cierre del pantalón. Los dos cerraron los ojos porque las primeras oportunidades pasan siempre a toda velocidad.

—¿Nos marchamos? —preguntó Norah, ojillos coquetos.

—Claro, nena. Tú... ve saliendo a despedirte. Ahora bajo yo.

Norah soltó una carcajada contemplando el bulto que se marcaba en su pantalón. Lo cogió de las solapas de su camisa y volvió a besarlo con fuerza.

—Nena... Si no quieres que estrenemos el escritorio de Pauline, márchate ya. De lo contrario, voy a bajarte esos vaqueros y a comprobar personalmente que no hay ninguna diferencia entre la humedad de tu coño y el bulto en mi pantalón.

—Shhhh, cállate.—Norah, con una mueca perversa en la boca, había puesto sus dedos sobre los labios de Samuel—. Venga, campeón; te tomas tu tiempo y nos vamos a casa, que tu chica quiere celebrar su nuevo trabajo.

Le dio una palmada en el culo, la vio perderse con un sensual contoneo de caderas, contó hasta mil.

Norah se recostó en una estantería del pasillo, sacó su teléfono y se dispuso a pasar un mensaje. Necesitaba compartir aquel momento con su familia, la única que le quedaba. Marcia la había animado desde el primer momento; en realidad, desde que la conocía siempre la sintió detrás de ella, empujándola. Como uno de esos vientos obstinados que se levantan cuando el invierno está a punto de terminar. Fuera donde fuera, hiciera lo que hiciera, cuando su tía estaba a su lado sentía que aquel viento la empujaba con obcecación. Siempre adelante. Algún día tendría que pagárselo con algo más que besos. Si alguien le hubiese dicho unos meses atrás que la cara de su sobrina iba a aparecer en la televisión, en las vallas publicitarias, en las revistas más importantes del país, lo hubiera tomado por loco.

Unos minutos después salió a la terraza para despedirse de los padres de Samuel. La casa aún tenía invitados. Algunos niños acompañados de sus padres jugaban con los restos de la piñata del T-Rex verde. Permaneció

observándoles un momento, se abrazó a sí misma sintiendo a la vez muchas cosas, nostalgias y felicidades que llenaban su corazón. Necesitaba regresar a casa, a la casa de los dos; salir de allí cogidos de la mano y perderse en la noche por las calles de una fría New York; ver una película sentados en el suelo del salón, hacer el amor, brindar con una copa...

Volvió a entrar en la casa, sin dejar de abrazarse. Al cruzar por delante de la cocina, su emoción se desinfló al instante al encontrarse con Ben, apoyado en el marco de la puerta. Tenía un vaso con zumo de naranja en una mano, y su teléfono en la otra. Norah pasó junto a él evitando mirarlo, como si no existiera.

—¿Qué pasa, cuñada? ¿No fue suficiente lo de la otra noche? —le preguntó, cogiéndola del codo y tirando suavemente de ella hacia el interior de la cocina. Norah lo miró asustada, molesta, pero sin dejar de calibrar cada una de sus palabras. Aquel hombre nunca le había gustado, pero la sensación era entonces casi de asco, le llegaba desde la boca del estómago, agria—. Pensé que después del espectáculo con mi hermanito en la cena, te plantearías lo de seguir insistiendo en colarte en la familia.

Norah no se movía. A su cerebro querían volver imágenes del pasado, de España, pero sospechaba que solo era pereza mental. Ahora se sentía fuerte, y libre. Sintió ganas de abofetearlo, de restregarle por la cara que Samuel estaba por encima de todas esas cosas, por encima de él, de su ex y de la puta prensa. Sin embargo, permaneció callada, paralizada. Ben daba vueltas alrededor de ella como un animal ante su presa, la olfateó, chasqueó la lengua contra el paladar.

—Quizá necesitas un incentivo, algo más fuerte que te haga reaccionar y dejar tranquila a esta familia. No sé... algo como regresar a tu barrio de infancia... ¿Quieres dinero? ¿Es eso? Oh, sí, siempre lo es.

Seguía hablando en un monólogo interminable, saboreaba sus palabras como si cada una le otorgase más poder que la anterior. No eran conscientes de que no estaban solos. Max había entrado en la cocina con una sonrisa en los labios que se borró al instante cuando los encontró allí solos, Norah desenchajada, Ben con su verborrea habitual, insultante.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

—Nada... Yo he venido a buscar un vaso de agua —respondió una titubeante Norah.

Mentía, pero sus manos comenzaron a temblar sin poder evitarlo. Por fin, cuando los pies se despegaron del sitio, dio un par de pasos hacia el

fregadero, se apoyó en él con todo el cuerpo y trató de concentrarse en algo, en cualquier cosa, para no salir corriendo de allí. Tomó un vaso de una estantería y abrió el grifo para servirse agua. El pulso de su alma pasó de la mano al vaso, después al agua que contenía, agitándola contra las paredes de cristal. Dio un sorbo, luego otro, seguía desesperada por salir dando un portazo, olvidarse de todo.

—¿Sabes lo que me molesta? —Ben volvía a su monólogo, como si Max fuera invisible—. Sé que nos vas a costar mucho, pero eso no es lo peor.—Se aproximó a Norah, puso la boca a unos centímetros de su cabeza—. No me gustas, Norah; no me fío de ti ni un pelo.

Norah subió los brazos a modo de defensa. No quería escuchar, pero las manos se negaban a tapar sus oídos. El cerebro daba órdenes, el resto de su cuerpo no las escuchaba. Soltó el vaso, que cayó al suelo haciéndose añicos. Las lágrimas se acumulaban detrás de sus ojos, en la garganta sentía un nudo de piedra. Se aproximó a Max y le tocó el hombro con cariño. Su cara no reflejaba ira, ni lástima, ni resignación, era como un lienzo blanco, como la pálida y callada mortaja de un hombre muerto.

—Buenas noches, Max —dijo en voz baja, antes de salir por la puerta de la cocina.

Max no respondió.

Llegaron pronto a casa. Ella no habló en todo el camino. Se movía inquieta en su asiento, tomaba la mano de Samuel para dejarla en su regazo, pero enseguida se olvidaba de ella. Todo el entusiasmo mostrado hasta entonces se había esfumado; y lo peor, no entendía por qué. Mientras subían en el ascensor, se encogió en el pecho de él, olió su cuello, se dejó abrazar la cintura casi sin sentirlo. Cuando abrieron la puerta del piso, corrió al cuarto de baño para vomitar. Samuel fue detrás de ella, le sujetó el cabello y la frente; ella hacía gestos con las manos para que no la mirase. Estaba pálida. La ayudó a sentarse en el banco de las toallas, y humedeció una de ellas para pasarla por su nuca.

—Lo siento, cariño. No dejes de darte sorpresas. Sal, por favor, esto es desagradable.

—¿Te estás escuchando? Soy médico, ¿recuerdas? ¿Crees que no lo he visto nunca? —Le limpió la cara, la abrazó—. Además, eres mi chica, tengo que cuidarte.—Tomó el pulso en su muñeca, le examinó las pupilas—. ¿Qué has comido hoy?

—Poco. Por la mañana, después de las fotos, tomé una ensalada con

Pauline. Y he probado la tarta de cumpleaños.

—Algo te sentó mal.

—Creo que no. Han sido los nervios y la emoción, no descansé en todo el día. No sé cómo he podido aguantar todo en la tripa sin echarlo antes.

Samuel la ayudó a incorporarse para que se cepillara los dientes. La llevó en brazos al dormitorio ante las protestas de ella, que movía los pies como una niña pequeña enrabiada. La metió en la cama y la desnudó. Por un instante, la mirada se perdió entre sus pechos, sus braguitas diminutas, las piernas interminables. Le acercó una camiseta de las suyas, a ella le gustaba dormir así. Bajó las escaleras y enseguida regresó con un vaso de agua y una pastilla.

—Tómame esto, te ayudará a relajarte.

—¿Qué es?

—Opio... Así podré hacerte el amor cuando te duermas.

—¡Samuel!

—No es nada, nena. Un hipnótico contra la ansiedad. Dormirás como una niña.

Samuel se desnudó y se metió en la cama pegándose a su cuerpo. Norah se giró, le besó en el pecho.

—Te quiero —susurró con los ojos entrecerrados.

—Yo también te quiero, nena.



Miguel permanecía tumbado en la cama del hotel, los brazos cruzados detrás de la cabeza. Solo quería descansar, dormir un poco, pero la mirada se perdía en el techo como en un cielo sin fondo. Se le acababa el tiempo. La semana que planificó al salir de España se estaba alargando, y no había rendido ningún fruto. Había pagado a un guía que mostraba las maravillas del distrito financiero a un grupo de turistas asiáticos, pero sus informaciones resultaron tan confusas como el idioma de sus clientes. A un vagabundo le compró un perrito caliente y una botella de licor, y este a cambio le mostró la antigua casa de Samuel Moore, cuando estaba casado. Ningún vecino de los alrededores quiso decirle nada sobre la nueva dirección del doctor. No insistió demasiado; era un barrio tan exclusivo que, de haberlo hecho, habrían llamado a la policía con sus móviles de

seiscientos dólares. Se pasó la mano por el rostro, trataba de conciliar el sueño. Junto a la cama, sobre un descolorido sillón de polipiel, un montón de revistas, una camiseta arrugada, un bocadillo a medio terminar. El aire frío se colaba por debajo de la puerta, atravesaba la ventana de la habitación. Era muy tarde, apenas se escuchaban ruidos procedentes de la calle. Necesitaba dormir, aclarar las ideas.

Un repentino golpe en la puerta le sobresaltó mientras volvía a mirar fijamente el techo sobre su cabeza. Se puso en guardia. Enseguida sonó un segundo golpe, esta vez acompañado de su propio nombre pronunciado por una voz masculina con un cerrado acento. Se incorporó y se puso el pantalón vaquero y la camiseta. Abrió la puerta. Un hombre con gabardina negra se coló en la habitación sin darle tiempo a reaccionar. Miguel cerró la puerta y pegó en ella su espalda, dispuesto a cualquier cosa. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué le conocía?

—Señor Rodríguez, tengo algo para usted.

—¿Quién coño es usted? ¿Qué quiere? —Se sentía inseguro, colérico y atemorizado a la vez—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Eso no es relevante... Está buscando información sobre el Dr. Moore, ¿es cierto? —El extraño dejó un sobre en el borde de la cama—. Aquí tiene todo lo que necesita.

—Pero...

—No, nada de agradecimientos.—Le miró a los ojos, irónico—. Esto es cortesía de la ciudad de Nueva York.

Se llevó dos dedos a la frente y caminó hacia la puerta. Miguel lo dejó pasar, observó cómo el extraño le miraba de reojo, abría la puerta y volvía a cerrar tras él. Permaneció inmóvil un minuto entero. El corazón bombeaba en su pecho, cerró los ojos para respirar. Aquel hombre le había desconcertado, le había acojonado también. De buenas a primeras, de espía había pasado a espiado. Él no había conseguido nada, pero aquel individuo le localizó en un hotel de mierda perdido en ninguna parte. Un profesional, sin duda. ¿Qué quería de él? Se acercó a la cama y cogió el sobre; dentro, varios folios y fotografías concitaron su atención. Era su noche de suerte. Ignoraba el porqué, el quién y el cómo, pero el sobre estaba allí. Todo volvía a tener sentido. Se acercó a la mesita de noche y marcó el número de recepción en el teléfono.

—Sí, le llamo de la habitación 125... sí... Amplíeme la reserva una semana más, me ha salido un trabajo.

Capítulo 19

No importa lo que digan los demás

Aún es temprano, hace frío ahí fuera. Las luces que atraviesan los cristales son tenues, grisáceas, se nota que diciembre está cerca. Estoy tentado de correr las persianas para que la claridad no la moleste, pero no me atrevo a moverme, no quiero romper el encanto. Sus caderas han quedado al descubierto, desnudas, apetecibles. Me gusta todo cuanto veo; a veces pienso que estoy muerto y esto es una especie de paraíso. Las uñas rojas de sus pies, las piernas largas, bien torneadas, el trasero perfecto uniéndose a la espalda suave, deliciosa. Está tumbada boca abajo y respira con dificultad; el cabello oculta a medias su rostro, huele a nosotros, a champú, a Norah. Ahora que tiene más tiempo, pasa días enteros aquí. No quiero espantarla, por eso me callo algunas cosas. Creo que aún le molesta pensar en los para siempre, en ataduras con nombre... Y yo que pretendo justamente lo contrario... Soy un egoísta, un obseso, un niño que se moriría si ella me dejara. Mi vida es vida solo ahora, y eso me da miedo. Un egoísta sin remedio. Ha perdido peso, está nerviosa... Sus caderas desnudas bien podrían ser mi paraíso eterno.

Hoy no trabajo. He pedido algunos favores para librarme del hospital, pero viéndola aquí conmigo todo merece la pena. Cuando despierte, la llevaré a desayunar a un sitio bonito, y luego iremos a que conozca la sede principal de nuestra empresa. Norah no es de las que se deslumbran fácilmente, de las que caen rendidas ante cosas que le gustan... Pero creo que hoy no voy a darle muchas opciones; quiero que recorra la tienda y se lleve cuanto desee. Si me oyera, Charles diría que a veces pienso con el rabo... Y se equivocaría; es mi corazón el que piensa, mi tripa, mi piel... Charles viene a ser como el tornillo que me une al mundo; sé que opina que con Norah se me va mucho la cabeza, y yo no puedo hacer otra cosa que darle la razón. Supongo que todos andan a la expectativa por si les obsequio con otro escándalo, por si una nueva Sophie vuelve a joder sus vidas. Norah no es así.

Parece que escuchara mis pensamientos. Se mueve inquieta, gira a derecha e izquierda, pero siempre termina por ofrecirme una postura sexy, de modelo. Sus pechos coronan ahora su figura, sus pezones son dos círculos

oscuros que me abrasan la boca solo de no besarlos. Me encantaría pegarme a su cuerpo, calmar esta incipiente erección, pero no quiero despertarla y que se vuelva con los ojos entrecerrados diciéndome "Hola, amor, buenos días: eres un perverso de mierda". Anoche tuvimos otra sesión de locura, y sin embargo... Recorro su cuerpo sin tocarlo; los dedos apenas rozan la superficie de su piel, se asoman a los recovecos, a los salientes de este territorio de conquista. Flotan sobre Norah y mueven el aire que respiro.

—Buenos días... —susurra, me asusto.

—Hola, mi vida.

—¿Qué hora es?

—Temprano... Puedes quedarte un rato más.

—¿Y tú? Yo soy una desempleada, pero tú tienes vidas que salvar.

—Hoy no, hoy quiero estar aquí.

—¿Sucede algo?

—Nada. No necesito excusas para estar con mi mujer.

—No soy tu mujer.—Norah sonríe con descaro—. Y alguien tiene que trabajar en esta casa, o dentro de poco no tendremos ni para comprar comida china.

Me río a carcajadas. Norah es la única mujer en el mundo que diría algo así, aun sabiendo todo lo que tenemos.

El café Sabarsky suele estar muy concurrido. Norah se ha puesto unos vaqueros ajustados que esculpen un trasero de infarto; unas deportivas blancas y una camiseta con el cuello abierto sobre uno de los hombros. Una coleta alta deja al descubierto su cuello. Se cierra el abrigo blanco al bajarse del coche, yo me acerco para abrazarla.

—Por tu culpa tengo tanta hambre —dice propinándome un codazo, nos echamos a reír.

—¿Tienes queja?

—¿No era una ducha rápida antes de salir a desayunar? Casi es la hora del brunch...

Tiene razón, demasiada ducha con el estómago vacío. Mis manos no podían estarse quietas viendo cómo la espuma se quedaba entre sus pliegues, cómo sus pezones se endurecían al contacto con el agua. La besé como un poseso, hambriento de toda ella. Cerré el agua de golpe y la tomé en brazos para sacarla de allí. La posé sobre el mueble del lavabo y me hice hueco entre sus muslos. Nos besamos mordiéndonos los labios, las barbillas. Me dio un leve empujón para apartarme de su cuerpo, se bajó del mueble y se

apoyó en él dándome la espalda, ofrecida. Joder. Aquel paisaje solo para mis ojos, temí que mi erección acabaría doliéndome. Para darle un extra de morbo, me toqué despacio mientras contemplaba la pose, luego, me abalancé sobre ella. El espejo me devolvía la imagen de una Norah que nadie conoce, una pantera mansa que juega conmigo y me devora. Su rostro, una mueca obscena. Me aprieto contra su cuerpo y la penetro. Ella cierra los ojos y se muerde los labios buscando en su interior el placer exacto para dar un salto al vacío. Toma una de mis manos y la lleva hasta su cabello revuelto, me incita a cerrar el puño, tirarle de la coleta hecha con rizos descontrolados. No quiero hacerle daño ni que se sienta violentada, pero la cabeza se nos va, follamos como locos. "Fuerte", me dice abriendo los ojos ante el espejo, abriendo la boca con la misma mueca sexy. Yo ralentizo, pero ella grita "¡Más, más, joder, quiero que me folles!". Aquellas palabras me trastornan, tiro de ella, contra ella, me olvido del mundo. El fraseo de nuestros cuerpos húmedos llena la habitación, gritamos mucho y muy alto. Muerdo el lóbulo de su oreja, su cuello, su hombro, la embisto sintiendo el vibrar de su cuerpo. Noto cómo se corre asida al mármol, yo miro sus glúteos que vibran neumáticos, carnales, hasta que me corro en un orgasmo bestial. El corazón no late, no bombea, simplemente explota.

—Si sigues pensando en lo de esta mañana —me susurra, ya sentados en una mesa en el Sabarsky—, voy a cumplir mi amenaza y pondré bromuro en tu café.

Un camarero se acerca y nos deja unas porciones de tarta de chocolate y dos cafés supercremosos. Nos mira de arriba abajo con disimulo; en realidad, aunque sabe quién soy, solo mira a Norah.

Es el primer desayuno que mi chica termina desde hace varios días. Hasta se queda con ganas de lamer la cuchara. Yo asiento con aire de buen doctor. ¿Es otra cosa la felicidad?

Salimos del café cogidos de la mano, riendo y abrazados. Hace mucho frío, el cielo tiene un tono tan gris que, a mediodía, parece de noche.

—¿Adónde vamos?

—Ya verás.

—Cada vez que dices eso, es que se te han ocurrido cosas muy locas.

—Esta vez no, lo prometo.

Cuando llegamos al coche, nos sorprende ver a un grupo de personas alrededor de él, y entre ellas dos policías, uno de los cuales toma notas en una libreta. Al vernos, se acerca. Nos paramos en seco; Norah me mira

inquieta y cruza sus dedos con los míos.

¿Es suyo el coche?

—Sí.—Saco las llaves, acciono el mando a distancia.

—¿Tiene idea de quién ha podido hacer esto?

—No —miento.

—¿Quiere presentar una denuncia?

—¿Sabe qué, agente? Ahora mismo me acaban de estropear el puto día; tengo ganas de irme a casa, gracias. Mi abogado se ocupará de esto.

Norah aprieta sus dedos hasta hacerme daño, me giro y lo veo por primera vez. Me concentro tanto en las marcas de spray blanco sobre los laterales y el parabrisas del coche, que no soy consciente de que en realidad son letras, palabras, frases que han cambiado el gesto en el rostro de Norah: "Folla negras" "Putas". Ella no se mueve, paralizada en medio de la acera mientras la policía echa atrás a los curiosos. No es el spray blanco, no son las ruedas traseras pinchadas a conciencia lo que a ella le hace llorar, son esas letras antiguas y prohibidas, su significado feroz. A mí me hierve la sangre, a Norah le hierve el alma porque aquello la relega a otro plano, la convierte en excepción, en equivocación. La abrazó. Acuno su cara entre mis manos, limpio sus lágrimas con los pulgares.

—Esto no quedará así, te lo prometo.

—Tal vez arriesgas mucho por estar conmigo.—A Norah le cuesta hablar—. ¿No te das cuenta de que somos distintos?

—Nena, si me dices eso después de lo que estamos viviendo, es que lo hago rematadamente mal.

—No es eso, Samuel... Es que, joder...

Consigo subirla a un taxi. Ya dentro, llamo a Charles y le cuento lo sucedido. Le pido que se ocupe de la cuestión legal contra Sophie, porque sé que ha sido ella. Ella en otra de sus pataletas...En la última.

—Si vuelvo a verla cerca de nosotros, si respira el mismo aire que Norah, si tose a su lado, quiero que la machaques, que le jodas la vida para siempre.

Intento no alterarme demasiado, pero no resulta fácil. Miro por la ventanilla mientras la ciudad, en blanco y negro invernal, pasa delante de mis ojos. Quiero gritar, llamar a Sophie para decirle todo lo que se me pasa por la cabeza —hija de puta sería lo primero; lo segundo, lo pensaría sobre la marcha—; pero eso supondría asustar a Norah y mostrarle mi cara menos respetable. Con su pasado tiene suficiente. Charles habla y habla al otro lado del auricular, yo me voy calmando, le pido que alguien pase a recoger

el coche, que lo limpien y cambien las ruedas. En voz más baja, en un susurro, le pido que llame a algunos periodistas soltándoles carnaza sobre nosotros, algo jugoso que les atraiga a la tienda de la 7ma Avenida adonde nos dirigimos. El resto del trayecto me concentro en Norah; ya no llora, pero sé que le va a costar pasar página.

—Lo siento, mi vida.—Ella se encoge a mi lado.

La visita a las oficinas es un desastre. Yo que planeé una mañana de compras y risas, me encuentro con cabezas agachadas, pocas palabras. Norah no estaba para diversiones, y no la culpo. No quiso subir a las plantas superiores donde están los despachos de mi familia, y yo no insistí. Al menos, logré que escogiera unos pendientes para su tía; por un momento atisbé un asomo de sonrisa en su boca, pero fue un espejismo. Sus ojos apagados me miraban desde la distancia, agrisados como la ciudad. Un día especial tirado a la basura, derretido y sucio como el hielo en las calles.

Cuando salimos del edificio, varios periodistas nos abordan. Uno de ellos es el reportero "oficial" de nuestra casa BJ —Charles es diligente en su trabajo—. Disparan sus cámaras, nos preguntan sin ningún orden; parece la escena de una película de los años cuarenta, y yo la había planificado. Norah se aferra a mi brazo, aterrada, hunde su cabeza en mi pecho. La consuelo acariciando sus cabellos, le beso en la frente. Uno de los reporteros se abre paso, consigue hacerse oír.

—Samuel: nos han llegado rumores sobre su próxima boda con Norah Miller, ¿lo confirma?

—Aún es pronto para hablar de ese asunto... —digo aparentando prisa, mientras Norah se pega a mi cuerpo.

—Adelántenos algo, por favor... Se comenta que han comenzado a mirar propiedades en Park. Norah, usted que procede de una familia humilde, ¿cómo se siente ante la perspectiva de formar parte de una de las familias más ricas de la ciudad?

—Escuche —le digo deteniendo el paso, encarándome con él—. El pasado de Norah es algo que solo le pertenece a ella y a las personas con las que quiera compartirlo. Sabéis que no me gusta prodigarme mucho con la prensa, por lo que seré muy breve: Norah Miller es la mujer de mi vida; nadie me hizo tan feliz como ella, y espero que envejecamos cogidos de la mano como estamos ahora.

Aparto el cabello de la cara de Norah, sonrío. Le beso en los labios con dulzura. Los flashes se disparan a nuestro alrededor mientras nos alejamos

con prisa calle abajo.

*Esa noche, mientras conversamos tumbados en el sofá con sus piernas sobre las mías, me llega un mensaje de Charles. Salimos en la portada de *The Best*, un magacín de gran tirada en el que nuestro reportero tiene buenos contactos. Es nuestro beso. El pie de página resulta convenientemente explícito: "**Campanas de boda en la Gran Manzana**". Sonrío satisfecho. Si Norah albergaba alguna duda de que su origen o su color de piel me importan una mierda, espero haberla disipado por completo. Ella me besa, acaricia mi cara, cierra los ojos antes de reposar la cabeza sobre mi pecho.*

Capítulo 20

Esto no está bien...

Norah miraba el desayuno que reposaba en la encimera de la cocina. El café, la tostada, el zumo de naranja: todo se mantenía intacto. No era capaz de probar bocado, ni un pequeño sorbo de aquel café denso, suavemente amargo. Se revolvía inquieta en el taburete, giraba a un lado y a otro: los nervios no la abandonaban. Desde que firmara el contrato con Blue Jewery, su interior se había convertido en una montaña rusa: ascensos lentos, tramos engañosamente apacibles, caídas vertiginosas. Ese día tocaba la sesión final de fotos, luego el marketing y la publicidad: un nuevo descenso al vacío, tal vez a los infiernos. Jugó con la tostada impregnada de mantequilla y mermelada —naranja amarga—, su favorita. Como en los últimos días, estaba sola en el piso de Samuel. Ya no se ponía excusas a sí misma para quedarse allí; quería hacerlo, necesitaba hacerlo.

—Múdate de una vez, por Dios —le había dicho él—. A veces tengo la sensación de que te empeñas en parecer una invitada, en serlo en realidad. Tienes medio armario lleno de ropa, estamos a menos de veinte minutos de la casa de tu tía. ¿Necesitas más argumentos?

—Estaré más tiempo, de verdad... —se disculpó, o le sonó a disculpa—. Al menos hasta que comience a trabajar.

—Sabes que me gustas, ¿verdad? ¿Por qué no quedarte más tiempo? ¿Por qué no siempre? No tenemos que ponerle nombre, solo duerme todas las noches en nuestra cama. Te extraño.

—Mentiroso, me extraño tu chorra. Pervertido... —Y le golpeó con una almohada.

Sonreía al recordar aquella conversación absurda de unas noches atrás. Quería amanecer todos los días enredada en sus brazos, sentir cómo se marchaba despacito de la cama para no despertarla, que le dejase la cafetera programada y una nota en la nevera con alguna frase cursi. Así era Samuel y eso le gustaba. Comenzó a mordisquear la tostada mientras miraba a través de los ventanales. Aunque la temperatura ya era invernal, hacía un día de sol de esos en que gusta acercarse a Central Park sin ninguna excusa, solo por el placer de no hacer nada. Ahora que volvía a tener hambre, se terminó el desayuno y se puso en marcha. Del vestidor sacó una minifalda de

inspiración escocesa con cuadros blancos, negros y rojos; un jersey negro fino y unas botas de caña alta y tacón grueso. Eligió un abrigo blanco de lana cruda y un gorro a juego. Ya estaba en la puerta cuando sintió que se le revolvía el estómago, una especie de remolino entre los pulmones y el vientre, otra vez. Tuvo el tiempo justo para llegar al cuarto de baño, antes de devolver el desayuno completo. Al incorporarse, cogió aire y se reprochó no tener más control sobre sí misma. Ya había posado para la cámara, conocía el entorno. ¿Cuándo dejaría de comportarse como una novata? Al fin y al cabo, se trataba solo de trabajo.

Pauline la esperaba en el mismo piso de TriBeCa; junto a ella, el equipo fiel dispuesto a obrar de nuevo la magia. Volvieron a alisar su cabello, a arreglar sus uñas, a revocar su piel. Cuando se sentía nerviosa, solo tenía que recordar aquel remolino en las tripas, y su gesto de inclinarse sobre el lavabo para expulsarlo. Era una cuestión de física elemental. *Autocontrol*, no dejaba de pronunciar esa palabra dentro de su cabeza. El mismo hombre de seguridad custodió las joyas, esta vez dos maletines; el fotógrafo buscaba el ángulo perfecto para la perfecta instantánea. Instalaron un ventilador muy potente para mover el cabello de Norah; sus guantes negros y sensuales, largos hasta el codo, contrastaban con dos anillos de grandes gemas, uno en cada mano. Le prepararon una cama deshecha cubierta con cientos de diamantes falsos; Norah se acostó desnuda sobre ella — el pudor había disminuido, se sentía más libre—y los cristales cubrieron su desnudez dejando solo lo imprescindible a la imaginación. Hacia el final de la sesión, el fotógrafo se centró en su cara; había preparado a su modelo precisamente para eso; los movimientos, las posturas, la minuciosidad en el ocultamiento... era como un ritual para que el rostro se desprendiera de su artificio, para mezclar la vanidad y el cansancio, y que apareciera ese algo especial que buscan todos los fotógrafos del mundo. Era la obsesión de Pauline, soñaba con ese *algo* para la presentación de cada una de sus campañas. Adornada con unos pendientes en forma de lágrima cuyas esmeraldas resaltaban con el color de sus ojos, Norah posaba desinhibida, tan natural que rayaba la desvergüenza. Pauline no dejaba de sonreír, asentía con la cabeza. Norah había nacido para ser immortalizada por los flashes cegadores de las Nikon.

Cuando la sesión concluyó, observaron el resultado en el ordenador. Todas las fotografías eran espectaculares.

—Quedaste bellísima, Norah. Mira esta.—Pauline señalaba la pantalla—. Eres tú, pero no lo eres. Este es el tipo de imagen que busco, el de una mujer

que sabe lo que lleva encima, una mezcla de joven y de adulta, de casi niña y de experta en el viejo arte de la vida. Muchas de nuestras mejores clientas tienen tu misma edad. Vamos a triunfar.—Chocó con ella la palma de la mano, las dos sonrieron satisfechas.

Pauline había encargado algo de comida en un japonés cercano, pero Norah, aunque estaba hambrienta, prefirió marcharse. No quería relajarse rodeada de gente, necesitaba una hora de soledad por si su estómago se trastornaba con el sushi y la tempura, y volvía a echarlo todo. El final de la sesión se cerró con un intercambio de besos entre ella y el equipo, un selfie para las redes sociales y la promesa de una próxima copa con Pauline, cuando les fuera bien a las dos.

Samuel iba a tardar un buen rato en llegar a casa, por lo que Norah decidió regalarse una larga caminata. Había llegado el momento de comprar el perfume que nunca se pudo permitir, o aquel esmalte de uñas rojo de *Channel* que siempre había deseado. Su cuenta corriente se lo permitía. Aunque el sol lucía fuerte, seguía haciendo frío. Norah se puso sus gafas y se abrochó el abrigo antes de ponerse a andar.

A las cinco de la tarde ya había cubierto su cupo de melancolía consumista. Además del perfume y el esmalte de uñas, se había acercado a La Perla para comprar un conjunto diminuto de ropa interior para impresionar a su chico. Era tan pequeño que el encaje del tanga no tardaría en perderse entre los pliegues de su trasero. Unas calles antes de llegar a casa, paró en una pastelería. Necesitaba comer algo rico, dulce, lleno de crema o de azúcar y canela. Era uno de esos pequeños establecimientos familiares que iba descubriendo por casualidad, uno de los pocos en Manhattan que ofrecen al cliente la pastelería casera de toda la vida. Cuando llegara al piso, aún le quedaría tiempo para prepararse algo de cena y tomar una copa sentada tranquilamente en la bancada de la cocina. Había sido un día intenso.

Justo cuando salía, las manos de un hombre se posaron en sus antebrazos. Un olor familiar se coló por su nariz. Al mirarlo, reconoció en aquel rostro al protagonista de sus peores pesadillas. Presa del pánico, gritó. Él, sin embargo, la observaba con ojos mansos y tiernos, lo que acabó por atemorizarla del todo. Trató de zafarse de sus manos sin dar el espectáculo, taparse la boca para no seguir gritando como una histérica.

—Calma, preciosa —dijo Miguel en voz baja—, aquí estoy. ¿No te alegras de ver a tu chico?

—No, por favor —susurró Norah entre lágrimas—; ahora no.

Era incapaz de controlar el movimiento de sus manos y la rigidez de su mandíbula. ¿Cómo había dado con ella? Sintió que la vista se le nublaba un poco por las lágrimas, pero sobre todo por el vértigo. Le fallaban las rodillas. Su universo se venía abajo en un segundo, después de reconstruirlo durante meses con obstinación, con perseverancia, sin negar nunca un beso o una fatiga. Había sido suficiente un soplo de aire para abatirlo. Notó que un líquido caliente bajaba por sus piernas, y no podía contenerlo. Igual que una niña muerta de miedo.



Recuerdo que, en ese momento, un señor se acercó a Miguel preguntándole la hora. Lo bendije por aquella interrupción. A pesar de que los dientes castañeteaban y la mandíbula me dolía, a pesar de que las rodillas eran incapaces de sostener mi peso, y mi cuerpo parecía a punto de caer al vacío, logré zafarme de sus manos. Di el alto a un taxi y me colé en el interior antes de que pudiera reaccionar. Me giré y, a través del cristal trasero, lo vi parado en mitad de la calle sin moverse, sin aparente intención de seguirme. Cuando doblamos una esquina y su figura se perdió, comprobé que mis medias y mis botas estaban empapadas. Me sentía avergonzada, y sucia; además, era incapaz de contener mi temblor. El conductor, que me miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor, debió de pensar que yo era una yonqui con el maquillaje corrido y con espasmos antes de la siguiente dosis.

El ascensor subió con velocidad de tortuga, o a mí me lo parecía. Cuando llegué al piso y traté de meter la llave en la cerradura, no conseguí atinar, como si estuviera borracha. Era un manojo de nervios —peor aún—, era un manojo de mujer. Me desnudé, colgué el abrigo en la percha de la entrada y metí la ropa interior, las medias y las botas en una bolsa de basura que tiré por el canal auxiliar directamente al contenedor de la calle. Entré en el cuarto de baño y observé la bañera, no me valía. Abrí el grifo de la ducha y regulé los chorros a la máxima presión. Casi me quemo con el agua. Afortunadamente, soy negra. Los enrojecimientos apenas se notan, ni los moratones que dejaba Miguel en mi cuerpo; las marcas del sexo trofeo tampoco, sus mordiscos, sus chupetones. Creo que permanecí una hora bajo el agua. El champú y el gel, los aceites y las sales: todo resultaba

insuficiente para quitarme su olor de la piel, aquella sensación de haber sido tocada por una salamandra gigante, por una medusa. Cerré los grifos y permanecí inmóvil durante una eternidad, mientras acababa de tragar los últimos trozos de pánico. Cuando salí del cuarto de baño, apenas podía ver nada por el vapor. Tenía la sensación de emerger del interior de una nube.

Samuel llegó tarde. No sé qué hora era, pero tenía la sensación de haber dormido muchísimo. Lo sentí acercarse con sigilo, darme un beso en la mejilla. Olía a su colonia de siempre, a café, a ese desinfectante o lo que sea con que limpian los quirófanos. Me supondría cansada porque yo estaba en medio de la cama hecha un ovillo con el albornoz. No abrí los ojos. Temía que, al hacerlo, él descubriera lo que me había pasado aquella tarde. Era insensato, pero me aterraba. Y lo más gracioso es que ni a mí misma podía explicarme qué hacía Miguel en Nueva York, qué pretendía, por qué me miraba con aquella carita inocente desde el fondo de la calle. ¿Cómo podía contárselo a Samuel? Me hice la dormida y él bajó las escaleras, yo necesitaba tiempo para prepararme. Miré el reloj de la mesilla, eran casi las doce. La habitación estaba a oscuras, así no podría ver mis ojos hinchados. Lo sentí abajo rebuscando en la nevera su fruta nocturna, tal vez los pastelillos que compré por la tarde y no me había atrevido a probar. A decir verdad, no había probado nada en todo el día. Se metió en el cuarto de baño, y sentí correr el agua de la ducha. En otro momento me hubiera tirado de la cama para bajar corriendo a enjabonarme con él.

Cuando le siento subir las escaleras, de un rápido movimiento, me quito el albornoz dejando mi cuerpo expuesto, me abro de piernas sin recato, me acaricio. Samuel ya está a los pies de la cama, inmóvil. Quiero sentirlo, lo necesito. Ser su mujer, la mujer, como si el mundo comenzase y terminase en aquella cama. Su bóxer blanco comienza a cobrar vida; Samuel puede llegar a casa medio muerto, pero le puede el deseo de hundirse en mí. Le gusta lo que ve, no se lo piensa. Se desprende de su ropa interior arrojándola a las tinieblas, se tiende sobre mi cuerpo. No está duro como otras veces, pero se cuela entre mis piernas y presiona contra mi clitoris hinchado antes por mis manos. No hablamos, solo gemimos; lo escucho arrullarme oh nena, mi vida, oh Dios mío, besa, absorbe mis pechos, recorre mis caderas, mis nalgas, nena. Embiste de pronto, de golpe: me gusta. Siento cómo la humedad de nuestros cuerpos provoca sonidos de burbujas, de ventosas, mientras entra en mí, sale de mí. Tímido, salvaje: no noto la diferencia. Lo provooco acercando mi cadera a su encuentro. Él muerde su labio, yo contraigo la

vagina precipitando el final. Se aferra a las sábanas, distiende un instante sus músculos para esperarme. Me pide que me toque, siento que no puede más porque aprieta la mandíbula y tensa el cuello. Obedientes, mis manos bajan, tocan mi sexo, tocan el suyo hinchado, durísimo. Coincidimos, fluimos, sonamos juntos en el orgasmo. Después, jadeante, me ovillo en su costado. Samuel me besa mientras equilibra la respiración. Me dice que un día de estos lo voy a matar, pero mi cabeza ya está fuera, mi cuerpo en retirada. Las lágrimas se asoman a mis ojos. Si él me deja, mejor morir, ¿cómo podría decírselo? Si no lo tengo, ¿qué tengo? Prefiero no hablar, arrastro una confidencia. El pasado es el lobo incansable que nos sigue; cruza ríos, montañas, continentes, y nosotros prendidos en él, presas de su olfato lunático. Hasta que nos encuentra no conocemos el tamaño de sus colmillos, la profundidad de sus ojos. Gimo despacito mientras las lágrimas corren por mi rostro. He utilizado a Samuel, su cuerpo, la magia que obra en mi interior para borrarlo todo. Lo siento, vida mía. Me siente sollozar y levanta mi barbilla con preocupación. Me pregunta qué pasa.

—Es que te quiero tanto que me duele.

Él no dice, no responde. Su cansancio calla por él, su lucidez se diluye en la penumbra de la habitación. Ignora que el peligro ha venido a visitarnos, que el final de la historia será de príncipes o de fantasmas, y que no podemos saberlo. Mientras se duerme, el lobo del pasado cruza las lindes que lo separan de nuestro territorio.

Capítulo 21

Las piezas de este puzle que es mi vida

Un hombre con gabardina estaciona su vehículo en un callejón. Es una furgoneta vieja, sucia, prescindible; en el parabrisas y en los cristales de las puertas lleva cortinas negras que ocultan el interior. Dentro, un colchón, sábanas, una almohada, bolsas y carpetas sobre un mueble atornillado al suelo. El hombre que conduce vive o trabaja en esta furgoneta, debe de pasar muchas horas en su interior porque todo está lleno de botellas de agua, sobre todo vacías, y envases de comida china. Ahora está sentado en el colchón con un portátil en las manos. Descarga de una cámara algunas fotos, y selecciona. Serán buenas porque sonríe, y alguien con esos rasgos tal vez no lo haga muy a menudo. Saca su teléfono, teclea números y espera la respuesta.

—Tengo algo muy bueno —dice a su oyente al otro lado de la línea—. ¿Se lo envió? ...Bien... Ok...Adiós.



Norah llegó temprano a la casa de su tía Marcia. Era la única persona con la que podía desahogarse, nadie la entendía como ella. El incidente con Miguel, su estado de ánimo, sus temores: pelotitas que se acumulaban en el estómago y que no era capaz de digerir. Marcia la conocía desde niña, aunque más que conocerla la respiraba; de alguna manera inexplicable estaban coordinadas, ensambladas como si en realidad constituyeran una única persona con dos edades distintas. Después de una conversación superficial, Norah se hundió en el sofá con una taza de chocolate entre las manos, y comenzó a hablar. Marcia sentía cada palabra, cada dolor, cada tristeza como si le hubiera ocurrido a ella misma.

—Creo que debes contárselo a Samuel, no atrases ese momento. No quiero decir que venga a rescatarte como un caballero de brillante armadura, pero tiene sus recursos, y los necesitas. —Se sentó al lado de Norah, acarició sus manos—. ¿Cómo pudo dar contigo Miguel? ¿Y tú? Apenas te cruzaste con él,

apenas cruzasteis palabra...niña...y te me perdiste.

—No lo sé —respondió Norah, hundiéndose aún más en el sofá—. Me estoy volviendo loca. No sé cómo ha podido suceder... Desde que me fui de allí no había tratado de contactar conmigo... ¿Qué puedo hacer?

—Cuéntale a Samuel. No tienes pruebas de nada, te será imposible denunciarle, apartarlo solo con tus fuerzas. Pero Samuel tiene poder, su familia es influyente, tienen contactos. Ellos cuidarán de ti.

Se marchó de allí aliviada, pero no convencida del todo. Confiaba en Samuel, pero a veces resultaba demasiado sobreprotector. No quería permanecer enjaulada en el piso hasta que alguien diera con Miguel. ¿Y si nunca lo conseguían? A su cabeza vino la reacción de su chico ante el "regalo" de Sophie, y la posterior escenita del coche con llamada a Charles incluida. Sabía que hablarle de Miguel desataría los infiernos en su particular paraíso. Samuel era capaz de cancelar su presencia en la fiesta de la campaña, aun enfrentándose a su familia, al negocio y al resto del mundo. No podía permitirlo, quería seguir adelante. Se consoló pensando que el incidente con Miguel había sido algo fortuito, una mala coincidencia. La piel se le erizó solo con recordarlo...

Durante el trayecto de regreso a casa, dentro del taxi primero y caminando un tramo después, incluso en el pasillo enmoquetado que daba acceso al piso, no había dejado de mirar hacia atrás por encima del hombro. Estaba medio paranoica con todo aquel asunto, y aterrada. Si se lo proponía, Miguel no pararía hasta encontrarla. No era como Sophie con sus pataletas y sus culebras, él dejaba marcas en la piel y mucho más adentro.

Sentada en el sofá del salón, hundió la cabeza entre sus piernas intentando pensar qué demonios estaba pasando. Una arcada la dobló por la mitad, se levantó corriendo para ir al baño a vomitar. Se sentía fatal; los nervios se habían aposentado en su estómago y una sensación de vértigo la acompañaba a todas horas.

—Apenas has comido —le dijo Samuel más tarde, durante la cena.

—No soy capaz de que me baje nada.

—Si no puedes con esto, dímelo. No eres profesional, nena, no pasa nada. No quiero que enfermes, y Pauline tampoco. ¿Vale?

A las once y media de la noche esperaban de pie frente a las pantallas gigantes de Times Square. Se iba a pasar el primer anuncio de la nueva campaña de BJ. A partir del día siguiente, la ciudad se sembraría de carteles, vallas publicitarias y portadas de revista. Y después, la fiesta. Ya no había

marcha atrás. Y allí estaban los dos, en el centro, en el ombligo del mundo. Lograron hacerse un hueco en la acera, justo detrás de una pareja de turistas chinos que no dejaban de mirarlos de reojo como si fueran gánsteres o carteristas. Las calles estaban repletas, los transeúntes pasaban con prisa a su lado, nadie les conocía, a nadie importaban. En aquella impunidad, eran los reyes del mundo.

A las doce en punto, con la música de una famosa cantante pop como acompañamiento sonoro, una melodía suave y romántica que hablaba de sueños rotos, la imagen de cuerpo entero de Norah enmudeció por un momento la zona peatonal diseñada por Snøhetta. Observaron atónitos aquellos segundos de perfección, aquella desnudez pulcra y erotizante a la vez: la belleza mulata, inmortal, de Norah Miller. Cuando apareció el siguiente anuncio —una bebida refrescante—, Samuel se levantó y comenzó a aplaudir mirando a la gente que estaba sentada a su lado, a los viandantes que lo ignoraban, a su hermana, a los ejecutivos, a las limpiadoras de BJ; y de repente, dirigiéndose a Norah, a la diosa de sus sueños nunca rotos, suavizó su aplauso, lo empequeñeció, lo silenció solo para ella hasta convertirlo en un aleteo de mariposa.



Una furgoneta se acercó despacio al borde de la acera por donde caminaba, algo errático, un chico joven vestido con un abrigo de cachemir. Se detuvo a su lado justo en el momento en que el chico aminoraba la marcha para cruzar una intersección.

—Sube dijo el conductor.

El joven lo miró sin comprender. Achicó los ojos y lo reconoció. Miró en todas direcciones. Se quedó quieto.

—Pero ¿qué demonios quiere? ¿Que le dé las gracias por la información? —Siguió un largo silencio—. No era gratis, ¿verdad?

—Nada es gratis en esta vida. ¿Quieres llevártela a casa? ¿Que vuelva a España contigo? Yo puedo encargarme de ello... Pero tienes que subir.

Miguel se ajustó el abrigo al cuello, se encogió de hombros y montó en la furgoneta.

Capítulo 22

Love is in the air

Norah pensaba a todas horas en su gran noche, y de tanto pensarlo, de tanto repetírselo una y otra vez, los días acabaron por parecerle un único día, y las noches una única noche; cuando amaneció el 15 de diciembre, sintió que le habían quitado algo. Colgado en una percha, un fabuloso *Valentino* alta costura preparado para que ella lo luciera en la cena de la gala de presentación. Largo hasta los pies, escote de barco, sin mangas: había sido pensado hasta el último detalle. Por supuesto azul, el mismo tono de azul que utilizaba la casa Blue Jewery. Si hubiera imaginado algo así meses atrás, habría buscado a un especialista del cerebro para hacérselo mirar. Era un sueño, su sueño. El estilista que le habían asignado para cuidar su imagen fue tajante: no engordar un solo gramo, no fumar y prestar especial atención a las bebidas que pudiese consumir durante la fiesta. Estropearlo no era una opción. Las amenazas le resultaron fáciles de cumplir, había perdido más de seis kilos en las últimas semanas, no fumaba, y beber no entraba en sus planes inmediatos. Por el contrario, Samuel estaba triste al ver aquellos cambios, al oír sus arcadas en el cuarto de baño.

—Hoy es el último día que juegas así con tu salud. Me tienes preocupado con tanto vómito. Así no, Norah, no puede ser —le dijo esa mañana antes de marcharse al hospital dando un portazo, sin su beso de despedida.

Él siempre se mostró prudente con el asunto; comprendía y hablaba sinceramente sobre ello, pero Norah sabía que por dentro se estaba endureciendo. Débil, ojerosa, los vómitos se sucedían consumiéndola día tras día. Sobresaltada, siempre al acecho de quién podría observarla desde el otro lado de la calle. No se podía quitar a Miguel de la cabeza; el recuerdo de sus ojos, de su sonrisa en aquel encuentro, le provocaban una permanente desazón. Los fantasmas comenzaban a acumularse en su interior: Miguel, Ben, Sophie, incluso Max Moore y sus silencios de hombre muerto. Su única defensa fue volver a morderse las uñas como cuando era niña, como si necesitara un sitio al que regresar. Aquellos pequeños mordiscos le traían a la memoria el enfado de sus padres, sus miradas, sus frases, y entre ellas se resguardaba. Por un momento temió volverse loca.

Se adentró en el vestidor para elegir qué ponerse. Hoy se terminaría todo,

o tal vez no. Se había prometido que a partir de esa noche las cosas volverían a la normalidad; se dejaría mimar y proteger por Samuel, comería como una osa antes del invierno, dejaría de mirar por encima del hombro porque se iba a sincerar con su chico, el único que podría vencer al dragón de las uñas rotas. Su tía tenía razón, el poder servía para eso, el dinero también podía comprar la calma. O tal vez no. Se encogió triste pensando en la despedida de unas horas antes. Por primera vez, Samuel se había marchado con su beso, porque el beso de su boca le pertenecía.

—Lo siento, mi vida —pronunció en voz alta oyendo el eco devuelto por las paredes—. Después de hoy te contaré todo, buscaré un empleo, me mudaré contigo. Mañana, espera a mañana.

Eligió unos vaqueros negros ajustados, ballerinas animal print de rojo cereza, un abrigo azul eléctrico de lana sin cierre. Se vistió y escogió un bolso. Bajó la escalera más animada que cuando la había subido, cogió sus gafas de sol y las llaves sobre la encimera. Antes de salir del piso, envió un mensaje a Kalya.

Hacía muchísimo frío. Subió el cuello del abrigo y se abrazó mientras esperaba a que el portero le parase un taxi. Un autobús cruzó delante de ella con un llamativo cartel en la parte trasera. Era ella. Sonrió recordando que Marcia la había llamado, toda emocionada y orgullosa, después de ver a su *niña* en varias revistas. "Las he comprado todas", le dijo. Aún no estaba acostumbrada a verse como una estrella en todas partes, y menos a que la reconociera la gente. ¿Qué habrían dicho sus padres ante aquella Norah que de pequeña se comía las uñas? Una lágrima rodó por su cara al recordarlos. Los extrañaba.

El taxi la dejó en The Red Doorby Elizabeth Arden Salón and Spa. Necesitaba ponerse en manos de Marcos, entregarse a un buen masaje, relajarse. Ya no le temblaría el pulso por temor a la factura. Esta Norah tenía tarjeta de empresa, una cuenta corriente con números grandes, y se vestía con ropa de marca. Tomó aire y relajó la mente para disfrutar de las horas que tenía por delante. Sonrió a las chicas de recepción, las mismas que, cuando no era nadie ni podía permitirse estar allí, la acogieron con tanto mimo. Durante tres horas, se sometió a tratamientos intensivos y masajes. A mediodía, las chicas ya le habían ofrecido de todo: bebida, fruta, bocadillos, pero apenas probó bocado.

—¡Pero bueno! ¡No lo puedo creer! —exclamó Marcos estrechándola entre sus brazos, latino y escandaloso—. ¡Qué calladito te lo tenías! La noche de

gala, cuando te vi sobre la alfombra roja, salté de alegría. Estabas guapísima y del brazo del doctor Moore, nada menos. Muchacha, eso es apuntar alto.

Norah quiso sonreír, pero de repente le volvieron las arcadas; las aguantó como pudo mientras veía en el espejo la figura escuálida de Marcos moviéndose, hablándole, tocando su pelo. Un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda, se mareaba. Corrió hacia el baño a vomitar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Marcos.

—No lo sé. Llevo unos días que no aguanto nada de lo que como. Supongo que tengo un estrés descomunal. La semana próxima todo habrá terminado.

—Oye, cariño... ¿No estarás... ya sabes... esperando un pequeño heredero?

—¿Qué dices? —exclamó Norah, desconcertada.

Mientras Marcos trabajaba su cabello suavizándole las ondas para hacerle un recogido, ella sacó las cuentas. No recordaba cuándo tuvo su último período. No había reparado antes en ello porque se sentía segura tomando la píldora; daba por hecho que todo andaba bien. Le temblaron las rodillas solo de pensarlo. ¿Y si era cierto?

Terminó su sesión en el Spa cerca de las cuatro. Era temprano para comenzar a vestirse, la fiesta sería a partir de las nueve y no le quedaba mucho por hacer. Caminaba por la acera concentrada en no obsesionarse con las palabras de Marcos cuando, viéndose delante de una farmacia, empujó la puerta y entró. Necesitaba saberlo. Al pedir el test de embarazo, la dependienta la miró por encima de sus gafas contemplando el precioso recogido que en nada cuadraba con su ropa sport. Ya en casa, se encerró en el baño, hizo pis y se sentó a esperar.

Samuel llegó con el tiempo justo para vestirse. Se había entretenido en el hospital. Encontró a Norah de pie frente a las ventanas. El viento se había calmado y la nieve caía con fuerza en grandes copos. Abajo, los paseantes disfrutaban de la primera nevada de la temporada; algunos, incluso, quizá se aventurasen a coger sus patines y acercarse al Rockefeller Center.

—En febrero, cuando regresé de España, también nevaba —dijo, sin volverse. Samuel se acercó a abrazarla.

—Siento haberme marchado esta mañana sin despedirme.—Le dio un beso en la sien—. Estás preciosa.

—Yo siento preocuparte tanto. Después de esta noche, te lo prometo, volveremos a la normalidad.

—Ya lo sé. ¿Te preparo una copa? Yo voy a vestirme.

—No, cariño; tengo el estómago fatal.

—Hoy es tu gran noche, y quiero que la disfrutes. Lo has trabajado mucho, te lo mereces.

—Yo no he hecho nada... solo quedarme quieta mientras me tiraban fotos.—Sonrieron los dos—. Y no es mi noche, Samuel, es nuestra noche. Para lo bueno y para lo malo, ¿verdad?

—Siempre, mi vida.

Samuel fue a cambiarse de ropa. Norah se tocó el vientre de manera instintiva, acariciándolo, mientras los copos, cada vez más grandes y ligeros, caían suavemente hasta posarse en la calle.

Capítulo 23

La cumbre esarlata

Una blanca e interminable limusina Chrysler se movía despacio sorteando el tráfico. En su interior, Norah miraba a través de la ventanilla sin centrarse en nada concreto. Acariciaba su vientre con la mano, una y otra vez. No intercambiaron palabra durante todo el trayecto, cada uno sumido en sus pensamientos. Samuel no podía quitarse de la cabeza la delgadez incipiente de Norah, las ojeras acentuadas de los últimos días, el constante nerviosismo. Maldecía en silencio su apoyo al proyecto; convertirse en cartel, en el centro visual de la campaña... ahora le parecía una locura. Norah dejaba pasar el tiempo mirando los coches, los transeúntes que iban y venían con sus vidas normales a cuestas —sin fotos, sin público—, protegidos del frío con gruesos abrigos y gorritos de lana. Los envidiaba a todos. Deseaba que aquello acabara cuanto antes, y recuperar su vida. Hacer el amor con Samuel, contarle cosas.

El coche llegó a Gotham Hall, en pleno Broadway, con los copos de nieve —más pequeños, más pesados— posándose sobre la acera. La nevada había cuajado y ya blanqueaba las farolas y los capós de los coches. Se miraron y sonrieron un poco tensos. Algunos periodistas disparaban sus flashes iluminando la noche neoyorquina, igual que luces estroboscópicas en una discoteca. La alfombra roja en esta ocasión fue un trámite más, un adorno en comparación con la de aquella noche en el Four Seasons. Samuel ayudó a Norah a bajar de la limusina colocando una mano al final de su espalda y cogiéndola del brazo para que no cayese; aquellos zapatos a juego, que la hacían varios centímetros más alta, eran un peligro. Le guiñó un ojo; era su noche. Norah se irguió al poner un pie en el suelo; sintió los diminutos copos sobre el pelo, sobre la punta de su nariz; contuvo la respiración y echó a andar hacia las puertas abiertas del salón. Se sentía mal, un poco desorientada, pero no podía negar que estaba guapísima. Solo por unas horas, iba a ser la reina, el centro de todas las miradas —respetuosas, envidiosas, lascivas, de admiración...—. Al día siguiente bajaría del trono tal vez para siempre, y todo volvería a su ser. Regresaría a sus mañanas de pasión, a la penumbra de sus noches vestida con la camiseta de él, a las humildes sorpresas de la vida. Solo tenía que poner la mente en blanco y reinar por una

noche. Una noche de vanidad, tampoco había que esforzarse demasiado. Se sujetó a Samuel y respiró hondo.

El interior del antiguo banco transformaba su apariencia, igual que una iguana, según la celebración que acogiera. Una boda, una cena de negocios, la puesta de largo de la hija de algún famoso... el ambiente cambiaba desde el clasicismo más convencional hasta la presentación más rompedora. En aquella ocasión, la decoración estuvo cuidadosamente pensada para BJ y su gran fiesta. El Gotham Hall tiene un salón principal en forma circular cuyas paredes se elevan más de veinte metros sobre el suelo. En la parte más alta y central se abre una preciosa claraboya de cristal, y a su través puede verse el cielo de New York. Para aquel evento, las mesas estaban agrupadas debajo de la claraboya. Las paredes proyectaban luces azules que hacían sombras imposibles y ofrecían un ambiente íntimo y sofisticado. Un amplio pasillo había sido despejado para que las personas pudieran moverse con facilidad sin entorpecer la distribución de las mesas. Habían dispuesto un atril sobre una pequeña tarima, y detrás de él pantallas gigantes para proyectar imágenes de la marca corporativa.

Cuando Samuel y Norah entraron en el salón cogidos de la mano, los presentes aplaudieron. Todos sabían que aquella voluptuosa mujer vestida de azul por *Valentino* era la novia de uno de los hijos Moore, la nueva imagen que los acompañaría los próximos meses y que haría crecer sus ingresos de manera sustanciosa. Ya lo estaba haciendo. En mayor o menor medida, todos los que estaban allí formaban parte de las Joyerías BJ, socios y accionistas, ejecutivos, medios colaboradores, o simplemente clientes VIP sobre cuyas cuentas corrientes —saneadas, infinitas—descansaba la firma desde hacía muchos años. Por un momento, Norah se sintió atrapada entre rostros y voces desconocidas, olores mezclados de after shave y lavanda, aplausos, música, el palpito de los flashes. Se giró hacia Samuel y le sostuvo la mirada estableciendo un punto de referencia desde el que comprender todo sin marearse. Hubiera agradecido una copa, necesitaba relajarse. Georgina se acercó y la saludó con dos besos en las mejillas. Estaba exultante, su sonrisa lucía perfecta igual que su Lagerfeld negro con incrustaciones en la espalda. Max, Ben y Pauline se sumaron al recibimiento, y varios flashes se dispararon al unísono. De ahí saldría la foto oficial, la que millones de personas en el mundo verían y destriparían en los días siguientes. Todos lucían perfectos con sus trajes a medida y sus vestidos de alta costura.

—Tenemos que vender triunfo, nena —susurró Samuel al oído de Norah—.

Somos como maniqués de atrezzo en un teatro.

—Como maniqués, sí.

Según iban entrando, los invitados se dispersaban por el salón admirando la ambientación de la sala y la claraboya, hablaban unos con otros con una copa en la mano. Dos figuras se acercaron a Norah por la espalda; ella dio un respingo, luego sonrió.

—¡Tía! —Marcia lucía un vestido largo de color rosa cálido con detalles dorados. No podía apartar de ella la mirada—. ¡Oh, Dios! ¡Estás preciosa!

Sintió cómo las lágrimas se asomaban a sus largas pestañas cuidadosamente arregladas para la ocasión. Se giró hacia Samuel y besó suavemente la comisura de sus labios.

—Gracias, cariño. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

Una vocecita familiar se abrió paso entre ambos, su propietaria agarraba a Norah por la cintura.

—¡Kalya! ¿Tú también aquí?

—Ya ves, es lo que tiene ser la chica favorita de tu novio.

—No sé si besarte o darte una torta.

—Creo que un beso sería más justo —dijo mientras propinaba un codazo a Samuel—. Este babea por tu trasero, estate tranquila. Tendría que hipnotizarlo para que me hiciera caso.

—Te mereces lo mejor, nena —dijo Samuel cogiendo a Norah por las caderas—. No podía permitir que estuvieras rodeada de todo el mundo excepto de los que más te quieren.

—Pero pensé que...

—Mi vida, además de maniqués, somos los dueños de este teatro. Podemos invitar a quien nos dé la gana.

Justo en ese momento, los asistentes se volvieron hacia el atril al que ya había subido Max Moore. Las pantallas proyectaban imágenes de las tiendas BJ, de sus trabajadores, del alcalde y del gobernador de Nueva York visitando sus oficinas, de algunas clientes VIP exhibiendo piezas maravillosas —cantantes, actrices, o simplemente millonarias—, para terminar con una fotografía familiar de los Moore en su casa de verano en los Hamptons. Y fundido a negro. Max levantó su copa y dio las gracias a los asistentes por los muchos años de confianza, por permitirles seguir dando forma a aquel sueño llamado BJ. Georgina lo flanqueaba: mujer sofisticada, empresaria en la sombra, matriarca del clan Moore. Una muchacha de la organización rogó a Norah que subiera ella también con Max y Georgina;

Samuel tuvo que empujarla para separarla de él, Kalya le dio una palmadita en el culo que nadie advirtió. Un poco desconcertada, como si acabara de arrear un par de *Cosmopolitan* — ella lo hubiera preferido—, se acercó al estrado.

Max habló entonces como anfitrión. Un discurso repartido en tarjetas, una oratoria impoluta que demostraba experiencia y sangre fría. Habló del cierre del ejercicio, de los importantes beneficios que habían obtenido, y dio las gracias nuevamente a los presentes, pues sin su trabajo nada de aquello hubiera sido posible. Él y Georgina se acercaron y entrelazaron sus manos con las de Norah en señal de triunfo. De esta manera quedó inaugurada la campaña de Navidad, última del año y la más importante para la firma. El anuncio televisivo que habían visto todos en días anteriores comenzó a pasar detrás de ellos. Norah temblaba, apenas era capaz de sonreír. Muchos ojos la observaban, juzgaban su rostro, sus formas, el recogido de su pelo. Sintió que todos la suspendían con la calificación más baja. Al terminar el vídeo, volvieron a sonar aplausos y los invitados comenzaron a tomar asiento en sus sillas.

La decoración fue cuidada al máximo. Pequeños árboles sin hojas, iluminados con guirnaldas, subían desde el suelo, entre los comensales, sin interferir en las conversaciones. Coquetas cestas de papel con panecillos de semillas de sésamo flanqueaban la cubertería dorada dispuesta para la ocasión. La familia Moore se separó para agasajar a los invitados. Samuel se sentó junto a Norah, Marcia, Kalya, Charles y los dueños de Chevrolet, una pareja con mucho más brío del que se hubiera esperado por su edad.

Norah respiraba al fin; la parte más complicada de la noche había pasado —su presentación "en sociedad"—y ella seguía en pie, casi sin nervios. Incluso el color parecía volver a sus mejillas, y el apetito a su estómago. Se tocó el vientre y cerró los ojos para concentrarse. Su tía le dio un beso y le repitió por enésima vez lo guapa que estaba aquella noche. Dos asientos más allá, una Kalya animadísima conversaba con Charles.

—¿Cuánto crees que aguantará Charles? —preguntó a Samuel al oído—. Esta chica rubia no tiene pelos en la lengua.

—Dales tiempo —respondió él guiñándole un ojo—. Junta un vino viejo y unas burbujas y a veces tendrás champán. Hasta Charles Didier puede sufrir una segunda fermentación.

El primer plato fue un ligero foie flambeado con vodka. Varios camareros arrastraron sus carritos de servicio cerca de las mesas y ofrecieron un

espectáculo de fuego y luces que suscitó aplausos discretos entre los comensales. Una vez consumido el alcohol, procedieron a cortar el foie y servirlo directamente en los platos reservados, cada uno con su lecho de espinacas y piñones. El segundo plato consistió en mejillones marinados con azafrán. Kalya se peleaba con los cubiertos para extraer los moluscos de su reluciente valva de la manera más digna posible. A Norah se le escapó una carcajada que sofocó con la mano.

—¿Qué es tan gracioso, señorita Miller? —preguntó Samuel cogiendo su mano.

—¡Oh, por Dios! ¿Has visto a Kalya?

Ambos volvieron a mirar a la chica, que entonces prestaba toda su atención a un muy concentrado Charles, el cual le demostraba cómo comer marisco de manera impecable. Norah se moría de risa. Resultaba hilarante ver al señor Didier, con su elegante esmoquin negro, impartiendo lecciones de buenas maneras en la mesa a una muchacha que podría ser su hija.

—Nena, es la primera vez en semanas que te veo reír así. Y me gusta lo que veo.

—Esta noche es diferente... Es especial porque están con nosotros todos los que nos quieren.

—Y estás preciosa, también puede ser eso.

—Gracias, mi vida. Gracias por tu paciencia, por no separarte un momento de mí, por traer a mi tía y a Kalya...

—Basta, por favor. Ahora me parece que el vino viejo soy yo, y tú las burbujas.—Rieron los dos. Samuel le cogió la mano y besó sus nudillos—. He pensado que quizá sea esta una buena oportunidad, cuando termine la cena, para presentar a Marcia a mis padres. ¿Te parece?

—Si me lo pides así, con esa boquita de bizcocho... —respondió Norah, divertida.

Samuel no podía dejar de mirar a su chica. Desde que la vio en casa delante de las ventanas, no había parado de repetirse que era un cabrón con mucha suerte por tener a su lado a una mujer así. El *Valentino* se ajustaba de manera elegante sobre sus caderas; arriba, se abría en un escote perfecto. Norah lo encendía; su olor, su boca retocada con un ligero color frambuesa, sus largas pestañas. Todo en ella era pecado, y dejarse arrastrar a las profundidades del infierno era su nueva vida, la ilusión recobrada después de la ruptura con Sophie. Su mano recorrió el muslo de Norah, presionándolo; la fricción de la tela sedosa con los dedos de él arrancó un gemido que ella

ahogó como pudo.

Norah sabía que Samuel llevaba razón: aquella era su primera noche en mucho tiempo. Desde que se había subido a la limusina, no volvió a mirar con miedo a su alrededor. Tenía ganas de reírse, y hambre. Incluso Ben estaba pasando desapercibido, no la ignoraba a conciencia, no la molestaba. En un sentido, claro, también era su noche.

—Tengo ganas de besarte —susurró a Samuel sin atreverse a mirar sus ojos.

—¡Dios! No me digas eso, nena... —Depositó un beso discreto en sus labios, se revolvió en el asiento. Norah se aventuró con la mano entre sus piernas, subió hasta el cierre de su bragueta, bajo la que todo empezaba a cobrar vida. Samuel atrapó su mano y, sonriendo de manera maliciosa, besó sus dedos—. ¿Sabes que si sigues por ahí no llegaremos a los postres?

—¿Y qué si no llegamos a los postres? —preguntó ella—. Quiero que esta noche me hagas cosas... todo lo que se te ocurra. Llevo un conjunto de ropa interior que pide a gritos que lo arranques.

—No voy a poder levantarme hasta dentro de media hora como poco.—La miró de soslayo, ruborizado. Con Norah, por primera vez en su vida, su límite para tolerar juegos amorosos estaba próximo al cero absoluto. Una caricia o un roce —intencionado o no—por parte de ella sacaban su lado más animal, ese lado que siempre consideró que, cuando vino al mundo, alguien había olvidado meter en su cerebro.

—¿Quieres que estrenemos el baño de señoras? —preguntó Norah en un arrebato mientras se mordía el labio inferior. Samuel estaba duro, lo sabía sin tener que tocarlo; el rubor le subía por la espina dorsal enrojeciendo la parte posterior de su cuello, y las orejas.

El tercer plato, que llegaba en ese momento, no fue suficiente para bajar la temperatura entre ellos. Un carpaccio de lubina salvaje sobre una fina salsa de cítricos ponía el punto final de los platos salados. Luego, media hora más tarde, todos se deleitaron con una mousse de tres chocolates con crocante de caramelo que se deshacía en el paladar. Ellos siguieron con lo suyo, no los aplacó la salsa ácida, no los enfrió la mousse más de lo que un cubito de hielo enfriaba una bañera. Intercambiaban miradas, palabras obscenas, caricias por debajo del mantel. Al final, cuando retiraron los platos y los cubiertos, cuando los camareros volvieron a pasar con espumosos Lanson con olor a pera y miel, ellos no se habían separado un milímetro igual que adolescentes encelados a punto de ebullición. Marcia los miraba de reojo y sonreía, y recordaba... Decidió dejarlos a su suerte —con su suerte—y se limitó a ocupar

un segundo plano conversando con Kalya y otros comensales. Todos alababan a Norah, su estilo, su cuerpo, su piel maravillosa. Antes de levantarse de la mesa volvió a mirar a los tortolitos. Había rezado a todos los santos y vírgenes conocidos para que Norah alcanzase la paz y el olvido que necesitaba; viéndola allí, revuelta con aquel hombre perfecto que era Samuel Moore, supo que sus rezos habían sido escuchados.

Samuel y Norah se pusieron en pie con los comensales más rezagados. El volumen en la gran sala había subido los decibelios precisos para atajar las últimas conversaciones en voz baja. Los invitados se situaban en los pasillos para moverse con libertad al ritmo de la música. Comenzó a sonar One Republic con una canción que Norah adoraba desde la primera vez: Apologize. Al escucharla, le venían recuerdos de aquellas disculpas que nunca recibió porque no había nadie que pudiera dárselas. La llamaba la canción del perdón, de su propio perdón. Samuel la cogió de la cintura y comenzaron a moverse despacio, muy cerca el uno del otro. Ella pasó la palma de la mano por su cara, por su boca, y él la besó con devoción.

—Me gustas, Samuel Moore.

—Me gustas, Norah Miller.

Samuel se detuvo para besarla; un beso profundo en distintas fases, con distintos niveles igual que el deseo. Entrelazaron sus manos y comenzaron a caminar entre la multitud, todo les resultaba indiferente excepto ellos mismos. Sortearon a amigos, a conocidos, a desconocidos, sin mirar a nadie. Buscaban atajos, necesitaban puertas secretas, una ventana abierta al paraíso.

—Doctor, creo que esto no es correcto.

—Lo que no va a ser correcto es todo lo que pienso hacerte en cuanto estemos lejos de las cámaras de seguridad.

—Mmmm, eso me pone muchísimo.

Se besaron con fuerza al doblar la primera esquina que los ocultó de miradas indiscretas. Las luces se habían amortiguado, los tonos azules oscurecieron las paredes facilitando la intimidad a las parejas que bailaban. Norah se agarró al cuello de Samuel como a un salvavidas, chocaron sus dientes, mordieron sus labios y se besaron como si el mundo fuera demasiado pequeño para ellos. Norah descubrió un pasillo con muchas puertas. Trató de abrir algunas, pero estaban cerradas. Samuel apretaba las nalgas de ella contra su cuerpo. En el último intento cedió uno de los pomos y entraron en un office de mantelería. Los estantes perfectamente organizados por colores se removieron ante el golpe de la espalda de Norah, que alzó el *Valentino*

hasta lo más indecente que permitieron sus brazos. Samuel la subió sobre sus caderas. Jadeaban, sus cuerpos encajaron a la perfección. Gemían, sus besos se sucedieron interminablemente. El maquillaje de Norah se difuminó piel contra piel, su recogido perfecto comenzó a soltarse, y algunos mechones se pegaron a su cara.

—¡Joder! —gritó Samuel cuando metió la mano hasta tocar el borde de sus bragas. Estaba tan húmeda que sus dedos, en el roce, quedaron empapados. Apartó la ropa interior para abrirla y meterse en ella—. Mi vida, no puedo. En cuanto te roce me voy a correr.

Norah no podía hablar. Aquellos dedos que entraban y salían de su cuerpo a un ritmo frenético la llevaban al borde del orgasmo. Tenía los ojos pesados, sus pezones se endurecían dentro del sujetador regalándole un tacto delicioso. Samuel se enterró en su cuello, olió y lamió su extensión de piel mientras la escuchaba gemir en voz alta. Sacó los dedos del interior de Norah y los lamió en un gesto lascivo y tortuoso. En un segundo, de una sola embestida, la penetró. Solo ellos: el olor, el sabor de ellos a solas. Samuel mordía su hombro. Las embestidas se sucedieron, los dientes y el hombro no podían separarse. Norah inclinó la cabeza hacia atrás, se tapó la boca con la mano para no gritar. El placer la arrastraba y no quería contenerlo, cerró los ojos y abrió los ojos al fin. Samuel la siguió entre gruñidos, sin dejar de embestirla, comió su boca y de su boca, abrió los ojos, cerró los ojos al fin.

Tardaron unos minutos en controlar la respiración. Un bulto de manteles cayó desde una estantería provocándoles un susto de muerte, al que siguieron carcajadas.

—Estamos locos —dijo Norah negando con la cabeza, se bajó del regazo de Samuel. Le temblaban las piernas y la humedad del orgasmo se deslizaba entre sus muslos.

—¿Ahora piensas en eso? —preguntó él, entre risas—. Llevas toda la noche provocándome y ahora dices que estamos locos... —Tomó su barbilla, besó su nariz—. Tú sí que me vuelves loco, nena.

Norah se limpió con pañuelos que le daba Samuel, se quitó las braguitas de encaje azul y negro y las guardó en el bolsillo de su pantalón.

—¿De verdad vas a ir por ahí sin bragas? —Norah asintió—. ¿Crees que llegaremos esta noche a casa?

—Yo te facilito el camino, decide tú.

Volvieron al salón que entonces era de baile, el ambiente se había hecho más íntimo. Norah se retocaba el cabello tratando de adivinar cuánto del

trabajo de Marcos quedaba en pie. Pero se habían acabado las fotos, tal vez para siempre, y ella se sentía feliz. Solo deseaba regresar a casa, enroscarse al cuerpo de Samuel, sentirlo sin testigos, sin ruidos, sin prisas ni bultos de manteles cayendo a su lado. Se unieron a Marcia, Kalya y Charles, que parecían pasarlo muy bien. Pauline, desde lejos, hizo un gesto a Samuel para que se acercara. Las primeras notas de “Misery”, de Gwen Stefani, comenzaron a sonar al tiempo que unas manos firmes, varoniles, se ajustaban a la cintura de Norah. Cuando se giró, se encontró con la mirada penetrante de Ben. Sus ojos la devoraban. Quiso liberarse, recuperar su espacio, pero él apretó aún más.

—Cuñada... ¿te parece si bailamos un poco? —Norah no comprendía el comportamiento de Ben. Si era odio, ¿por qué parecía desearla? Y si se trataba de deseo, ¿cómo explicar su odio?

No tuvo otro remedio que aceptar. No quería montar una escena, convertir la gran noche de los Moore en un desastre bajo las luces estroboscópicas de los flashes. Buscó con la mirada a Marcia, a Kalya, pero nadie parecía haberse dado cuenta de la situación. Al fin y al cabo, para casi todos solo era el hermano de su chico sacándola a bailar. La música seguía sonando, Ben bajó su mano hasta el final de la espalda de Norah, ajustándola a su cuerpo. Ella ladeó la cabeza. ¿Dónde estaba Samuel? Sintió que el aire le faltaba, que los *Cosmopolitan* volvían a llenar sus venas como la primera vez, cuando la llamaron a reunirse en el atril con Max y Georgina. Mientras bailaba, vio a Samuel conversar con su hermana y dos hombres impecablemente vestidos. Todo pasaba rápido a su alrededor, hasta su propia angustia. ¿Estaría borracha de verdad? Y aquella maldita canción que no terminaba nunca.

—Hueles muy bien —le susurró Ben al oído.

—Sí, gracias... —dijo Norah, confusa.

—Bueno, cuéntame, ¿qué planes de futuro tenéis? Creo que ya estáis viviendo juntos, ¿es cierto? Mi hermano se ve feliz.—Hizo un gesto hacia donde estaba Samuel.

—Ben... no sé qué pretendes...

—Calla, nena, tu boca es demasiado importante para gastarla con palabras. No te confundas: mi hermano está feliz... pero es que a él siempre le gustaron las putitas como tú.

Norah intentó zafarse, él hizo presión sobre su cuerpo para evitarlo. Se quedó clavada en el suelo sintiendo que la tripa empezaba a darle vueltas; su cerebro daba tantas vueltas que parecía que los brazos de Ben pertenecían a

un hombre distinto, a diez mil kilómetros de distancia, o que eran brazos blancos y delicados como los de una mujer. Se sentía pequeña, indefensa, culpable y sucia por no llevar bragas. Trató de respirar mientras observaba la claraboya sobre su cabeza; la nieve se había acumulado y una capa blanca ocultaba el cielo. De repente, la música cesó y comenzó a escucharse un murmullo de fondo.

—Aún no, nena, todavía no te puedes ir —exclamó Ben, agarrando a Norah—. Ya tendrás tiempo para hacer tu puesta en escena. No te preocupes: no llegarás tarde.

Norah no entendía nada, solo deseaba girarse, saber de dónde venía el murmullo, y por qué. Las voces de los invitados se unían en un sonoro OHHHH de decepción, de fastidio, de vergüenza. Solo entonces, Ben la permitió girarse.

Capítulo 24

5 veces 24

Llevo aquí veinticuatro días, y me parece una eternidad. Tengo ganas de desaparecer, escapar de todo esto; ser como un fantasma y atravesar muros, bosques, mi propia identidad. El mar me trae una paz tentadora que ayuda a apaciguar esta angustia. Mi tía vigila de cerca y no me deja sola mucho tiempo, no sé si tiene miedo de que me esfume como el vaho que se acumula en los cristales. Me arropa por las noches, deja abierta la puerta de mi habitación: igual que a una niña que le da miedo la oscuridad. Supongo que también me acompaña porque teme que tropiece y me caiga en algún momento. Aún no he llorado, pero tampoco me apetece hacerlo. Marcia me pide que saque esa pena que llevo dentro, pero no me quedan lágrimas. No me sale llorar, tía. Creo que todas las lágrimas se me terminaron para siempre.

Durante el día suelo acurrucarme en el columpio familiar que hay en el porche trasero. Acaricio los cojines, cierro los ojos y me balanceo pensando en los muchos recuerdos que tengo de aquel fin de semana que pasamos aquí. Resulta difícil saber si lo que vivimos entonces es un espejismo de mi memoria o si el espejismo lo vivo ahora. Mi tía cree que voy a morir de hambre. Se pasa el día cocinando mis platos preferidos, insiste en que los pruebe, pero no, no puedo, no me baja nada. El mar está gris, casi metálico. A veces, el oleaje es tan fuerte que el aire en el porche y dentro de la casa se carga de sal, de frío, de una humedad que pega la ropa al cuerpo y empapa el corazón. Cuando eso sucede, no me permiten quedarme fuera mucho tiempo, entonces me acurruco en el dormitorio que compartimos aquellas noches. Quiero pensar que las sábanas aún huelen a él, aunque eso es imposible.

Hace veinticuatro días que no veo a Samuel, veinticuatro días con sus noches que no sé nada de él, que no escucho su voz. El 15 de diciembre mi mundo se vino abajo de tal manera que aún me cuesta creer que no me aplastara. Como si estuviera construido con palillos y papel, con remolinos de aire, con mentiras. Primero Ben, haciéndome sentir una imbécil porque por un momento creí que podía cambiar; aunque en cada mirada y con cada aliento demostraba lo contrario, yo no parecía advertirlo. A Ben no le

importa nada que no sea él mismo; a veces dudo que quiera a su hermano. Se limitó a jugar conmigo mientras yo buscaba en vano la mirada de Samuel. Me tuvo aprisionada el tiempo preciso para realizar sus planes. Después de eso, solo el caos.

*Las gigantescas pantallas que debían transmitir lo último de **BJ** —sus nuevos diseños, su nueva carita de ángel—, proyectaban unas imágenes bien distintas: mi pasado reciente, mi reciente calvario al lado de Miguel. Mi rostro expresaba felicidad, la pasión de quien ama y se siente amada. No puedo negarlo: entonces me sentía muy feliz. Pero en aquel contexto, bajo el tragaluz de mil colores del Gotham Hall, solo eran fotos de una pareja desnuda entre las sábanas de una cama. Solo había felicidad en un resto de mi memoria; para los demás, aquello resultaba una muestra descarada de sordidez. Eran fotos de un tiempo que yo había sepultado en lo más profundo de mi mente, porque para mí todo lo que se relacionaba con Miguel estaba teñido de dolor. Mi aspecto físico de entonces era muy parecido al de ahora, pero por dentro —así me sentía, así me siento todavía hoy—somos mujeres opuestas. ¿Alguien repara en eso? ¿Alguien deja de juzgar y de condenar por esas sutilezas? Las imágenes siguieron sucediéndose hasta mostrar aquella tarde en que lo encontré a unas manzanas de casa. Miguel me sostenía por los brazos y yo parecía no impedirselo. ¿Quién demonios había tomado aquellas fotos? Me giré desesperada buscando a Samuel para que me ayudase, pero él permanecía inmóvil viendo mi cara de felicidad en otra cama que no era la nuestra, en otros brazos que no eran los suyos. Eso debió de ser para él lo más duro de todo: mi cara de felicidad. Durante cinco minutos, las fotografías se sucedieron en un bucle infinito.*

De pronto, Miguel, Miguel en carne y hueso, irrumpió por detrás del atril vestido de traje y con un micrófono en la mano. Me quise morir. ¿Qué hacía allí? ¿Quién le abrió la puerta? Me tapé la cara con las manos y comencé a llorar. A veces, la vida parece que no soporta verte feliz y mete su dedo en alguna herida —todos las tenemos—para que te sientas un poquito desdichada. De improviso, me giré y sorprendí la pose de triunfo de Ben, ese era el espectáculo al que yo no llegaría tarde.

—Norah, mi vida, he venido a por ti.—Se arrancó Miguel con el micrófono. Su mirada era la de un demente; inquieto, se movía de un lado a otro mientras hablaba. Señaló las pantallas—. ¿Ves todo esto? Lo he preparado para ti, para que sepas cuánto te quiero. ¡Norah! ¡Norah Miller! Vuelve a casa conmigo. Ninguno de estos podrá quererte como yo te quiero.

¿Es por el dinero? ¿Es eso?

Siguió hablando, cada palabra que salía de su boca empeoraba la situación. Ya había arruinado mi vida, no necesitaba añadidos. Sin embargo, le escuché gritar mi nombre con desesperación. Aparté mis lágrimas y lo observé. Los guardias de seguridad lo llevaban a rastras por un pasillo abierto entre la multitud. Mientras lo sacaban de allí, aún gritaba mi nombre. Todos me miraban y lo miraban a él, hablaban en susurros. Mientras cruzaba la puerta principal, seguía llamándome como un loco. Y a mí me ahogaba la vergüenza. Comencé a moverme hacia Samuel, convertido en estatua de hielo. No había movido un músculo desde el principio. Pauline reposaba una de sus manos en su hombro como infundiéndole ánimos o sosteniéndole...no lo sé, puede que las dos cosas a la vez. Todo se había estropeado y la única culpable era yo. Había permitido que mi pasado se colara por las rendijas, y luego a borbotones. Había arruinado la fiesta que tanto costó preparar; había dejado en ridículo a Samuel y a su familia delante de los inversores, los socios, su propia gente. Cada paso que daba en dirección a él era una brecha que se abría entre nosotros. Cuando me vio, comenzó a negar con la cabeza. Yo quería contarle la verdad, echarme en sus brazos y decirle mi vida, escúchame. Samuel solo negaba. Traté de llegar a él, pero Charles se interpuso en mi camino. El señor Didier me cogió del brazo y me sacó de allí. No fui capaz de resistirme porque me sabía perdedora. Samuel acababa de darme la espalda, y yo sabía que cuando él enterraba algo lo hacía con tenacidad. Mi tía y Kalya nos acompañaron a la salida. Volví la cabeza en varias ocasiones, Samuel no me miraba. Dirigía la mirada hacia donde yo estaba, pero no me veía en realidad. Un murmullo general se había adueñado de la gran sala del Gotham Hall.

Afuera, la nevada arreciaba de nuevo. Yo iba sin el abrigo de visón que había estrenado aquella noche, y el aire me cortaba la piel. Mi tía me había dicho que nunca vio moverse a nadie tan rápido como a Charles. Apareció con un coche y nos metió a las tres en él. Intenté llorar durante el trayecto, pero ya lo había perdido todo, hasta las lágrimas. En mi cabeza se dibujaba la cara de decepción de Samuel. Solo cuando llegamos aquí fui consciente de que habíamos viajado en dirección contraria al piso de mi tía. Al bajar del coche, distinguí la casa de los Hamptons.

Charles se entretuvo hablando con mi tía, yo me senté en el suelo del

porche recordando aquel fin de semana que estuvimos aquí. El sonido del mar, la encimera de la cocina, aquel tren de seis vagones, Cooper's Beach... Quise levantarme para ir al columpio detrás de la casa, pero no podía moverme. Charles se puso de cuclillas frente a mí y me rogó en voz baja: "Paciencia, Norah, aguanta que todo puede salvarse aún". Yo asentía como un autómata. En ese momento, Samuel estaba enterrando nuestra relación en algún lugar de su cerebro. Quizá Charles no lo sabía, o aparentaba no saberlo, pero yo sí. Kalya intentó quedarse con nosotras, yo le pedí que se fuera. Una vida en una noche ya era pérdida suficiente, ella tenía su trabajo, su propia vida; a mí lo único que me apetecía era tumbarme en la cama y que el tiempo pasara. Me levanté del suelo para darle un beso y casi tuve que empujarla para que se marchara con Charles. Observé las luces rojas del coche hasta que se perdieron en la oscuridad.

Desde entonces, espero. Han pasado veinticuatro días y no hay señales de cambio. Charles regresó al día siguiente con un coche extra conducido por uno de los chicos de seguridad de la familia Moore; dentro, un par de maletas que Kalya había llenado con todo lo que se le pasó por la cabeza en nuestro piso de Alphabet City, incluidas un par de bolsas para hacer palomitas y un bikini para mí. Por lo menos aquello me hizo sonreír, lo necesitaba. Charles me dio las llaves del coche y un par de tarjetas de crédito. Yo le pregunté por Miguel.

—No te preocupes, los chicos se encargaron de subirlo a un avión privado. No te molestará más.

—Charles...gracias...yo...no pasó nada, Charles, esas fotos...

—Ya lo sé, no tienes que disculparte conmigo.

—Con él sí, ¿verdad?

—Samuel acabará entendiéndolo, dale tiempo.

—¿Y si no lo hace?

Los primeros días fueron los más duros. No me despegué del teléfono con la esperanza de que llamase. Tardé casi una semana en darme cuenta de que eso no sucedería. Me sentaba en el porche delante de la casa y miraba el camino de piedras blancas, todas las mañanas. Marqué su teléfono varias veces, pero no había nadie al otro lado. Cuando pasaron dos semanas, dejé de mirar el camino y empecé a aborrecerlo. ¿Por qué no defendía lo nuestro? ¿Por qué me tachaba así, por qué me enterraba sin escucharme? Me trasladé con mi angustia al columpio del porche.

Marcia acabó convenciéndome de que tenía que verme un médico. Si

estaba embarazada, era absurdo no hacerlo. Pensé en Sophie y su intento de poner el apellido Moore a su hijo. No dejaba de ser una tontería de las suyas —Matt no era hijo de Samuel—, pero por un momento la comprendí. Yo nunca tuve estómago para mendigar nada, aunque me perteneciera. Si Samuel callaba, si le cegaba el rencor, no sería yo quien fuera a llamar a su puerta. Charles se quedó de una pieza cuando le di la noticia. Hizo un par de llamadas y me concertó una cita con una ginecóloga de confianza.

—Ni una palabra de esto a Samuel, por favor —le rogué—. ¿Cómo está él?

—Por si te consuela saberlo, Samuel lo está pasando muy mal. ¿De verdad no quieres contarle? Esto... esto lo cambia todo.

—No cambia nada, Charles. Y si lo cambiara, a mí no me valdría.

La doctora Lee me recibió en un moderno bloque de pisos a una hora de la playa. Era una americana de ascendencia asiática, menuda, delgada, pero con un aire de autoridad que hacía sentir pequeña a cualquier persona por encima de sus 1,60. Me senté con Marcia en unos cómodos butacones, y la doctora me sometió a un interrogatorio exhaustivo. Contesté a todas sus preguntas sin mirarle a la cara, me sentía fatal, en un sitio donde no quería estar. Por fin, me pidió que entrara a una habitación contigua para desnudarme. Creo que me eché a reír detrás de aquel biombo casi de juguete, me quité los vaqueros y me cubrí con una sábana desechable que me facilitó la doctora. Me acomodé en una camilla con el pulso acelerado, me temblaban las piernas. Ella deslizó el frío gel por mi barriga y colocó el transductor justo debajo de mi ombligo. Marcia y yo, cogidas de la mano, pudimos escuchar por primera vez el latido de su corazón. Nos emocionamos, pero yo no lloré. No podía dejar de pensar en Samuel, en lo mucho que le aborrecía. Era una sensación agridulce. Las imágenes confirmaron un embarazo de casi diez semanas, y todo parecía estar bien.

Yo había perdido mucho peso, se me notaba en las clavículas marcadas, en las piernas, en los pechos. La doctora llegó a enfadarse por mi actitud, incluso me preguntó si quería seguir adelante con el embarazo. Por toda respuesta, me levanté del butacón e hice ademán de marcharme. No soportaba más reprimendas, ya nadie tendría nunca más derecho a juzgarme. La doctora miró a mi tía y se levantó para detenerme; me acompañó de nuevo al asiento y, cogiendo mis manos con delicadeza, me pidió disculpas. No me sentía angustiada por la posibilidad de ser madre; de hecho, pensándolo ahora, creo que eso fue lo que me salvó. Todos los sentidos se habían esfumado para mí. Mis vivencias con Miguel se unían con

aquella noche en el Gotham Hall, sin nada en medio. De un abismo a otro sin más puente que mi angustia, ¡cómo no iba a desear la vida que llevaba dentro! Intenté explicárselo, decirle que aquel embarazo me aliviaba el alma, pero ella no me entendió. Mis ojeras o mi delgadez resultaban más significativas que mis palabras. Me dio un bote con vitaminas y varios folios con indicaciones. Que me cuidase —dijo, ya sin dulzura—o el bebé podría sufrir las consecuencias. Solo cuando salí de la consulta, al lado de mi tía Marcia, comprendí que la doctora Lee tenía razón en todo cuanto me había dicho, pero que no comprendía absolutamente nada.

Estas han sido las navidades más tristes de mi vida. Mi tía y yo no tuvimos fuerzas para preparar la cena navideña, tampoco nos hicimos regalos ni colocamos el árbol. No era nuestra casa, no era nuestro mundo. Llegó el Año Nuevo, y pasó. Llegó el día de Reyes, una tradición que habíamos traído de España y que mis padres nunca abandonaron, y también pasó. ¿Qué pensarían de mí ahora? ¿Se enfadarían, me reprocharían algo?

Kalya llama a diario, y sus días libres los pasa en la casita de los Hamptons. Me divierte verla llegar por el camino de piedras blancas con su aire de diva torturada, sus bromas... su forma de llenar las maletas. A su lado vuelvo a sonreír. La rubia hace muchos kilómetros para ponernos al día sobre su trabajo en la cafetería, sus rollos de una noche, las barbaridades que escucha — y dice—de vez en cuando. No sabe nada de Samuel, no lo ha visto; tampoco lo ha castrado en plena calle, como había amenazado. Marcia a veces discute con ella por cualquier tontería, pero creo que lo hace por no discutir conmigo. Necesita sacar lo que calla, desviarlo para evitarme más dolor. Saldremos de esta —me dice—, no te preocupes. Yo ya no me preocupo.

Charles Didier ha resultado ser un buen aliado. Alguien del que no esperaba nada, y aquí lo tengo pendiente de todo. Va y viene, me trae cosas, me ahorra disgustos. No dice una palabra sobre Samuel, quizá porque no sepa ni una palabra. Por las noches, cuando la casa está en silencio, acaricio mi vientre aún plano y dibujo imágenes del futuro: el niño, Marcia, un nuevo trabajo... No sé qué ocurrirá mañana, solo tengo la certeza de que hace veinticuatro días estoy aquí, que le odio, que le echo de menos.

Capítulo 25

Desacuerdos

Aquel 25 de diciembre no fue un día más en casa de la familia Moore. Samuel no aparecía, Pauline y Ben se habían pasado la cena de Nochebuena enzarzados en una interminable discusión. Georgina y Max no sabían si enfadarse o sonreír; al fin y al cabo, las navidades que preferían recordar, cuando los niños eran pequeños, siempre estuvieron llenas de risas y discusiones, de celos, de rencillas infantiles que duraban diez minutos. Los tres hijos eran tan distintos que resultaba imposible tomar el control durante mucho tiempo. Samuel representaba el equilibrio, la moderación; en cambio, Pauline y Ben, cada uno a su manera, eran incontrolables. Los dos querían destacar, ser los primeros, aunque Pauline, cuando alcanzaba el límite, sabía resignarse a meter el dedo pulgar en su boca y llorar en silencio. Ben nunca se resignaba; prefería un tremendo castigo antes que dar un paso atrás.

Una vez tuvieron una pelea por un elefante verde, que en realidad pertenecía a Samuel. Gritaban, lloraban, se pegaban... ni siquiera Georgina la disciplinada era capaz de separarlos. Después de tirar cada uno de una oreja del peluche para quedárselo, furiosos los dos, terminaron por romperlo. Pauline se sentó en el suelo a chuparse el dedo, Samuel cogió los restos del elefante y los abrazó. Ben se acercó de repente a su hermano y, con lágrimas de rabia, se lo arrancó de las manos. Todos en la familia recuerdan las palabras que dijo entonces con una seriedad desconcertante:

—El elefante ha muerto, ya no es de nadie y me lo quedo.

Lo tuvo con él diez años más, hasta que Georgina lo encontró en el fondo del armario del niño y lo tiró a la basura. Mucho tiempo después, la historia se repetía. Ya no se trataba de un elefante verde de peluche, era una de las principales casas de joyería del mundo

Después de la fiesta-espectáculo del Gotham Hall, Georgina había dado un paso al frente. Hizo un estupendo trabajo de protocolo llamando personalmente a los invitados a la presentación de la nueva campaña. A todos les pidió disculpas. Sabía que un eficiente lavado de cara era imprescindible en aquel momento, y en eso ella era una maestra. Los que no fueron a su casa a tomar café y tarta, acabaron recibéndola en sus propios salones, elegante y enojada de la cabeza a los pies. Pero no solo tenía que recomponer la

imagen de la empresa, también había trabajo en casa. La huida de Norah, el retiro de Samuel y la guerra abierta entre Pauline y Ben llenaban de nubarrones el cielo de los Moore. Como símbolo de concordia, Georgina dispuso una mesa impecable, llena de detalles y buen gusto. Esa noche, sin embargo, estaba triste. Se había enfundado en un mono de manga larga color melocotón, pero no le brillaba la mirada; le faltaba uno de los suyos y no sabía cuánto tardaría en recuperarlo. Los conflictos entre los otros dos hijos no ayudaban a mejorar su estado de ánimo.

La cena transcurrió con una frialdad solo rota por la presencia de los niños de Pauline. Fueron largos los silencios, profundos, pero para Georgina eran preferibles a esas conversaciones de trabajo que tanto odiaban ella y Max. James miraba a Pauline, pero no se atrevía a comentar nada, aunque ella tuviera la razón.

—Te dije en su momento que no me gustaba esa mujer, que no la veía como imagen de la campaña, y no me hiciste caso.— Ben era implacable, incansable como un buldócer—. Seguiste adelante, Pauline, porque eres impulsiva e inmadura.

—¿Te estás escuchando? —respondió Pauline, indignada—. Preparo las campañas de BJ... todas, Ben... desde hace seis años, y siempre ha salido bien.

—Pero esta vez la has pifiado, hermana. Acéptalo, no pasa nada. Déjame a mí.

—Eso es lo que siempre has querido, ¿verdad? —Se volvió hacia su padre—. ¿Papá?

Max no dijo nada; permaneció impassible y frío, como si su mente se hubiera ido lejos. No agachaba la cabeza, no se ruborizaba, solo mojaba sus labios de vez en cuando. Por fin, regresado de pronto a su cuerpo, le pidió a Pauline que se limitara a hacer bien su trabajo —recalcó la palabra *bien*, lo que a su hija le llegó al alma.

—No quiero más numeritos en las reuniones, Pauline; que nadie vea que tenemos algún desacuerdo. Ya es suficiente que a estas alturas digan esas barbaridades de tu hermano. Estamos en el ojo del huracán, lo sabes.

—Lo sé, papá, y saldremos pronto.

—Escucha a tu hermano, apóyalo en lo que diga, y más adelante te ocuparás de nuevo del márquetin.

—¿Papá? —Pauline no podía creerlo—. Esto es insensato. De Ben me espero cualquier cosa, pero de ti...

—¡Pauline! —intervino Georgina—. No te consiento que hables a tu padre así. Él es la cabeza de la empresa y siempre ha decidido lo más conveniente para nosotros. Puede que no estés de acuerdo con él, y lo respeto, pero no deberías atravesar la raya.

—Mamá...

—Ahora lo acabas de hacer.

—Pero esto no tiene sentido...

—¡Suficiente!

La sobremesa siguió tensa hasta que la pequeña de los Moore tomó a sus hijos de la mano, los conminó a despedirse y se marchó. Estaba indignada. Su hermano se comportaba como un imbécil, y a ella la relegaban a un segundo plano. ¿Cuánto pesaban sus años de pasión por la empresa? Había estudiado en las más prestigiosas universidades del país, hizo cursos intensivos para lograr ser la mejor publicista, lo dio todo. Y ahora había cambiado el viento. ¿Cuánto pesaban sus dolores de cabeza, el tiempo robado a sus niños? Nada, solo era viento, un viento equivocado. Nunca le gustó ser la niña de papá, se había ganado a pulso cada dólar que ingresaba en su cuenta. El patriarca, el experto diseñador, el alma de la casa BJ, Max Moore, ahora la expulsaba al espacio exterior sin torcer la boca. Más adelante te ocuparás del márquetin... No hay *más adelante*, el mundo es demasiado pequeño. A partir de ahora se limitaría a vender y comprar mercancías, a cumplimentar documentos que Ben guardaría en su cajón de cosas inútiles. Como cuando eran pequeños, siempre tuvo que luchar contra él por un trocito de libertad dentro de la empresa. De pequeños, su padre la había apoyado porque era un hombre justo. Hasta hoy. Max había rehusado el combate con el primogénito, igual que un león viejo ante su retador. ¿Qué le debía? Por el momento, no podía hacerse nada. El viento había cambiado de dirección.



Pauline sacó su teléfono y llamó a la persona en quien más confiaba, su mejor apoyo. El contestador de voz volvió a saltar. Maldiciendo, le pidió a su marido que cambiase de dirección un par de calles más adelante. Veinte minutos después, llegaba al piso de Samuel, el cual les recibió en pijama y con barba de tres días. Olía a alcohol, aunque se empeñaba en ocultarlo con un chicle que no paraba de masticar.

—No te entiendo, juro que no te entiendo —dijo Pauline metiéndose de golpe en el loft y dejando en la puerta a su desconcertado hermano—. Sé que la quieres y que ella te quiere a ti, no comprendo a qué demonios estáis jugando. Tenemos que hacer algo, Samuel. Ben está trastornado y papá lo apoya en todo.

Samuel se había tumbado en uno de los sofás de cuero, la observaba ir y venir hablando sin cesar para no decir nada. James estaba sentado a su lado, los chicos dormían apoyados en sus piernas.

—No quiero hablar de Norah —dijo por fin cuando Pauline calló un momento—. No quiero saber de ella, no me interesa nada de la empresa. Si queréis echarme del consejo directivo, adelante, lo entenderé. Viviré de mi trabajo, joder.

—¿Eres consciente de lo que dices? Mamá y papá no van a dejar que eso suceda... Samuel... ¿No tienes curiosidad por saber cómo ese hombre se metió en la fiesta?, ¿cómo logró pasar su vídeo a los ordenadores del control? Dime que no la tienes.

—La tuve, pero ya no. Nada es importante ahora. El resultado fue el que fue, punto en boca.

—¿Cuánto has bebido? Y si no has bebido lo suficiente, hermanito, hablas como un loco. Me niego a pensar que bajas así los brazos. Lo de Norah es cosa tuya, no me meto, pero la empresa... Charles nos ha contado que no quieres hablar con él, no has venido a la cena y mamá se siente decepcionada. Todo es decepcionante ahora.

—Por favor, Pauline, ahórrate el sermón. Te abrí mi puerta porque venías con tus hijos; pero si insistes, si insistes... te largas ya.

—¡Samuel!

Pauline se puso en pie y rogó a James que la ayudase con los niños. Era su segunda salida de escena, y en esta, además, le habían pateado el culo. No era capaz de entender a Samuel, ni a su padre. Ben les había vuelto a quitar el elefante muerto de entre las manos. ¿Dónde quedaba ella en aquella historia?

Capítulo 26

Dueño del mundo

Lo del Gotham Hall fue un desastre. A pesar de que los Moore al completo, con la excepción de Samuel, se dedicaron a exhibirla mejor de sus sonrisas como si no hubiera ocurrido nada, nadie parecía dispuesto a renunciar al morbo que se les ofrecía. Georgina hizo una señal a uno de los técnicos, e inmediatamente las pantallas se apagaron y la música volvió a sonar. Se ofreció champán extra que corrió entre los invitados, secos por las emociones. En solo unos minutos, todos estaban tranquilos. La gente bailó y comió cuanto quiso, y muchos se marcharon visiblemente afectados por el alcohol. Parecía que el escándalo había pasado, pero solo fue un espejismo. Al día siguiente, la prensa se cebó con la fiesta y aquello acrecentó aún más el morbo. Alguien filtró fotografías de Miguel cuando le sacaron a rastras del edificio, de Miguel y Norah semidesnudos, incluso de la propia Norah acompañada por Charles Didier. Lo que acabó por estropear todo fue que algún reportero, a la hora de titular las imágenes de Norah y Miguel, no tuvo otra ocurrencia que fecharlas en el presente, acaso esa misma tarde. No solo se trataba de obscenidades y otras miserias humanas, ya hablaban de infidelidad, y por supuesto, del ridículo que había hecho —por segunda vez— el muy cotizado médico. Pronto empezó a correr el asunto por las redes sociales. En las primeras horas de la mañana siguiente, las tiendas BJ se llenaron de curiosos dispuestos a comprar cualquier cosa, todo valía con tal de pasearse después por las calles con una de las bolsas azules marca de la casa. Las ventas se dispararon hasta duplicar las previsiones, y las solicitudes de colaboración también. Todos querían un pedacito de aquella vida prestada... Sin embargo, a pesar de los muchos ceros que significó aquello para las arcas de BJ, algunos socios no vieron con buenos ojos que su imagen pudiera haberse dañado por una presentación, cuando menos, desafortunada.

El viernes 10 de enero, a las cinco de la tarde, la crisis anunciada estalló por fin en las oficinas de la empresa Moore. Los socios se pusieron de acuerdo para pedir la retirada de la publicidad de la campaña navideña.

—Pensamos que sería prudente retirar los anuncios en la televisión, reducir a la mitad los carteles de publicidad —dijo uno de los miembros del consejo de administración.

—Pero señor Albany —repuso, contrariada, Pauline, mientras proyectaba las imágenes—, las ventas han subido mucho, mire los gráficos.

—Señora Moore, entendemos que su labor está siendo cuestionada y que le preocupa la continuidad en su puesto de trabajo, pero —y creo que hablo en nombre de la mayoría de los aquí presentes— no queremos vernos vinculados con un escándalo de este tipo. Recuerde que servimos a personas que mueven los hilos de este país, y a no todos les gusta este tipo de publicidad en plan psicología inversa.

—La verdad, señores —intervino Ben buscando la mirada de Pauline, que enseguida se transformó en odio—, es que los indicadores muestran que, a pesar de las ventas, hemos bajado en credibilidad ante las agencias de calificación de riesgos, y en la bolsa.

—Muy bien, señores, si eso es lo que el Consejo desea... no hay más que hablar. —Pauline arrojaba la toalla sin hacer sangre, hasta Ben quedó sorprendido—. Mañana por la mañana ya no seré la máxima responsable del departamento de márketing de BJ.

—Señora Moore... —intervino de nuevo el Sr. Albany— nos gustaría que las próximas campañas fueran dirigidas por Benjamín; en estos momentos, él es la persona que mejor comprende nuestros intereses.

Para Pauline fue un bofetón que no supo esquivar. Los socios no solo habían pedido la retirada de la publicidad de la campaña; algunos, los más conservadores, amenazaban con retirar sus aportaciones. Resultaba incomprensible. A nadie le había importado nunca de dónde venía el dinero, siempre que viniera. Ya no tenía derecho a réplica; ellos pagaban, ellos decidían. Sin embargo, algo olía mal. ¿Qué hubiera hecho ella —se preguntó— de haber querido dar un golpe de timón en la empresa? ¿Qué hijo de la gran puta! Ben era el sucesor natural, el heredero, quien se encargaba de hacer contactos y cerrar acuerdos. El segundo por detrás de Max Moore. Todos sabían que en un futuro no muy lejano encabezaría las reuniones del Consejo de Dirección. Pero no ahora, no todavía. Ben era de otra opinión. Hizo lo que siempre había hecho: tirar de la oreja del peluche hasta romperlo. *El elefante ha muerto, ya no es de nadie, y me lo quedo.* Solo que en esta ocasión era él, él solo, el que lo había asesinado. Pauline lo miraba desconfiada desde su puesto, pero no podía hacer nada al respecto. La habían castigado por confiar en su instinto y apostar por Norah. ¿O no se trataba de eso?

Una de las secretarias entró a la sala de juntas con carpetas que fue

repartiendo entre los presentes. Más informes. Más papel para explicar lo que todos sabían, para justificar una decisión que ya tenían tomada de antemano, antes de comenzar la reunión. Ben recibió el beneplácito de todos los accionistas. Algunos siempre le habían visto como un desaprensivo que no escatimaba en fiestas y mujeres, y que a veces, por salvar el culo, no se había cortado en dejar tirados a los directivos de BJ. Por arte de magia, se habían esfumado todos aquellos prejuicios. Benjamín Moore era el salvador de la empresa, Dios hecho hombre para reunir de nuevo a su rebaño. Pauline bufó antes de abrir la carpeta azul, pensaba en Samuel. No iba a venir, no podía contar con su apoyo. Había perdido el rumbo como esas ballenas que acaban varadas en la playa, deprimido, compadeciéndose de sí mismo. Charles la observaba desde su puesto, un par de sillas después de la suya. Él también estaba incómodo, también impotente. Max le había dejado claro que los más de veinticinco años trabajando para ellos no le daban derecho a contradecirle en su decisión. Todo era un desastre.

Al finalizar la reunión, Ben despedía a todos con apretones de manos más propios de un gladiador triunfante. Pauline lo miraba con odio, con frustración. No entendía cómo todo lo que habían trabajado por la empresa —ella, Max, Charles— se pudiera diluir de esa manera. Porque Ben no pensaba como ellos, no tenía la misma filosofía, no tenía frenos. Pero ya no se podía hacer nada: a partir de aquella noche Ben era el nuevo CEO de Blue Jewery, el hombre con más poder sobre la industria joyera de Nueva York.

—Enhorabuena, hermanito —le dijo cuando se quedaron solos.

Ben supo en ese momento que su hermana no le perdonaría jamás. ¡Qué le importaba! Estaba donde quería estar.



Un hombre con gabardina negra esperaba en la oscuridad del parquin de Blue Jewery. Era tarde. Unos pasos lo alertaron de que alguien se acercaba a un Mercedes de clase alta ubicado en las plazas preferentes muy cerca del ascensor. Se cercioró de que nadie más lo veía y se acercó hacia donde parpadeaban las luces de encendido del auto.

—Joder...qué susto —dijo Ben cuando lo tuvo delante— haz ruido, por Dios, casi me provocas un infarto.

—Lo siento, jefe.

—No me llames así —dijo molesto—. ¿Qué pasa?

—Tengo algo.

—Ya lo imagino; de lo contrario no te pasearías por ahí como un gato...A ver, muéstrame.

El hombre sacó varios folios y se los pasó. Ben leyó lo más rápido que pudo mientras cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—¿Esto es fiable? —dijo sin levantar la vista de las hojas.

—Claro, yo mismo hablé con la doctora al día siguiente.

—No la habrás amenazado, ¿verdad? No quiero verme implicado en un problema así, ya tengo casi todo lo que necesito y no voy a permitir que nada lo estropee.

—Tranquilo jefe, solo le recordé alguna deuda con hacienda que podría desaparecer de manera permanente de todos los registros. Ha cantado de lo lindo.

—No me llames jefe.—Lo miró a los ojos de nuevo—. Muy bien. Esto es interesante. Quiero que te prepares para ir a verla.

—De acuerdo...pero no está sola, su tía no le pierde ojo.

—No quiero que la mates, animal. ¿Es que no puedes pensar en nada que no sea violento? En fin... préstame atención.

Capítulo 27

Tocando fondo

Samuel Moore se movía como una sombra por los largos pasillos del hospital. Hasta las enfermeras y las doctoras que se pasaban el día poniéndole ojitos lo habían notado. No era un hombre pródigo en sonrisas, pero sí educado y ciertamente encantador; no dudaba en bromear con cualquiera durante los descansos, incluso en las reuniones de trabajo. Ahora había cambiado. Durante sus turnos permanecía callado, taciturno. La barba le había crecido en las últimas tres semanas, llevaba alborotado el cabello. Después del paréntesis de los últimos tiempos —cuando su vida era Norah—, había regresado a sus turnos sin fin, con más de ochenta horas de trabajo semanales, a no dormir, a echarse en cualquier sitio como un mendigo, a comer poco.

La noche del 15 de diciembre, después de ver marchar a Norah, no quiso escuchar nada ni a nadie. Ante aquellas imágenes secretas de la única mujer a la que había querido de verdad, algo se rompió dentro de él. Después de eso, desconectó la parte lúcida de su cerebro y se cerró. Entre la incredulidad y el dolor, simplemente dejó de ver y de oír. Aquella mujer —su mujer, su diosa— sonreía en otros brazos con un rictus de felicidad que creía exclusivo de su relación. Esa Norah *sexy*, casi obscena, envuelta en sábanas de un blanco doloroso, con el cabello revuelto y la sonrisa perfecta de quien troncha manzanas al amanecer, no era la misma que él había imaginado, sufriente, esclavizada, entre los brazos de Miguel. Las imágenes hablaban mejor que las palabras. ¿Era otra versión de Sophie, o una tortura especial elaborada a conciencia solo para él? Mentiras, más mentiras... Ni siquiera cuando nació Matt, cuando las entrevistas se sucedían en varias cadenas de televisión —todas crueles y venenosas—, cuando los periodistas se apostaron en su puerta para ofrecer sus vísceras al amado público, ni siquiera en los peores momentos, le dolió tanto como con Norah. Él nunca amó a Sophie. ¿Por qué le mintió? Hubiera extendido el mundo a sus pies con solo mover una ceja... ¿Qué ocultaba? ¿Qué le impidió sincerarse con él, desnudarse ante él?

Aquella noche llegó a su piso después de vaciar de un trago media botella de Bourbon. Perdió la corbata en algún momento, el carísimo esmoquin se le manchó de vómito y alcohol. Entró tambaleándose, subió con torpeza los

escalones hacia su habitación. Llevaba tanto tiempo sin beber de esa manera que el estómago se retorció, le daban arcadas. Lo normal hubiera sido tenderse en la cama a dormir la mona, pero en lugar de eso se detuvo frente al vestidor, extasiado. Allí todo era Norah: el olor de su perfume, el espejo de cuerpo entero frente al que habían hecho el amor, el recuerdo de verla untándose las piernas con aceite de coco, sus pechos escapados bajo el encaje del sujetador... Un tanga microscópico reposaba en el pie de cama. Era blanco con pequeñas flores de encaje, muy de Norah. Lo imaginó pegado a su cuerpo como una segunda piel, metido entre los pliegues de su sexo... ¿Por qué no estaba con él? ¿Por qué le mintió? Habían transcurrido solo un par de horas y ya le resultaba insoportable. Irremediable. Cogió la ropa interior y la olió; era nueva, pero olía a ella, a sus manos cuando la sostenía dudando si usarla o no. No pudo evitar que se le pusiese dura solo de imaginarlo. Hacía nada se había perdido en su sexo con embestidas brutales. Los manteles cayeron al suelo mientras devoraba su boca y ella se abría por completo. Hacer el amor con Norah era como tener música dentro del estómago, versos en la punta de los dedos. El gusto de su piel, tocarla... La borrachera, en lugar de atenuarse, parecía acentuada por aquellas imágenes. Sin embargo, era incapaz de moverse del sitio. Se quitó la camisa esperando que remitiera la erección. Pensar en ella era una provocación. Solo con mirarla, la piel de su pecho se contraía y sentía calambres. Maldijo el alcohol: no podía quitársela de la cabeza. Norah gemía sobre él cabalgándolo como Ginger Lynn, o se demoraba con la boca en su pene mientras él observaba su culo divino con forma de corazón. Norah con una vieja camiseta encima, sin bragas, ocupada en la cocina con algún plato exquisito, y él detrás. El olor de Norah al despertar por las mañanas. Borracho, inmóvil, perplejo: cada vez estaba más excitado.

Se quitó el pantalón y bajó el bóxer; se acarició despacio, recorría el camino de su pesada erección desde la base hasta la punta. Pensó que, si se tocaba así, podría quitarse de encima su recuerdo, terminar con el dolor. Arrancarse el alma a cambio de una paja... la risa agria le cortó la boca. Sintió en cada caricia las manos, su boca, el sexo de ella, y aumentó el ritmo de los movimientos. Dejó escapar un sonido atado a su garganta, mezcla de rabia y desesperación. Un par de movimientos violentos y sintió cómo el orgasmo se acercaba recorriendo su espina dorsal. Se sacudió entre espasmos mientras el semen corría entre sus manos. Jadeaba, lloraba, la llamaba. ¡*Joder!*—exclamó sin poder contener las lágrimas—. Iba a ser más difícil de lo que había

imaginado. Norah le removía cosas que antes ni siquiera existían. La única mujer que había conseguido sacarle una sonrisa cuando se levantaba de madrugada para ir a trabajar. La única mujer... Y él estaba allí, en medio del vestidor, embadurnado de semen, borracho, realmente jodido. ¿Acaso se sentía mejor ahora? Desfogado desde la ira, vaciado desde la pataleta de un chico de cuatro años, ¿había funcionado, Samuel? ¿No la quieres más ahora?

Fue incapaz de recoger sus cosas y tirarlas a la basura, tal como había imaginado. Sacó algunos trajes para él, ropa interior, antes de cerrar las puertas del vestidor con la intención de no abrirlas en mucho tiempo. Se acondicionó un pequeño espacio que sería suficiente para arreglarse mientras decidía qué hacer con todo aquello. Allí quedaban sus vaqueros, sus camisetas, la ropa interior más provocativa, aquellos *Ferragamos* con los que le recibió desnuda una noche. Claro que no iba a ser fácil.

Charles se presentó al día siguiente aporreando la puerta con fuerza. No le abrió. Su teléfono estaba saturado de llamadas y mensajes que no pensaba leer. Los borraría todos cuando volviera a encenderlo. No quería hablar con nadie, no quería ver a nadie de su círculo más próximo, ni de ningún otro círculo que contuviera recuerdos de Norah. Pero tenía que ir a trabajar. Se dio una ducha, se vistió y marchó al hospital. Le fastidiaba saber que tendría que saludar, reunirse con alguien de la junta directiva, dar esperanzas... Sin embargo, la perspectiva de quedarse en casa era mucho peor. Después de lo de la noche anterior, la libido se había reducido al mínimo, solo quería dormir y tomar una copa detrás de otra. Resultaba doloroso, Norah estaba en todas partes. Si se volcaba en la rutina del láser y el bisturí la vida le resultaría más llevadera.

Los días se volvieron largos para Samuel; el consuelo que encontró en la clínica pronto perdió su eficacia. Transcurrieron semanas sin pasar por casa, su único atuendo era el pijama médico; se bañaba y dormía en el hospital. Al final, más que un eminente oftalmólogo era un vagabundo dentro de su propio espacio. No estaba preparado para eso, no podía acostumbrarse a la nada en que se había convertido su vida. Los errores con los pacientes se sucedían, los colegas le miraban de reojo cuando entraba en el quirófano, hasta las enfermeras dejaron de buscarle para tontear. Un día, el jefe de oftalmología le llamó a su despacho.

—Tu falta de concentración le está costando dinero al hospital. ¿Por qué no te coges unas vacaciones?

—No veo por qué. Además... creo que sigo trabajando igual que siempre,

igual de concentrado.

—Tus compañeros no opinan lo mismo, ni el personal de enfermería, ni los dos pacientes que estuvieron a punto de demandarnos la semana pasada. Tuvimos que hacer filigranas para no abrirte una investigación. Samuel... recapacita. Lo que te ocurrió con esa chica...

—Déjalo ya.—Ahí terminó la conversación; se puso en pie y dejó a su jefe con la palabra en la boca.

No mejoró, al contrario: se hundió lentamente en aquella miseria silenciosa. En un instante de lucidez, se diagnosticó a sí mismo un episodio depresivo leve y se pagó cien dólares por la consulta. Le importaba todo un pimiento. Su hermano Ben dejaba mensajes en su contestador exigiéndole que participara en las reuniones del consejo de dirección; Charles le pedía que conversara con él, tenía cosas muy importantes que decirle; Pauline le suplicaba que espabilase de una vez, que el mundo se tambaleaba a su alrededor y él no le echaba huevos, etc. Sus padres eran más prudentes, lo invitaron a cenar en Navidad y Año Nuevo, le mandaban besos. Su única respuesta: silencio. Lo más difícil fue no contestar a las llamadas de Norah. Cada vez que veía su cara en la pantalla del móvil sentía que se ablandaba y retrocedía varios pasos en su propósito de olvidarla. Pero no dejaba de olvidar, y de mirar su cara mil veces al día. A menudo se sorprendía pensando en ella, dudaba si estaba haciendo lo correcto. ¿Y si todo fuera como uno de esos sueños donde lo más disparatado parece posible? Y despiertas, siempre despiertas. La realidad, en comparación, es como un puñetazo en la nariz. Sin embargo, todo había sido tan obvio y apresurado —una orgía de pruebas, dicen los criminólogos—, que a veces se preguntaba cómo demonios se coló Miguel en la fiesta. Norah lloraba desde lejos, mirándolo. No había mentira en aquellos gestos, eran lágrimas reales. ¿Cuáles eran sueños y cuáles no? ¿De quién era la mano que propinaba el puñetazo en la nariz?

El Año Nuevo lo recibió con un bocadillo de salmón y queso fresco en la cafetería del hospital. Algunos pacientes, huidos de la cena especialmente insípida ofrecida en las habitaciones, se aventuraron a esperar el cambio de año sentados en las sillas de colores claros, al lado de Samuel. Cuando sonaron las doce campanadas se vio abrazado por extraños que sonreían, viejos casi todos; le deseaban paz, esperanza, incluso un par de hijos sanos que alegraran su vejez. Sin quererlo, sin pensarlo, se le escaparon unas lágrimas por todos ellos, por la paz, por la esperanza y por esos dos hijos

sanos que nunca alegrarían su vejez. Resultaba insensato, no dejaban de abrazarle. Antes de irse a dormir abrió su taquilla y observó el regalo de Navidad que había preparado para ella. A Norah le hubiese gustado, pero eso ya nunca podría saberlo.

Capítulo 28

Comenzar a despedirse

Norah oyó el crujido de la grava bajo el peso de unos neumáticos. Desde que estaba en los Hamptons se había agudizado su sentido del oído. Siempre podía ser él. Escucharía primero llegar el coche, luego parar el motor, unos pasos, la puerta cerrándose, más pasos y entonces su vida tendría sentido. Su estado de alerta era constante, como su melancolía. La hora, sin embargo, le pareció inusual para quienes las visitaban. Charles llamaba antes de aparecer; Kalya, a pesar de que entraba y salía de manera azarosa, trabajaba todas las mañanas, y cuando no lo hacía se levantaba tarde. Llevaba solo unos minutos escuchando el mar en el porche trasero. Las olas rompían en la playa y una leve capa de vapor se quedaba suspendida en el aire. El coche se detuvo, se paró el motor, oyó unos pasos. Se puso en pie y corrió hacia la entrada. Al pasar por la cocina, Marcia la miró sorprendida.

Una vieja furgoneta permanecía delante de la puerta principal. Al llegar, el gesto en la cara de Norah se transformó en desilusión: no era él, solo un hombre con gabardina bajándose del vehículo, un hombre corriente de edad y estatura corrientes, de esos que pasan inadvertidos si los encuentras en medio de la calle. ¿Un vendedor? ¿Alguien enviado por Charles? ¿Un chico de la prensa? Cualquiera de las opciones le resultaba insustancial. No era él.

—¿Norah Miller? —Un hombre corriente, nada más que eso—. ¿Norah Marie Miller?

—Soy yo, dígame.—El hombre se aproximó a la entrada, se quedó a dos metros de ella—. ¿Qué quiere? ¿Quién le ha dado esta dirección?

El hombre no contestó. Con un paso ágil se acercó a ella, la tomó del brazo y la giró; con la mano en la espalda, el antebrazo doblado hacia arriba, Norah se agitó para tratar de liberarse, pero el dolor la detuvo en seco.

—Por favor... —suplicó—. ¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

—Tenemos que hablar —susurró el hombre en su oído—. Pero mejor entremos, hay mucha humedad por aquí. No te muevas demasiado, es un consejo; sé que duele. Si intentas algo, alguna estupidez, esto no va a terminar bien para nadie. ¿De acuerdo?

El hombre desabrochó los botones de su gabardina y sacó el arma de la cartuchera que colgaba bajo la axila. Se la mostró, hizo una mueca en señal

de triunfo. Ella se protegía el vientre con la mano que no llevaba prisionera, temblaba. El hombre la condujo sin miramientos al interior de la casa; Norah trastabillaba, en su camino se golpeó contra los muebles, las puertas cerradas. Levantó las piernas varias veces para evitar lastimarse.

Marcia la vio entrar, la cara desencajada, y luego lo vio a él.

—Norah... —dijo alzando la voz—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Silencio, señora Miller —susurró el hombre, el dedo sobre los labios, apuntando con el arma—. Una tontería y aquí esta preciosidad se queda sin tía, ¿comprendido?

Mientras hablaba, tiraba del brazo atrapado de Norah, que gemía en silencio por el dolor. Marcia observaba al hombre sin saber qué hacer, sin comprender nada. Él metió el arma en el cinto, y sacó del bolsillo interior de la gabardina una carpeta con documentos. La arrojó sobre la mesa. Las dos mujeres tomaron asiento en la bancada de la cocina, les ordenó que no se movieran. Volvió a empuñar su *glock*, la cargó y apuntó al techo mientras gesticulaba.

—Muy bien, esto funciona así: ahí tenéis dos billetes de avión para mañana. Tenéis menos de veinticuatro horas para despediros y hacer las maletas.

—¿Hacer las maletas? —preguntó Marcia sin apartar la vista de Norah, que se cubría el estómago con ambas manos; su rostro tenía ahora color ceniza; sus ojos estaban abiertos al máximo, como si le fuera a dar un infarto.

—Sí, señora, las maletas. Mañana a esta hora las pasearán por el JFK, y así todo irá como la seda. ¿Entendido?

—Pero... ¿adónde vamos?

—¡Ah, claro! No lo había dicho. A España. ¿Su sobrina no tiene casa allí? —preguntó el hombre mirando a Norah, le apuntaba con el arma—. Ya me gustaría a mí tener una casa en Europa... A España, sí. Os pasaréis allí una larga temporada.

Después de mucho tiempo, Norah sintió asomarse las lágrimas a sus ojos, pero no las dejó salir. Un nudo en la garganta, otro en el estómago, se apretaban cada vez más dentro de ella. Un latigazo recorrió el bajo de su vientre; cogió la mano de su tía y la apretó. Le castañeteaban los dientes; sintió que, si tuviera que incorporarse, las piernas no la sostendrían. El miedo se paseaba por la habitación, por la casa vacía. Incluso el sonido del mar, tan discreto hasta entonces, como si llegara de muy lejos, contenía notas de alta tensión. Las preguntas se sucedían en la cabeza de Norah, no era capaz de

asimilar la situación, de ponerla en contexto.

—¡Dios! —gimió en bajo; pensaba en su tía, en su bebé, en ella misma.

—¡Oh, Dios! —El hombre imitó el gemido de Norah, deformado—. Para que sepáis que no estoy jugando... Mañana a estas horas espero veros en el aeropuerto o vais a necesitar mucho Nueva York para esconderos de mí.

Asintieron. Se acercó a Norah apretando el canto de la *glock* contra su mejilla; presionó su barbilla con dos dedos hasta hacerle daño. Ella sintió otro latigazo en la parte baja de su abdomen, se protegió con las manos.

—Si tienes algún aprecio a eso que crece en tu interior...no falles.

El hombre soltó su cara como si se librara de un desperdicio, guardó de nuevo su arma en la cartuchera bajo la axila, luego les dio la espalda y simplemente desapareció. Igual que un hombre corriente en mitad de la calle. Fuera, enseguida se escuchó el crujir de la grava bajo el peso de los neumáticos. Marcia abrazó a su sobrina, tenía que tranquilizarla como fuera, y sosegarse ella misma. No había pasado tanto miedo en su vida. Le aconsejó llamar a Charles cuanto antes; si alguien sabía cómo proceder en estos casos, ese era Charles Didier, el abogado. Sobre la mesa, tal como los había dejado, destacaban los dos billetes de avión y unas hojas en las que hasta el momento no habían reparado. Eran fotografías impresas en papel vulgar. Fotografías de Norah, de Marcia y también de Kalya; imágenes de la casa de Sevilla, y algunas del interior del piso de Alphabet City. Estaban vigiladas, controladas hasta el último movimiento, pero ¿desde cuándo? Norah respiró hondo y cogió su teléfono; el pulso le temblaba tanto que no conseguía localizar el contacto de Charles en la agenda. Su rostro expresaba una nueva mueca de dolor. Tomó y soltó aire repetidamente, como si tuviera contracciones.

—¿Estás bien?

—Me duele un poco... Es como un pinchazo.

Marcia le acarició susurrándole dulces palabras. En ese momento, viendo a Norah en aquel estado de nervios, con aquel dolor en el vientre, ese latigazo, ese relámpago en el cielo del bebé, empezó a temer lo peor. Las dos necesitaban relajarse.

—Deberías acostarte un poco.

—Necesito hablar con Charles. ¡Dios! ¿Nunca terminará esto?

Ejercitó la respiración antes de apretar la tecla de llamada, se puso en pie para estirar las piernas entumecidas. No sabía cómo iba a empezar. Tal vez un grito, una gota de sangre hecha de palabras, un ruego. Oyó las señales de llamada, tres, cuatro, cinco, una voz suave y varonil al otro lado: era Charles.

Aquel hombre, en la furgoneta, sacó una pistola, me cogió el brazo, me lo retorció, cómo dolía, luego nos amenazó, no, un hombre corriente, como miles que te encuentras en medio de la calle, no lo había visto antes, nos amenazó, ¿escuchas lo que digo?, ese hombre pretendía, nos amenazó y dijo que si no nos íbamos mañana a España, sí, a España, a mi casa en Sevilla, si no nos largábamos...peor para nosotras, esto con la pistola en mi cara, apuntando a mi tía, y este dolor, Charles, este latigazo en el bajo vientre, tenía fotos de nosotras, de Kalya, de nuestra casa, sí, también del interior, nada corriente excepto el hombre, ¿detrás de todo?, ¿y tú me lo preguntas, abogado?, ¿a quién le interesa que nos vayamos de aquí?, no, esa es una lunática, el otro, el monstruo, tu jefe Benjamín Moore.

Charles maldijo entre dientes mientras escuchaba a Norah, les pidió tranquilidad, les dijo que dos chicos de seguridad salían en ese momento para los Hamptons a pasar la noche con ellas. Prometió ocuparse del asunto al día siguiente, mover los hilos necesarios para esclarecer aquel episodio. De Ben no dijo una palabra. Colgaron y el silencio se hizo eterno en la casa. No probaron bocado. Norah seguía dándole vueltas al asunto, y el dolor no acababa de desaparecer. No se atrevía a tomar medicamentos sin consultar a la ginecóloga.

Se metieron en la cama muy temprano. Norah sabía que no podría conciliar el sueño. Una y otra vez, acariciaba su vientre de casi once semanas tratando de calmarse. Marcia aseguró una a una todas las puertas y ventanas. Cuando llegaron los de seguridad, conectaron la alarma y permanecieron dentro de su coche, a la entrada de la casa.

Norah se dejó arropar por Marcia, su tía, su compañera.

—No hago más que darte problemas, lo siento mucho.

—No digas tonterías. Los problemas no los pones tú, los traen esos monstruos de ahí afuera. Yo solo te acompaño...

—...Te retienen, te avasallan, te amenazan...y yo siempre en medio, la guinda del pastel.

—Al final, me harás reír.

—Tía, escúcheme, ¿por qué no hacemos caso al hombre de la gabardina? Cogemos un avión y nos vamos a España.

—¿Y qué voy a hacer yo en España?

—Vivir, tía, vivir. Además, ya nos han sacado los billetes.

—Ja. ¿Y Samuel?

—Ha pasado un mes, tía.

—Samuel te quiere, yo he visto sus ojos perdidos de amor por ti. ¿Un mes? ¿Qué es un mes para un hombre dolido?

—No lo sé. Para una mujer enamorada, una eternidad.

—A callar, Norah. Tienes que descansar. Mañana será otro día...descansa...todo saldrá bien.

La besó en la frente y marchó a su dormitorio. Ella también estaba muerta de miedo, pero no podía demostrarlo delante de Norah. Se durmió entre sobresaltos mientras el mar, vuelto a encrespar después de la calma, grave, rompiente, sonaba con el timbre oscuro de las amenazas. Estaba dormida y no dejaba de escucharlo. Soñaba con España, la Giralda era una *glock* enorme y ellas estaban arriba, en lo más alto. Y mientras soñaba, oía el timbre oscuro del mar. En mitad de la noche oyó un grito y creyó que aún soñaba. Volvió a escucharlo y por fin se levantó de un salto. Era Norah, una de sus pesadillas. Cuando llegó a su habitación, su sobrina estaba sentada en la cama mirándose las manos. Las tenía manchadas de sangre.

—¡Mi bebé, tía! ¡Mi bebé! ¡He matado a mi bebé!

Por primera vez después de muchos días y muchas noches, las lágrimas brotaban de los ojos de Norah.

Capítulo 29

Despertar

—Tú lo sabías, ¿verdad?

Samuel iba y venía dando zancadas por el salón de Charles. El abogado lo había recibido en pijama de satén negro; en su cara, la expresión perfecta del cansancio. Las últimas noticias que tuvo sobre Norah las conoció a través de una llamada de Marcia: no había nada que hacer, no era necesario que fuera al hospital. Se había ofrecido para llevarlas de vuelta a casa cuando le dieran el alta, solo tenían que llamarlo. Cuando de madrugada sintió que aporreaban la puerta de su piso en Lowery East Side, maldijo entre dientes, aunque intuía quién era. Samuel había pedido la modificación del seguro médico de Norah hacía un par de meses —él mismo se encargó de tramitarlo todo— y era cuestión de tiempo que saltase la alerta en su teléfono para avisarle del ingreso hospitalario.

Abrió y entró como una tromba; ni siquiera se había cambiado de ropa antes de salir del trabajo. Echaba chispas. Era indudable que había atravesado la ciudad para pedirle explicaciones. O para sacárselas a bofetadas. Charles respiró y tomó asiento en un butacón. Sería una conversación intensa.

—¿Me puedes decir por qué cojones no me contaste que estaba embarazada? ¡Joder, Charles! —Clavó su mirada en el abogado, furioso y dolido a la vez—. ¡Dios! Me siento como una mierda. Soy una mierda, Charles.

—Hay más, Samuel...—murmuró en voz baja; era consciente que iba a desatar todas las furias—. Ayer amenazaron a Norah y a Marcia con matarlas si no se iban hoy mismo de los Estados Unidos.

—¿CÓMO? —gritó Samuel—. ¿Cómo ha sido eso? ¿Quién?

—Aún lo estoy averiguando, pero tengo mis sospechas.

—¿Miguel, el ex de Norah, ese cretino maltratador?

—No te va a gustar, amigo, y por eso te ruego que no te ciegues con esto ahora. Ve a verla, te necesita, ambos os necesitáis; la pérdida no es solo suya.—Samuel lo miraba tenso, confundido—. Luego, si quieres, vienes y hablamos. Soportaré tu mal humor, y si no lo soporto te daré un par de tortas, y me dará igual que seas tú quien paga mi sueldo.

—No soy yo, es mi padre quien te paga. Sabes que jamás te he visto como

un empleado. Eres mi amigo.

—Lo sé, bromeaba.

—Charles, no sabes cómo me dolió verla allí, tirada en aquella cama, revolviéndose de dolor sin poder hacer nada para ayudarla. Fue esa noche, esa maldita noche. Me faltaron cojones para enfrentarme a la situación. Creo que vi en Norah a otra Sophie, igual de falsa y manipuladora, y no fui capaz de pensar con la cabeza. El mundo se borró para mí, amigo, se hundió el mundo aquella maldita noche.

—Te entiendo y no te entiendo. Siento decírtelo, pero no me extrañará que no quiera verte. Llevas casi un mes desaparecido, Samuel; el mismo tiempo que ella esperándote en los Hamptons. Se asomaba a la entrada cada vez que escuchaba acercarse un coche. ¿En qué cojones pensabas?

Samuel negaba con la cabeza, se tiraba del pelo como hacía siempre que se sentía desesperado. Todos los actos, por más pequeños que sean, tienen su consecuencia. Todos los amores, por más voraces que parezcan, tienen su fin. No se había detenido a pensar en ella, aunque no dejaba de hacerlo. Egoísta, soberbio, mierda de ser humano. La había añorado, pero nunca imaginó que ella estaría esperándole todos los días. ¿Por qué no lo había imaginado? No la merecía. Norah necesitaba a alguien a su lado que la quisiera también con la cabeza. Que por tanto amor nunca dejara de quererla.



La habitación lucía encantadora con aquellos ramos de flores sobre las mesitas, a ambos lados de la cama. Marcia dormía en el sofá, cubierta con una manta de viaje. La noche había sido larga, estaban agotadas. Norah llevaba tres horas dormida, y su rostro reflejaba una tranquilidad impropia de alguien que acababa de pasar los peores momentos de su vida. Sus labios apenas tenían color, su piel no había recuperado todo su brillo, pero seguía siendo una mujer hermosa. A veces, sin llegar a despertarse, su cuerpo protestaba, se contraía, luchaba en silencio. Como si un invisible contrincante la habitara.

Samuel estaba sentado a su lado. Llegó justo cuando ella cerraba los ojos inducida por la medicación; después, se marchó una hora y regresó con dos ramos de flores y el temperamento más sosegado. Eran rosas blancas, las preferidas de Norah, las mismas que le hizo llegar al día siguiente de su

primera cita. Tomó asiento junto a la cama y no se separó de allí. Marcia trató de explicarle que tenía que marcharse, aunque no debió de hacerlo muy bien porque tres horas después seguía como una piedra en el río, ajeno a todo. Podían desgastarlo y golpearlo, ignorarlo por toda la eternidad, pero él seguiría ocupando su sitio en el lecho. En realidad, la tía estaba convencida que él debía permanecer a su lado, cuidarla y consolarla porque era su verdadero amor.

Llegó pidiendo explicaciones, parecía perturbado. Su teléfono vibró despertándolo en su hora de descanso. Le costó apenas unos segundos reaccionar ante aquel escueto mensaje. ¿Por qué no lo llamó nadie? ¿Qué demonios había pasado? Corrió junto a ella; sin afeitarse, ojoso, un poco encorvado. El corazón se le desbocó solo imaginando que Norah no estaba bien. En cuanto accedió a su ficha electrónica, la verdad le golpeó de frente. Ala de ginecología, habitación 23: aborto espontáneo.

—¿Por qué nadie me dijo nada? ¡Joder! —exclamó contrariado, pero sin alzar la voz para no despertarla—. ¿Desde cuándo lo sabía?

Marcia le pidió que se tranquilizara. Solo Norah podría dar respuesta a sus preguntas.

—De todas formas, te advierto que quizá no quiera tenerte aquí cuando despierte. Es algo para lo que debes estar preparado.

—Llevo un mes preparándome, me da igual. Solo quiero saber que está bien.

Cuanto más se esforzaba en parecer seguro de sí mismo, más se le notaba, al hablar de ella, la preocupación y la angustia que sentía. Lo denunciaba la tensión en la mandíbula, el tic de frotarse la cara mientras la miraba tendida en la cama. Marcia terminó por dormirse en el sofá, Samuel hacía guardia. Le tomó la temperatura, examinó de manera compulsiva la bolsa del suero, no dejaba de acariciarle el pelo. Era mirarla y moverse en su interior emociones, impulsos que él se empeñaba en sepultar, pero que, igual que flotadores de niño, salían a la superficie con más fuerza cuanto más profundos los hundía. Durante las semanas que permanecieron separados, sin verla, sin querer saber de ella, el mundo era un lugar extraño donde quemar el tiempo. Ahora que la tenía al lado, herida por dentro y por fuera, exhausta, él tenía que decidirse de una vez por todas. Los labios, la frente, los ojos verdes de Norah ahora cerrados: de pronto, en aquella habitación de hospital, el mundo cobraba sentido.

Norah se removía, una punzada de dolor recorrió su cuerpo hasta

despertarla. Se incorporó y se sentó en la cama, apoyada su mano en la parte baja del vientre. Cerró los ojos para contener el dolor.

—¿Te duele?

Escuchó una voz a su lado. Su corazón se encogió de repente. Allí estaba Samuel con su pijama azul oscuro del hospital, el cabello enredado, la barba crecida, ese porte profesional que siempre le había vuelto loca. Después de tantos días, de tantas semanas de exilio, de nuevo estaban uno al lado del otro. Él tan guapo como el primer día que lo conoció; no, más viejo, más guapo todavía. Era su único y verdadero amor, debía odiarlo con todas sus fuerzas.

—Vete, por favor —le dijo con voz de sueño, dolorida.

—No me pidas eso, tengo que estar aquí contigo...

—No quiero verte, Samuel... Ha sido suficiente, no puedo más.

—Norah...

—Esto que está pasando, este hijo que muere en mi interior, a ti te lo debo. ¿Sabes cuánto te quería? A nadie le he dado tanto... —Las lágrimas volvían a llegar a sus ojos hinchados—. Y a cambio, ni el beneficio de la duda, ni un silencio para que yo hablara. No me quieres, Samuel. Y yo no debo quererte.

No esperaba aquellas palabras, no esperaba ninguna en realidad porque no tuvo tiempo de imaginarlas. Fue recibir el aviso y salir pitando. Las palabras pesaban, dolían, tanto como aquella mirada de Norah cargada de despecho. La había perdido. Llevaba una hora acariciando su pelo, y ya la había perdido. Su cabeza daba vueltas tratando de poner orden en su interior.

—Nena, por favor, no digas eso. Saldremos de esta... Después, cuando pase todo, hablaremos. Cuando te sientas mejor.—Le resultaba imposible ser coherente, casi balbuceaba.

—Vete, por favor —repitió ella sin mirarlo.

Samuel iba a insistir, pero Norah se tocó el vientre con un rictus de dolor en la cara. Se puso de pie con la intención de atenderla, pasó la mano sobre su espalda y sintió una corriente que lo atravesó. En ese momento, la ginecóloga y una enfermera entraban en la habitación. Marcia acababa de despertar, y también se acercó a la cama. La doctora se giró hacia ellos y les rogó que esperasen fuera mientras reconocía a Norah. Marcia salió enseguida, Samuel no se movía de su sitio.

—Doctor Moore, tengo que pedirle que se marche.

—Lo siento, pero de aquí no me muevo.

—¿Acaso es usted ginecólogo? —Samuel negó con la cabeza—. Déjeme

hacer mi trabajo, prometo mantenerle informado.

—Es mi mujer... Soy su médico...

—Vete, Samuel —intervino Norah.

—Usted conoce la política del hospital. Márchese ahora o me verá obligada a llamar para que lo saquen de aquí. Le mantendré informado, doctor; está en buenas manos.

Samuel miró a Norah, que de nuevo se había recostado y tenía la mirada perdida en el techo, los ojos vidriosos, la boca con una sutil línea de expresión. Se acercó a ella, le besó en la frente y le acarició el cabello.

—Te quiero... —murmuró muy despacio, como si soplara una vela.

Salió al pasillo frotándose la cara; todo lo que vivía era tan intenso, le provocaba tantas preguntas, tantos enigmas, que no sabía por dónde empezar para ubicarse. Marcia esperaba en una silla con las manos cruzadas en el regazo. Se sentó a su lado con la espalda apoyada en la pared. El silencio entre ellos resultaba incómodo, hubieran preferido hablar a gritos. Él no sabía cómo colocar sus largas piernas.—Las cruzaba a la altura de las rodillas y las descruzaba; luego a la altura de los talones, y volvía a descruzarlas—.Ella no sabía qué hacer con sus manos. Por fortuna, la doctora salió pronto de la habitación.

—He tenido que sedarla —les informó—. La tensión la tiene alta otra vez, está demasiado nerviosa. Doctor Moore, por favor, preferiría que la dejara descansar. Afrontamos la última fase del proceso de expulsión y no conviene intranquilizarla. Creo que en un par de horas todo habrá terminado.

—Lo que usted diga —dijo Samuel, resignado al papel de acompañante.

—Gracias. Es normal que ella esté irritable, incluso arisca, no se preocupen. En un rato pasará a verla y nos cercioraremos de que todo está en su sitio.

—Cuídela, por favor —suplicó Samuel.

—No se preocupe, doctor Moore. Y usted, querida, tampoco.

Samuel miró los ojos llorosos de Marcia, sus manos por fin se habían quedado quietas. Ella no la había traído al mundo, pero en muchos sentidos eran madre e hija. Descruzó de nuevo las piernas y se ladeó para abrazarla. Ellos dos eran las personas que más querían a Norah, debían ser fuertes juntos, y juntos compartir su debilidad. De una forma u otra, saldrían de aquello antes o después. Los tres. Volverían a empezar desde cero.

Capítulo 30

No es fácil

¡Norah!

Escucho una voz que me llama; no es la voz chillona de siempre, no es la voz que me produce dolor. Esta resulta cálida, apetece escucharla otra vez. Al otro lado de la puerta siento una respiración sosegada. El picaporte se mueve. Debería tener miedo, que se acelerara el ritmo de mis latidos, pero sonrío.

¡Norah!

Golpean la puerta, va a entrar de un momento a otro. Sin embargo, yo me río con ganas porque adoro la voz, esa dulcísima voz que pronuncia mi nombre. La puerta está a punto de ceder, pero no temo. Me siento bien, alegre, excitada. Es increíble cómo una simple voz puede conseguir tantas cosas. Quiero escucharla otra vez. Que nunca vuelva el silencio.

Norah bajaba las escaleras con un sabor agridulce. Era su primera pesadilla sin pesadilla, aunque tampoco quería sacar más conclusiones. Ni pensar en el dueño de aquella voz tan cálida. Maldita la gana que tenía de ir a ninguna parte. Hacía frío, llovería en cualquier momento, y a saber adónde la llevaba Kalya. Pero se lo debía. Llevaba dos días incendiando su teléfono con mensajes que comenzaron sutiles, siguieron insistentes y tornaron casi amenazadores ante sus negativas. ¡Debía tantas cosas! A Kalya, a Marcia, a Charles... A ella misma. Pero ahora no quería pagar nada, prefería permanecer en su encierro, aunque sintiera oxidadas las articulaciones —sonrió con aquella expresión—, aunque estuviera enmohecida por dentro y por fuera. Hacía una semana que había abandonado incluso sus paseos matinales. Bajaba los escalones y no quería bajarlos. Le gustaría acostarse otra vez, dormir, soñar con voces cálidas. Pero la vida es así, obliga a bajar las escaleras, salir a buscar trabajo, divertirse... Tarde o temprano habría de abandonar esa pereza crónica en que parecía instalada. ¿Y había alguien mejor que Kalya para conseguirlo?

Cuando abrió el portal, el frío de la calle le hizo abrazarse a sí misma y subir el cuello de su abrigo. Se caló el gorro hasta las orejas antes de apretar el paso. Kalya la esperaba con el motor en marcha de su viejo Fiat 500. Pero

antes de abrir la puerta del copiloto una mano presionó sobre la ventanilla impidiendo su movimiento.

—¿Puedo saber adónde va, señorita Miller? —Norah dio un respingo encontrándose de frente con el chico joven de mandíbula marcada que solía vigilar frente a su bloque.

—No es de su incumbencia. ¿O no puedo salir de mi casa?

—Claro que puede... solo que estaría bien saberlo para cuidar de usted. Puedo llevarlas a donde deseen.

—Mira, bonito... —intervino Kalya bajando el cristal y sacándole la lengua—. Dile a tu jefe que ella va conmigo, estoy convencida de que lo entenderá. ¡Sube, Norah!

El chirrido de los neumáticos al arrancar llamó la atención de la gente que pasaba. El chico permaneció inmóvil en la acera, estaba claro que ninguna de las dos esperaba el visto bueno de Samuel Moore para dar un paseo. Volvió corriendo a su vehículo para alcanzarlas. Kalya reía a carcajadas, aquello era como una película de policías, y no estaba dispuesta a dar facilidades.

Norah sabía que tendría que ponerla al día, contarle todos esos detalles que durante semanas la rubia venía pidiéndole y que ella se negaba a dar. Kalya la observaba con los ojos abiertos como platos. A veces le costaba reconocer a Norah debajo de aquellas capas de dolor. Su amiga no solo había perdido peso y energía, ya ni siquiera esbozaba una sonrisa. Decía adiós al amor de su vida sin inmutarse.

—Creo que estás un poco loca, Norah Miller.

—¿Por qué voy a estarlo? No pertenezco a nadie, y menos a quien no supo conservarme. Por muchas rosas que me mande, por mucho guardaespaldas que ponga debajo de casa.

—Es por vuestra seguridad. Y las rosas, porque te quiere como un condenado.

—Ya es tarde, amiga. ¿No fue suficiente con lo que nos pasó?

—Yo creo que no.—La rubia conducía como una insensata, no dejaba de mirar por el retrovisor—. ¿Acaso no le quieres?

—No quiero quererlo.

—Tú misma. Pero escúchale antes, dale un poco de terreno. Luego, mirándole a los ojos, decide lo que desees.—Guardaron silencio durante unos minutos, la ciudad pasaba ante ellas a toda velocidad—. Sea lo que sea, siempre me tendrás a tu lado.

—Ya lo sé.

Kalya tenía razón. Desde que Norah abandonó el hospital, Samuel había hecho todo lo posible por hablarle, por acercarse...y ella había rechazado cada uno de sus intentos. Él llamaba a diario y hablaba con Marcia, después de haberlo intentado con ella los primeros días. El buzón de voz de Norah estaba lleno de lamentos y flagelaciones, como de mar las caracolas que nadie escucha. Abajo de su edificio, el coche con guardas de seguridad se mantenía apostado las veinticuatro horas del día; habían cambiado las cerraduras e instalado un sistema de alarma en puertas y ventanas. Todas las mañanas, un mensajero le llevaba una rosa blanca de tallo grueso envuelta en papel de seda.

—No tengo ganas de verle, Kalya; me duele el corazón cuando lo tengo cerca.

Las dos volvieron a guardar silencio. Minutos más tarde, segura de que nadie les había seguido, Kalya detuvo el coche junto a Battery Park.

—¿Sabes de dónde le viene el nombre a este parque?

—Del pasado, supongo.

—Joder, Norah, eres el alma de la fiesta. Los ingleses pusieron aquí sus cañones para impedir que entraran barcos enemigos en la ciudad.

—Del pasado, te lo dije.

—Sí. Todo es pasado, Norah. Me gusta que lo tengas claro.

—*Touchée*. Perdóname, Kalya, estoy un poco borde.

—Vamos a caminar.

Hacía frío, pero el sol se empeñaba en calentar el suelo, los rostros de los paseantes. Una junto a la otra, caminaron en silencio mientras los turistas hacían fotos, las parejas se arrullaban frente al mar, sonaban las sirenas de los barcos. Tomaron asiento en un banco vacío; al fondo se veía la isla de Ellis.

—Qué pequeñita parece desde aquí, ¿verdad? —Norah levantó la cabeza, distraída—. La Estatua de la Libertad, tonta. ¿Quieres?

La rubia le ofrecía la cajita de dulces que acababa de sacar del bolso.

—¿Magnolia Bakery? Si te ven los jefes con eso te echarán a la calle por desleal.

—Me da igual. Por cierto, deberías probar uno. Después de la cola que he tenido que hacer...

—No me entra nada, lo siento.

—¿Sabes que todavía se asoma algún periodista a husmear por la cafetería?

—Ya se cansarán. Inventar historias cansa muchísimo. Todavía encuentro noticias sobre nosotros y me da miedo.

—Eso ya pasó, Norah.

—¿Y sabes lo que más miedo me da? Verle un día en una revista sonriendo a otra mujer. No cogido a ella, no besándola, solo sonriéndola. Creo que me moriría.

—¿Te estás escuchando? No le devuelves las llamadas, no quieres verlo, pero te morirías si sonriera a otra. No te entiendo. No puedes tenerlo todo. No puedes adorarlo y castigarlo a la vez.

—Pero él... ¡Samuel es el culpable!

—¿Sabes? Creo que buscas razones, argumentos para no volver con él.

—Pero él...

—¡Escucha! Samuel es tan víctima como tú. No planeó lo del Gotham Hall, no quiso que perdieses a tu bebé, no tiene nada que ver con aquel fulano que os amenazó a Marcia y a ti. Se le cruzaron los cables, ya está. Confundió todo y fue terriblemente egoísta.

—Tenía que haber hablado conmigo, Kalya. Escucharme, sentirme...

—¿Como tú estás haciendo ahora? Él hace todo lo posible por redimirse, pero no le das tregua.

La brisa del mar comenzó a soplar con más fuerza, fría, cargada de humedad. Los turistas corrían a resguardarse, las parejas aplazaban los besos y abandonaban los bancos. En el horizonte, la dama de la antorcha parecía achicarse aún más, borrarse como el espejismo de un naufrago.

—¿Y sabes qué es lo más gracioso, Norah? Que, a pesar de todo, de sus egoísmos y de tus despechos, Samuel y tú os queréis como locos. Ja, ja. ¿Dónde está el problema?

Norah no contestó. Se levantaron del banco y volvieron con prisa hacia el coche. Veinte minutos después se detenían delante del portal de Marcia; detrás de ellas, discreto, el vehículo de los vigilantes de Samuel Moore volvía a ocupar su puesto.

—¿Dónde está el problema? —preguntó Norah asomando la cabeza antes de cerrar la puerta del copiloto; se quitó el gorro con enfado; su cabello recogido en una trenza aparecía sin brillo, ceniciento—. El problema soy yo.

Kalya la estuvo mirando hasta que desapareció en el portal. Antes de irse, echó un último vistazo a su cajita blanca de Magnolia Bakery, y mordisqueó un cupcake color lavanda.

—Que sea el último, querida. Tendrás que guardar la línea o no cabrás en el vestido.

Capítulo 31

Ayuda

Samuel aparcó detrás del coche con cristales tintados. La barba algo crecida y las ojeras acentuadas delataban las noches sin dormir. Bajó del todoterreno y alzó el cuello del abrigo negro para protegerse, pero las gotas de lluvia se colaron sin permiso por su cuello. Dos semanas sin verla eran demasiado; se ocupaba de cosas inútiles con tal de no pensar en ella. Le hacía falta.

La última vez fue en el hospital, llegó justo en el momento en que recogía sus cosas después de recibir el alta médica. Se marchaba a casa, pero no a la suya como él hubiese querido. Marcia esperaba en el pasillo y no le impidió el paso; al contrario, le dedicó una de sus miradas más dulces y se marchó excusándose con ir a buscar un taxi. Se acercó sigiloso, con la garganta seca y el corazón a mil. Norah, junto a la cama, metía un neceser en el maxi bolso que conocía de memoria. Su silueta reflejaba una delgadez que no había visto nunca, perdida en una camisola amplia que disimulaba, pero no escondía, que su cuerpo había sufrido mucho. La observó de espaldas con el cabello recogido en una coleta, el cuello despejado, la cintura demasiado estrecha... Y la abrazó.

—Tenemos que hablar —dijo apretando ligeramente sus hombros.

—Lo siento, no... no puedo, Samuel, no nos hagamos más daño. Creo que ha sido suficiente.—Estaba nerviosa, se hizo a un lado para apartarse de sus manos.

—No es justo que pases por esto sola, nena...

—Ya, dejémoslo estar. Debimos tener esa conversación en su momento, no ahora... ahora ya no vale... Ya no está, Samuel.

La observó unos instantes, las horas no pactadas de tregua habían finalizado. Mientras estuvo ingresada en el Mount Sinaí permitió sus visitas, sus preguntas, su cuidado sobreprotector, pero sabía que aquello no sería eterno. Tenía mala cara, la notaba cansada, dolorida después de tanto reconocimiento, tanta medicina, tantas horas sin dormir. Emocionalmente parecía devastada; físicamente, era otra mujer. La vio cerrar una gruesa chaqueta de algodón negro y coger el bolso. Su cara era una mueca; estaba a punto de romperse, podía adivinarlo.

Samuel la estrechó contra su pecho y ella lo golpeó con rabia. No se

movió, soportó los puños que chocaban, débiles, impotentes, hasta que la rabia se cambió en llanto, un sollozo largo, hipado, doloroso. Poco a poco sus manos se abrieron y terminaron abrazándose con fuerza. Samuel lloraba como un niño. Él también había perdido a su hijo, y entre los brazos tenía a la mujer que más había amado y de la que ahora debía separarse, tal vez para siempre. Lloraba por los dos, por él mismo. Pegado a ella, cosido su dolor con el suyo, por primera vez la sintió más allá del amor, más allá del sexo, era una prolongación suya, la extensión de su propia naturaleza.

—Te he echado tanto de menos... —susurró para evitar el silencio.

—No puedo... —Norah se apartó de él y limpió su rostro—. No estoy preparada para amarte.

Se zafó de sus brazos y se marchó. Samuel permaneció de pie, inmóvil, rodeado de recuerdos y flores marchitas. Tomó aire con ansiedad, aquellos recuerdos lo estaban matando. No pasaba una noche sin soñarla, no transcurría un día sin recriminarse sus silencios, sus distancias. Se llamó cobarde en mil ocasiones, en otras tantas decidió que no se merecía una mujer como aquella.

Golpeó con los nudillos los cristales tintados del coche aparcado frente al suyo. Un hombre joven, mandíbula marcada y la 9 mm debajo de la axila, abrió la puerta mientras se colocaba la chaqueta.

—Señor... —dijo estrechándole la mano.

—¿Alguna novedad?

—No, señor. Apenas se asoma a la ventana, hoy ni siquiera ha salido para su paseo diario. Tampoco es un día para pasear: ¡hace un frío espantoso! —Samuel lo fulminó con la mirada, el muchacho se sonrojó.

—No quiero que la pierdas de vista. Hasta que no estemos seguros de que ese hombre se ha marchado del país no podemos bajar la guardia.

—Señor Moore, la confirmación es casi segura: ya no está en nuestro país.

—*Casi...* tú lo has dicho. No quiero márgenes de error, de eso ya hemos tenido bastante. Además, aún no sé quién lo envió... —dijo, mordiéndose el labio inferior.

Se despidió cortés pero frío, como últimamente se tomaba las cosas. Le faltaba el sol, el aire. Su vida permanecía lejos de él, encerrada a cal y canto en un piso que no era el suyo. A esa hora debería estar comprando un absurdo y carísimo regalo para ella solo por el placer de verla sonreír. Deberían escaparse a la casa de la playa que ella adoraba y donde siempre encontraban tranquilidad y buenos momentos. Pero Norah necesitaba tiempo, todo el

maldito tiempo, y debía dárselo por el bien de los dos. Abrió la puerta del coche y, antes de subir, alzó de nuevo la cabeza para mirar la ventana vacía. Una mujer mayor con el pelo cubierto de canas abría en ese momento la puerta del bloque, llevaba de la mano a un niño pequeño. Samuel apenas sonrió cuando sus miradas se encontraron. ¿Y si subía? ¿Y si le explicaba que sus noches se habían convertido en un infierno desde que ella no estaba? ¿Que se sentía un objeto, una simple piedra porque le faltaba el alma?

—¿Necesita algo más, señor?

El chico de la 9mm se había acercado a su lado; solo entonces fue consciente de que estaba en medio de la calle. Como en la habitación del hospital, rodeado de recuerdos y soledad. Se pasó las manos por el rostro y regresó al coche.

—Gracias, Tim, no hace falta; sigue cuidando de ella.

Mi madre. Si alguien podía proporcionarme respuestas era ella, y yo las necesitaba todas. Acurrucarme a su lado como cuando era niño y que me abriera los ojos. "¿Ves, Samuel? No pasa nada. A veces todo parece negro, nos volvemos ciegos y torpes, no sabemos qué hacer ni adónde ir; pero al día siguiente amanece y se hace la luz. Entonces comprendemos". ¿Cuántas veces había escuchado esas palabras en su boca? Necesitaba oírlas de nuevo, ahora más que nunca. Que había un amanecer también para mí, uno especial hecho a medida de mis sueños. Pauline fue mi primera opción, pero la descarté de inmediato en cuanto imaginé que querría estrujarme entre sus manos por dejar escapar a la mujer de mi vida. No necesitaba censuras ni castigos. Con los míos tenía bastante.

Llegué a casa de mis padres cerca de las cinco de la tarde, la cabeza me daba vueltas de tanto pensar en soluciones, en ecuaciones perfectas para regresarla a mi lado. No había manera; cuanto más pensaba, más incógnitas surgían; y cuantas más incógnitas, más crecía mi ansiedad, la angustia. Ni en mi época de estudiante, ni cuando me enfrenté por primera vez a un quirófano, sentí nada semejante. ¿Por qué Norah estaba tan lejos? ¿Cómo había podido ser tan ciego para perderla?

Georgina me observó por encima de sus gafas de leer, me sonrió. Como siempre, perfecta. Su mono azul de manga larga le daba un toque de sofisticación, aunque el resto lo ponía ella, la manera de moverse, de gesticular. Su mirada, sin embargo, me pareció triste, melancólica... pero llena de inteligencia. Fue ver sus ojos y comprender que ya lo sabía todo

nada más verme: por qué había ido allí, qué esperaba, qué necesitaba el pequeño Samuel. Se incorporó del sofá y me abrazó. Solo con sentirla, con percibir el olor de su pelo, tuve la sensación de que había amortizado con creces aquella visita. Hacía semanas que no pasaba por casa, la tensión familiar había aumentado mucho desde lo sucedido en el Gotham Hall. Yo no estaba para sermones, aunque los mereciera todos.

—Tienes que afeitarte.—Me acarició el rostro.

—Mamá...

—¿Cómo está?

—No quiere verme, y no la culpo. Ha sufrido mucho y yo no he estado a su lado. Me necesitaba, mamá, pero me dejé llevar por el pánico. Solo era capaz de tener ideas negras, de sentir con el hígado. Cuando más debía pensar en Norah, más me venían a la cabeza aquellas fotos, la imagen de Sophie y nuestro desastre... No pude ver más allá.

—Samuel...

—¡Y me maldigo por ello!

—Ven siéntate aquí, quiero contarte algo. —Me tomó de la mano y me llevó al sofá—. Después de nacer Ben, volví a quedarme embarazada muy pronto. No lo esperábamos, pero estábamos felices porque queríamos una familia grande. El destino, sin embargo, tenía otros planes. Desde el principio intuí que algo no estaba bien, que no iba como en el embarazo de tu hermano. Comencé a tener pérdidas y el médico nos dijo que era probable que no llegase a término. Guardé reposo, recé a todos los santos que conocía, pero no fue posible.

—Mamá... ¿Por qué nunca nos contaste nada?

—Porque a veces, Samuel, una no sabe compartir esas cosas. Tu padre y yo pasamos un tiempo complicado después de eso. No era nuestra culpa, en realidad no era culpa de nadie, pero no sabíamos cómo encontrarnos de nuevo. Yo había dedicado mucho tiempo a nuestro futuro hijo, ya tenía un espacio en mi vida; al perderle no supe qué hacer. Estaba desolada, vacía. ¡Fíjate qué bobada! Ya tenía a Ben, el negocio marchaba, éramos jóvenes... ¿Qué más podía pedir?

—Todo.

—Esa es la respuesta, Samuel, tú solo la has encontrado.

—Y no se puede tener todo.

—No. Yo debía haber pensado en positivo, que tendríamos más hijos, todos los que quisiéramos, que Ben era un cielo, que tu padre me adoraba...

Pero me empeñé en esas ideas oscuras, en esas imágenes... Igual que tú con las fotos y el desastre de Sophie. Nada me consolaba.

—¿Y papá qué hizo?

—Papá llegó una tarde y me dijo que preparase las maletas, que nos marchábamos de fin de semana. Yo pensé que había planificado una escapada para nosotros dos, ya sabes, para lamernos las heridas lejos de casa; pero cuando lo vi preparando ropa para Ben, me quedé fuera de juego. ¿Qué pretendía? Esa misma noche dormíamos en los Hamptons.

—Siempre pensé que la casa de la playa había sido vuestro sitio para escapar de la ciudad, para que nosotros creciésemos lejos de la vorágine de New York.

—Esa casa fue el comienzo de una nueva etapa. Tu hermano correteó por la arena por primera vez aquella tarde y nosotros abrimos las puertas para que entrase la brisa, la vida nueva, los cambios. Dejamos de invocar el pasado en un pacto sin palabras. Simplemente cerramos aquel capítulo y comenzamos a escribir uno nuevo contigo, con Pauline. ¿No te lo he dicho mil veces? Siempre amanece, Samuel, siempre se abre paso la luz entre las sombras.

Cerré los ojos. La historia que acababa de contar mi madre me había emocionado, pero la última frase la sentí como un bálsamo, un extraño bebedizo que me confortaba y espoleaba a un tiempo.

—Esto me está sobrepasando, mamá. Yo adoro a Norah, pero no sé si sabrá perdonarme, si podrá pasar página alguna vez... Quiero estar con ella, la necesito tanto que voy a volverme loco.

—Me has oído, pero no me has escuchado, Samuel. Sigues prefiriendo el lado oscuro de tu alma, aunque ahora conozcas la solución. Amanece ya. Nosotros tuvimos los Hamptons. Dentro de poco es su cumpleaños, ¿verdad?

—Sí, el 1 de febrero.

—Pues regálale ese nuevo comienzo, Samuel. Abre un capítulo distinto, no te empeñes en cerrar los anteriores. Escribidlo juntos.

—No es tan fácil, mamá. Le envío flores a diario, trato de hablarle, le he puesto guardaespaldas... He hecho todo lo posible para que ella sepa que la quiero... pero no alcanza.

—Acércate, dame la mano.—Yo temblaba, sentía que ya estaba ahí, a punto de llegar: mi amanecer.

—Es que no estás pensando en el regalo preciso, Samuel; no lo estás preparando como debe ser. No lleva la envoltura adecuada.

—*¡Tienes razón! ¡Dios, qué razón tienes!*

¡Eso era, cómo podía haber estado tan ciego! Un nuevo capítulo, un nuevo horizonte para nosotros dos. La abracé y besé su frente. Me sentía exultante. Mi madre seguía teniendo el don de lo preciso, de lo exacto. Salí de casa como una exhalación, tenía menos de una semana para encontrarlo, presentarlo, envolverlo adecuadamente como había dicho Georgina Moore. Quizás me diese con la puerta en las narices —mi niña tenía un genio de mil demonios—pero había que intentarlo.

—*Señor Didier, tienes que ayudarme a preparar un regalo de cumpleaños*
—*dije a Charles con el manos libres, ya dentro del coche.*

—*¿Ayudarte a qué?*

—*A amanecer, amigo mío.*

—*Está usted un poco chiflado, señor Moore.*

—*¡Oh, sí! Me lo han dicho muchas veces.*

Capítulo 32

Happy Birthday

—¡Norah, ven aquí!

—Mamá, estoy viendo la ovuga —dijo la niña absorta en los colores y el premioso movimiento con que el gusano se movía por su pulgar.

—Oruga, Norah, se dice oruga.

—It's so curius! ¡Look, mama! I want...

—No, Norah, es nuestro tiempo de castellano. ¿Sí, mi vida?

Uno de febrero, el mismo uno de febrero maldito y sin sentido desde que ellos no están. ¿Por qué se fueron tan pronto? Peor aún... ¿por qué me los quitaron de esa manera? Una lágrima que lleva resistiéndose buena parte de la mañana cae por fin y siento que me quema por fuera. Por dentro es otra historia. Me limpio con la manga del jersey, pero el rastro de una colonia de hombre me trae recuerdos. Los aparto, aún no estoy preparada para luchar con esos demonios.

Hace frío. Amaneció con una nevada fina que ha formado pequeños montículos en la acera; las personas los esquivan en su andar presuroso, los niños intentan jugar con la nieve. Yo les observo desde la ventana de mi antigua habitación. El contraste de temperatura con el exterior es tan grande que los cristales se han empañado. Aprovecho para trazar unos círculos, un triángulo, el símbolo del infinito; cualquier cosa me vale para ocupar el tiempo. Que llegue la noche y dormir, tratar de olvidar que hoy no están, que no me acompañarán a soplar las velas de este treinta cumpleaños.

Ahora es él quien aparece en mi nebulosa de recuerdos. Lo veo llegar a casa con sus andares cansados; sonrío a mi madre como si ella fuese el centro del universo, su principio y su fin.

—¿Sabes que eres la niña más bonita de este mundo?

—No lo sabía.

Sus manos grandes y negras se vuelven delicadas en el modo cosquillas infinitas. La tripa, las costillas, las axilas, la cara... Imposible no reír a carcajadas.

—Señorita Miller: está prohibido crecer.

—¡Te quiero, papá!

El jersey se descuelga de uno de los hombros y percibo mi delgadez, los

huesos marcados de la clavícula, mis pechos vacíos. Me abrazo y pego la frente al cristal de la ventana borrando las figuras que hice con los dedos. Abajo permanece estacionado el coche que nos vigila, no se mueve del sitio, aunque sus ocupantes se turnan. Desde aquí los veo traer comida y cafés, fumar cigarrillos, observar. Siempre observan. Nuestras ventanas, la calle, los coches que pasan... Todo lo miran sin disimulo. Al principio estuve a punto de llamar a la policía, luego supe que había sido él. Siempre él, no me da tregua. Resoplo y me tumbo en la cama mirando al techo; hoy no, Samuel, hoy no tengo espacio para ti entre tanta tristeza.

El piso se me hace pequeño; hay momentos en los que me asfixia, me engulle y tengo que tirar de los recuerdos bonitos de mi infancia para trepar por las paredes, salvarme.

Mi madre solía hablarme de la cara que pusieron los vecinos de su barrio cuando la vieron aparecer de la mano de un hombre enorme, americano y negro que no hablaba palabra de castellano. A ella, en cambio, le brillaban los ojos siempre que contaba que desde la primera vez que lo vio su corazón dio un vuelco, y que a pesar de los años seguía sonrojándose con sus piropos. Lo amaba, se amaban. Tanto como para romper esquemas familiares, renunciar a una boda de mantilla en la Giralda y cruzar el océano para vivir otra vida completamente diferente. Se le resistió el idioma, lloraba por las noches extrañando a los suyos, pero siempre sacó fuerzas para continuar. Trabajó a turnos en una cafetería, se acostumbró a los inviernos de New York y convirtió a Marcia en un soporte fundamental de su existencia. A pesar de que nadie apostó por ellos, se convirtieron en una pareja sólida.

Así crecí, entre aviones, entre rosquillas de canela glaseada o siestas interminables, a orillas del Hudson o del Guadalquivir. Entre mi padre, negro como la pena más negra, y mi madre blanca de ojos verdes. Dando saltos en las conversaciones del inglés al castellano para terminar inventando palabras en un tercer y nunca oído idioma. Marcia se encargaba de llenar espacios, vacaciones, excursiones, tiempo en familia... De rescatarme cuando todo se venía abajo.

Siempre me identifiqué con ella; muchos de nuestros rasgos son parecidos, aunque mi madre ronda en la mirada, en la nariz algo más fina, en el gusto casi enfermizo por la luz del sol. Cuando mi tía sentía que me echaba de menos, se subía al primer avión que fuera a España y pasaba horas encerrada en aquellos artefactos de metal que tanto odiaba. Solo por

verme. No sabría cómo agradecerle todo lo que ha soportado, lo que está soportando, sin renunciar. Se tomó muy a pecho la promesa que les hizo a mis padres el día en que nací, y la cumple con un estoicismo de manual. Nunca me dejará. La escucho en la cocina trastear con los cacharros mientras habla sola; sin poder impedirlo, otra lágrima vuelve a escaparse de mis ojos. Marcia siempre ha sido así; no le importaba pasar noches enteras viendo esas películas inglesas de época que tanto me gustaban, ni atiborrarme de palomitas y libros de poesía con idéntico entusiasmo; me llevaba al parque, me cuidaba cuando mis padres se iban. Siempre ha sido como una madre, pero sin apreturas.

Vuelvo a la ventana, el día se me está haciendo muy largo y quiero que termine. Tener treinta años no te hace más fuerte, no te enseña a soportarlo todo, no te dice cómo lidiar con ciertas cosas. La espalda soporta unos kilos más, eso es todo. Supongo que se trata de aprender a enderezarse de nuevo, una y otra vez.

Las vistas del barrio siguen deformadas, ahora por la llovizna, pero a pesar de todo son preciosas. Con razón mi tía no quiere mudarse de aquí. El coche sigue aparcado donde acostumbra, pero esta vez no veo a los hombres que suelen ocuparlo. Deben de estar dentro con la calefacción encendida mientras chismorrear sobre el insensato que los contrató para vigilar un bloque de pisos en Alphabet City. No quiero pensar por qué lo hacen, simplemente lo siento. La Glock sigue apareciendo en mis recuerdos, el arma contra la mejilla, el temblor de mis manos, la sangre... Abrazo mi vientre vacío y maldigo. Quiero que el dolor se marche como el hombre de la gabardina en mitad de la noche. ¿Como los días bonitos con Samuel? Ahí está, no puedo dejar de verlo en cualquier parte, de sentirlo en todos los rincones de este dichoso piso. Todo me lo recuerda, y no quiero. Hoy no me apetece cumplir años.

El sonido del timbre de la puerta sacó a Norah de aquel ensimismamiento. No sabía cuánto tiempo llevaba allí de pie, delante de las ventanas. Había oscurecido. Pensó en Kalya, se imaginó que la amiga intentaría llevársela de allí para meterla en algún tugurio donde beber las dos hasta perder el conocimiento. Secó con los dedos una lágrima distraída, se bajó las mangas de su jersey.

—¡Joder! —exclamó en su español más andaluz; delante de ella, bajo el quicio de la puerta, enfundado en un traje negro y un abrigo de cuello alto,

Samuel sonreía.

—Hola.

Imponente, igual que una aparición. Algunas gotas de lluvia brillaban en sus hombros sin querer fundirse con el tejido. Norah sintió la tentación de quitárselas con un dedo, como si fueran lentejuelas. Allí estaba el único hombre de su vida; su sonrisa abierta, devoradora, era idéntica a la de sus primeros recuerdos. Se había afeitado, aunque el pelo seguía más largo de lo habitual, revuelto.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, perdona.

—Feliz cumpleaños —dijo abriendo su abrigo y bajándose el cuello—. ¿Puedo besarte?

—¿Cómo?

—Solo como saludo, no sé dónde andan mis modales últimamente. Creo que los he perdido todos desde que no estás en casa.

Allí estaba el Samuel encantador que le hizo subir al coche una noche de agosto. El mismo con la misma sonrisa canalla de entonces, el mismo que sabía tocar las teclas exactas para que su cuerpo vibrara en notas cortas. El que destruía sus defensas, el insistente Samuel.

—Sí... —Oyéndose a sí misma, encontró en aquel monosílabo el nervio que creía perdido, el eslabón de su vida. El corazón empezó a latirle más rápido.

La besó en la mejilla, pero aguantó el beso unos segundos, los que tardó el aliento en rebotar en su piel y volver a él. Le ardía la cara, le temblaban las manos. Depositó otro beso, esta vez con la boca abierta; acarició su mejilla con los labios, luego le dio otro, y otro, y un cuarto un poco más arriba, camino de su oído. El quinto fue casi imperceptible, apenas un susurro justo al inicio de la oreja, húmedo. Mil chispas saltaron dentro de Norah mientras le oía susurrar.

—*Estás preciosa, como siempre. Feliz cumpleaños, mi vida...*—recitó Samuel en un horrible español de parvulario. Norah no pudo contener una carcajada.

Se miraron durante unos segundos. Se sentían íntimos, llenos de olvido. Norah respiró hondo antes de separarse un poco de su cuerpo. Aquella visita solo acababa de empezar y ya se le hacía cuesta arriba. Marcia apareció en la puerta, sonriente; sin haber visto ni oído nada, parecía saber más que ellos mismos.

—Hola, querido.—Se acercó a Samuel, le dio un abrazo—. Está bien que

hayas venido. Dame ese abrigo, no quiero que te resfríes. ¿Te quedas a cenar?

—¡Tía! —exclamó Norah con los ojos como platos.

—Si no les importa, me gustaría quedarme.

—Claro que no nos importa —respondió Marcia guiñándole un ojo—. Siempre eres bienvenido. Tengo flan de calabaza.

—¿Flan de calabaza? Entonces no tengo otro remedio: me quedo.

—*No hace falta que lo jures* —dijo Norah en castellano.

—Eso que siempre sentí al escucharte hablar en español, ¿sabes? —dijo muy cerca de su boca—. Eso me sigue pasando. Me muero de ganas de besarte.

—Lo acabas de hacer.

—No lo recuerdo, creo que me estoy haciendo viejo. —Sonrieron los dos—. Quiero besarte de verdad...como si te necesitara.

—¿Me necesitas?

—Con toda mi alma.

Norah sintió que la batalla estaba perdida. Cuando más debía odiarlo, y repudiarlo, más se empeñaba su cuerpo en sentir lo contrario. Estaba claro que la química entre ellos no había disminuido. Cada palabra de Samuel era un golpe a su voluntad. Trató de apartar aquellos pensamientos, pero él fue más rápido.

—Te he traído algo. Por tu cumpleaños, claro.—Extrajo una pequeña caja de su bolsillo, la dejó entre sus manos.

—No hacía falta. Ya no tienes ninguna obligación.

—Cógelo, por favor. Sé que esto no es suficiente, que ningún regalo en el mundo sería suficiente para compensarte. Ódiame, me lo merezco. Pero, por favor, antes de irme, abre esta caja.

Norah comenzó a abrirla. Desde que conocía a Samuel, ¡qué cantidad de cajas! Con teléfonos, con collares, con serpientes... Parecía un número de magia que no terminaba nunca. Dentro, una llave dorada descansaba sobre un lecho de terciopelo. Grande, antigua, sin llavero. Posó los dedos sobre ella y sintió el tacto frío del metal.

—Samuel, ¿qué es esto? ¿Qué abre esta llave?

—Es de una casa...Quería que celebrásemos el Año Nuevo allí, pero, en fin, las cosas no salieron como yo pensaba. Tiene una terraza grande, mucho espacio... Es una casa familiar. —Agachó la cabeza sin atreverse a mirar de frente a Norah—. Es para ti. Para nosotros.

—No puedo aceptar algo así. Tenemos tanto de qué hablar... Vienes aquí con tu traje y tu abrigo impecable, me besas en la mejilla como un adolescente y me regalas una casa... Como si no hubiera pasado nada.

—Cada día estoy más loco, perdóname. Te adoro como un loco, te echo de menos, te querré siempre como un loco.

—Samuel...

—No olvidemos nada, pero démonos una oportunidad para hacerlo juntos. Te necesito, Norah Miller, necesito verte andar descalza por casa. Me muero por volver a dormir contigo, por despertarme contigo. ¿Me ayudarás a vencer esta locura? Acompáñame, Norah; comencemos de nuevo.

Samuel se separó de ella y estiró su mano, a modo de saludo, como aquella noche de agosto cuando la conoció.

—Hola, soy Samuel Moore, siento haber roto tu teléfono y estropearlo la noche.

—Loco de remate... —dijo por fin Norah, sonriendo.

—Sonrías, doble placer.

—Norah Miller, encantada —dijo ella extendiéndole la mano—. Pero me debes un teléfono.

—Tengo toda la vida para pagártelo.

—Toda la vida... Me parece bien.

Dulce, sugerente, con toques de vainilla y caramelo: el olor a flan de calabaza llegaba desde la cocina de la tía Marcia.

Capítulo 33

Llamando a las cosas por su nombre

¿Quién dijo que las segundas partes nunca fueron buenas? Insistir, hacer lo imposible por verla reír, era mi obsesión. Norah me había enseñado muchísimas cosas en el tiempo que estuvimos separados, y ahora, desde que aceptó aquella casa como regalo de cumpleaños, me seguía enseñando todos los días. Me pidió tiempo, espacio, pasos pequeños para volver a poner todo en su sitio; yo solo tengo que echar el freno de vez en cuando. Quería tenerla en casa, verla disfrutar de un café frente a los cristales de la ventana, que recogiera su cabello enmarañado en una coleta y siguiera siendo bella.

Ahora está en la cocina, la siento trastear, agitarse, mover cosas. Está preparando el desayuno y tararea algo incomprensible en español. Necesitaré clases extras para mejorar mi pésima dicción. Hace apenas una semana volvió a instalarse aquí, dejó su maxi bolso en el vestidor y yo... volví a ponerme nervioso por tenerla en casa. Nervioso por ser feliz.

¿Cómo contenerme? No puedo, lo siento, me resulta imposible no querer a Norah cada segundo de mi vida. Sigo siendo el mismo egoísta de mierda que antes. Por fortuna volví a acordarme de mi madre, eso de los capítulos nuevos, las improvisaciones... Anoche le pedí matrimonio. En pleno Madison Square Garden, como aquella vez que comimos palomitas en un palco privado. Ella me sonrió con descaro, limpia de todo, descontaminada de basura, de información ajena, sin pasado los dos. El MSG estaba a rebosar, casi dieciocho mil personas en un partido entre los Knicks y los Lakers. Esta vez no tuvimos palco privado, nos sentamos a pie de cancha cerca de Spike Lee. Ella daba saltos en el asiento como una adolescente, había recuperado la magia, el brillo de los ojos.

Cuando llegó el descanso, en lugar del inevitable concurso de canastas para el público o los besos de parejas elegidas al azar, inmortalizados en las cámaras gigantes del pabellón, comenzó a sonar Conrad Sewell con su famoso Start again. Se me aceleró el corazón a mil, se me secó la boca. Me puse de pie, estiré las piernas y luego me hiqué de rodillas. La vi ruborizarse, hacer un mohín con la boca, frotar sus manos con gesto nervioso. Las luces bajaron hasta la oscuridad absoluta y un foco nos iluminó solo a nosotros. Todas las pantallas transmitían aquella insensatez

del más insensato de los hombres. Las gradas quedaron en silencio.

—Nena... Ya sé que esto pensábamos hacerlo más despacio, pero me han podido los nervios, perdona. Me gustas mucho y deseo que tú seas lo primero que vea cada mañana al despertar. Sé que te parezco un chalado, y tal vez lo sea de verdad, pero yo no quiero conquistar imperios ni redimir a la Humanidad de sus pecados, solo te quiero a ti, Norah Marie Miller. Tú eres mi única locura, la más cuerda de las locuras —carraspeé, la voz me temblaba—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Te voy a matar... —susurró Norah—. No me hagas esto, Samuel.

—Dime que sí, nena; dímelo o haré el ridículo más espantoso delante de todas estas personas. Solo esa palabra, esas dos únicas letras, y seré el hombre más feliz del mundo.

Los espectadores contenían la respiración, un bebé comenzó a llorar en una de las gradas más altas. Dos, tres segundos de silencio, cuatro segundos... La cara de Norah ocupaba las pantallas en primerísimo plano. Mi corazón se aceleraba cada vez más tratando de descifrar cada gesto, cada destello en su mirada; descartaba todas las respuestas excepto una.

—Claro que sí, amor mío.

El MSG se vino abajo en una ovación unánime salpicada de gritos, silbidos, aplausos, el llanto del bebé en la grada más alta. Mientras, Conrad Sewell volvía cantar su Start again. Sentí de nuevo el suelo bajo mis pies, pude tragar sin dificultad. Nervioso aún, deslicé en su dedo un anillo igual de peculiar que el escenario, igual de peculiar que ella: un diamante azul engarzado en una base de oro macizo, diseño exclusivo de Max Moore, mi padre.

—¡Samuel... se enfría el desayuno!

Joder, aún sigo en una nube. Mi madre pondrá el grito en el cielo cuando le diga que en dos meses nos casamos. Luego me abrazará y se llevará a Norah de compras. Me pongo el pantalón del pijama y bajo las escaleras antes de que me suelte una de sus frases en castellano, la más sexy de las regañinas. Está sirviendo un zumo de naranja, hay gofres con chocolate caliente, y café. Ha recuperado algo de peso y por debajo de su camiseta se intuyen sus pechos más generosos, el trasero perfecto. Poco a poco todo regresa a su sitio.

—... ¿que si por la noche trabajas?

—Perdona, mi vida

—¿Dónde estabas?

—En ti...siempre en ti

Me sonrío y deja la jarra de zumo en la encimera. Me abraza y yo me aferro a ella, a su cuerpo, a esa camiseta desgastada para poner el pie, por fin, en la tierra.

Reviso la última documentación de la empresa mientras Norah se da una ducha. Las cosas no van bien, ventas bajas, desacuerdos en las reuniones, todo tenso y cargante. Mi hermana está pasando su peor momento como profesional, eso me entristece. Ahora vive relegada a un despacho, hace trabajo de oficinista y tiene un humor de perros. Sigue enfadada con papá por permitir que las cosas sean así; también conmigo porque me conoce y sabe que quiero pasar y desvincularme de todo, y eso la supera. Me hace sentirme fatal —un gusano, un traidor—por lo mucho que han trabajado mis padres para levantar su imperio... nuestro imperio; pero a mí, hoy, todo eso me importa una mierda.

Tocan el timbre y me alegro de separar la mirada de tablas y gráficos que me resultan tediosos. Como si la hubiese atraído con el pensamiento, entra Pauline con la cara desencajada.

—Tienes que ayudarme o me voy a volver loca.

—Buenos días para ti también, hermanita.

—Deja de ser tan imbécil, Samuel.

Norah aparece secándose el cabello envuelta en una bata de seda negra, larga hasta los pies.

—¿Qué pasa, Pauline? —dice sin mirarme, como si comprendiese mejor que yo todo lo que sucede a nuestro alrededor.

—Estoy fatal...yo... no puedo más. El consejo directivo de esta mañana ha sido humillante y surrealista. Papá está tirando por la borda años y años de trabajo por no llevarle la contraria a Ben. Y yo...Esto me sobrepasa.

Mi chica la abraza, mi hermana se hunde en su hombro, llora. Si pudiese retroceder en el tiempo se cogería el pulgar y lo chuparía hasta dejarlo en carne viva. Ben sigue llevando la voz cantante, la supremacía de hermano mayor y heredero. El elefante verde.

—Tienes que volver, Samuel. Los inversores nos castigan, las previsiones económicas para el verano son desastrosas y, si no tenemos una campaña que nos saque de esta, caeremos en picado. Necesito que me ayudes, que hables con papá. Si hay alguien a quien escucha Max Moore, es a ti, incluso por encima de Ben. Está en tus manos...

—Lo siento, Pauline, yo no quiero esto; la empresa ya me saturaba antes,

y con Ben al frente, mucho más. No me apetece verlo, no soportaría respirar el mismo aire que él. Preferiría no tener que decidir entre mi hermano y mis ganas de partirle la cara.

—Por favor, Samuel, por favor: habla con papá, no podemos dejar esto así. ¿Sabes cuántas personas dependen de nosotros? ¿Y mamá? ¿Imaginas cómo sufriría si tuviéramos que echar el cierre a BJ? Es su sueño, Samuel.

—Joder, Pauline, me estás sometiendo al tercer grado. No puedes venir aquí a ponerme una pistola en el corazón.

Cruzo y descruzo las piernas, trato de poner en orden mis ideas. Sé que ella tiene razón, por mucho que me disguste. Aunque quiera desvincularme, esto es parte de nosotros, de la familia. Norah se acomoda a mi lado y me acaricia el rostro. No hace falta que me diga nada para saber qué pasa por su cabeza en estos momentos. Ella también es una luchadora, seguro que ya ha asumido —mejor y antes que yo— que ser un Moore supone aceptar el paquete completo con todo su contenido, el envoltorio y hasta el lazo. Lo bueno y lo malo: todo. Pauline se marcha con una sonrisa en los labios, ha llorado de alegría al ver el anillo en el dedo de Norah. Como si le hubieran devuelto algo íntimo robado hace tiempo. Ese anillo representa para ella —para mí también—, la felicidad recobrada, el equilibrio de las cosas. Norah no solo es la preferida de sus hijos, también de ella. Los dos éramos sus favoritos, y ahora nos ha recuperado. ¿Qué podía hacer yo? Aceptar la pistola en el corazón y regresar a casa. Me di cuenta en un segundo, como si hubiera tenido una inspiración: lo de Pauline no era un chantaje, era toda una lección. Nos abrazamos y nos besamos delante de la puerta. Le he prometido regresar, tragarme las tablas y los gráficos, morder a Ben, ser de nuevo la Sibila en la boca de Max Moore.

Segundas partes, segundas oportunidades para levantarse, sacudirse el polvo y seguir adelante.

Capítulo 34

Rosas blancas, cintas violetas

Un Bentley de cuatro puertas de color gris acero decorado con flores blancas y cintas violetas, se acercó de manera ceremoniosa al edificio Ángel Oresanz, en pleno Manhattan. Norah observaba a través de los cristales del coche buscando nubes en el cielo azul primavera, o tal vez no fuera por las nubes y solo quería concentrarse para evitar que las lágrimas se escaparan de sus ojos. Estaba nerviosa y emocionada. Miró cómo Charles se ajustaba repetidamente el nudo de la corbata; por momentos parecía que le cortaba la respiración, y lo aflojaba, pero enseguida parecía arrepentirse y volvía a apretarlo. Intercambiaron sonrisas. El correctísimo Charles, ese hombre del que nunca imaginó que pudiera llegar a ser su amigo, el abogado de Harvard especialista en amores y desamores, en dudas, en laberintos, él también estaba nervioso. Su frente empezaba a perlarse con gotitas de sudor. Vestido con un *Armani* impecable y unos zapatos *Oxford balmoral*, se sentía fuera de contexto. Con seguridad, hubiera preferido detener el coche y bajarse corriendo, pero el señor Didier había aprendido mucho tiempo atrás que los deseos personales son a veces prescindibles y casi siempre subalternos. Conducir a Norah hasta el altar era su cometido aquel día, y aunque sudaba sin parar y los nervios le comían por dentro, moriría antes que echarse atrás. Cuando Norah pensó en él y se lo pidió, Charles por poco se desmaya. Nunca había hecho nada semejante, era la primera vez que iba a ponerse en primera línea de fuego. Sin embargo, aceptó el envite sin dudarle; de hecho, lo tomó tan en serio que en muchos momentos parecía que era el auténtico padre de la novia, angustiado, orgulloso, siempre pendiente de la niña de sus ojos. Incluso, ya dentro del coche, le preguntó a Norah si estaba segura del paso que iba a dar. Samuel le hubiera matado por aquel exceso de celo. A ella, en cambio, le pareció lo más bonito del mundo.

Una lágrima quería asomarse en sus ojos, y Norah pestañeó varias veces para cortarla. Carraspeó y volvió a mirar por la ventana para obviar todo lo que pasaba por su cabeza. Extrañaba a sus padres. Su padre, igual que Charles, hubiera estado ahora hecho un manojo de nervios, protestaría por la elección del Bentley, por el exceso de cintas violetas, por tener que abotonarse la camisa hasta arriba. Su madre, en cambio, la abrumaría con

detalles, recomendaciones absurdas de última hora —*ni una arruga, Norah, no tuerzas ni la boca*—. ¡Cómo los extrañaba! Acababa de empezar, pero ya le parecía la mañana más difícil de su vida. Marcos, su peluquero, su amigo, tuvo que rehacer el maquillaje cuando le colocaron el vestido porque ella era incapaz de controlar sus emociones. Como el nudo en la corbata de Charles Didier, ella también aflojaba el suyo de dentro, para, enseguida, volver a apretarlo con todas sus fuerzas.

Cuando el coche llegó a la antigua sinagoga, varios periodistas se acercaron para captar las primeras imágenes de la novia. Charles abrió la puerta del coche; antes de bajarse, apretó la rodilla de Norah para infundirle calma.

—Tienes que relajarte o no podrás decir tus votos sin soltar una barbaridad. Entiendo que pienses en ellos, en tus padres, porque yo también lo haría. Recuerda que estarán observándote allí donde estén, siempre te serán fieles. Yo haré lo que pueda si este traje y estos malditos zapatos no me matan antes. Yo te guío en este viaje, ¿de acuerdo?

Puñetero Charles y sus conversaciones con sentido. Norah lo miró con emoción, tomó aire antes de salir del coche. El precioso *Vera Wang* palabra de honor se deslizó hasta sus pies calzados por *Valentino*. El vestido se ajustaba a cada curva de su cuerpo formando al final un vuelo que recordaba las olas, vaporoso y llamativo. *Las olas de los Hamptons* —pensó. En lugar del velo, su tocado consistía en una diadema de varias vueltas con perlas pequeñas; Marcos se había ocupado de dominar su cabello y colocarla en su sitio. Tal vez no era el vestido más lindo, ni el más caro, pero era el que ella había elegido. Lo encontró por fin hacía apenas quince días, para tranquilidad de la familia Moore, que veía con horror que la fecha se aproximaba y Norah aún no sabía qué ponerse. Recorrió varias tiendas y miró por Internet: nada le convencía, nada llamaba su atención. Hasta que lo vio en el atelier de la diseñadora, discreto, casi desapercibido entre los restos de la temporada anterior. Lo sintió en el corazón: era su vestido.

Las cámaras dispararon sus flashes, ella sonrió mientras caminaba con precaución para evitar caerse desde sus trece centímetros de tacón, una locura que Kalya le había regalado y que archivaría en cualquier cajón de su nueva casa. Bueno, además de los zapatos le regaló un bote de lubricante XXL, aceite de masaje y un espléndido consolador. Las puertas se abrieron y dos chicos de seguridad cerraron el paso a los periodistas. La ceremonia iba a ser íntima, solo sesenta invitados y sin prensa; querían tranquilidad, toda la

tranquilidad del mundo.

Con el poder de una agenda y el talonario, Georgina pudo conseguir en tan poco tiempo el salón, el catering y una wedding planer que no echara a correr ante el desafío de preparar todo con apenas dos meses de margen. El local aparecía precioso, las mesas fueron decoradas con rosas blancas y cintas violetas. En la entrada habían dispuesto una mesa con una polaroid y un libro de páginas negras acompañado de un bolígrafo blanco. La idea era que todos los invitados se hicieran una foto y la dejaran en el libro con un pequeño escrito dedicado a los novios. A Georgina no se le había escapado ningún detalle. La nave principal se había dividido en dos espacios, altar y salón de banquete. Los invitados fueron acomodados en sillas individuales, y todos se giraron para verla llegar. Los mellizos de su futura cuñada esperaban en la puerta vestidos de traje, parecían dos invitados diminutos que no podían estarse quietos. Cada uno de ellos llevaba una pequeña pizarra escrita. Norah soltó una carcajada cuando las leyó. En una decía: “*Tío Samuel, ya es tarde para correr*”; en la otra: “*Ella me gusta*”. Pauline y sus guiños, aquello la relajó mucho.

Comenzó a sonar la Entrada de la reina de Saba, de Haendel. Los niños tomaron posiciones, unos pasos por delante de la novia, y echaron a andar por la alfombra llena de pétalos de rosas blancas. Norah los siguió con paso firme, pero solo era apariencia. Por dentro temblaba, la consumían los nervios. Las manos le sudaban al contacto con el ramo de rosas blancas que le había dado Pauline. Sin embargo, todo cambió cuando estuvo más cerca y pudo verlo. De pie, a la derecha del oficiante, descubrió a un increíble Samuel enfundado en traje negro, con el cabello revuelto y perfectamente afeitado. Parecía nervioso, y eso, para quien conocía a Samuel, significaba que estaba a punto de darle un ataque al corazón. Marcia y Kalya, que como damas de honor ocupaban el lado contrario, vestían de verde botella y estaban divinas. Samuel sonrió y bajó un par de escalones para recibirla. Cuando llegaron a su altura, Charles, sin molestarse en bajar el tono de voz, soltó a Samuel una de esas frases que convierten una ceremonia en una fiesta digna de recordar, y a sus invitados, hasta entonces distantes y nerviosos, en compañeros de viaje unidos por la risa, por las miradas de complicidad. “*Cuidala o te corto las pelotas*”. Samuel fue el único que no escuchó nada, ni las frases ni las risas que siguieron; estaba absorto en Norah.

—Dios, estás preciosa —le susurró, emocionado.

—Tú también.

—¿Preciosa?

—Esto se parece a nuestra primera vez.

—Contigo es siempre como la primera vez.

La ceremonia civil la presidía el senador Andrew Taylor.

—Yo, Samuel Jack Moore te tomo a ti, Norah Marie Miller, para estar juntos el resto de nuestros días. No prometo que logre hacerte reír a diario, pero lo intentaré con todas mis fuerzas. Te amaré y te respetaré por el resto de nuestros días, tal y como te amo y te respeto ahora. Prometo levantarte si caes, y si eso no es suficiente, caeremos los dos. No puedo evitar las nubes oscuras que aparecerán en el futuro (tú tampoco me lo permitirías) pero puedo sentarme a tu lado y disfrutar del arcoíris que las sucederá.

A Samuel le tembló la voz a medida que pronunciaba aquellas palabras. Tragó en seco varias veces, y por poco un ataque de tos arruina el momento. Cuando fue el turno de Norah, estaba hecha un manojo de nervios; los ojos se le empañaron de lágrimas.

—Yo, Norah Marie Miller, te tomo a ti, Samuel Jack Moore, como compañero de vida mientras el destino lo permita. No prometo amarte por siempre porque eso ya lo hago, prometo secundarte en tus locuras y acompañarte en este viaje que emprendemos hoy. Prometo entregarte mis risas, mis preguntas, mis noches y mis días. Y si eso no fuera bastante, pídemme más. Te amo por esperarme y necesitarme a tu lado, por las emociones que nunca había sentido, por dibujarme una sonrisa. Samuel, has encontrado esa parte de mí que no sabía que existiera.

Aunque algunos invitados rieron por el tono distendido en que ambos hablaron, Samuel estaba terriblemente serio, tenía los ojos brillantes; aquellas palabras de Norah, la mujer que más había querido en su vida, eran como clavos para sus manos, para sus pies, para su corazón. Lo ataban a la vida de una vez y para siempre.

El senador selló la unión y les permitió besarse como marido y mujer. Un beso —¡Ohhh!—que los invitados celebraron a coro entre sonrisas, lágrimas, algún aplauso. La risa estridente de Kalya —la risa más bella del universo, pensó Norah al escucharla—, flotaba sobre la nave como la carcajada de un fantasma viejo y bienhumorado en la sinagoga.

Charles y Norah abrieron el baile. No habían tenido tiempo de ensayar.

—Soy un pésimo bailarín, ¿lo sabías? —le susurró Charles al oído.

—No lo sabía hasta ahora.

Al terminar, la hizo girar despacio sobre sus tacones y todos aplaudieron.

Samuel se acercó y abrazó a su mujer.

—Te quiero —le dijo al oído.

—Yo también te quiero.

—Señora Moore, ¿no le estarán temblando las rodillas ahora?

—Claro que me tiemblan. Señora Moore... Suena bien.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por decirme que sí, por soportar tantas cosas en silencio, por dar una oportunidad a los míos.

—Son tu familia, Samuel, y ahora también la mía. Vamos a disfrutar... olvidemos todo.

Se abrazaron en medio de aquel inmenso salón dejándose llevar por las notas de James Bay y su "Needs the sun to break". Todo resultaba perfecto, mágico.

—*"Estuve en la oscuridad durante semanas y me di cuenta de que eras todo lo que necesito"*.—Samuel recitaba la letra de la canción. Norah nunca le había visto tan feliz.

—Ohh, Dios, esto es nuevo...

—Es que es cierto... Y tú estabas ahí para hacerme ver todo lo que perdía cuando no estábamos juntos. Aunque no nos vimos ni nos hablamos, estabas ahí. Quiero dártelo todo, Norah, quiero que seas feliz, que te rías siempre, que nada empañe tu mirada con otras lágrimas que no sean las de la felicidad.

Volvieron a fundirse en un abrazo en medio de la pista, ante las miradas de las parejas que se abrían en círculo a su alrededor. James Bay rasgaba las cuerdas de su guitarra.

—Bueno, bueno, bueno...—Una voz masculina se acercó a ellos, unas manos aplaudieron lentas, con ritmo, a la pareja.

Ambos se giraron, no podía ser posible. Norah sintió estremecerse su corazón, Samuel apretó los puños. Ben se había abierto paso entre los invitados y ahora estaba allí delante de ellos, sin corbata, con una barba descuidada de varios días y apestando a alcohol. De su mano traía casi a rastras a Sophie West con un minivestido negro que se ajustaba a su esbelta figura, sobre unos interminables tacones. La mujer dio un par de traspiés al tirar Ben de ella. Aquello no podía estar pasando otra vez, no aquel día, delante de todos.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Samuel, desafiante; ocultaba a Norah detrás de su cuerpo.

—Hombre... no pretenderás que mi hermanito se case y yo no venga a felicitarlo. ¿Sabes? Siempre pensé que yo sería tu padrino de boda, pero en la primera, papá me quitó el puesto. Lo hizo muy bien, es cierto. Y ahora, en la segunda, joder, también me quedo fuera.—Dio unos pasos hacia Norah, la buscaba por encima del hombro de Samuel—. Felicidades, cuñada.

—No le hables...no te acerques a mi mujer.—Samuel no bajaba la tensión de sus puños, sus nudillos estaban enrojecidos, hundía las uñas en la palma de las manos.

—¿Qué sucede? ¿No puedo bailar con tu esposa?

—No, no puedes... ¿Y me quieres decir qué cojones haces aquí con esa mujer?

—¿Sophie? —dijo como si se hubiera olvidado de su presencia; se volvió a observarla de arriba abajo—. ¿Qué crees tú? ¡Ay, hermanito! ¡Qué fácil se te ha dado la vida!, ¿verdad? Has conseguido todo sin tener que doblar la espalda, y yo me partía el lomo todos los días por sacar la empresa adelante mientras tú jugabas a ser Dios con tu bata blanca.

—Dices bien, te partías el lomo. Ya no, no lo olvides. Ahora yo también doblo la espalda. Intento arreglar tus mierdas... y tus idioteces. Te han expulsado al espacio exterior, a las tinieblas. Vete aceptándolo. Por simple, por codicioso, por manipulador. No me toques los cojones, Ben... Lo que tengo, también me costó lo mío, todos los días. Pero creo que ahora cada uno está en el sitio que le corresponde. Yo con mi padre y mi hermana, enmendando tus errores. Tú, de la mano de esa mujer que casi arruina la vida a tu hermano. Y fuera de todo. Nadie quiere saber de ti, las empresas te vuelven la espalda cada vez que escuchan tu nombre. Eres un paria, Benjamín, te lo ganaste a pulso.

Ben tomó impulso para soltar un puñetazo, pero el alcohol, la mano de Sophie que no conseguía soltar y el rápido movimiento de Samuel hicieron que acabara en el suelo como un pelele.

Charles se acercó a Norah y la sacó de allí. Max y James trataban de ayudar a Ben para ponerlo en pie y llevárselo antes de que arruinara definitivamente la boda.

—Soltadme —dijo dando manotazos al aire para liberarse de las manos que lo agarraban—. ¿Sabes qué ocurre, Samuel? Que siempre te han faltado cojones para enfrentar la vida de verdad, siempre has estado tan ocupado con tu trabajo que ni siquiera sacabas tiempo para follarte a esta —dijo señalando con la cabeza a Sophie—. Y con Norah te va a pasar lo mismo, porque no has

sido capaz ni de preñarla en condiciones.

Samuel, de un salto, se abalanzó sobre su hermano y le asestó un puñetazo certero, contundente, en medio del rostro. Abrió y cerró varias veces la mano flexionando los dedos por el dolor, y volvió asestarle otro más que le hizo trizas la nariz. Max y James se apresuraron a separarlos, Charles agarró a Samuel por detrás y lo levantó de la cintura.

—Ven...ven, y sigue pegando como un hombre, joder...—balbuceó Ben, noqueado por los puños de su hermano y el alcohol.

—Lárgate Ben —le escupió Samuel, que continuaba revolviéndose entre los brazos de Charles—, ya has hecho suficiente daño. Yo pensé que con lo que tenías te sobraba, pero no, en el fondo sigues siendo un egoísta y un codicioso que no ha aprendido nada de la vida, ni de ti mismo.



Norah y yo terminamos aquella noche en el jet privado que nos llevaba de luna de miel. Sostenía una bolsa de hielo sobre mi puño. Suspiré. ¡Joder! ¡Qué difícil resultaba que una fiesta de los Moore terminara en paz! Me quedé observando a mi esposa, su equilibrio, su voluntad. Yo había jurado hacer todo lo que estuviese a mi alcance para hacerla feliz, y lo cumpliría, aunque tuviese que emprenderla a golpes con el mundo entero. Lo reconozco, no era mi mejor momento.

—Lo siento —dije besando su sien, me arrepentía de mis propios pensamientos.

No habíamos hablado mucho después de que mi padre y James se llevaran a Ben casi a rastras. Pauline se dio el gusto de hacer lo mismo con Sophie. Nunca le había caído bien, y aquello venía a ser, para ella, como un acto de justicia poética. Mi madre se murió de vergüenza esa noche unas cuantas veces, y por primera vez desde que yo recordaba, no supo qué hacer, ni cómo retener las lágrimas detrás de sus ojos. Verla así, nos destrozó a todos el corazón. Norah, sin embargo, no se derrumbó; después de lo sucedido, animó a todos a bailar, incluso fue a pedirle al DJ algo especialmente cañero —"como mi marido"—, supongo que pensaría en ese momento. Mi mujer había pasado a ser una Moore sin darnos cuenta.

—No tienes por qué disculparte...Una vez te dije que no podrías

protegerme de todo, y ya ves que no hemos tenido que esperar mucho. Al final, esto fue un paréntesis en nuestra fiesta. Hubiera preferido escape fuegos o un payaso, pero, en fin. Lo pasamos muy bien y todos quedaron encantados.

—Eres increíble. Por cierto, ¿quién era ese chico con el que conversaba Kalya?

—Ni idea, cuando regresemos de luna de miel lo averiguamos.

La tomé de la nuca con mi mano libre y la besé; fue un beso profundo, agradecido, al final un poco excesivo porque con Norah se me va la cabeza y el resto de mi cuerpo. De pie en medio de la cabina privada del avión, aún llevaba aquel precioso vestido blanco que me trastornó desde que dio los primeros pasos en el salón de la ceremonia. Toda su silueta se adivinaba debajo de la ajustada gasa, y yo me moría de ganas por enterrarme entre sus pechos sin ningún preámbulo. Mi miembro dio una sacudida para recordarme que estaba duro y dispuesto a seguirme el ritmo. Serían unas horas muy interesantes hasta Nueva Zelanda.

—Shhh despacio —me dijo, cuando traté de encontrar torpemente una abertura en aquel laberinto de telas blancas—tenemos tiempo...todo el tiempo del mundo.

—No quiero hacerlo despacio ni tú tampoco, ¿verdad?

—No —dijo riendo mientras se separaba unos pasos de mi cuerpo, provocándome.

Se tocó debajo de su axila derecha y comenzó a bajar muy despacio la cremallera. Su ropa interior se hizo visible, y a mí se me borraron los pensamientos, los recuerdos, hasta mi nombre. Después de ella, más allá de Norah, no me importaba nada.

El epílogo más largo de mi vida

Me giro en la cama y palpo a mi lado buscando su cuerpo. No es la primera vez que me despierto sobresaltada en mitad de la noche y lo busco, y no lo encuentro. A veces olvido que estar casada con un médico incluye esa pequeña decepción; algunas noches no duerme en casa; otras, se tiene que ir por una urgencia; casi todas se levanta después de quedarme dormida y se mete en el despacho o en la cocina para estudiar. Por fin lo encuentro, casi al borde. Samuel tiene cuarenta y cinco años; su cabello revuelto está salpicado de canas. El tiempo lo está volviendo más atractivo y más *sexy*. La madurez ha ido limando en él esas imperfecciones cotidianas que tanto nos ofenden cuando somos jóvenes, pero que al habituarnos a ellas —forman parte del lado oscuro de nuestra vida— nos damos cuenta de que ya no son como las recordábamos —puntiagudas, hirientes—, y nosotros tampoco.

—¿Estás bien? —pregunta como entre sueños, la voz pastosa. Yo sonrío porque quien así habla es más su consciencia que su boca. Muchas veces le hago notar que, mientras duerme, pone el piloto automático para poder hacer dos cosas a la vez; descansar y velar por los que quiere.

—Estoy un poco incómoda.—Él se incorpora como un resorte al escucharme. Es la primera noche en tres días que duerme siete horas de un tirón. Tiene sueño.

—¿Qué sientes?

—No, por favor, no te pongas en plan médico.

—Vamos a ver —susurra—. Me despiertas a las siete de la mañana diciéndome que estás incómoda y, a la vez, me pides que no te haga preguntas. ¿Estás loca?

Nos reímos. Samuel me conoce mejor que nadie, sabe que solo pido unos mimos de sábado por la mañana. Se acerca a mi costado y, bajándose el tirante del camisón, deja una hilera de besos en mi hombro.

—Ya me siento menos incómoda, gracias —logro murmurar cerrando las piernas al cosquilleo que empiezo a sentir.

—¿De verdad te sientes bien?

Me giro para colocarme boca arriba. Acaricio despacio mi vientre hinchado. Siento que peso mil quinientos kilos. Samuel me mira a los ojos y me besa otra vez. Un puño altera en ese momento la perfección tensa de mi

tripa, quiere salir, saludarnos a los dos. Nos miramos divertidos.

—De verdad, cariño, estoy bien, no te preocupes.

—Es solo... que si no te apetece... les pedimos a todos que no vengan, lo entenderán. Ya no falta nada, no quiero que te canses.

—¡Qué va! No te inquietes, no nacerá hoy. Eso espero.

Samuel me besa despacio, en unos segundos pasa de la castidad más exquisita a la impudicia. Su lengua entabla un coloquio con la mía, nos mordemos los labios, atrapa mi labio inferior, luego otro beso casto, y vuelta a empezar. Por fin, se acomoda entre mis piernas y siento su miembro presionar contra el centro de mis caderas.

—De verdad. No sé cómo puedo parecerte atractiva con esta panza.

—Simplemente, nena; me la pones dura.—Le doy una torta—. Hasta con tu panza, como la llamas, me pareces deseable.

Siempre fue un canalla, siempre lo será. Su voz grave, erótica... Las hormonas del embarazo me ponen como una moto.

—¡Joder! —grito en castellano para que acabe de encenderse del todo.

Se coloca de rodillas entre mis muslos, baja despacio mis braguitas. Aunque casi es imposible en mi estado, me arqueo mientras él me recorre con sus dedos. No siempre es así, nos faltan momentos, nos falta soledad.

—Dilo otra vez.

—Eres un perverso, lo sabes, ¿verdad?

—Es que me pones a cien cuando me hablas así...

—¡Joder!

Dos dedos entran en mí, jadeo satisfecha. Estoy tan húmeda que oigo cómo resbalan en mi interior; su dedo pulgar hace círculos en mi clítoris y creo desfallecer. Cierro la boca sofocando los gemidos, él besa sorbiendo mis labios desesperadamente. No podemos hacer ruido; nuestra vida sexual carece de notas, de acordes, por supuesto de estridencias. Samuel se incorpora y se libra del pijama ofreciéndome esa erección de todos los hombres en todos los despertares, pero la suya me pone, hace que me muerda el labio de puro morbo. Abro las piernas y me toco despacio, él cierra los ojos porque lo de verme dándome placer —como lo de hablar en español—, le deja noqueado. Mis dedos se aventuran entre los pliegues, luego siento cómo su boca y su lengua se suman a la fiesta penetrándome, absorbiéndome, “joder” mil veces. En pocos segundos salto al vacío, soy incapaz de soportarlo entre mis piernas abiertas. Acaricio su cabello revuelto, tiro de él hacia donde estoy, donde quiero que esté. Necesito que me llene, lo quiero ya y completo,

hinchado, como si estuviera prohibido. Los besos de su boca saben a mí, pero no me importa, ni a él tampoco. El muy cerdo me dice a veces que le gustaría quedarse ahí abajo para siempre. Volvemos a besarnos, las lenguas se besan y entrelazan; de repente, siento que se cuele en mi interior, apenas puedo arquearme, pero me arqueo, me doblo como un mimbres que no se puede doblar. Me mira a los ojos, me pregunta sin palabras si puede seguir, y yo le respondo sin palabras que siga, que se endurezca aún más, que necesito saltar, mi vida, al vacío. Entra y sale un poco más fuerte, lo espoléo con mis piernas y aprieto desde dentro para succionar su pene, vaciarlo, pedazo de cerdo.

—¡Dios, me corro! —grita entre dientes.

—¡Joder!

Me quedo quieta absorbiendo la magia de aquel orgasmo; Samuel, por su parte, bombea dos, tres, cuatro veces más dentro de mí, luego se tumba a mi lado para recuperar el aliento, toma mi mano, juega con mis dedos.

—Cómo me gustas, nena.

Después de unos años casados, el sexo entre nosotros ha perdido horas de dedicación, pero sigue tan intenso como siempre. Nos ahorramos muchas filigranas y preliminares, pero tampoco lo echamos de menos porque Samuel y yo nunca fuimos maestros de artes previas. Sin embargo, todavía nos agasajamos con mensajes subidos de tono, polvos feroces y rápidos en la ducha, en su consulta o contra la pared. Contra cualquier pared en general. Porque si algo sigue teniendo este Samuel, es una imaginación sucia y una libido muy hija de puta.

Me incorporo a duras penas y me escapo al cuarto de baño. Quiero aliviar mi vejiga a punto de reventar, ponerme algo de ropa porque pronto dejaremos de estar solos. El espejo me devuelve unos ojos cansados, labios hinchados, pero una sonrisa a pesar de todo porque soy feliz. Samuel en casa, la familia y los amigos alrededor de una barbacoa para despedir el verano... Una patadita en el vientre me recuerda que con él ahí tampoco estoy sola, que ya viene.

—Duerme, amor, aguanta un poquito más.

Como si me hubiera oído y no aprobara mis palabras, un dolor cruza mi espalda a la altura de los riñones. Me agarro al lavabo, espero a que pase pensando en cualquier cosa. Parece estúpido, pero se me viene a la cabeza la *glock* del hombre de la gabardina, justo sobre mi cara, aquí, en la mejilla, pero ya no me importa porque enseguida oigo el mar a lo lejos y todo está

bien... Joder, cómo duele. Todavía falta, me digo a mí misma, es normal sentirse así, dolerse así. Además, acabamos de hacer el amor, y eso suele revolucionar todo un poco. Respiro y el dolor pasa. No pienso mencionárselo al oftalmólogo que duerme en nuestra cama *king size* con cabecero verde menta, o se pondrá en modo médico, nada de movimientos, nada de barbacoa, nada de esfuerzos. Como si fuera de cristal. Tan profesional que olvidaría que unos minutos antes me estaba empotrando en el colchón. No soy primeriza, puedo controlarlo.

Cuando abro la puerta del baño me encuentro con algo esperado. Sonrío, esa es también una tradición de nuestra casa. Samuel y Lola duermen abrazados en la cama. Los observo con detenimiento y me asombro como la primera vez del parecido entre ambos. Lola nació un año después de casarnos, vino al mundo a gritos y con megáfono incluido. Es inquieta, risueña: una preciosidad. Gobierna a su antojo a los gemelos de Pauline, varias cabezas más altos que ella. Samuel se ha vuelto celoso y posesivo con su princesa, se niega a verla crecer; claro que ella se niega a ver a su padre conmigo, lo quiere para ella en exclusividad. La llamamos Lola como mi madre, y así la inscribimos en el registro. Lo de María de los Dolores me parecía excesivo para una neoyorquina; Lola está bien, se dice en cualquier idioma. Ella tiene instinto para saber cuándo está su padre en la habitación, aunque haya llegado a casa de madrugada. Simplemente, lo huele; y cuando lo hace, se escabulle dentro de nuestra cama para enroscarse como una serpiente entre los dos, y se queda dormida en sus brazos. Observo sus morritos rosados, el cabello negro, el rizo que cae sobre sus ojos. Tiene la misma mirada de Samuel, el mismo color, las mismas ocurrencias. Su padre fue quien primero la sostuvo cuando nació por cesárea una tarde fría de noviembre. Lloró como un chico. Fue un parto difícil porque Lola venía con dos vueltas de cordón umbilical, y me subió tanto la tensión que me pasaron a quirófano para ayudarla a nacer. No me canso de observarlos, no me canso de ser feliz. El otro me da una patadita por dentro.

—Sí, mi vida, dentro de poco tú también vendrás a nuestra cama.

Bajo las escaleras muy despacio, no quiero hacer ruido. Solo pienso en disfrutar de un desayuno tranquilo ahora que todavía puedo. Los peldaños crujen bajo mis pies descalzos. Dentro de poco nacerá Daniel, y será el caos. Tomo notas mentales de los cuadros que me faltan por colgar en la habitación del niño. Una tostada, un cappuccino, frutas, zumo de naranja. Antes de salir a la terraza de atrás me echo encima un jersey de Samuel. Huele a él, la

misma colonia que usa desde hace años. Detalles, como siempre.

El patio trasero por fin tiene forma. Nos costó controlar las malas hierbas, sudamos para retirar los escombros que los albañiles dejaron allí. Ahora tenemos un espacio de dibujos animados con césped bajo, el tobogán de Lola, una casita de plástico, juguetes diseminados sin ningún orden. Excepto cuando llueve, Samuel y yo nunca los recogemos. Son como las malas hierbas del principio, igual de caóticos e indestructibles. Pero son de Lola, constituyen su territorio mental, su jerga secreta que preferimos no descifrar. Doy un sorbo a mi café, cierro los ojos, disfruto del momento exclusivo de Norah. Recuerdo la primera vez que vinimos a esta casa, Samuel acababa de regalarme las llaves. La idea me parecía surrealista y extravagante —hoy todavía me lo parece—, incluso para una persona como Samuel Moore.

—¡Dios! Esto es demasiado —exclamé entonces delante de la entrada.

—Hay que hacer arreglos, pero lo principal ya está. En dos meses podremos tenerla a punto.

—Esto te habrá costado una millonada...

—Me habrá costado una millonada si no te gusta.—Me miró fijamente—. ¿Te gusta?

—Me encanta. Pero... ¿y tu piso?

—Ya veremos más adelante. Ahora ocupémonos de arreglar nuestra casa, decorarla, vivirla... El sitio es estupendo, ¿verdad? Puedes hacer con ella lo que te apetezca.

—¡Joder! —exclamé retorciendo mis dedos, nerviosa.

—Norah...

No podía creérmelo. Cerraba los ojos y a los clientes del Starbucks les sucedía el columpio de los Hamptons; al Jimmy, el atelier de Óscar de la Renta; a mí misma entre esmeraldas, la *glock* impresa en mi mejilla, el aborto, los ecos de Miguel, aquella culebra falsa en su cajita con lazo. Cerraba los ojos y olía a flan de calabaza, a viento húmedo, a salitre, al cuerpo de Samuel dentro del ascensor. ¿Cómo no asombrarse ante aquella casa de tres pisos en pleno Greenwich Village? Un sueño de ladrillos rojos y ventanas blancas. Cuando entramos, no pude volver a cerrar los ojos. Ya no había memoria que pudiera resistir aquel presente. Di un salto felino y me colgué del cuello de Samuel. En pocos días me vi al mando de una cuadrilla de obreros, un arquitecto y un diseñador de interiores que trabajaban a destajo. Solo tenía que levantar un dedo e inventaban el mundo. Un rictus en mi boca, y caía una pared. En la planta baja situamos el recibidor, un

espacioso salón, la cocina de estilo americano, fantástica, y un cuarto de baño completo. Y el jardín, el horrible jardín de las malas hierbas, de los escombros interminables. Por mucho que levantara el dedo, por más rictus que afearan mi boca, el jardín siempre estaba igual, incluso peor. Como sucede a menudo, solo empezó a arreglarse el asunto cuando decidí olvidarme de él. Quizá para compensar esa decepción, centré mis desvelos en la gran escalera de madera con pasamanos torneados que daba acceso a la primera planta. Ni la polilla, ni los gorgojos, ni los siete peldaños que había que sustituir —nunca olvidaré ese número— me hicieron renunciar a mi empeño. Fue una gran victoria, aunque nunca dejaba de oír abajo las risas de las cerrajas y las verdolagas, los carraspeos de los montoncitos de cascotes que crecían y se juntaban solo para torturarme.

En la primera planta teníamos cuatro habitaciones y tres cuartos de baño. Todas eran espaciosas, bien aireadas. La buhardilla, en la planta superior, fue como la guinda de aquel pastel. El anterior dueño nos había dejado un espacio abierto que daba paso a una terraza posterior. En un primer momento fue lugar de noches de copas, de velas e intimidad, pero unos años después, sin saber con exactitud cómo había sucedido, la buhardilla era ya el lugar favorito de Lola para sus juegos. Allí subía peluches, amigos, cojines y escobas, y en más de una ocasión, cuando atravesábamos el umbral de su templo, no éramos capaces de distinguir qué cosas eran peluches y qué cosas niños, porque todos estaban igual de sucios y asilvestrados. Me temo que acabará subiendo su cama y sus muebles, y se instalará allí tal vez para siempre.

Cuando estuvo terminada la casa, nos entregamos a la tarea de decorarla.

—Tenemos que llenarla de recuerdos —me dijo Samuel mientras desembalábamos nuestra escasa mudanza—. Recuerdos bonitos, recuerdos verdaderos.

—Me encanta cuando filosofas.

—Y a mí me encantas tú.—Recorría la curva de mis caderas, hundía sus dedos en la carne de mis nalgas.

Así nos pasábamos los días, así pasaron los años hasta llegar a este desayuno en soledad. Breve soledad porque les escucho acercarse. Lola viene cogida de su mano preguntándole alguna cosa que le hace reír. Está bonita con su pijama de estrellas, que no crezca, que no se alejen las estrellas. Nada más verme echa a correr y viene a sentarse en mis rodillas con cuidado porque no quiere pisar a Daniel.

—Mamá, ¿es cierto lo que dice papi, que Daniel va a venir pronto?
—pregunta con su vocecita, el ceño fruncido.

—Se te va a hacer una arruga aquí.—Coloco un dedo justo entre sus ojos, le beso los mofletes.

—Pero va a nacer ya, ¿o no?

—Pues no sé...quizás dentro de poquito.—Me mira y observa a su padre que sonrío apoyado en el marco de la puerta con una taza de café en la mano.

—¿Y papá no puede sacarlo de la tripa? —Me muero de la risa, bendita edad en la que crees que tus padres pueden solucionarlo todo.

—No cariño, cuando Daniel esté listo para salir nos avisará.

—Daniel —le susurra muy seria a la tripa—: Avisa a mamá si te vas a demorar, ¿vale?

A las once comienzan a llegar los invitados. He pensado y repensado tantas veces esta fiesta, que no hay agobios de última hora, con la excepción de ese exceso que es embutirme en un vestido premamá azul turquesa. Aunque Samuel dice que soy la preñada más guapa del mundo, yo me siento horrible, a punto de reventar. Mi tía Marcia es la primera en llegar. Es la abuela perfecta. Tardamos un tiempo, pero al final logramos convencerla para que cambiase su pisito por otro un poco más amplio, con la condición —así lo impuso ella—de que estuviera también en Alphabet City. Nada más llegar, Lola le pide que coloque en su pelo unas mariposas "especiales" diseñadas por Pauline para ella.

No son todavía las doce, y la casa está a rebosar. James, Max y Samuel se encargan de la barbacoa, mientras las mujeres tomamos margaritas en el porche (los míos sin alcohol, claro). Los niños, por supuesto, escondidos en la buhardilla.

—¡Gorda! —me dice Kalya—. Estás a punto, ¿eh?

—Calla —susurro, entre dientes—. Si te oye Daniel, querrá salir para subirse a la buhardilla.

Allan se suma al grupo de los chicos, lleva una cerveza en la mano. Kalya lo mira desde lejos como a una estrella de Hollywood. Mi chica rubia lleva un año casada con este joven al que conoció en alguna de nuestras fiestas, no lo recuerdo, o en alguna recepción de los Moore. Solo sé que lo llevó Charles. Todo lo que sale de Charles es bueno. Volvieron a coincidir en nuestra boda, y poco a poco empezaron a no querer separarse. Allan tiene su misma edad y se está abriendo paso en el mundo de las editoriales. Ellos también tuvieron su propia historia, con subidas y bajadas, pero ahora están

aquí. Kalya ya encontró a su príncipe azul, aunque todavía me jura que amordazaría a Samuel por capricho solo para escucharle gemir. En eso no ha cambiado, sigue con algunos filtros agujereados. En el fondo, sigue siendo tan espontánea y loca como el primer día que la conocí. Ahora la veo más guapa, más mujer. Dejó la cafetería y abrió una boutique con ayuda de su chico. Vende tocados y sombreros exclusivos. Le va muy bien. Sin embargo, aunque el matrimonio con Allan le aporta muchísimas cosas, creo que nunca recuperará del todo la cordura, si la tuvo alguna vez. Y yo se lo deseo de corazón.

Samuel se acerca y me besa en los labios. Mientras acaricia mi vientre, me pregunta cómo voy, qué necesito, y cuando le digo que estoy bien y no necesito nada, él me besa porque sí, porque está loco como Kalya, como Lola... La rubia le hace un guiño y él responde lanzándole un beso. Huele a humo, huele a carne, huele a cerveza... Con un poquito de mar lo tendría todo.

Un nuevo latigazo en el bajo vientre. Siento que todo se precipita; Daniel, ahí dentro, seguro que escucha cómo Lola y los gemelos se están peleando. Quiere ir, quiere mirarnos a todos. Giro la cabeza para evitarle a Samuel mi mueca de dolor.

—¡Vaya, Norah! Va rápido, ¿verdad? —Georgina se ha dado cuenta.

—Llevo una mañana revuelta, no me hagas mucho caso.—Ni ella ni yo nos creemos el cuento.

Charles aparece rompiendo la conversación, y se lo agradezco. Me pongo muy nerviosa cuando están pendientes de mí. Nos saluda a todas como solo él sabe hacerlo, como si acabara de bajar del helicóptero directamente desde Camp David. Abraza a Kalya con afecto. En realidad, sí ha venido volando, pero en un avión desde Ámsterdam después de cerrar negocios con diamantes y cositas de los Moore. Debe de estar muerto, pero Charles es distinto al resto de los hombres. Soporta dolores y monotonías que a los demás les hacen arrojar la toalla. Siempre perfecto, discreto, siempre cortés: nuestro hombre tranquilo. A pesar de los años de diferencia y de las personalidades casi opuestas, Kalya y él se llevan de maravilla. Desde aquellos tiempos tristes, amigos para siempre.

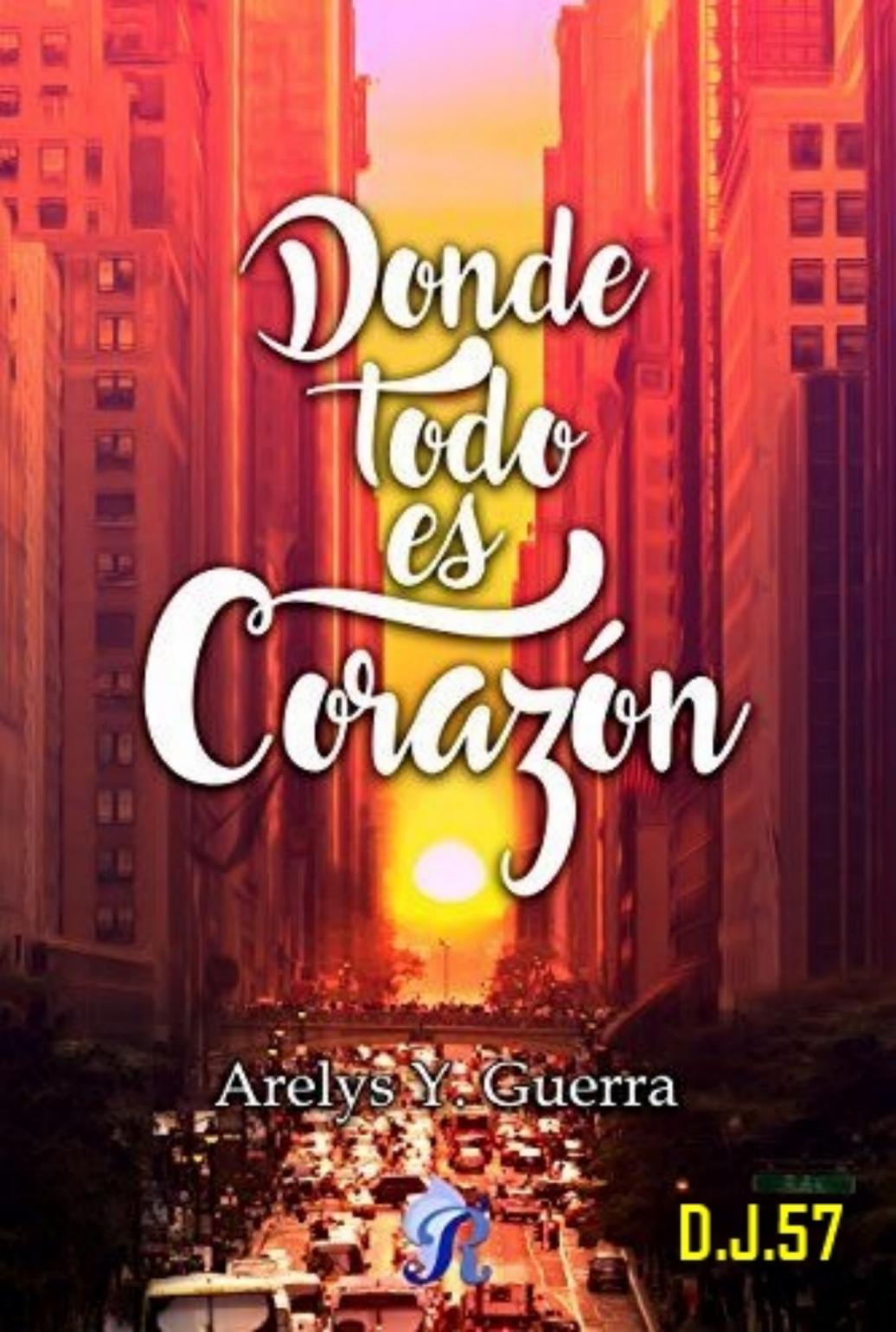
Samuel se acerca de nuevo con una cerveza en mano.

—El lunes hay consejo de dirección, Samuel —dice Charles, antes de dar un trago a su botella.

—Sí, ya está todo arreglado. ¿Buenas noticias de Holanda?

Samuel tiene ahora más responsabilidades en la empresa. La marcha de Ben del grupo BJ le obligó a implicarse mucho más. Pauline es la cabeza del negocio; y como en todo lo demás, es simplemente perfecta. Resulta difícil pensar que algún día los Moore puedan sentarse a hablar sin rencores pendientes, como una familia más. Mis suegros lo han pasado horriblemente mal con todo esto. Samuel prefiere no hablar de su hermano; supongo que se debate entre odiarle y comprenderle. Aquel elefante siempre estará en sus corazones, aunque Georgina acabara tirándolo a la basura.

Me apoyo en el brazo de Samuel, encajo las uñas en su carne porque el dolor se hace más intenso. Llevo unos minutos sin escuchar lo que dicen, sin oler el humo ni la cerveza. Aunque no quiero hacerlo, cierro los ojos y huelo el flan de calabaza, el mar, las flores de aquella antigua sinagoga donde nos casamos. Daniel viene rápido, tiene prisa por ir a la buhardilla. «Un segundo, hijo, solo un segundo. Deja que abra otra vez el paquete con aquel teléfono precioso. ¿Nunca te conté que tu padre casi me atropella con el coche?».



Donde
Todo
es
Corazón

Arelys Y. Guerra



D.J.57

Agradecimientos

Comenzar no es fácil, te sientas, tocas los nudillos y tratas de moldear un folio que se resiste, que pretende ir por otros derroteros. Pero tienes un ejército detrás que te pide no rendirte, que puedes hacer un nuevo capítulo, que este puede mejorar, que este tiene mucha chispa y brilla.

Bartomeva, gracias por confiar en este trabajo, por abrir esa puerta a la primera obra, por la paciencia infinita. A Romantic Ediciones por aceptar el reto y decir vamos a por ello, por acompañar y mimar cada paso. Sois un gran equipo.

Mamá y papá, no hay palabras suficientes para decir gracias, a ustedes que lo entregan todo a diario, que dan amor del bueno, del incondicional, del que no entiende de fronteras. Estamos lejos pero estamos juntos, lo palpo, lo noto, estiro los dedos y casi puedo rozar vuestras almas. A mis Diegos multiplicados por la ausencia de esa madre que pasa horas frente al teclado, porque sabe que el fuerte está a buen recaudo. Ary a ti mi niña preciosa, mi mitad indisoluble, mi tesoro.

Carlos, ya sabes que te encuentras en estas páginas ¿cerca? Pues como siempre. Gracias mil veces por las llamadas a deshora, por los cafés interminables, por los buenos consejos. No dudo al decir, amigo mío, que te debo mucho.

Kenia, por los bocetos, los ánimos y las risas ¿Cómo no vas a estar aquí? Nos une mucho más que la tierra que nos vio nacer. A Mercedes, Lola, Almudena, Kasia, María, Ana, Ara, Susy, Cristina, Tamara, porque hacéis mi vida muy fácil, porque regalan paz y alegría. A nuestra pequeña tribu, que no necesita presentación, porque se sabe parte de estas páginas.

Gracias miles.